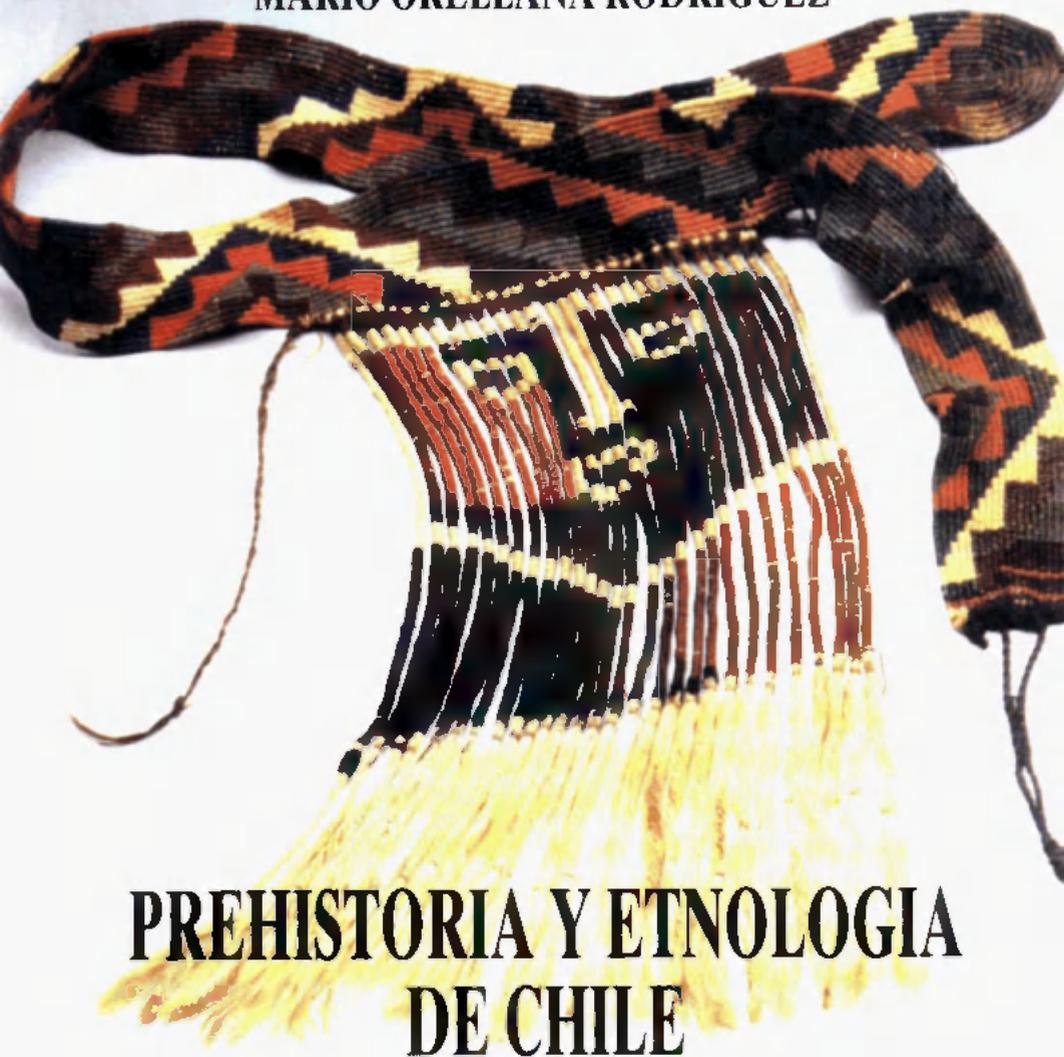


MARIO ORELLANA RODRIGUEZ



PREHISTORIA Y ETNOLOGIA DE CHILE

Colección de Ciencias Sociales
UNIVERSIDAD DE CHILE



B R A V O Y A L L E N D E E D I T O R E S



MARIO ORELLANA RODRÍGUEZ

Arqueólogo, especialista en Prehistoria de Chile y en temas de contacto y aculturización hispano-aborigen, es autor de varios libros referidos a estos temas: *La Crónica de Gerónimo de Bibar y la Conquista de Chile* (1988), *Historia y Antropología de la Isla de la Laja* (1992).

Sus conocidos artículos sobre la Prehistoria de Chile desde 1960 en adelante; más de 60 trabajos publicados en revistas especializadas y en Actas de Congresos Nacionales e Internacionales, son prueba de su valioso aporte al conocimiento de la Prehistoria de nuestro país. Igualmente su interés por los temas de

(Continúa en solapa 2)

Foto portada:

Faja y taparrabo (Arica); influencia Tiwanaku. (Foto de F. Maldonado); Museo Arqueológico de Santiago).

203033

© Bravo y Allende Editores, 1994
Inscripción N° 90.694

ISBN: 956-7003-23-8



Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de
Valgraf Ltda. ®
General Bari 237, Providencia, Santiago de Chile,
en el mes de agosto de 1994

Edición de 1.000 ejemplares.

Impreso en Chile/Printed in Chile

*A mi esposa Noelia Torres Cernoch por su
inapreciable colaboración académica.*

INDICE

Prefacio	9
1 En búsqueda de la definición de los conceptos de Prehistoria y de Etnología.	14
2 Historia de la investigación arqueológica y etnológica chilena.	23
2.1. El contexto teórico de la Arqueología Chilena.	32
3 El paisaje chileno.	39
4 Los antiguos pobladores de Chile	52
4.1. El Período Paleoindio.	58
4.2. El Período Arcaico.	67
4.3. Pescadores y Mariscadores Arcaicos.	74
4.4. Cazadores y Pescadores Arcaicos del Norte Chico y Centro de Chile.	78
4.5. Las Comunidades Sedentarias y Productoras de Alimentos: El Proceso de Neolitización.	81
4.6. Las Culturas Aldeanas del Norte Arido y Semiárido de Chile.	89
4.7. La Cultura de San Pedro de Atacama.	95
4.8. El Complejo Cultural Molle.	97
4.9. Cultura las Animas.	99
4.10. La Cultura Diaguita.	101
4.11. Las Culturas Agroalfareras de Chile Centro-Sur.	104
4.12. Las Culturas del Territorio Mapuche.	107
4.13. El Extremo Sur.	110
4.14. Los Incas en Chile.	110

5	Los aborígenes del siglo XVI.	114
6	La vida fronteriza: entre la guerra, la evangelización y el comercio.	135
7	Las etnias sobrevivientes en el Chile actual.	163
	7.1. Los Aymaras.	165
	7.2. Los Mapuches.	169
	7.3. Los Huilliches.	171
	7.4. Los Araucanos.	174
	7.5. Los Pehuenches.	177
	7.6. Los Pascuenses.	182
8	Conclusiones.	188
9	Microbiografías de cronistas e investigadores.	201
10	Anexo Fotográfico.	209
11	Bibliografía.	221
12	Abreviaturas.	240

Prefacio

En una primera aproximación conceptual, para algunos especialistas, los estudios prehistóricos corresponden a una subárea del conocimiento independiente de los estudios históricos. Sobre todo en aquellos países, en donde existirían bien delimitados los períodos conocidos por los documentos escritos, no habría inconveniente para definir dónde comienzan los "tiempos históricos" y dónde los "tiempos prehistóricos". Estos últimos serían estudiados a partir de los "restos arqueológicos", y los especialistas dedicados a este muy antiguo "pasado cultural" terminarían su quehacer científico cuando las fuentes escritas comienzan a responder satisfactoriamente las preguntas e incógnitas formuladas por los estudiosos.

Recuerdo que cuando estudiaba en el Departamento de Historia de la Universidad de Chile, en la década de 1950, varios distinguidos profesores e investigadores (Néstor Meza, Mario Góngora, Ricardo Krebs, Guillermo Feliú Cruz) insistían, unos más otros menos, en conceptos como la singularidad histórica, el conocimiento de las individualidades significativas, el concepto de Estado, el valor de la historia de las ideas, etc. Todos ellos nos formaron con rigor y nos recomendaron conocer los "documentos escritos". Cuando comencé a mostrar un interés especial por los estudios arqueológicos, se me advirtió con cariño que entraba a un campo diferente del saber, que estaba constituido por el ser mismo de sus fuentes de conocimiento. Recuerdo que Néstor Meza desarrollaba su argumentación alrededor de la carencia del conocimiento de las "individualidades", del desconocimiento de la historia interna de las instituciones; en resumen, que la arqueología prehistórica tenía limitaciones muy grandes frente a la disciplina histórica.

Pero una primera pregunta de tipo contestatario sería: los documentos escritos ¿aparecen siempre en un momento preciso y en cantidad tal que puedan ser usados sin necesidad de otros tipos de fuentes, y otorgándonos conocimiento completo del pasado que estudian?. Sabe-

mos que la aparición de las fuentes escritas, de la documentación escrita con fines religiosos, económicos, sociales, políticos, etc., es un proceso lento, que en algunos casos demoró varios siglos. Así, por ejemplo, se enseña que el comienzo de los tiempos históricos en el Egipto antiguo ocurrió hacia el 3000 a.C. (es casi una fecha mítica) y aproximadamente se usa la misma fecha (retrocediéndola un poco) para Sumeria. Pero sabemos que el conocimiento que aporta la investigación arqueológica prehistórica para los siglos del período Tinita y el Reino Antiguo en Egipto y para las ciudades suméricas es, no sólo importante sino mayoritariamente fundamental para alcanzar información sobre estos períodos. No basta conocer algunos nombres de dignatarios para saber sobre el pasado.

En América, desde 1492 en adelante, lo acontecido refuerza la duda legítima que hemos planteado. Es verdad que los españoles (rigurosamente muy pocos) informaron por escrito acerca de lo que veían, de lo que creían conocer, describiendo especialmente sus viajes, sus exploraciones, los encuentros con los nativos, etc. Sin embargo, sus informes son tan escasos, tan parciales, tan incompletos, que no es posible construir un "historia de las culturas y civilizaciones" que ellos observaban, por medio de sus textos escritos. Ha sido necesario el aporte de los estudios arqueológicos para comenzar a escribir la "historia" de estas sociedades americanas. Aún más, el conocimiento de 30.000 años de historia americana, desde el primer poblamiento en adelante, ha sido posible sólo al complejo e interdisciplinario estudio del pasado, en donde la arqueología precolombina (es decir, prehistórica) ha desempeñado un papel muy importante.

Las propias civilizaciones precolombinas (mayas, teotihuacán, toltecas, aztecas, chavín, nazca, tiwanaku, incas, etc.), tanto de América Central como de América del Sur, no dejaron en general documentación escrita (salvo excepciones), impidiéndonos así conocer los "detalles" de los hechos históricos de estas civilizaciones. El esfuerzo por traducir la escritura maya, por ejemplo, es valioso y obviamente que ha contribuido a mejorar la información científica. Pero recordemos que todo el saber de las civilizaciones de América del Sur es producto de la investigación prehistórica, enriquecida poco a poco, desde el siglo

XVI en adelante, por las informaciones especialmente escritas de los españoles.

La situación de las investigaciones efectuadas en nuestro país, nos refuerza en la tesis de complementar no sólo los estudios prehistóricos e históricos, sino además de considerar el objeto de la investigación prehistórica (prehispánica), también como un fin histórico y, por lo tanto, perteneciente al amplio campo de los estudios históricos e historiográficos.

Si revisamos las más importantes historias de Chile, escritas por Barros Arana, Encina, Eyzaguirre y Villalobos, encontramos un hecho innegable: cada una de ellas tiene uno o varios capítulos referidos a los "indios de Chile", a las "culturas precolombinas o prehispánicas", a los "orígenes del poblamiento", etc. Es verdad que en algunos casos aparecen como capítulos "obligatorios", casi pegados a la historia que se desarrollará a partir de la gesta hispánica (Eyzaguirre); pero también es una realidad que en la "Historia del Pueblo Chileno" de Villalobos el estudio de las "Etapas Iniciales" es mucho más que un compromiso académico; es la expresión real de una convicción que las experiencias prehispánicas forman parte del continuum cultural de nuestro país.

Sin embargo, puede quedar dando vueltas la idea de que a pesar de las relaciones existentes, la formación de prehistoriadores y de historiadores se hace en Departamentos y Escuelas distintas, adscritas incluso a Facultades universitarias diferentes. Hay, incluso, sociedades que reúnen a unos o a otros especialistas (Sociedad de Arqueología, Sociedad de Historia).

Pero, reconozcámoslo, poco a poco estos estancos institucionales, estas diferencias en la formación, van perdiendo terreno. Así, recordemos nuestra propia experiencia en Chile. Cuando en la década de 1960 tres profesores de la Universidad de Chile (Grete Mostny, Bernardo Berdichewsky y quien escribe este libro) organizaron los estudios arqueológicos, centrados en la prehistoria de Chile y de América, es el Departamento de Historia quien los acoge y los estimula a reforzar esta experiencia.

Sólo en 1970, cuando se había creado una Licenciatura de Arqueo-

logía, se organiza un Departamento independiente, con el apoyo de antropólogos culturales, físicos y folkloristas; pero las relaciones con los estudios históricos continúan en forma sólida. Y no puede ser de otra manera, puesto que desde la perspectiva de cómo alcanzar conocimiento (epistemología) del pasado más antiguo de Chile, de sus poblaciones, de sus expresiones culturales, de sus instituciones, de sus creencias y valores más antiguos, la prehistoria, la historia, la etnología, la etnohistoria, la antropología física, la geografía, la geología, etc. son disciplinas que se necesitan para lograr un saber sólido y permanente.

A lo anterior se puede agregar la información de que en muchos países de América y de Europa, los estudios prehistóricos forman parte de áreas del conocimiento en donde se reúnen los historiadores con los arqueólogos y los etnohistoriadores.

Todo lo anterior tiene importantes consecuencias en la formación de nuestros niños y jóvenes de la enseñanza básica y media. Parece cada día más urgente insistir en que el conocimiento de la prehistoria de Chile, de las culturas y sociedades prehispánicas, no sólo forma parte de una común realidad con las actuales etnias aborígenes, sino también con la actual sociedad nacional. El fenómeno del mestizaje se da en todos los círculos y estratos de la sociedad chilena; todos tenemos un pool genético que combina aportes biológicos diferentes. Junto a ésto, nuestra mejor característica es la combinación de nuestros conocimientos, tanto americanos como europeos. Debemos enseñar a nuestros estudiantes que la información que obtenemos del pasado más antiguo, como del más reciente, más allá de los métodos y las técnicas científicas empleadas, es fundamental para la integración de nuestro ser individual y social.

Nuestros libros de historia deben todos iniciarse con la formación de nuestros orígenes culturales, que no terminan en un pasado más o menos antiguo, sino que continúan enriqueciéndonos en el presente.

Nuestros libros de prehistoria de Chile deben, a su vez acentuar la continuidad del legado aborígen, obviamente caracterizando la experiencia cultural prehispánica, pero también insistiendo en el desarrollo constante de muchas ideas, instituciones, creencias, técnicas, etc., que nos están ayudando a vivir en el presente.

Hay sectores o áreas del conocimiento del pasado que sirven mejor que otros para acentuar la interdisciplinariedad: es el caso de los siglos XV y XVI, en donde se vive la experiencia del contacto entre culturas de continentes diferentes (América y Europa). Los encuentros y desencuentros, es decir, los contactos pacíficos y violentos de diferentes sociedades, se habían producido muchas veces en estos continentes; no se trataba de algo nuevo. Lo novedoso es esta conquista trascontinental. El descubrimiento de lo americano y de lo europeo fue para ambas partes injusto, desigual y traumático; ocurrió, y de alguna manera nos sigue ocurriendo. Ahora bien, el conocimiento de estos dos siglos ha sido posible gracias a la labor concentrada de prehistoriadores, etnohistoriadores e historiadores.

El esplendor de las civilizaciones azteca e inca ha sido dado a conocer especialmente por la arqueología. La empresa conquistadora, justificada o condenada, lo ha sido por los cronistas y, en general, por los testimonios escritos de los españoles. Combinando estas dos grandes fuentes científicas se han escrito importantes libros sobre el "descubrimiento y conquista de América", o sobre el "surgimiento y destrucción de las civilizaciones americanas".

De alguna manera, todos estos estudios historiográficos nos han formado, nos han enseñado a amar lo americano y comprender a los españoles.

Sólo una interpretación científica, enriquecida por la prehistoria, la historia, la etnohistoria y la antropología, podrá hacer posible que nuestras generaciones futuras sepan y entiendan lo que sucedió en su pasado y aún esfuerzos para crear nuevas formas de experiencia, que nos enriquezcan y no nos permitan repetir algunos errores cometidos por nuestros antepasados.

En esta tarea de reconstrucción, el papel de los historiadores y prehistoriadores es muy importante. Al tiempo de insistir en sus singularidades intelectuales, es fundamental su integración para alcanzar una síntesis creadora.

1 En búsqueda de la definición de los conceptos de Prehistoria y de Etnología.

Quando se reflexiona sobre los conceptos de prehistoria y etnología se descubre que bajo estos términos yacen varios otros: el de arqueología, el de prehistoria precolombina, el de etnología y el de antropología cultural. Obviamente que, incluso podrían agregarse otros términos que resumen actividades muy variadas que hacen los especialistas del Hombre: pienso en la antropología física, en la genética molecular, en la geología y geomorfología, en el folklore, en la etnohistoria, en la etnoarqueología, etc. Algunas de estas disciplinas nacieron en los orígenes mismos de las ciencias antropológicas alrededor del siglo XIX, otros se han generado en pleno siglo XX y corresponden a avances científicos muy novedosos, casos de la genética molecular o de la etnoarqueología.

Preguntarse de manera conjunta sobre los estudios prehistóricos y etnológicos no es una arbitrariedad, sobre todo en nuestra América y por lo tanto en Chile. Aunque en Europa sus relaciones, siendo paralelas en el tiempo, corresponden a actividades diferentes con objetivos y métodos distintos, en nuestro continente americano se dieron las dos actividades de manera muy estrecha. Si uno piensa por ejemplo en lo que nos comunican los cronistas del siglo XVI, en cuanto ellos y sus escritos son fuentes básicas para el conocimiento de los aborígenes y sus respectivas culturas prehispánicas y contemporáneas a los españoles, descubrimos que en sus textos hay una rica información que actualmente separaremos en Arqueología-Prehistoria y en Etnología-Etnografía. Por supuesto que las crónicas, las de Bibar o de Góngora Marmolejo por ejemplo, no hacen la separación; ellas nos cuentan, desde el punto de vista del español, los hechos de un tipo u otro que están íntimamente relacionados: las acciones de los guerreros mapuches están asociadas a sus creencias, a sus relaciones sociales e institucionales, a sus armas y tecnología, a su medio ambiente, etc.

Todo lo expuesto por el observador español es una unidad que,

aunque puede hoy en día analizarse separadamente, debe intentarse unir de nuevo en una ambiciosa síntesis expositiva.

Por estas razones creemos que los estudios prehistóricos y etnológicos corresponden en nuestro continente y en nuestro país a dos formas científicas de observar una misma realidad. No somos, obviamente, los primeros en afirmar ésto, ya en la década del 80 del pasado siglo, como lo estudiaremos, José Toribio Medina escribió el primer libro sobre los *Aborígenes de Chile* que correspondió también al primer libro de prehistoria y etnología publicado en Chile.

Más allá de definiciones que intentan ser precisas y exhaustivas ¿qué se entiende por estudios de prehistoria de Chile y de etnología de Chile?

Cuando uno inicia un curso de prehistoria de Chile lo primero que hace es intentar definir el concepto mismo de prehistoria. Así lo relaciona con el de historia, con el de prehistoria, etc., hasta llegar a la definición clásica, tantas veces escrita y enseñada, que nuestra disciplina expone los estudios hechos a partir de fuentes arqueológicas (los restos culturales y todo su contexto) que existen cuando no hay otras fuentes (las "escrituras") que permiten el conocimiento de sociedades del pasado.

Obviamente que estas definiciones, más o menos elaboradas, son insatisfactorias y no dejan contentos a nadie. Ocurre lo mismo con el análisis introductorio que se hace cuando se habla de etnología de Chile. El especialista, que muchas veces se siente muy alejado de los arqueólogos y de los prehistoriadores, reflexiona sobre los conceptos de grupos humanos aborígenes contemporáneos, con rasgos distintos a los grupos urbanos, civilizados, y expone la situación con la sociedad nacional contemporánea. El concepto de "etnia" resume el objetivo de los estudios, y la descripción de las instituciones y características sociales y culturales es el objetivo que permite conocer a los aymaras, a los mapuches, a los rapa-nui, etc. Si el etnólogo tiene algún interés sobre el pasado de estos pueblos aborígenes contemporáneos remite al estudiante al curso de prehistoria respectiva; a lo sumo hace una introducción muy superficial acerca del tema, disculpándose porque no es especialista.

¿Por qué esta separación tan rigurosa en nuestras clases y en las investigaciones? ¿será verdadera y por lo tanto necesaria de exponer y enseñar?. Si uno hace cortes en el tiempo podría encontrar algo de apoyo en el análisis independiente de una y otra disciplina. Una cosa es estudiar por ejemplo, ahora en 1993, a los actuales grupos pehuenches del Alto Bío-bío y otra es excavar los yacimientos arqueológicos situados en este mismo sector geográfico. Aparentemente pueden haber 500, 1.000 o más años de separación, además de no saber cómo se denominaban los antiguos pobladores de esta región, e incluso de desconocer los movimientos de pueblos y las interacciones con otros grupos de aborígenes siglos atrás.

Parece entonces razonable tomar el camino más fácil: estudiar separadamente a los "antiguos" y a los "contemporáneos". Sin embargo, hay muchas pistas científicas que nos llevan a relacionar en profundidad a unos y otros: no sólo un "sentimiento" de solidaridad con su pasado, una "creencia" de ser los "dueños de siempre de la tierra", e incluso un conjunto de costumbres, de técnicas, de ceremonias, que trasladaban al pasado y que encuentran sus raíces hace 500 o más años, según las propias descripciones de otros testigos, de otros estudiosos.

Nadie puede negar que el desarrollo de las etnias aborígenes de Chile tiene sus particularidades; corresponden a procesos históricos y culturales que le dan a los grupos indígenas una "particularidad" especial; que los hacen aparentemente diferentes de sus antiguos antepasados; esto vale para los grupos mapuches actuales que han vivido un acelerado proceso de intercambios biológicos, en donde el mestizaje es el rasgo característico más evidente, no sólo en lo biológico, sino también en lo socio-cultural. Cuando se descubren diferencias interesantes en las características biológicas entre los pehuenches de ayer y de hoy(*) se tiende a pensar que se trata de dos grupos distintos, en cuanto el más reciente, el contemporáneo, ha sufrido un largo proceso evolutivo de cambios morfológicos. A esto se unen los intercambios culturales propios del mestizaje, en donde la

(*) Consúltese nuestro libro: *Historia y Antropología de la Isla de Laja*, Ed. Universitaria, 1993.

tecnología de la sociedad nacional, además de sus creencias, valores, economía y educación, etc., comienzan a jugar un papel muy importante.

Pero desde otras perspectivas, creo que las relaciones entre los antiguos aymaras, rapa-nui o mapuches (para mencionar tres etnias con fuerte personalidad, independiente de sus diferencias demográficas) y los actuales miembros de estas etnias son también fáciles de demostrar. Las ceremonias y ritos de los mapuches, tales como el guillatún, la unidad permanente del aymara con su cosmo altiplánico, o la continuidad del trabajo artesanal y artístico de los rapa-nui, para citar en cada caso un ejemplo, son tan claros que unido a la continuidad de la lengua, a sus estructuras básicas sociales, etc., muestran una relación profunda entre el pasado y el presente.

Esto ocurre en Chile, en donde el antiguo habitante de los oasis del desierto de Atacama ocupó estos lugares hace miles de años, en donde luego de ser cazador y recolector, continuó -a través de otras generaciones- siendo agricultor y pastor; y hoy día se mantiene en los mismos sitios, cambiados por el transcurrir de los siglos, siendo agricultor y manteniendo en lo básico una relación con su entorno natural que lo une a prácticas y creencias pretéritas-. Lo mismo podemos decir de los habitantes de Rapa-Nui o Isla de Pascua, con sus tradicionales linajes, con su Consejo de Ancianos, y su relación cultural con su naturaleza insular.

Cuando el español por primera vez pisó lo que hoy día denominamos Chile, desde el desierto atacameño hasta las frías regiones del sur, contempló grupos humanos organizados que vivían su presente -desde 1536 adelante- sumidos en organizaciones sociales propias de su contexto y su medio cultural y natural. Tenemos en la segunda mitad del siglo XVI un número interesante de textos, incluyendo las cartas del capitán Pedro de Valdivia, que describen las costumbres, las instituciones, los instrumentos, en general la vida particular, el estilo de comportamiento tanto de los habitantes de los valles norteños, como del centro y sur de Chile. Se trata de una etnografía-etnología que examina los aborígenes contemporáneos, pero que hoy día es una etnografía-etnología prehistórica, que corresponde a una realidad

pretérita. Pues bien, estas descripciones, en algunos textos muy superficiales y escasas, nos permiten hacer algunas comparaciones y levantar la teoría de la continuidad cultural que hemos estado construyendo.

Así las definiciones clásicas de la Prehistoria y de la Etnología no sirven para estudiar la realidad americana cultural, sobre todo en el tiempo del contacto aborígen-español. Tradicionalmente el estudio de este tiempo -especialmente del siglo XVI- se ha conocido como etnohistórico. En verdad en todos los lugares geográficos en donde se han producido estas situaciones de contacto e intercambios de diferentes culturas, y siempre que haya testimonios escritos, la relación de información entre la etnología y arqueología prehistórica ha sido más o menos efectiva e incluso exitosa.

Los tratados de prehistoria, o de arqueología prehistórica, han insistido incluso en el uso de métodos comparativos en donde la información etnológica ayuda a interpretar conjuntos de restos arqueológicos que corresponden a períodos prehistóricos. Así yacimientos pertenecientes a cazadores del Paleolítico Superior son interpretados a partir de estudios contemporáneos de sociedades de cazadores actuales, por supuesto muy escasas y a veces fuertemente aculturizadas. Por esta misma razón muchos prehistoriadores desconfían de estos métodos de análisis paralelos. Recientemente, algunos arqueólogos pertenecientes al movimiento de la arqueología nueva o procesual, han insistido en el valor de los análisis comparativos y de observación contemporánea para explicar la formación de yacimientos arqueológicos. Así se estudian grupos de esquimales o bosquimanos que deambulan estacionalmente por sus territorios, a veces muy extensos; los arqueólogos los siguen, observan dónde se estacionan, qué restos dejan en sus provisionales lugares de descanso o de trabajo, describen y analizan la distribución de los artefactos dejados, las características de los sitios, el número de ellos, la cantidad de personas que los ocupan, cómo se distribuyen espacialmente en ellos, qué actividades realizan, etc. Así desde la década de 1960 adelante se ha organizado una nueva disciplina, la Etnoarqueología, que tiene como objetivo principal conocer científicamente cómo se forman los yacimientos arqueológicos. Obviamente que el interés está situado en los yacimientos del pasado, pero el estudio se hace a partir de los yacimientos del presente.

En estos ejemplos no cabe la menor duda que la observación, descripción, análisis e interpretaciones de realidades etnológicas hechas por arqueólogos, ayudan a un mejor conocimiento del pasado cultural prehistórico.

Pero de todos modos las disciplinas prehistóricas y etnológicas mantienen académicamente su propio perfil, sus características metodológicas, sus objetivos, etc. ¿Vale la pena, entonces, seguir analizando el problema?

Precisemos algunos conceptos: la etnología como disciplina antropológica tiene su quehacer propio, independiente del estudio de culturas y sociedades prehistóricas. A la etnología le corresponde el estudio sistemático de los actuales pueblos aborígenes y etnias que conviven, muchas veces críticamente, con otros grupos sociales y culturales. Los casos de etnias, incluso urbanas y civilizadas que viven en el presente situaciones de conflicto y pugnas violentas en Europa, muestran que el estudio científico debe hacerse por diversos especialistas, entre los cuales se encuentran los etnólogos.

A su vez los prehistoriadores no tienen la carga de actualidad que tienen sus hermanos etnólogos; ellos sólo deben estudiar grupos humanos que vivieron, que hicieron cosas en el pasado, incluso en el pasado más antiguo y que no se conoce por documentación escrita.

Entonces los prehistoriadores y los etnólogos, aunque se interesan por las mismas realidades sociales y culturales (grupos humanos que se organizan, que viven y mueren según sus costumbres, valores y religiones, que trabajan según economías y tecnologías propias de sus contextos culturales) presentan diferencias interesantes en lo que se refiere al "tiempo" en que transcurren los sistemas de vida, la "historia" de estos grupos humanos. Unos son nuestros "contemporáneos primitivos" otros son nuestros "primitivos prehistóricos". Unos están ahora, los otros estuvieron; unos son, otros fueron.

Por supuesto que la pregunta ¿cómo es posible conocer estas realidades culturales distintas? nos ofrece métodos y teorías diferentes o por lo menos formas de conocimientos que escogen técnicas y métodos, análisis y síntesis interpretativas, según sea lo que se preten-

de conocer. ¿Qué quieren conocer los etnólogos? ¿y qué quieren conocer los prehistoriadores?

Tradicionalmente los prehistoriadores, en cuanto son arqueólogos, tienen como objetivo principal el conocimiento de culturas antiguas, situadas en tiempos pretéritos; los estudiosos de este pasado humano prehistórico, buscan los comienzos de la sociedad humana, los orígenes de la actividad humana; y una vez conocidos estos principios culturales y biológicos, se afanan en conocer los cambios, las transformaciones ocurridas a través de los milenios. Partiendo de una teoría evolucionista escriben la historia de estas sociedades prehistóricas. ¿Cuándo deben detenerse? Luego de estudiar los períodos Mesolítico se adentran en el relativamente reciente Neolítico. Un par de millones de años son al menos el escenario cronológico de los acontecimientos prehistóricos. En los comienzos, el tema de los prehistoriadores es disputado por etólogos y paleoantropólogos; se trata del proceso de hominización que se sitúa entre los 7 y 3 millones de años. Con alguna seguridad hacia los 2 millones de años aparece la figura, aún no bien conocida, de los primeros hombres y sus primeros instrumentos. (*Homo Habilis y cultura de gutjarros*). De nuevo al final de esta larga historia volvemos a entrar en disputa con otros especialistas: los historiadores y los protohistoriadores. Entre el 3.500 y 3.000, por lo menos en el Cercano Oriente, aparece un período que es reclamado por diferentes científicos. En otras regiones, que no tienen fuentes escritas con cierta abundancia, continúan los arqueólogos dedicados a dar a conocer las características de las culturas neolítica y eneolíticas.

Por lo menos en el Viejo Mundo hay 2 millones de años de espacio cronológico. Pero ¿qué sucede en América? Lo que deben conocer los prehistoriadores se resume, se concreta en no más de 35 mil años. Todo lo que se llama Paleolítico, Mesolítico, Neolítico, Eneolítico, Civilizaciones, se concentra en un tiempo corto, que hace que nuestro continente tenga una característica científica muy especial: somos culturalmente un continente nuevo, el Nuevo Mundo es una realidad distinta del Viejo Mundo. Los primeros pobladores que pisan la actual América, es verdad, vienen del Asia, pero cruzaron el estrecho de Behring hace sólo unas decenas de miles de años, en el tiempo

Pleistocénico Tardío, en la glaciación Wisconsin, en un período cultural que se conoce como "Paleolítico Superior". Como esto ocurre en los comienzos del período mencionado, algunos rasgos del Paleolítico Medio (tradiciones Mustero-levantino) pasan con los primeros habitantes de América. Por varios miles de años las "industrias líticas" son industrias mestizas; por esto hay en tantos yacimientos americanos, incluyendo algunos de Chile, mezclas tecnológicas y entre los arqueólogos cierto desconcierto en interpretar esta realidad.

La realidad social y cultural americana tan apretada, tan corta en el tiempo, exige nombres nuevos, conceptos técnicos que interpreten lo que se encuentra: así surgen los períodos: Lítico, Paleoindio, Arcaico, Formativo Clásico y Post-clásico (o Temprano-Medio y Tardío, según sea la región estudiada; caso de Chile).

Estos objetos de estudio, estos períodos con sus culturas respectivas, son conocidas a partir de los estudios sistemáticos que hacen los arqueólogos. Pero la interpretación de los datos, de la empiria, exige de la colaboración de modelos y teorías pertenecientes a otras disciplinas (tanto naturales como sociales). Pero los hechos no sólo se obtienen a través de las recolecciones o de las excavaciones estratigráficas o del uso de métodos y tecnologías provenientes de las ciencias exactas (métodos físico-químicos); hay también una rica información que proviene de las disciplinas históricas y de las descripciones etnográfico-etnológicas. Más de alguien ha llamado a la prehistoria "Etnología Prehistórica" para insistir en el valor de los pueblos, de lo social y no tanto de la descripción tecnológica (industrias paleolíticas).

En forma absoluta, entonces, si nos situamos en los extremos límites de las áreas que cultivan los prehistoriadores y etnólogos, no tendremos inconveniente en observar diferencias y reconocer particularidades disciplinarias. Pero ¿qué sucede cuando nos aproximamos a territorios más limítrofes, e incluso a territorios de nadie? Tal es la situación de los siglos XV, XVI y XVII en nuestra América.

La presencia de la sociedad europea sólo afianza y enriquece el aporte de los datos de los testigos, de los observadores que escriben sobre "otra cultura", acerca de "otros hombres". Pero también en las

propias sociedades aborígenes americanas había una apreciación, una información, un conocimiento sobre los "otros americanos".

A través de varias generaciones se relataron los contactos culturales y educacionales, las situaciones bélicas, las relaciones de trabajo y de comercio, etc. de unos y otros. El Imperio del Tawantinsuyu imprimió fuertemente su personalidad, su estilo de vida entre los aborígenes del norte y centro de Chile. Lo mismo ocurrió con la civilización de Tiwanaku en todo el actual norte de Chile.

Así nos parece que es necesario, casi obligatorio, escribir una prehistoria y una etnología de América y obviamente de Chile. Por supuesto que es posible hacer lo contrario: es decir sólo escribir una prehistoria o una etnología, sin tomar en cuenta la otra disciplina. Se puede escribir sobre los ocupantes del centro sur de Chile, y dar por terminada su historia en el siglo XVI o XVII.

Nosotros consideramos más científico y más enriquecedor continuar el texto hasta el mismo presente. Aunque estamos conscientes que esta larga historia, de varios miles de años, posee muchos rasgos discontinuos, con interrupciones y saltos a veces fuertes; siempre hay elementos que relacionan el pasado más antiguo con el presente. En Rapa-Nui los templos ceremoniales (los Ahus con sus mohais) se levantan desde aproximadamente el 600 o 700 d.C. Pues bien, los actuales habitantes de la isla siguen relacionándose con ellos de manera que un extranjero no entiende; incluso cada mohai tiene su nombre propio (caso de los 15 mohais del Ahu Tongariki).

Allí donde las discontinuidades son más fuertes, como es el caso de las tierras de los atacameños (II región), sigue habiendo un hilo conductor, una relación telúrica con sus fuentes de agua, en sus ceremonias agrícolas y pastoriles, que aunque entremezcladas por otras creencias religiosas propias de la humanidad cristiana, se descubren en ciertos subsectores de la población. Quien sabe mirar, preguntar, estudiar con respeto y profundidad, encontrará el Pasado en el Presente, de igual manera que el actual Presente sería parte integrante no sólo del Pretérito sino del Porvenir de estos pueblos.

2 *Historia de la Investigación Arqueológica y Etnológica Chilena*

El estudio sobre los "indios de Chile", en cuanto ellos se han constituido en objeto de análisis científico se inició en el siglo XIX. Sin embargo, es verdad que desde que los españoles llegaron al territorio de Chile, en el siglo XVI, hubo algunos de ellos que escribieron y describieron sobre los habitantes naturales o aborígenes de estas tierras sureñas que comenzaban a ser explotadas por las expediciones de Diego de Almagro y de Pedro de Valdivia. Pero estas parciales descripciones hechas por el propio capitán y gobernador Pedro de Valdivia (en sus cartas), entre 1545 y 1552 y por los cronistas Gerónimo de Bibar (1558), Góngora Marmolejo (1575) y Mariño de Lobera (1594), e incluso por el poeta Alonso de Ercilla (*La Araucana*) y Pedro de Oña (*Arauco Domado*) no responde, como es obvio, a objetivos científicos, tal como ahora lo definimos. Principalmente los cronistas aspiraban a mostrar las características guerreras de los indios de Chile para, así, elevar sus méritos y hazañas bélicas ante los ojos de las autoridades del Perú y sobre todo de España. Igualmente existía otro fin para mencionar a estos aborígenes, y éste era mostrarlos como bárbaros, que necesitaban urgentemente ser incorporados a la civilización española y a la religión cristiana. Hay que recordar que en Chile prácticamente no hubo discusión sobre la calidad humana de los indígenas y por lo tanto los españoles reconocieron en ellos a futuros cristianos que deberían cumplir las labores más pesadas del trabajo en las minas y en los campos.

Hay que buscar por lo tanto el inicio del estudio sistemático de los indígenas y de su cultura, cuando en Europa se organizó una indagación de los pueblos "primitivos" (sobre costumbres, instituciones, y cultura material) que existían en América, África y Asia y que eran contemporáneos de los franceses, ingleses, españoles, alemanes, etc., y cuando también se comenzó a investigar sobre el pasado pre-diluviano de los hombres (estudios que hacia mediados del siglo XIX se llamarían prehistóricos). Ya en la primera mitad del siglo XIX (en la

década de 1830) se organizaron las primeras sociedades de estudiosos que intentaban conocer a los pueblos salvajes, bárbaros o primitivos; igualmente en esta primera mitad del siglo pasado los geólogos, palentólogos, anticuarios y aficionados a la historia, buscaban huesos de animales anti-diluvianos extinguidos y restos de cultura (artefactos, herramientas), situados en un mismo estrato, es decir que podían ser contemporáneos.

La consolidación de los estudios etnológicos (y etnográficos) y prehistóricos se logró principalmente en la segunda mitad del siglo XIX. Los nuevos datos científicos, las nuevas descripciones se interpretaban a la luz de la nueva "teoría Darwiniana", aunque no faltaban opositores de esta nueva explicación naturalista. En Chile algunos estudiosos han escrito artículos recordando el valor de los cronistas, tanto de los siglos XVI como del XVII y del XVIII (Núñez de Pineda y Bascañán, Ovalle, Rosales, Molina, Carvallo y Goyeneche, etc.); entre otros sobresale Gualterio Looser, quien en 1954 publicó un "Esbozo de los estudios sobre los indios de Chile". Nosotros no lo seguimos en la tesis de que el origen de nuestras disciplinas antropológicas debe buscarse tan atrás; estamos sí de acuerdo en que en los cronistas, cartas, informes, de los siglos anteriores hay mucha información valiosa que nos ayuda a organizar un estudio de acuerdo a las exigencias actuales de la ciencia social, pero esto no significa afirmar que nuestras disciplinas tenían ya un estatuto de cientificidad antes del siglo XIX.

Se puede postular que a fines de la década de 1870 se inició un primer intento semi-institucional de comenzar los estudios arqueológicos y etnológicos; así en 1878 se formó la *Sociedad Arqueológica de Santiago*, en 1880 se publicó el primer y único número de la *Revista de la Sociedad Arqueológica*, y en 1882 se publicó el libro de José Toribio Medina, *Los Aborígenes de Chile*.

Estos tres acontecimientos sólo se pueden explicar si recordamos que en Chile, a lo largo del siglo XIX, se había publicado un importante número de artículos sobre temas que ahora consideramos pertenecen a la especialidad de etnología y de prehistoria (o arqueología prehistórica). Principalmente, siguiendo una antigua tradición literario-histórica iniciada por los cronistas de los siglos XVI y XVII, en el siglo XIX

se publicaron muchos informes y estudios sobre exploraciones de regiones desconocidas del territorio nacional, que contenían algunas noticias de sus aborígenes.

Investigadores como Luis Montt, Wenceslao Díaz, José Toribio Medina, Rodolfo Amando Philippi, Francisco Astaburuaga, etc., que pertenecían a diferentes disciplinas, se congregaron el 1º de septiembre de 1878, bajo la presidencia del gran naturalista R.A. Philippi, y se propusieron "estudiar la etnografía americana", "estudiar las lenguas americanas" y "estudiar las antigüedades americanas".

Este conjunto de naturalistas, literatos, historiadores e incluso políticos, bien informados de lo que se estaba escribiendo en Europa, especialmente en Inglaterra, Francia y Alemania y posiblemente sin conciencia clara de que estaban organizando una nueva disciplina científica, son los verdaderos creadores de la Etnología y de la Prehistoria de Chile.

El libro de José Toribio Medina, publicado en 1882, es el resultado, la síntesis creadora, de un conjunto de publicaciones y de estudios hechos en los primeros 80 años del siglo XIX.(*).

Los relatos y descripciones de los viajeros, exploradores y estudiosos, los trabajos de historiadores como Diego Barros Arana, permitieron poco a poco, no sólo una acumulación importante de datos relacionados con el pasado prehispánico, sino también de informes valiosos sobre las costumbres de los aborígenes de Chile, especialmente mapuches.

La pregunta que debemos hacernos a continuación es ¿cómo fue posible esta acumulación de información científica?. Postulamos las siguientes hipótesis como posibles respuestas al problema planteado:

(*) En 1923, Ricardo Latcham, en la Revista Chilena de Historia y Geografía (Nº 51. Tomo XLVII, Año XII) escribió: "En resumen, no podemos sino repetir que después de los largos años que hemos dedicado a estos estudios, en nuestro concepto, los aborígenes de Chile... es el libro que ocupa el primer lugar entre los que tratan de estos temas; que su valor científico es tan real hoy como en el día en que se dio a luz; y que por mucho que se escriba posteriormente, jamás perderá su mérito" (pág. 307)

- a) existencia de comunidades aborígenes en el territorio nacional.
- b) valoración, desde el siglo XVI, de la presencia de estas sociedades y culturas nativas, y de su papel histórico en la configuración de la sociedad nacional.
- c) interés creciente por rescatar las fuentes y antigüedades del pasado nacional, enfatizando lo autóctono y lo criollo.
- d) influencia cultural y científica de los países europeos, especialmente Francia y Alemania.

Después de la publicación del estudio de J. T. Medina, en las décadas de 1880 y 1890, se fundaron dos sociedades científicas; una en 1885, la Sociedad Científica Alemana, presidida por el naturalista Philippi, y la otra en 1891, la Sociedad Científica de Chile (francesa), presidida por Albert Obrecht.

Estas dos sociedades fueron, conjuntamente con la Universidad de Chile y el Museo Nacional, las instituciones que hicieron posible que en Chile, sobre todo en Santiago y en Valparaíso, se pensase, discutiese y escribiese sobre diferentes problemas científicos.

Según algunos investigadores(*) estas sociedades fueron tan o más importantes que la propia Universidad de Chile. En estas sociedades, participaron diferentes estudiosos, haciéndose posible un ambiente intelectual científicamente interesante "dentro de una ciudad tosca y practicista".

Los estudiosos que participaban en estas instituciones, tales como Medina, Philippi, Barros Arana, escribían e incluso hacían informes científicos muy relacionados con las disciplinas de la prehistoria y de la etnología. No debemos dejar de recordar que en 1884 el historiador Barros Arana escribió, en su primer tomo sobre la Historia General de Chile, 1ra. parte, un número importante de páginas tituladas "Los indígenas". Cuando tratemos las influencias de las teorías europeas volveremos a este autor.

(*) Humberto Fuenzalida, Don Ricardo E. Latcham y el ambiente científico de Chile a comienzos de siglo, *Noticiero Mensual del MHN*: año XIII N° 87, 88; Santiago, Chile.

Los temas tratados por todos estos estudiosos se relacionaban con la teoría Darwinista o de la Evolución; con las teorías Autoctonistas o de la Difusión de los habitantes y de la cultura americana; con la descripción de algunos tipos de herramientas ("piedras horadadas" de Alejandro Cañas Pinochet), con la antropología física (Dr. Luis Vergara Flores), o con la descripción de territorios poco conocidos (desierto de Atacama). En los libros de Alejandro Bertrand, 1885, y de Francisco San Ramón, 1896, se daban noticias sobre los habitantes y sus tumbas, herramientas, creencias, ruinas, etc.

Hacia 1910 se publican nuevos trabajos, se reúnen en un Congreso Internacional grupos importantes de estudiosos y se fundan nuevas instituciones. Estamos, entonces, ante una situación que, aunque continúa trabajos de ideas del pasado, ofrece nuevas características especiales: entre éstas está la aparición de nuevos investigadores, tales como Ricardo Latcham y el Dr. Max Uhle. Junto a ellos deben ser también mencionados el Dr. Aureliano Oyarzún y el sacerdote etnólogo Martín Gusinde. Así se inicia el *segundo período* de la antropología chilena, tan rico en estudiosos y en investigaciones descriptivas.

En Santiago de Chile se inauguró el 25 de diciembre de 1908 el IV Congreso Científico y el I Panamericano. En este Congreso participaron, entre otros, Ricardo Latcham y el Dr. Max Uhle. El trabajo de Latcham se llamó Antropología Chilena y el mismo autor lo consideró un resumen de los estudios y observaciones hechos durante un largo número de años. Esta monografía fue publicada en 1911. Algunas de las conclusiones de Latcham fueron:

- a) desde tiempos remotos han existido en el territorio chileno numerosas razas que se han mezclado.
- b) desde muy antiguo vivió en Chile una raza autóctona paleoamericana, cuyos más antiguos representantes serían los alacalufes y probablemente "algunas familias de los changos".
- c) la actual población aborigen se formó por sucesivas invasiones del norte y el oriente.
- d) las migraciones de pueblos chilenos a tierras argentinas no han

sido importantes, en cambio sí lo han sido los movimientos de los pueblos que provienen del oriente de la cordillera de los Andes (caso de los araucanos).

- e) la ocupación incásica "pudo lograr resultados extraordinarios porque había en el territorio chileno un nivel cultural con rudimentos de agricultura y de pastoreo" ("estado patriarcal").

Es notorio, por otra parte, la ausencia de una secuencia cronológica de los pueblos en Ricardo Latcham.

En cambio Max Uhle, nos entregará un modelo cronológico que será acogido por todos los especialistas nacionales y extranjeros.

La obra en Chile del profesor Uhle (1911 - 1919) puede resumirse así:

- a) confeccionó el primer cuadro cronológico prehistórico, situando a las culturas del norte de Chile.
- b) describió la cultura de los oasis del desierto de Atacama ("Atacameña"). Consideró que la etnia atacameña era subestrato de todas las culturas del norte de Chile y, también, un ingrediente importante en la formación de algunos rasgos estilísticos tiahuanaqueños.
- c) dio a conocer, a partir de 1917, los principales elementos diagnósticos del período los Aborígenes de Arica, uno de los más antiguos junto al período del Hombre Primordial.

Estas descripciones de Uhle son usadas por muchos arqueólogos para describir posteriormente el Complejo Chinchorro.

- d) formuló el período Tiahuanaco y el Subsiguiente Epigonal para el Norte de Chile, para el Norte Semiárido e incluso insistió en la presencia de Tiahuanaco en Chile Central.

Sus estudios sobre Tiahuanaco (entre 1911 y 1922) inauguraron una problemática que hasta el presente continúa investigándose con gran interés.

Junto a estas dos figuras muy importantes investigan otros estudiosos tales como Martín Gusinde, Aureliano Oyarzún, Augusto Capdeville, Tomás Guevara, Carlos Oliver Schneider y Leon Strube.

Además entre 1909 y 1911 se organizan dos sociedades científicas, la Sociedad de Folklore, fundada por Rodolfo Lenz, y la Sociedad Chilena de Historia y Geografía; esta última sociedad inició las publicaciones de la Revista Chilena de Historia y Geografía (el Nº 1 apareció en 1911).

Este segundo período de la Antropología Chilena termina en la década de 1940, sea porque estos investigadores mencionados mueren o porque dejan de producir científicamente debido a su avanzada edad.

El *tercer período* de la Antropología de Chile lo situamos a partir de comienzos de la década de 1940 (Latcham muere en 1943 y Oyarzún en 1947). Principalmente en este nuevo período destacan el arqueólogo norteamericano Junius Bird y los estudiosos nacionales Francisco Cornely, Jorge Iribarren y la Dra. Grete Mostny.

Junto a las publicaciones de Bird, con la exposición de sus métodos estratigráficos y los resultados de sus excavaciones de los años 1940-1941 en los conchales del norte de Chile, y antes en el extremo sur del país, merecen destacarse los trabajos de Francisco Cornely (cultura Diaguita y cultura de El Molle) de Grete Mostny (culturas precolombinas de Chile), de Jorge Iribarren con sus monografías sobre petroglifos, caminos del Inca y cultura de Huentelauquén, y Stig Ryden sobre la arqueología de la región del río Loa.

También en la década de 1950 se comienza a organizar un Centro de Estudios Antropológicos, dependiente de la Universidad de Chile, centro éste que cuenta con la presencia de profesores extranjeros (R. Schaedel, W. Mulloy y O. Menghin) y en donde se forma un grupo de especialistas, algunos de los cuales aún permanecen en actividades de investigación, sea en el país o en el extranjero (Ximena Bunster, Juan Munizaga, Bernardo Berdichewsky, Gonzalo Figueroa).

En este período aparece también la figura del padre jesuíta Gustavo Le Paige, quien desde 1955 centró sus estudios en la zona de San Pedro de Atacama.

Es interesante señalar que en las décadas de 1940 y de 1950 permanece sin resolverse la discusión sobre las dos secuencias culturales y cronológicas, una proveniente de Uhle-Latcham y la otra de Bird.

Se hicieron, hacia 1955-1957, esfuerzos por relacionarlas, pero no hubo consenso entre los especialistas.(*). Sin embargo este período fue muy importante: se dieron a conocer nuevas culturas en el Norte Chico de Chile; se expusieron científicamente las excavaciones hechas en Taltal, Pisagua, Quiani (costa norte de Chile); se comenzaron a hacer estudios en el interior del desierto nortino y apareció una nueva síntesis de la prehistoria de Chile, escrita por Grete Mostny, luego de 27 años, es decir desde cuando Latcham publicó su Prehistoria de Chile en 1928.

Pero ya comenzando la década de 1960 surge un conjunto de investigadores y se fundan varias instituciones, que obligan al historiador de la arqueología y antropología de Chile a postular *un nuevo período, el cuarto*, que se caracteriza por la presencia de equipos de investigadores, por la organización institucional universitaria, por la docencia sistemática, y por la incorporación de técnicas, métodos y teorías importantes.

Obviamente esa eclosión intelectual y científica le debe mucho a la década de 1950, pero tiene su propio perfil, sus propias características y nuevas personalidades.

El período que se inició a comienzos de la década de 1960, se caracterizó por:

- a) Formación de nuevos museos arqueológicos regionales, por ejemplo en Arica y en Calama(*).
- b) Formación de carreras universitarias: Universidad de Concepción; Universidad de Chile, en Santiago.
- c) Organización de la Sociedad Chilena de Arqueología, en 1963.
- d) Investigaciones de campo y publicaciones especiales que expresan un trabajo científico supra individual, por equipos, e interdisciplinario.

(* *Arqueología Chilena*, Publicación del Centro de Estudios Antropológicos; Universidad de Chile; 1957; Santiago, Chile.

(* Rigurosamente el Museo Regional de Arica, fundado por Percy Davelberg, es de la segunda mitad de la década de 1950.

- e) Incorporación de nuevas técnicas y métodos de investigación (métodos estadísticos, de computación, etc.).
- f) Iniciación continuada de Congresos de Arqueología; desde 1961 hasta el presente se han efectuado 12 reuniones, todas con sus respectivas Actas.

Se trata entonces de un período principalmente caracterizado por las instituciones, no por las individualidades; abierto a los métodos y teorías de las ciencias exactas y sociales y que pretende formar a nuevos arqueólogos y antropólogos en la docencia universitaria. Igualmente los profesores jóvenes de estos decenios viajan al extranjero para especializarse.

Para algunos estudiosos, ya en la década de 1980 se había producido un relevo de investigadores (todos formados por los investigadores y profesores de las décadas de 1960 y 1970), lo que recomendaría crear un nuevo período, (*el quinto*). Sin embargo, además de que varios estudiosos de las décadas de 1960 y 1970 siguen investigando y enseñando, hay una situación política nacional que produce una interrupción en el desarrollo normal de las disciplinas antropológicas y sociales. Entre 1973 y 1989, la Universidad de Chile, centro del desarrollo docente de la enseñanza antropológica de pre-grado, es intervenida por el Gobierno Militar y, sobre todo después de 1976 y hasta mediados de la década de 1980, sufre una serie de accidentes y discontinuidades en su desarrollo.

Por esta razón postulamos que desde 1990, con la participación de antiguos arqueólogos y profesores, y sobre todo con la irrupción de un fuerte contingente de estudiosos formados en 1970 y en 1980 (con todas las frustraciones y problemas que presentaba la intervención de las universidades chilenas por el Gobierno Militar) se iniciaría un nuevo período para el desarrollo de la Arqueología chilena.

Hay que reconocer, sin embargo, que en algunos museos se produjo entre 1973 y 1989 un desarrollo importante, apoyado por particulares y algunos hombres del gobierno militar que gustaban del estudio del pasado. El tratamiento, así, fue distinto: por una parte las universidades fueron maltratadas, en cambio algunos museos fueron respetados y, en casos especiales, incluso apoyados.

El Contexto Teórico de la Arqueología Chilena

Se trata de analizar cuáles fueron los paradigmas que se construyeron, que fueron aprobados por los círculos científicos y que incluso la sociedad nacional hizo suyos. Igualmente varias teorías o explicaciones antropológicas, propias del mundo europeo y norteamericano, estuvieron presentes en los arqueólogos y etnólogos nacionales desde fines del siglo pasado en adelante.

Cuando exponíamos el primer período científico (1880-1911) de la arqueología recordamos el aporte del historiador Diego Barros Arana, del naturalista R.A. Philippi y sobre todo de José Toribio Medina.

Todos estos estudiosos, unos más otros menos, fueron progresistas y evolucionistas. Creyeron en los procesos del evolucionismo expuesto por Darwin; es verdad que se discutió sobre el Darwinismo en las sociedades científicas mencionadas anteriormente, pero esta discusión generalmente no se refería a los aportes empíricos de Darwin. Así por ejemplo las descripciones de éste sobre el estado cultural de los aborígenes del extremo sur de Chile, propio de "salvajes" y de seres casi-humanos, según este naturalista, fueron recogidas por el historiador Barros Arana.

Las reacciones no se hicieron esperar en el mundo de la antropología internacional y también en Chile; los escritos de Max Uhle, por una parte, y los del Dr. Aureliano Oyarzún y, sobre todo, los del etnólogo Martín Gusinde, se fundamentaron en las teorías históricas (Particularismo Histórico y de Círculos Culturales).

Entre estos dos extremos se situó el etnólogo y arqueólogo Ricardo Latcham, quien insistió en su empirismo inglés. Así en 1909 en su *Antropología Chilena* (publicado en 1911) escribió: "Hasta ahora no había hecho más que anotar todos los hechos que se me presentan... en algunos casos no he hecho más que dejar constancia de los hechos; y si en algunas partes he indicado lo que me ha parecido una opinión razonada, no por eso he querido establecer finalidad, sino simplemente indicar la dirección que la evidencia existente tiende a señalar, dejando al porvenir probar o desaprobar la hipótesis avanzadas".

El caso de M. Uhle es más difícil de analizar. En sus trabajos pueden descubrirse matices y orientaciones ideológicas que lo situarán en la escuela Particularista Histórica, y algunos casos, lo aproximarían a la de los Círculos Culturales. Así para Martín Gusinde, Uhle era un especialista que trabajaba con las categorías de la Escuela de Viena. Para nosotros, en cambio, está muy próximo a las tendencias que favorecen las explicaciones del desarrollo histórico, mediante el estudio cronológico y la ordenación, en el espacio y en el tiempo, de las culturas aborígenes prehispánicas (cuadros cronológicos de las diferentes civilizaciones y fases de ellas). Sus estudios areales (es el creador de la arqueología del Pacífico: Chile-Perú-Ecuador), son un buen ejemplo de su esfuerzo científico por organizar grandes horizontes estilísticos, precursores de otros, hechos décadas más adelante.

Todo este primer período, caracterizado por sus descripciones, por su positivismo, por su darwinismo algo simplista, fue también un período que intentó explicar e ir más allá de los hechos, de la empiria más elemental. Sin embargo debemos reconocer que es el segundo período (1911-1940) el que será testigo de una interesante discusión de teorías, entremezcladas con estudios descriptivos y factuales.

En este segundo período participaron activamente, como ya lo hemos escrito, los arqueólogos Uhle (hasta 1919) Latcham, Oyarzún, Gusinde, Guevara, etc.

Por una parte las secuencias culturales y cronológicas mostraron una tendencia histórica indiscutible; de Uhle pasaron a Latcham y fueron también usadas por Guevara y Oyarzún. Siempre en esta línea hay un esfuerzo por construir una visión sintética de lo que aconteció en el período prehistórico de Chile (Latcham, 1928; 1936).

Por otra parte las traducciones del Dr. A. Oyarzún permiten conocer los trabajos etnológicos de la Escuela de los Círculos Culturales, especialmente de Koppers, Schmidt y otros. Pero el aporte científico más significativo fue el trabajo de campo del sacerdote Martín Gusinde, quien llegó a Chile en 1912 a la edad de 25 años. Rápidamente se incorporó al Museo de Etnología y Antropología, otra de las instituciones creadas en 1911 y cuyo director fue Max Uhle. Esta colaboración continuó hasta 1924. Su aporte realmente significativo está vinculado el

estudio, descripción e interpretación de las costumbres, de la organización social y de los estudios antropológicos físicos de los aborígenes del extremo sur de Chile. Uno de sus intereses más particulares es el estudio comparativo, es decir, establecer relaciones iguales de cultura entre diferentes grupos de indígenas: los alacalufes, los onas, los haus y los yamanas.

Sin lugar a dudas este etnólogo de la escuela de los Círculos Culturales salvó para el conocimiento científico al "hombre más primitivo de América" e incluso, al decir del Dr. Oyarzún, contribuyó al conocimiento fundamental de las culturas más antiguas de la raza humana.

Entre 1940 y 1960 algunas líneas teóricas fueron aplicadas en Chile. Así, por ejemplo, el estudio del medio ambiente y sus relaciones con el desarrollo tecnológico y cultural fue trabajado por Junius Bird y por Richard Schaedel; se postularon áreas o provincias ecológicas, que poseían sus características tecno-ambientales y tecno-económicas muy definidas.

El estudio del pasado más antiguo cultural de los cazadores y recolectores del desierto de Atacama fue hecho por Gustavo La Paige; en sus estudios postuló incluso una profundidad cronológica no acostumbrada en Chile (50.000-30.000 años).

Mediante análisis tipológicos, en donde se usaban criterios morfológicos, de materia prima, combinados con algunos criterios tecnológicos y de medio ambiente, postuló La Paige un cuadro cronológico que iba desde Ghatchi, caracterizado por sus instrumentos de núcleos y lascas gruesas paleolíticos, hasta las industrias muy desarrolladas del Mesolítico Atacameño (1.000 AC).

Todas estas investigaciones, fundamentadas en un evolucionismo unilateral, fueron enriqueciéndose ya en el siguiente período, década de 1960 en adelante. En primer lugar, este nuevo período introdujo nuevos métodos y técnicas que algunos arqueólogos trajeron de Europa o de Estados Unidos: métodos estadísticos de Bordes; método de computación; método de análisis de materiales culturales, biológicos, materias primas, relictos alimenticios, todos productos de excavacio-

nes. Estos métodos daban una información más completa de los grupos humanos y de sus sistemas de vida socio-económica.

Poco a poco en las excavaciones se van dejando de lado los hallazgos selectivos, casuales y se coloca el acento en las excavaciones sistemáticas, no sólo en los cementerios, sino también en los asentamientos, en los análisis de talleres líticos, en los lugares de matanza, etc.

Igualmente puntos de vista etno-históricos comienzan a ser incorporados (métodos de análisis de J. Murra: control vertical del máximo de pisos ecológicos).

Hemos recordado (*) que el uso de las teorías fue una adquisición lenta de la arqueología chilena, aunque nunca dejó de usarse. Así, las teorías difusionistas, autoctonistas, evolucionistas, etnohistóricas (modelos de sociedad andina apoyado en el concepto de complementariedad; modelo de verticalidad, modelo de movilidad giratoria, modelo de esferas de interacción, etc.) fueron de una u otra manera usadas por los arqueólogos chilenos.

Todos estos últimos marcos teóricos se han desarrollado en este período que lo hacemos terminar hacia fines de la década de 1980, colocando así el acento explicativo en una situación contextual académica y política: vuelta de la libertad académica universitaria y científica, gracias al regreso del sistema democrático nacional.

Para concluir este muy breve resumen del desarrollo de las tendencias teóricas antropológicas, recordemos que han continuado los esfuerzos de algunos materialistas culturales -progresivamente alejándose del Marxismo- por explicar los procesos culturales y sociales, fundamentándose en conceptos tecno-ecológicos y tecno-económicos.

Sin embargo, esta arqueología procesal se convierte en una corriente más en la arqueología de Chile.

(*) Investigaciones y teorías en la Arqueología de Chile. Ed. Centro de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile; 1982, Stgo., Chile.

Por influencias de las disciplinas etnológicas y etnográficas se enuncia una tendencia neo-comprensiva y anti-predictiva, en donde la búsqueda de la causalidad, apoyada en la empiria, intenta ser reemplazada por el conocimiento comprensivo, subjetivo, en donde se insiste en la importancia de la perspectiva personal del investigador, y en que la realidad objetiva existe sólo a través del sujeto cognoscente.

En importante, por lo tanto, insistir en que no hay que caer en extremismos conceptuales: el estudio riguroso de la empiria (de la realidad arqueológica) nunca podrá dejarse de lado. A partir de ella, entonces, organizaremos un conocimiento explicativo provisorio; esta episteme (no solamente opinión personal) deberá equilibrar el estudio de la realidad material cultural, del medio ambiente y de los factores políticos, sociológicos y de creencias.

En el caso de nuestro libro, nos situaremos ante una realidad que se reconoce como tal desde hace por lo menos 10.000 años a.C., a lo largo del territorio actual de Chile, desde los grados 18 al 56, es decir a lo largo de 4.200 kms. de norte a sur, en el extremo austral de Sud-América.

Un resumido *encuadre histórico-cronológico* de las sociedades aborígenes pasadas y actuales sería el siguiente:

- 1) El primer período que se estudia es el que corresponde al *Paleoíndio*. Este se postula entre el 20.000 y el 7.000 a.C.. La fecha de 20.000 a.C. debe considerarse como hipotética y por esta razón las fechas absolutas que se manejan para los inicios de este período no van más allá del 11.000 a.C..
- 2) El segundo periodo se denomina *Arcaico* y para el norte de Chile comenzaría hacia el 8.000 a.C.; en cambio para el sur las fechas serían más tardías, hacia el 6.500 a.C.. El comienzo del arcaico está relacionado con un nuevo período geológico, el Holoceno, que presenta características especiales según sean las regiones: por ejemplo, en el extremo sur de Chile la fauna pleistocénica continúa hasta el 6.500 a.C., lo que no ocurre en el centro y en el norte árido. En este periodo la recolección, la caza y la pesca especializadas son expresiones características de la economía;

igualmente el fenómeno del sedentarismo se verifica como una realidad hacia fines del arcaico.

- 3) Hacia el 1.000 a.C. se inicia el periodo *Temprano agroalfarero*, caracterizado por la presencia de asentamientos sedentarios, aldeas de pastores y agricultores, y, en algunos casos, de pescadores y mariscadores. La presencia de un conjunto de técnicas novedosas (alfarería, tejidos, metales) señala relaciones con regiones aldeanas provenientes tanto del altiplano boliviano como del norte argentino.
- 4) Hacia comienzos de la era cristiana se reconocen en diferentes regiones complejos o culturas agroalfareras y pastoriles, tales como Alto Ramírez, San Pedro de Atacama, Molle, El Bato y Lolloe que cubren tanto el norte como el centro-sur de Chile en el período Temprano. Algunas de estas culturas sólo llegan hasta el 800 d.C.; en cambio otras, como la de San Pedro de Atacama, continúan con fases medias y tardías. Así el periodo Medio agroalfarero está representado en la región de Arica (I Región) por la presencia de la civilización altiplánica de Tiwanaku; en la II Región por la fase III de San Pedro de Atacama; en el norte semiárido (III y IV Región) por la cultura Las Animas y en Chile Central por la fase final de la cultura Lolloe y por los comienzos del complejo Aconcagua. Este último continúa a lo largo del periodo *Tardío agroalfarero*, siendo contemporáneo a la cultura Diaguita en el norte semiárido, con las fases III (en su parte final) y IV de San Pedro de Atacama, y la cultura Arica. En el sur ya están desarrollándose, con influencias de culturas de Chile Central, las culturas de Pitrén y El Vergel. En el caso de Pitrén se postula también como ocupando parte del periodo Medio agroalfarero.
- 5) Hacia el 1.470 d.C. se reconoce la presencia del *Imperto Inca* en diferentes regiones, alcanzando su presencia, hasta ahora estudiada, al valle del Cachapoal.

Luego del siglo XVI se organiza en los siglos de la Colonia la cultura de la etnia *mapuche* o *araucana*, entre los grados 36°, 30' y 41°

fuertemente mezclada con otras etnias aborígenes y con los españoles-chilenos.

En el norte, entre los 17° 30' y 23°, el territorio estaba habitado por poblaciones *aymaras*. En San Pedro de Atacama y en los diferentes poblados del Salar de Atacama estaban los *atacameños*. Especialmente los aymaras se mantienen en la actualidad con sus tradiciones y su lengua; en cambio los atacameños la han perdido. Más al sur, entre los grados 29 y 32, los españoles conocieron a los *diaguitas*, pero en el presente han desaparecido como etnia.

Más al sur de los mapuches, los pueblos *chonos* también se extinguieron y sólo quedan algunos pequeños grupos de *alacalufes* en Puerto Edén, grado 49. En el extremo sur de Chile, hasta hace unos pocos años atrás, aún vivían algunos *onas* y *yaganes* (o *yamanas*); hoy día ya no existen.

En el Pacífico, en la isla de Pascua (Rapa-Nui) viven en la actualidad alrededor de 1.200 *pascuenses*, conservando algunas de sus tradiciones y su lengua.

3 *El Paisaje Chileno*

Rigurosamente hablando, el Chile actual está situado en el extremo sur-occidental de América del Sur, entre los paralelos 17° 30' y 56° 30' prolongándose en el Polo Sur (la Antártida). Esta realidad geográfica, que recuerda artefactos tales como la espada o el remo, a decir del cronista Góngora Marmolejo y de la poetisa Gabriela Mistral, le otorga al país también rasgos naturales extremos: en el norte la sequedad y la falta de lluvias propias del desierto; en el sur los fríos y las lluvias de una región insular y desmembrada; al este el alto murallón de la cordillera de los Andes y al oeste el mar azul y frío del Pacífico, con unas pocas islas volcánicas (Juan Fernández, Pascua).

Este país, de más de 4.200 kms. de largo y de sólo 180 kms. de ancho, no fue siempre así. Se fue haciendo poco a poco a través de los milenios y, sobre todo, en los últimos siglos.

Cuando los españoles llegaron por primera vez a Chile, en 1536, tuvieron que atravesar extensas planicies desérticas que eran el límite entre el Tawantinsuyu y este lejano mundo sureño, y sólo cuando acamparon en el rico valle del Aconcagua, aproximadamente en el paralelo 33, al norte del futuro Santiago, iniciaron el conocimiento de Chile. Sin embargo en pocos años, ya con el capitán Pedro de Valdivia, el territorio conocido con el nombre aborigen de Chile, o hispánico de Nueva Extremadura, comenzó a crecer, extendiéndose por lo menos hasta la actual Serena (paralelo 30). Por el sur, ya en 1550 su límite alcanzaba el caudaloso río Bío-Bío, frontera natural y cultural por varios siglos entre españoles e indígenas (araucanos). En pocos años más fue el valle de Copiapó el inicio del reino de Chile, extendiéndose éste en forma continuada alrededor de 800 kms. hacia el norte de Santiago y aproximadamente 600 kms. hacia el sur. Sólo en el siglo XIX y como resultado de acontecimientos de diferentes características (colonización, explotación económica, guerras, tratados, etc.) el país alcanzó los límites actuales. Pero no sólo se ganaron nuevos territorios, también se perdieron extensas zonas, especialmente al oriente de la cordillera de los Andes, que ahora pertenecen a la República Argentina.

Esta situación actual geográfico-histórica podría recomendarnos no insistir en una realidad geográfica pasada. Sin embargo, el conocimiento de las sociedades y culturas situadas en el extremo norte del actual Chile nos permite escribir un capítulo que relaciona a los habitantes del desierto y del territorio andino con aquellos que vivieron más al sur, también en terrenos semiáridos. La unidad, la columna vertebral está dada por cuatro fenómenos geográficos: la *cordillera de los Andes*, la *Depresión Intermedia*, la *cordillera de la Costa* y las *Planicies Costeras*. Estas realidades naturales, humanizadas poco a poco a lo largo de miles de años, hicieron que los procesos de adaptación, de dominio de las altas y bajas tierras y del mar fueran ejemplos particulares de una gran empresa, tan antigua como la misma prehistoria. Tanto la cordillera de la Costa, como la Depresión Intermedia o Central, con algunos accidentes, están presentes por lo menos hasta Chiloé, donde desaparecen bajo las aguas del Golfo de Penas. También en sus valles, unos áridos y otros verdaderos vergeles, las comunidades aborígenes comenzaron a vivir hace miles de años su historia, primero como recolectores y cazadores, y luego como pastores y agricultores. Especialmente, desde que se iniciaron las explotaciones agrícolas, las transformaciones del territorio, con el lento deterioro de sus recursos naturales, formaron parte de una experiencia histórica común.

Así parece necesario caracterizar, aunque sea brevemente, este largo escenario natural desde la perspectiva geológica, geográfica, climatológica y vegetal.

Pero antes de describir los aspectos más sobresalientes de este medio geográfico, agreguemos una nueva razón para insistir en la unidad territorial y cultural.

Los actuales grupos étnicos que aún sobreviven en nuestro país son de alguna manera descendientes de las antiguas sociedades que habitaron tanto el norte como el centro-sur de Chile. Los aymaras del extremo norte chileno, habitantes de los valles serranos y de la alta planicie, a pesar de sus profundos cambios culturales y biológicos, mantienen un núcleo de creencias e instituciones, como también rasgos antropológico-físicos que los hacen los verdaderos continuadores de

las comunidades pre-hispánicas. Lo mismo ocurre con los pueblos mapuches, al sur del río Bío-Bío; incluso son más numerosos y más hábiles para sobrevivir en una sociedad moderna (la chilena). Estos dos ejemplos, los más característicos, apoyan nuestro modelo interpretativo que insiste en la relación del medio ambiente natural con las experiencias históricas y culturales, desde la prehistoria hasta el presente.

Chile ha sido siempre, en América del Sur, un territorio semi-aislado, con límites naturales muy bien estructurados y también con un cierto comportamiento interno regional. Como dicen nuestros geógrafos, este aislamiento interno se refuerza con la variedad climática y vegetacional de las diversas regiones de Chile: en el norte un paisaje desértico extremo (sahariano), en el centro un paisaje mediterráneo, en el sur un paisaje suizo y en el extremo sur uno parecido al de Noruega.

¿Cómo se formaron nuestras principales estructuras geográficas? De acuerdo a la información de los geólogos chilenos, el actual relieve, que fue también el que conocieron los más antiguos habitantes de Chile, comenzó a estructurarse en el Mesozoico y en el Terciario. Especialmente en la época Terciaria se fueron configurando las fajas fundamentales del relieve: cordillera de los Andes, cordillera de la Costa y Depresión Intermedia. Posteriormente, en el Cuaternario, hace 2 millones de años, las fajas de relieve generados en el periodo anterior, sufrieron sollevamientos o hundimientos, provocando importantes cambios del nivel del océano. En esta época se vivió el fenómeno de las glaciaciones e interglaciaciones, que tuvo como consecuencia, entre otras, la configuración de las planicies litorales y de la Depresión Intermedia.

La cordillera de los Andes le otorga a Chile una especial imagen de país montañoso, aumentado por la presencia de la cordillera de la Costa. Aunque sus características cambian, no abandona el paisaje chileno en ningún momento, incluso reapareciendo en la Antártida, donde en la Tierra de O'Higgins alcanza alturas de 3.000 mts.. En el norte de Chile la cordillera de los Andes y el fenómeno del volcanismo han configurado un paisaje de grandes alturas (sobre 6.000 mts. s.n.m.) y una altiplanicie de alrededor de 4.000 mts.. (*Altiplano* en el extremo

norte y *Puna* en la región de Antofagasta).(*) Entre el Altiplano y la Depresión Intermedia aparecen quebradas que corren de este a oeste y serranías pre-cordilleranas semi-paralelas a los altos picachos andinos. (*) Estos cordones montañosos aumentan cuando se avanza hacia el sur (Norte Chico: III y IV Regiones); se desprenden de los Andes en dirección este-oeste, interrumpiendo la Depresión Intermedia. La cordillera de los Andes mantiene sus alturas sobre los 6.000 mts., aunque no se caracteriza por fenómenos volcánicos. En cambio en Chile Central, al interior de Santiago, reaparece el volcanismo y comienza una lenta disminución de las alturas. Este fenómeno de baja de altura continúa en el sur, con alturas entre 3.000 y 4.000 mts. El volcanismo es fuerte y las mayores alturas de los Andes sureños corresponden a volcanes. A su vez la erosión glacial produjo cambios importantes en la continuidad cordillerana, originando formaciones lacustres importantes. Esta cordillera relativamente baja puede ser cruzada con cierta facilidad, provocando importantes contactos sociales y culturales entre el occidente y el oriente de ella. Desde el período pre-hispano diferentes grupos humanos vivieron en sus faldas, cruzándola una y otra vez (pehuenches, puelches, huilliches).

Más al sur del estrecho de Reloncaví (al sur de Puerto Montt) la cordillera está fuertemente afectada por la acción de los hielos; incluso en la provincia de Magallanes su discontinuidad es patente; finalmente vuelve a aparecer en la Antártida.

La importancia de la cordillera de los Andes es muy grande desde la perspectiva de los recursos hídricos, siendo un reservario muy importante de agua. Igualmente es una reserva valiosa de minerales. De alguna manera y desde muy antiguo el habitante de estas tierras privilegió las altas montañas, haciendo de ellas incluso lugares de ceremonias y rituales religiosos.

(*) Algunos especialistas del Norte Arido (primera región) definen 3 pisos ecológicos la costa (incluyendo el litoral, la cordillera de la Costa, los valles bajos transversales y la depresión intermedia), la Sierra (entre los 3 y 4 mil mts.) y el Altiplano o Puna Seca (sobre los 4000 mts.)

(*) En la primera región tenemos por ejemplo, la Sierra de Huaylillas, y en la segunda región la Cordillera de Domeyko.

La otra cadena montañosa, paralela a los Andes y situada cerca de las planicies costeras, es *la cordillera de la Costa*. Nace algo al sur de Arica y luego de diferentes accidentes y alteraciones a lo largo del territorio, desaparece en la península de Taitao. Algo más antigua que la cordillera de los Andes, ha sufrido fuertes erosiones, siendo más baja y de formas más redondeadas.

En el norte aparece como una cadena montañosa rugosa, de cierta anchura (50 kms.), de unos 2.500 mts. de altura y que a veces cae abruptamente hacia el mar (acantilados), no permitiendo la existencia de planicies costeras antepuestas. A su vez, por el lado oriental, desciende con cierta suavidad a la Depresión Intermedia. (*)

Entre Chañaral y el valle del río Aconcagua desaparece prácticamente por acción de los agentes erosivos, por la acción del mar y por los cordones montañosos que cruzan la región del Norte Chico. Vuelve a aparecer en la Región Central con alturas aproximadas de 2.000 mts.. Tanto en el Norte Chico como en esta región hay un desarrollo importante para las planicies costeras.

Hacia el sur sufre diferentes accidentes y con dificultad llega al río Bío-Bío, pero al sur de éste vuelve a elevarse formando la cordillera de Nahuelbuta, de gran importancia histórica, por haber sido en muchas ocasiones centro de la sublevación mapuche-araucana.

Más hacia el sur, cuando reaparece, no llega a alturas superiores a los 600 mts., produciéndose en varias partes la unión de las planicies costeras con la Depresión Intermedia (por ejemplo, entre el río Imperial y el río Toltén). Al sur del canal de Chacao aparece de nuevo en la Isla Grande de Chiloé (cordillera de Piuché), para hundirse en las aguas al oeste de la península de Taitao.

Entre las dos cordilleras que caracterizan en Chile se forma un profundo y extenso corredor tectónico, que se extiende longitudinalmente hasta Chiloé, para desaparecer en las aguas del Golfo de Penas.

(*) Entre Pisagua Viejo y Punta Gorda, al sur de la desembocadura de Camarones, la Cordillera de la Costa se retira del litoral permitiendo la formación de amplias playas. Más al norte las desembocaduras de las quebradas de Camarones, Chaca y Codpa, formaron extensas playas (Camarones y Caleta Vitor) que fueron ocupadas desde muy antiguo por grupos de recolectores y cazadores.

En el norte esta *Depresión Central*, desértica y resquebrajada por diferentes quebradas y uno que otro río, tiene una altura media de 1.400 mts. s.n.m.. A la superficie de la depresión, situada entre las quebradas, se le denomina Pampa. Estas planicies merecieron la atención de los primeros cronistas españoles, puesto que muchas veces las expediciones españolas, en el siglo XVI, tuvieron que cruzarlas, padeciendo todo tipo de sufrimientos, especialmente por la falta de agua.(*)

Desciende poco a poco hacia el sur, alcanzando entre Santiago, y el río Bío-Bío una anchura media de 80 kms.. En algunos sectores forma cuencas, tales como los de Santiago y Rancagua. Más al sur, desde la angostura de Pelequén hasta el río Itata se extiende sin interrupciones, denominándose este sector Valle Longitudinal. Más al sur del Bío-Bío el relieve intermedio se caracteriza por planicies relativamente pequeñas, formadas por acarreo fluvial y glacial, y en general se presenta ondulado por la presencia de las primeras estribaciones montañosas. Uno de estos sectores, el de la Isla de la Laja, con figura de triángulo, fue importante lugar de encuentro entre españoles, chilenos, mestizos, pehuenches y mapuches.

Desde La Unión hasta Puerto Montt esta faja intermedia se amplía hacia la costa; hacia el oriente está caracterizada por un rosario de lagos. Más allá de Puerto Montt aparece en forma intermitente, para hundirse en las aguas del Golfo de Penas.

Hay que tener en cuenta que esta Depresión Intermedia fue y sigue siendo, en la región central, el granero de Chile y el lugar en donde se produjo el mestizaje más intenso, formando el núcleo de la nación chilena.

Por último, *las plantctes costeras*, antiguo habitat de los pueblos pescadores y mariscadores, y, en el presente, lugar privilegiado de

(*) El cronista Gerónimo de Bibar (o Jerónimo de Vivar) en su *Crónica y Relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile* escribe "Estos valles tienen de largo, el compás que hay de las nieves hasta la costa del mar, que son quince y diez y seis leguas. Tienen de ancho estos valles a legua y a legua y media y algunos más o menos. El compás que hay de valle a valle son seis, siete y ocho leguas, y en algunas partes hay más y menos. Todo el compás de tierra que está fuera de los valles es estéril y despoblado o de grandes arenales. En todo este compás de tierra que hay estos valles no llueve".(Ed. Sáez-Godoy; cap. IV).

grandes centros urbanos, adquieren continuidad clara entre el Norte Chico y Puerto Montt. Estas planicies ganan presencia gracias a la disminución de la cordillera de la Costa y muchas veces, como lo hemos señalado, se unen con la planicie allí donde el cordón montañoso costero prácticamente desaparece.

Los geógrafos chilenos han caracterizado las variaciones *climáticas y en general el paisaje del país*, de acuerdo a dos grandes regiones. Desde Concepción al norte se identifica un sistema de circulación atmosférica sub-tropical, regido por los vientos alisios. En esta región la aridez dura de seis a doce meses; en ella están comprendidos el Norte Grande, el Norte Chico y Chile Central. En cambio, al sur de los 37°, existe un sistema de circulación templada en donde predominan los vientos oceánicos. En esta región la humedad dura entre seis y doce meses, y pertenecen a ella la región de la Frontera, de los lagos y de los canales.

En el Norte Grande (I y II regiones) el paisaje está caracterizado por la extrema aridez. Existe en el desierto nortino una antigua red hidrográfica que testimonia mayor humedad en el pasado Cuaternario. Por milenios y siglos se han desarrollado habitats diferentes en las quebradas que nacen en la sierra; uno que otro en el altiplano y, en general, en ciertos sectores privilegiados de los valles más cercanos al mar. La presencia de restos propios de cazadores, tan antiguos como de fines del Pleistoceno o comienzos del Holoceno (alrededor del 8.000 a.C.), muestra que la alta meseta andina y la sierra de la Primera Región (Arica e Iquique al interior) constituyó un buen ambiente para estos grupos de nómades. Las formaciones andinas sub-tropicales y xerofíticas no sólo caracterizan las tierras altas, sino también la costa y el sector pampeano.

La costa desértica, con un mínimo de precipitaciones y con alta humedad, nieblas o camanchacas permite la presencia de una faja de arbustos xerofitos; en cambio, desde Taltal al sur, aparece la formación del jaral costero. En la Depresión Intermedia predomina el clima desértico normal, en donde la vegetación es casi inexistente, exceptuando algunos líquenes. En las quebradas de Lluta, Azapa, Camarones se halla la brea y varias especies de juncos. La Pampa del Tamarugal aún

tiene algunos grupos de tamarugos, ejemplo de un pasado rico en aguas.

La diferencia entre los sectores descritos y el Altiplano se da por la presencia de las lluvias de verano (el «invierno boliviano»), que en el Altiplano permiten el desarrollo de un clima estepárico de altura, caracterizado por la paja brava y los bofedales, que han sido utilizados por las comunidades humanas desde la prehistoria para hacer sus viviendas y para el alimento de sus rebaños de auquénidos (llamas, alpacas).

En el Norte Chico (III y IV regiones), al sur del valle de Copiapó, el relieve cambia. Desaparecen al altiplano y la pre-cordillera; surgen las planicies marinas y toda la Depresión Intermedia o Central es cruzada de este a oeste por cordones montañosos, en donde se forman los valles transversales. Surgen diversas formas de subsistencia: unas apoyadas en los recursos marinos, otras en la agricultura y, en los sectores de secano, en la ganadería caprina. Poco a poco la agricultura se ha ido imponiendo a la actividad minera, que fue muy importante en el pasado más cercano («región de las mil minas»). El «boom» frutícola actual es el último ejemplo de los cambios vividos en esta región. Por lo demás la agricultura siempre ha sido más estable que otras formas de subsistencia; lo demuestran por ejemplo en los tiempos pre-hispánicos las culturas Molle y Diaguita. Desde el valle del Elqui hasta Zapallar, debido a las nieblas costeras y a la alta nubosidad, se desarrollan formaciones de matorrales, abundantes en hidrófitas primaverales.

La pluviosidad en La Serena alcanza una media de 133 mm. anuales. Al interior, desde Vallenar hasta el río Aconcagua, el clima es también estepárico, con lluvias escasas y con baja humedad atmosférica; las temperaturas son más elevadas que en el sector costero: es un clima seco y luminoso, muy apropiado para la observación de los cielos. Por esta razón, en el presente, la región se caracteriza por sus observatorios astronómicos. En el pasado también los hubo, obviamente con otra tecnología. Toda esta región está dominada por los matorrales espinosos y arbustos bajos que se multiplican cuando se avanza hacia el sur.

En la Región Central, en donde los rasgos del relieve típico de Chile

se manifiestan plenamente (Cordillera de los Andes, Valle Central, Cordillera de la Costa), el clima es cada vez más mediterráneo: templado-cálido, con estación seca y lluvias invernales. Las precipitaciones van aumentando, desde Santiago que tiene 360 mm., a 1.030 mm. en Chillán. Sus temperaturas, por el contrario, sufren sólo variaciones pequeñas; la media anual es de 13° a 14°. Su vegetación, en el litoral y en el valle central, se caracteriza principalmente por bosques subtropicales de esclerofilas y xerofíticas, con concentraciones en su parte norte de formaciones subtropicales de suculentas y matorrales espinosos propios del Norte Chico. En la cordillera de los Andes continúa el predominio de las formaciones subtropicales y xerofíticas.

Este Chile Central, núcleo de la nacionalidad chilena y en donde se concentró el mestizaje, muestra la presencia humana a lo largo de los siglos. En sus fondos planos predomina la gran variedad de verdores, que muestran la presencia del agricultor; en cambio en sus cerros el color amarillo de su flora indica la ausencia humana. Aquí, en esta región, los primeros grupos de conquistadores españoles levantaron sus campamentos, construyeron la primera aldea-ciudad (Santiago), cultivaron la tierra siguiendo la antigua costumbre aborígen, repartieron indios (encomiendas) y la tierra de acuerdo a sus necesidades y ambiciones.

Toda la región de Concepción y de La Frontera (río Bío-Bío) se caracteriza por su clima semi-húmedo y por bosques de frondosas caducifilias, hoy día muy raleados por las industrias madereras. En Concepción, fundada por el capitán Pedro de Valdivia en 1550, llueve 1.292 mm. anuales; en cambio al sur del río Bío-Bío, especialmente en los sectores costeros, las lluvias disminuyen. A su vez, en las faldas cordilleranas de los Andes la pluviosidad aumenta en forma considerable; llueve más que en la Depresión Intermedia o Central.

Uno de los bosques más interesantes, por su gran antigüedad, por su valor cultural e incluso por su hermosura, es el de las araucarias. Sin embargo, sólo se conserva en las tierras altas de los pehuenches (altos del Bío) y en la cordillera de Nahuelbuta, hacia la costa, en tierra de los mapuches-araucanos.

El ambiente húmedo y templado hizo posible la formación de un bosque primitivo, que en el último tiempo ha cedido ante el hacha y el aserradero del colonizador. Las colinas boscosas son hoy campos en que se cultivan cereales o sirven para el pastoreo.

La Región de los Lagos se caracteriza por la presencia de una docena de lagos situados entre los faldeos cordilleranos y la Depresión Intermedia. El bosque, alimentado por las abundantes lluvias, se caracteriza por sus especies de hojas perennes, coriáceas, de color verde oscuro; un soto-bosque de bambúes, quilas y trepadoras lo hace casi impenetrable. El bosque ha sido parcialmente destruido por los roces.

Región colonizada en el siglo pasado por grupos pequeños de europeos, que no pasaron de 5.000 personas, tiene un potencial agroindustrial muy importante. Fue esta región, por varios siglos y sobre todo en su interior, una verdadera ínsula alejada del Chile colonial, puesto que los españoles y criollos no pudieron incorporarla debido a la resistencia de los araucanos y huilliches.

Al sur de Puerto Montt se inicia la Región de los Canales, desmembrado territorio devorado por el mar sureño y golpeado por los vientos. En él diferentes grupos de aborígenes vivieron entre sus islas y archipiélagos: los chonos, los kawascar y los yamanas en el extremo sur; en el continente, a ambos lados del estrecho de Magallanes, los onas, cazadores de la región de Tierra del Fuego. Algunos de ellos fueron exterminados en la lucha con los europeos (caso de los chonos, yamanas y onas) y ya en los siglos XIX y XX, los que lograron sobrevivir se mezclaron cada vez más con los chilotes. Hoy día el silencio es casi completo; unas pocas familias de kawascar, muy mestizados y 3 o 4 individuos yamanas, cerca de Puerto Williams, es lo único que queda del pasado aborigen en este territorio aislado y desolado, que sigue reclamando la presencia del hombre. Es ahora el chileno quien, poco a poco, va imponiendo su esfuerzo colonizador.

Las unidades propias del relieve chileno, excepto la cordillera de los Andes, desaparecen en el rosario de islas, fiordos y canales.

En esta zona predominan las comunidades vegetales resistentes a las

bajas temperaturas (especialmente en las latitudes magallánicas); se encuentran la tundra, el bosque caduco sub-antártico y la estepa fría de la Patagonia. En el sector más occidental, en los cientos de islas, la vegetación es la que corresponde a la selva de la lluvia y en el suboccidental extremo sur se encuentra la unidad biodinámica propia de la tundra.

En verdad este ambiente, muy frío, muy lluvioso y uno de los más difíciles para vivir, permitió a los hombres antiguos sobrevivir de acuerdo a sus conocimientos. Ellos fueron derrotados sólo por otros hombres. Entre el ayer y el hoy cultural la diferencia es drástica, violenta e injusta, sobre todo en estas regiones. En cambio en otras, también difíciles, sobreviven miles de familias pertenecientes a pueblos antiguos, aunque muy mezclados y aculturizados; tienen un futuro en cuanto se les respeta lo que queda de su estilo de vida tradicional, especialmente su lengua y ceremonias religiosas.

Para terminar, resumamos lo que se refiere a la fauna a lo largo del territorio nacional. Para hacerlo nos apoyaremos en las grandes unidades bioclimáticas, propias de la vegetación. Así, en la formación andina, que se extiende aproximadamente entre los grados 17 y 39 en la cordillera de los Andes, sobresalen las especies de gran tamaño, como los auquénidos (llamas, vicuñas, guanacos), el huemul, el cóndor y otras de menor tamaño, como la vizcacha y la chinchilla. (*)

En el desierto la fauna es más escasa, siendo comunes los lagartos y lagartijas, como también el lauchón orejudo. En los aires domina el jote. En los oasis habitan algunas especies tropicales como el picaflor de Arica y la paloma de alas blancas.

Desde Copiapó a Santiago, en la región de estepas de matorrales, la abundancia de especies se da en las estaciones de invierno y primavera. Tenemos al guanaco, la chilla, las culebras, la iguana, el sapo de rulo, las langostas, la perdiz, el aguilucho.

(*) Los restos prehistóricos del huemul o Taruca, junto a los auquénidos, han sido recientemente estudiados por la arqueóloga Antonia Benavente, y un equipo de zoólogos, todos de la Universidad de Chile: "Contribución a la determinación de especies animales en arqueología: familia Camelidae y Taruca del Norte" (D.T.I., 1993).

En el matorral y bosque mediterráneo existen especies asociadas a los pocos bosques que existen, tales como la guiña, el carpintero, la torcaza y la madre de la culebra. En los campos viven el chirihue, el zorzal, el chincol, el queltehue, el ratoncito común.

En los bosques y selvas de lluvias se encuentran el pudú, el puma, el choroy, el ciervo volante.

En la Patagonia del extremo sur, en donde predomina la estepa fría, la fauna es semejante a la andina; encontramos el guanaco, el ñandú y el caiquén.

Finalmente, a lo largo de la costa, tenemos la fauna más rica en variedad: ballenas, elefantes marinos, focas, delfines, pingüinos, pelícanos, guanay, albatros y gaviotas. Los peces más frecuentes son las sardinias, jureles, anchovetas, corvinas, y moluscos como el loco, las almejas, choritos; entre los crustáceos tenemos las jaibas, el camarón y el krill.

En este largo y estrecho territorio las comunidades vegetales proporcionaron, desde que el hombre supo reconocerlas, alimentación silvestre, tanto en las regiones de clima desértico y semiárido, como en las templadas y de tundra.

En el norte el chañar y el algarrobo, que se extienden desde Arica hasta el valle del Elqui, y desde Antofagasta hasta Colchagua respectivamente, son citados por los cronistas del siglo XVI por sus frutos; del chañar se come la pulpa, de color pardo, rica en azúcar y aceite; con él se hace también arrope. Los cardones poseen un fruto amarillento, cuya pulpa es algo ácida; según el cronista Bibar «son gustosos» y los indios los llaman en su lengua «neguey». En las formaciones de altura tenemos también la «puskaya», de pulpa dulce y el «pakotonko», planta de los bofedales, de fruto blanco y dulce.

A lo largo de las montañas de Chile se encuentra el tomatito del pingo-pingo. En la región del valle del Mapocho y sus alrededores, el cronista Bibar informa sobre el fruto del molle, del que se hace un «brebaje gustoso» y «cociendo estos granos en agua se hace miel». En Quillota y también en el valle del Maule, el cronista menciona las «palmas».

El boldo, el peumo, el maqui y el quilo son otros frutos que también se encuentran desde el Norte Chico hasta el Sur. Especialmente con el maqui, cuyas bayas negras maduran en verano y son dulces, los mapuches preparan chicha. En la región de Concepción Bibar señala la presencia del queule, de la avellana y, por cierto, del piñón del pehuén, alimento del pueblo pehuenche. Los piñones los «asan los indios y los comen cocidos».

En el sur también son muy conocidas la murta, la murtila y la frutilla chilena, esta última muy alabada por los cronistas españoles (Góngora Marmolejo).

4 Los antiguos pobladores de Chile

El estudio del primer poblamiento ocurrido en el actual territorio chileno nos conduce a enfrentarnos a una variedad de problemas y de conceptos técnicos que es necesario intentar definir para que el lector sepa de qué estamos hablando, independientemente que esté de acuerdo o no con nuestras ideas.

En primer lugar está el conocimiento del tiempo, del período en que ocurrieron las primeras llegadas de grupos humanos, luego está la caracterización de estos primeros pobladores.

Si uno se pregunta por los consensos probables que existen entre los científicos dedicados a la prehistoria de Chile, no es difícil encontrar que el período que comprende a estos primeros ocupantes es conocido con el nombre de «Paleoindio»; sin embargo este nombre aparentemente explica poco: se refiere a unos «antiguos indios o aborígenes» en oposición a unos pocos definidos «nuevos indios» («neo-indio»). Sin embargo sabemos que el término surgió en Norteamérica con el fin de diferenciar lo especial, lo peculiar del desarrollo más antiguo aborígen americano del concepto de «Paleolítico» y, por lo tanto, de la evolución del cazador europeo y en general del Viejo Mundo. Poco a poco, hay que reconocerlo, los arqueólogos que vivimos en América del Sur hemos aceptado no sólo el concepto de Paleoindio sino que también otros recomendados como el de «Arcaico».

Sin embargo, el concepto de Paleolítico es el que desde un poco pasada la mitad del siglo XIX (1865: Lubbock) se utiliza para comprender la vida y el desarrollo del hombre fósil o prehistórico; incluso se le dividió en varios períodos tales como Paleolítico Inferior, Medio y Superior. Es justamente en el período *Paleolítico Superior* cuando se producen las primeras llegadas del hombre cazador asiático a América. Como se ha escrito, los «primeros americanos» fueron los «últimos asiáticos». Referirse, entonces al Paleoindio, significa situarlo dentro del con texto mayor del Paleolítico Superior (37000-9000 a.C.); y es ciertamente en este tiempo cuando debió producirse la ocupación de

os nuevos territorios a través del puente producido en la región de Behringia.

Un segundo aspecto que nos interesa mencionar es que cuando se investigan las costumbres de los antiguos ocupantes del territorio chileno los conceptos de salvajismo, caza y recolección no sólo vienen a la mente, sino que se utilizan sin reflexionar mayormente.

En verdad estos términos son más antiguos de lo que muchos imaginan; por ejemplo, ya se encontraban en los estudiosos españoles del siglo XVI que intentaban explicar el origen de los primeros americanos. Además, como se sabe, los conceptos de salvaje y cazadores se hallan también en teorías que se cultivaron en los siglos XVIII y XIX. Por una parte el concepto «salvaje» tuvo en el siglo XVIII, siglo de la Ilustración, de la Razón, una connotación especial, sobre todo en los autores como el francés Rousseau. De ninguna manera era un término peyorativo, todo lo contrario. El hombre del siglo XVIII buscaba en el ser no civilizado, es decir en el salvaje, una vida más auténtica, más natural, más sencilla, más humana. De algún modo la visión del nuevo continente, descubierto algunos siglos atrás, era una visión idílica; las tierras americanas conservaban extensos territorios desconocidos, no hollados por los europeos, en donde la naturaleza y la cultura se conservaban en equilibrio.

Con la teoría evolucionista-darwinista, aplicada a la etnología de la segunda mitad del siglo XIX, se transformó el concepto, en cuanto éste fue entendido como una primera etapa de desarrollo, muy alejada de la realidad civilizada europea. Obviamente que ésta era la meta por alcanzar, y por lo tanto, el estado de salvajismo debería ser superado, pasando por la etapa de Barbarie hasta llegar a la Civilización, caracterizada por las urbes, las industrias, el desarrollo de las artes y de la cultura, por la moralidad cristiana, por el estado nacional, etc.

Entre las características de la vida salvaje se encontraba la actividad de la caza; se trataba entonces de un sistema de subsistencia en donde los grupos humanos más primitivos, menos evolucionados, al no conocer las actividades agrícolas y de pastoreo (es decir, la domesticación de plantas y de animales), debían vivir de la recolección de vegetales y de la caza de animales.

Ciertamente que las disciplinas antropológicas, sin tener entre sus ideas una actitud peyorativa de estos conceptos, no tienen inconvenientes en reconocer, por intermedio de las investigaciones arqueológicas, la existencia de grupos de cazadores y recolectores que caracterizaron el pasado más antiguo de la humanidad. El período Paleolítico, con su gran profundidad cronológica y su variedad de actividades sociales, es mucho más complejo que lo que se imaginaban los antropólogos y prehistoriadores del siglo XIX.

Sin embargo, también es verdad que la teoría evolucionista, en un sentido amplio, ha logrado mantener su visión de un desarrollo de la humanidad que comienza con el período caracterizado por los cazadores y recolectores. No hay libro de historia y de prehistoria que no tenga un primer capítulo referido a la vida paleolítica, es decir, a la caracterización de los grupos humanos más antiguos, a los que iniciaron el lento avance cultural. No siempre, como creían los teóricos del siglo XIX, estas formas de vida se transformaban, cambiaban, evolucionaban a otros sistemas más elaborados, más complejos. Bastaría mirar a nuestro alrededor para observar que los desniveles de desarrollo social, cultural, económico, tecnológico son a veces muy grandes. No se trata sólo de países pobres o ricos, sino de diferencias notables dentro de los mismos países caracterizados por un mismo desarrollo; hay pobreza económica, cultural, ética en ciertos grupos pertenecientes a un país desarrollado, ejemplificando así subculturas y desniveles socio-económicos que coexisten en un mismo espacio y en un mismo tiempo.

El período Paleolítico, especialmente el llamado Superior, presenta un conjunto de características culturales, tecnológicas, económicas, sociales que lo convierten en un tiempo de decenas de miles de años (por lo menos 30.000 años de duración), caracterizado por realidades muy distintas, algunas muy complejas, e incluso de un desarrollo cultural altísimo. No hay que olvidar que los «paleolíticos» no sólo eran cazadores especializados sino también miembros de una humanidad que se expresaba tanto en los aspectos técnicos-económicos, como en los sociales, en los religiosos y artísticos, alcanzando en estos últimos una profundidad y calidad pocas veces superadas.

Es en este período cuando grupos humanos provenientes del Asia

atravesaron el estrecho de Behring, posiblemente alrededor de unos 40.000 años atrás, en un período geológico conocido con el nombre de Pleistoceno y dentro del período glacial Wisconsin. Hay también acuerdo entre los arqueólogos y antropólogos físicos para declarar que estos grupos de cazadores, pertenecientes al Paleolítico Superior asiático, eran *Homo Sapiens*; es decir pertenecían a los seres humanos más modernos, más desarrollados que otros tipos de hombres que habían existido a lo largo del Paleolítico.

Entonces, los primeros hombres que entraron al continente americano pertenecían a la especie más perfeccionada, tanto biológica como culturalmente, lo que les permitió enfrentarse con éxito a un medio ambiente desconocido, caracterizado por la presencia de grandes masas de hielo, que no cubrieron solamente los sectores más altos de las cordilleras, sino que se extendieron también por mesetas y valles. Las glaciaciones identificadas en el actual territorio de los Estados Unidos son, de más antiguo a más moderno, Nebraska, Kansas, Illinois, y Wisconsin. Esta última se inició hace unos 50.000 años y terminó, al parecer, hace unos 10.000 años.

Los estudios de diferentes yacimientos arqueológicos han permitido construir la hipótesis de que los primeros grupos llegaron en la glaciación Wisconsin, aprovechando la existencia de un puente natural que unió el continente asiático con el americano, cuando la glaciación Wisconsin estaba en un momento de gran desarrollo, lo que hizo que el nivel de las aguas bajara bastante (alrededor de 80 a 90 mts.).

En América del Norte, aunque no hay acuerdos unánimes ni precisiones cronológicas satisfactorias, se ha logrado identificar algunos sitios antiguos del período Pleistoceno. Así, en los llanos de Old Crow, en el territorio canadiense del Yukon, se han encontrado materiales óseos. Numerosos huesos de fauna pleistocénica mostraban huellas de haber sido modificados por la acción del hombre. Un artefacto de hueso fue datado hacia el 27.000 ± 3.000 . Otros huesos alcanzaron más de 39.000 años de antigüedad.

Otro yacimiento, el de Tlapacoya (México central) tendría una antigüedad de 20.000 años. Un tercer yacimiento, situado en Pennsylvania, es el abrigo rocoso de Meadowcraft, con fechas que oscilan entre

los catorce a diecinueve mil años de antigüedad. Hay también algunas fechas, discutibles, que permiten tentativamente datar algunos restos óseos humanos; por ejemplo huesos de un niño de menos de dos años fueron encontrados en Taber, Alberta, Canadá. El contexto geológico de este hallazgo fue situado en una edad mínima de 25.000 años.

Otros restos humanos, encontrados en Laguna Beach han sido fechados por el método radiocarbónico en 17.150 ± 1.470 .

¿Qué cultura, qué tecnología traían estos primeros pobladores, aún mal situados en el tiempo pasado?. Podemos suponer, de acuerdo a lo que nos permiten los escasos contextos arqueológicos estudiados, que estos pequeños grupos de hombres se organizaban en bandas constituidas por la unión de algunas familias extensas y bajo el liderazgo de algún fuerte y hábil cazador. Llevaban entre sus artefactos y herramientas algunas armas hechas de hueso y de piedras que formaban parte de los contextos de los cazadores asiáticos. Si las primeras pasadas de estos grupos ocurrieron entre los 40.000 y 30.000 años atrás, debemos suponer que sus armas y herramientas corresponden a las del Paleolítico Superior más antiguo, es decir que entre ellas se encuentran todavía artefactos y técnicas provenientes del Levallois-musteriense. Es probable que estos primeros pobladores hayan hecho instrumentos relacionados con los complejos industriales Aurignaciense y Gravetiense. Esto podría explicar la presencia de técnicas y artefactos del Paleolítico medio que suelen encontrarse en algunos yacimientos americanos y que no son siempre bien interpretados por los estudiosos, sobre todo si se buscan artefactos sólo del Paleolítico superior más avanzado, tipos Solutrense y Magdalaniense.

Es muy probable que estos primeros cazadores, siguiendo algunas manadas de animales pertenecientes a la fauna pleistocénica, hayan avanzado lentamente por los nuevos territorios, desconocidos y sin nombre, buscando espacios y lugares adecuados para su subsistencia, no sólo económica sino también cultural. Es sabido que los grupos de cazadores del período paleolítico superior no sólo eran nómades, sino que también podían desarrollar sistemas de permanencia en un lugar y territorio, que los convertían en semisedentarios. Espacios ricos en agua, flora y fauna, sectores lagunosos o situados cerca de ríos e incluso

no lejos de la costa, podían ser habitados satisfactoriamente por muchos años. No debe pensarse entonces en un avance casi desesperado hacia el sur, adentrándose cada vez más en los nuevos territorios. Si calculamos que los cambios geológicos producidos dentro de la glaciación Wisconsin (tiempo de avance y retroceso de los hielos), tuvieron como consecuencia subidas de los niveles de las aguas, procesos de deshielo, desaparición de los puentes naturales, etc., tenemos que deducir que tal vez por muchos milenios los grupos de cazadores «americanos» no tuvieron ayuda de otros grupos de cazadores asiáticos.

Se ha calculado que por lo menos en dos ocasiones las aguas bajaron y se formaron puentes que permitían el acceso de animales y hombres entre uno y otro continente. Antropológicamente hablando los grupos aislados de «nuevos» americanos debieron crecer lentamente, suponiendo que tuvieron éxito no sólo en su adquisición de alimentos vegetales y animales, sino también en su multiplicación de ideas, de conceptos que enriquecieron su acervo ideológico, sus creencias y en general su vida social y cultural.

Desde un punto de vista cronológico el avance fue lento, muy lento. Si aceptamos que ya hacia los 30.000 años de antigüedad estaban en el norte de América, sabemos que un poco antes del 10.000 a.C. los hombres habían alcanzado el territorio sur de Chile y Argentina. Obviamente que los grupos que llegaron al extremo sur de América tenían poco que ver con las primeras bandas de cazadores. Sin embargo, como todo el proceso de poblamiento americano se hizo en el llamado período paleolítico superior, debemos concluir que había algunas semejanzas y relaciones culturales y tecnológicas. Caben por lo menos dos hipótesis: que algunos grupos de antiguos pobladores, con culturas y tecnologías antiguas propias del comienzo del Paleolítico superior, hayan sido empujados hacia el sur americano, sufriendo cambios menores; o que los grupos que llegaron hacia el 10.000 a.C., o un poco antes, al extremo sur de América, hayan pertenecido a aquéllos que llegaron con los cazadores especializados de fines del Pleistoceno, siendo así su avance más rápido que lo pensado por nosotros; en menos de mil años estos cazadores, con tradición de puntas líticas de proyectiles, habrían alcanzado el sur de Chile.

El Período Paleolítico

En Chile son varios los yacimientos que han sido aceptados como representativos de ocupaciones humanas de fines del Pleistoceno, asociados a fauna extinguida y con un contexto cultural propio del período paleolítico, y que en América se conoce también como Lítico, Paleolítico o simplemente de Cazadores y Recolectores. Algunos autores usan incluso el concepto de Pre-agroalfarero, que estuvo de moda en las décadas del 50 y 60. Sin embargo, poco a poco, se han ido imponiendo los conceptos de Paleolítico y de Arcaico. Este último nombre se refiere a los contextos culturales pertenecientes a los cazadores y recolectores que vivieron en el período geológico Holoceno, cazaron fauna contemporánea y se sitúan entre los 8.000 y los 2.000-1.500 a.C.

El primer yacimiento paleolítico estudiado es el de Tagua-Tagua (*), situado en la VI región, al sur del río Cachapoal. En las orillas de una laguna seca, investigadores del Museo de Historia Natural de Santiago y de la Universidad de Chile, excavaron sistemáticamente en la década del 60 un sitio que era conocido desde el siglo pasado. Luego, a fines de la década del 80, se volvió a excavar bajo la dirección de L. Núñez el yacimiento, encontrándose nuevas evidencias. Los resultados de estas investigaciones permiten concluir que bandas de cazadores que vivían entre el 9.430 y el 9.000 a.C., es decir a fines del período pleistocénico, cazaron mastodontes, ciervos, caballos, zorros, coipos, aves acuáticas e incluso pescaron. Todo esto ocurrió en una playa de la laguna de Tagua-Tagua, al aire libre, en un tiempo de clima templado, con pocas lluvias. Estos primeros cazadores aprovecharon posiblemente que el sector era pantanoso y que los mastodontes tenían un desplazamiento difícil; los atacaban con grandes piedras y luego que estaban muertos los faenaban con sus cuchillos. Estos instrumentos

(*) La primera publicación hecha por un grupo de investigadores del Museo Nacional de Historia Natural y de la Universidad de Chile apareció en el *Noticiero Mensual del M.N. H.N.* con el título de *Convivencia del hombre con el mastodonte en Chile Central*; Nº 132-Año XI, Julio de 1967. Firmaron esta noticia sobre las investigaciones en la Laguna de Tagua-Tagua Rodolfo Casamiquela, Julio Montané y Rómulo Santana.

estaban hechos de lascas, es decir de fragmentos de piedras golpeados en forma regular y a veces, mediante la técnica de presión. Junto a estos cuchillos se encontraron raspadores con retoque unilateral. Además de un conjunto de artefactos hechos de lascas, poco trabajados, pero con uso indiscutible, se hallaron huesos de caballo utilizados como retocadores, percutores o punzones. Restos de carbón y de huesos quemados permiten suponer que en el mismo lugar comieron parte de los animales, alrededor de una fogata que no sólo los calentaba sino que les permitía cocer parcialmente la carne de los mastodontes y caballos.

Las fechas de Tagua-Tagua son prácticamente contemporáneas de las que se conocen para otro yacimiento paleoindio, situado en la IV Región cerca de Los Vilos, en la quebrada de Quereo (*). En efecto dos fechas radiocarbónicas, que datan el nivel cultural más antiguo, dan 9.650 y 9.450 a.C.. Esta antigua ocupación, que podría serlo aún más -según L. Núñez que excavó en Quereo, tal vez varios miles de años antes: 20.000 años de antigüedad- da a conocer un momento de la vida de estos cazadores de mastodonte, caballo, ciervo, paleollama y otros animales. Estas bandas vivían en una época de clima cálido y seco, en los alrededores de un bosque y cerca de una laguna. Los animales se empantanaban y eran golpeados por los cazadores con bloques de piedra. Además de cazar se alimentaban de vegetales. Los artefactos que se han encontrado no son abundantes, están hechos de hueso y de piedra; especialmente se identifican instrumentos cortantes; algunos huesos de los animales faenados tienen marcas de los instrumentos usados.

Otro nivel cultural de Quereo encontrado a 1.30 m. sobre el primero, se caracteriza también por los restos de grandes hervíboros, mastodonte, caballo, ciervo, camélido, aves y roedores. Este nivel tiene un fechado radiocarbónico de 9.150 a.C.. Parece que la recolección de frutos, raíces, vegetales, mariscos enriqueció la dieta. Estos cazadores tenían instrumentos de láminas líticas y de huesos. Los dos niveles culturales, tan próximos en el tiempo, hecho que inquietó a los

(*) J. Montané y R. Bahamondes llamaron la atención en 1973 en la importancia del yacimiento de Quereo. Su trabajo fue publicado en el Boletín del Museo Arqueológico de La Serena: *Un nuevo sitio paleoindio en la provincia de Coquimbo, Chile.*

arqueólogos que estudiaron el sitio, pertenecen al período geológico de fines del Pleistoceno y son sincrónicos a los cazadores de Tagua-Tagua.

En el yacimiento de Quereo el recuento de su contexto arqueológico no ha identificado puntas líticas de proyectiles. En cambio en Tagua-Tagua, las excavaciones de 1990-1991 permitieron encontrar dos puntas de proyectiles del tipo cola de pescado, lo que no debe causar asombro puesto que estamos analizando sitios ocupados hacia el 9.430 a.C., es decir dentro de un período paleoindio caracterizado por la técnica de puntas de proyectiles. Lo normal sería, entonces, que en los yacimientos de finales del Pleistoceno, propios de cazadores de grandes animales, se hallaran los instrumentos y las armas características de su nivel tecnológico y de sus necesidades económicas.

El problema surge cuando en algunos de estos yacimientos no aparecen ciertos tipos de instrumentos. Es razonable preguntarse por qué no se han encontrado artefactos líticos de puntas de proyectiles. Las respuestas pueden ser variadas, como lo veremos más adelante. En este momento nos interesa señalar que si por una parte se postula la gran antigüedad de un yacimiento (sobre los 20.000 años) debería también analizarse el contexto cultural que correspondería a ese tiempo, sobre todo si sabemos que antes del 15.000 a.C. no hay hallazgos de puntas de proyectiles, por lo menos de acuerdo a la investigación publicada. Así, la búsqueda de una respuesta adecuada nos conduce a revisar otros yacimientos situados en América del Sur.

En primer lugar una advertencia metodológica; parece necesario precisar bien lo que entendemos por puntas de proyectiles, situadas en un tiempo después del Pleistoceno; estamos hablando de las puntas Clovis, Folsom y de otros tipos, tales como la «cola de pescado». Sabemos también que en Venezuela, por ejemplo en el yacimiento de El Jobo, se encuentran puntas foliáceas, de un tiempo pre-Clovis (14.000 a 13.000 años de antigüedad). Así, cuando nos planteamos el problema de una posible ocupación de recolectores y cazadores sin puntas líticas de proyectiles, estamos pensando en una antigua presencia de grupos humanos anteriores a las tecnologías solutrenses y magdalenenses, es decir más allá de los 18.000 a 16.000 años.

Igualmente tenemos presente que muchos yacimientos situados a lo largo del continente americano no presentan puntas de proyectiles, siendo en algunos casos contemporáneos a otros, que sí tienen puntas de proyectiles. Pero nuestro problema no es del tipo teórico de diferenciar sitios de funcionalidad complementaria, ni tampoco de reconocer tradiciones estilísticas coexistentes. Lo que estamos comenzando a discutir es la hipótesis que sostiene que algunos yacimientos contemporáneos a fauna desaparecida tienen una profundidad cronológica mayor a la de aquellos yacimientos conocidos como del Pleistoceno final; en este caso nos sorprende que se busquen respuestas superficiales para explicar la ausencia de puntas de proyectiles.

En el sur de Chile, muy cerca del aeropuerto de la ciudad de Puerto Montt, en las márgenes del estero de Chinchihuapi, en un ambiente de bosques húmedos, desde fines de la década del 70 se ha investigado un yacimiento conocido con el nombre de Monte Verde (*), cuyo contexto cultural presenta características singulares. Muy probablemente se trata de una ocupación humana que debe ser situada entre el 13.000 y el 11.000 a.C. y que está organizada alrededor de una economía mixta, en donde la caza del mastodonte y de paleocamélidos es tan importante como la recolección de una gran variedad de vegetales, frutos e incluso de moluscos de agua dulce. Estos cazadores y recolectores paleoindios constituyeron un emplazamiento semisedentario, con viviendas rectangulares hechas de madera, con arena y grava compacta. Relacionadas con estas habitaciones se encuentran fogones colectivos y braseros. En un ambiente boscoso, junto a un riachuelo, los artefactos son de madera, de hueso y también de piedra. Hay algunos artefactos líticos que parecen ser usados como boleadoras y otros como mano de molienda. Algunos trozos de madera pueden ser mangos para artefactos, morteros, e incluso especie de puntas. El trabajo de cuero está también comprobado; restos de éste se han encontrado junto a los troncos de madera de las habitaciones.

(*) Ha sido el arqueólogo norteamericano Tom Dillehay, quien ha insistido, con gran acopio de métodos y técnicas en el valor del yacimiento de Monte Verde. En 1989 la Smithsonian Institution Press publicó *Monte Verde. A late Pleistocene Settlement in Chile*, vol. I.

El yacimiento de Monte Verde es hasta ahora uno de los más antiguos encontrados en Chile y presenta características novedosas de la vida de los paleoindios, explicadas entre otras cosas por el ambiente distinto de este sitio arqueológico y también porque puede ser ejemplo de algún tipo de tradiciones culturales diferente de los de Tagua-Tagua y de Quereo.

Otro yacimiento paleoindio encontrado mucho más al sur de Chile, en la Patagonia, es el conocido con el nombre de Cueva Fell, que tiene una fecha de 9.050 a.C.. Por primera vez se encuentran instrumentos de piedra que son denominados puntas. Tenemos las llamadas «puntas de cola de pescado» por su tipo de pedúnculo y algunas puntas foliáceas que tienen una leve acanaladura, que recuerda las puntas acanaladas (fluted point) del complejo de los Llanos de Norteamérica.

Se ha intentado conocer al itinerario de estos cazadores a través de algunos hallazgos hechos en diferentes lugares de América del Sur. Se han encontrado puntas del tipo «cola de pescado» en Panamá, Ecuador, Argentina (provincia de Buenos Aires, Caleta Oliva, etc.) y el sur de Chile (Aysén). En el extremo sur de Argentina (cueva de Los Toldos) cazaron milodón y caballo. Un tercer tipo de puntas son las triangulares relacionadas con un contexto instrumental variado: raspadores, raederas, cuchillos, espátulas de hueso.

Hemos llamado la atención hacia los instrumentos de puntas que se encuentran en la Cueva de Fell y en otros sitios del extremo sur de Chile y Argentina, para insistir en algo que no se ha considerado significativo, por lo menos en los últimos años: la ausencia de instrumentos de puntas líticas en algunos de los yacimientos más antiguos paleoindios. Es verdad que en las décadas del 50 y del 60 varios investigadores insistieron en la existencia de tradiciones líticas muy antiguas, que ellos llamaron Pre-puntas de Proyectiles (Alex Krieger), Protolítico (Osvaldo Menghin), Paleolítico (Gustavo Le Paige) o Arqueolítico (J. Luis Lorenzo) (*). También el arqueólogo R.S. Mac Neish, en el Perú (Ayacucho),

(*) En un trabajo de 1985 José Luis Lorenzo sigue escribiendo sobre el horizonte arqueolítico, el que define "caracterizado por la presencia de artefactos líticos realizados con lascas y también con cantos rodados, retocados somera y toscamente para mejorar los bordes cortantes o rayantes"... *La tierra y su poblamiento* en volumen XV de la *Historia Universal Salvat*.

había postulado, ya a comienzos de la década del 70, para las fases más antiguas de cazadores y recolectores la ausencia de la tradición tecnológica lítica de puntas de proyectiles. Las fechas para la fase Ayacucho son de 14.000 a 12.000 a.C.

Como las postulaciones de Menghin, Le Paige y Krieger no se apoyaban en evidencias estratigráficas, éstas fueron rechazadas por algunos arqueólogos de la década del 80. No dejaban de tener cierta razón, puesto que los sitios arqueológicos paleoindios no eran abundantes y muy pocos habían sido excavados. Pero es interesante señalar que los mismos arqueólogos que fueron críticos con los antiguos investigadores, cuando excavaron tuvieron que reconocer que no encontraban puntas líticas de proyectiles en los niveles más antiguos de sus yacimientos.

Así, y de acuerdo al estado actual de las investigaciones, aunque sabemos que en Norteamérica los cazadores con tecnologías líticas de puntas llegaron hacia el 11.000 a.C. (Clovis), más al sur, en Sudamérica y especialmente en Chile, las primeras industrias de puntas líticas aparecen sólo entre los 9.300 y 9.000 a.C., es decir, en la parte final del periodo geológico pleistocénico.

Los yacimientos de Quereo, Monte Verde, de Los Toldos y del Ceibo en sus estadios más antiguos, todos con fechas absolutas anteriores al 9.400 a.C., no presentan puntas líticas de proyectiles; en el caso de Tagua-Tagua habrían aparecido dos puntas del tipo Fell I. Con seguridad las primeras culturas de cazadores que tienen instrumentos de puntas son las bandas que habitaron entre el 9.050 y el 8.770 a.C.. Sabemos también que la fauna pleistocénica (caballo y milodón) perduró en el extremo sur de Sudamérica hasta el 6.689 a.C. (cueva de Palli-Aike).

Ahora bien, la extinción de la megafauna pleistocénica no fue uniforme a lo largo del territorio chileno. En Tagua-Tagua, la desaparición de ella debió ocurrir con las modificaciones de dieta que provocaron los cambios climáticos del nuevo periodo geológico llamado Holoceno. Este comenzó hacia el 8.000 a.C.. En Quereo, según los datos de radiocarbón 14, sabemos que ya en el 7.420 a.C. no se encontraban los grandes herbívoros.

El reemplazo de estos paleoindios por otros grupos de cazadores y recolectores, también de fines del Pleistoceno, no sabemos con seguridad cómo ocurrió. Culturalmente la cueva de Los Toldos, en la Patagonia oriental argentina y tan relacionada con el yacimiento de Fell en Chile, puede ayudarnos un poco a entender al cambio contextual arqueológico. Conocemos que en el 10.650 a.C., en la ocupación más antigua (nivel 11), un grupo de cazadores y recolectores confeccionaba cuchillos bien retocados, raspadores y raederas. Tenía también lascas gruesas hechas de piedra, retocadas por técnica de presión monofacial.

En cambio en los niveles 9 y 10 de la misma cueva de Los Toldos encontramos los artefactos ya descritos parcialmente en la Cueva de Fell, es decir, algunas puntas que se acercan al tipo cola de pescado, puntas sub-triangulares de tamaño medio (6-8 cm.), raspadores, raederas, espátulas de hueso, cuchillos bien retocados. Junto a estos instrumentos, esta segunda ocupación muestra la presencia de pinturas rupestres del estilo «manos pintadas» que incluso pudo ser contemporáneo a la primera ocupación. Estos cazadores mataban especialmente guanacos, pero también se encontraron restos de caballos y de camélidos desaparecidos. Hacia el 6.800 a.C. el lugar fue abandonado, coincidiendo con un clima algo seco. Cuando alrededor de mil años después llegaron otros cazadores (los casapedrenses), los animales cazados eran los guanacos, y los instrumentos y armas estaban hechos de láminas (lascas alargadas) en forma de hojas.

Aunque a fines del Pleistoceno encontramos industrias líticas caracterizadas por sus puntas de proyectiles, la evidencia más antigua apunta a una ocupación paleoindia sin puntas. Sabemos que la estratigrafía de la cueva de Los Toldos ha sido discutida, sobre todo en lo que se refiere a una delimitación segura entre los niveles 10 y 11. Sin embargo, las excavaciones hechas en la Cueva 7 del Ceibo, han permitido identificar una capa 12 que contiene una industria similar a la del nivel 11 de Los Toldos. Esta capa 12 del Ceibo aparece sellada según Cardich (1979) por los escombros de un antiguo derrumbe; las piezas de esta industria están constituidas por lascas de variado tamaño, destacando las grandes. Se encuentran lascas espesas, de forma y contorno variables, retocadas en parte y unifaciales; hay raederas con bulbos prominentes

y también raspadores grandes. Se encuentran también «fragmentos de posibles puntas unifaciales». Ahora bien, los estudios de los materiales de la capa 12 de El Ceibo (Cardich, 1982) han permitido afirmar que todos los artefactos analizados, sin excepción, fueron utilizados en prehensión directa, sin ningún dispositivo de empuje ni de protector manual.

Además se ha concluido que todas las piezas observadas que tienen retoque presentan huellas de utilización. La gran mayoría de los artefactos fueron usados para trabajar pieles y para cortar carne, y sólo unos pocos para trabajar madera.

Así las evidencias cruzadas apuntan a que en la más antigua ocupación de cazadores no aparecen evidencias claras de puntas líticas de proyectiles. Esta hipótesis no se opone a que también hay relaciones tecnológicas entre estos hipotéticos cazadores sin puntas y los cazadores con puntas. Por ejemplo, las lascas gruesas retocadas monofacialmente se hallan en la ocupación más antigua de Los Toldos y también en la primera ocupación de la Cueva de Fell, que es mil años más reciente. Es decir, sostenemos que a pesar de las diferencias de las tradiciones tecnológicas hay también continuidades culturales que no se pueden desconocer. Posiblemente la explicación se encuentre en que no hay diferencias étnicas significativas y, además, que los instrumentos siguen sirviendo a los cazadores. Por lo demás, la conservación de algunas especies de fauna pleistocénica debió obligar a seguir usando algunos de los antiguos artefactos.

¿Qué se puede decir de tantos otros sitios arqueológicos que fueron o siguen siendo postulados como pertenecientes al período de fines del Pleistoceno? ¿Qué queda de las hipótesis de Lanning o de Le Paige? ¿O de las que publicamos en las décadas del 60 y 70?

Los materiales culturales superficiales descritos, usando diferentes métodos y haciendo uso a veces de tecnologías elaboradas (computación, estadística), y que fueron denominados como núcleos, hachas de mano, bifaciales, etc., han sido en las últimas dos décadas rechazados sistemáticamente. La razón más usada para no aceptarlos es la que se refiere a que no han sido encontrados en niveles estratificados. También se ha sostenido que ellos no son exactamente instrumentos,

sino que partes residuales de la confección de verdaderos instrumentos (lascas, láminas, puntas, raspadores, cuchillos, etc.). Las hachas de mano encontradas, por ejemplo, en distintos yacimientos de la II Región, en el norte desértico de Chile (Ghatchi, Altamira, Pampa Unión, Tulan, Baquedano), no formarían parte de un complejo cultural perteneciente a antiguos cazadores y recolectores de fines del Pleistoceno. Incluso se ha sostenido que estos núcleos se encuentran en posteriores períodos culturales.

Nosotros, desde la década del 60, rechazamos las cronologías largas de Gustavo Le Paige, pero consideramos que artefactos de núcleos bien percutidos, que eran producto de una tecnología compleja, que tenían la misma forma y que eran funcionales para ciertos trabajos de recolección y de caza, no podían ser considerados sólo como desechos o simples preformas de instrumentos. Gruesas lascas desprendidas de estos núcleos fueron golpeados usando técnicas líticas de percusión directa o indirecta, o de presión, permitiendo la confección de puntas de lanzas, de cuchillos, de raederas, etc., que se encuentran en forma abundante en distintos yacimientos del norte de Chile. Creemos que no hay razones técnicas para negarles su condición de instrumentos. El problema se encuentra en la antigüedad, mayor o menor, de ellas. Es razonable esperar que excavaciones sistemáticas permitan situar con cronología absoluta estos artefactos. Pensamos que incluso algunos de los yacimientos del sur mencionados por nosotros (Los Toldos y El Ceibo, por ejemplo) muestran tradiciones de lascas gruesas, con antigüedad de fines del Pleistoceno. No debería entonces en forma apriorística negarse la antigüedad de estos materiales culturales, independientemente de que ellos se hayan encontrado sólo en yacimientos superficiales.

Por otra parte, el problema de los yacimientos paleoindios crece cuando se toma en cuenta que se conocen más de treinta yacimientos paleontológicos con presencia de mastodontes, entre Illapel y Puerto Montt; de éstos sólo tres han sido encontrados con contexto cultural. Es decir, las posibilidades de hacer hallazgos culturales y de enriquecer los contextos arqueológicos son muy grandes.

Terminemos esta breve revisión de los sitios paleoindios indicando

que aún no aparecen ocupaciones de este tipo en el Norte Grande de Chile y tampoco en la costa. Ocurre que en Quereo, que está situado en una quebrada costera, a no más de 200 ms., no hay prácticamente uso de una dieta apoyada en los productos del mar. Excepto algunas escasas conchas de locos encontradas en el nivel dos de Quereo, no hay mayores evidencias de recolección marina.

En verdad la ocupación de la costa y la explotación de animales y vegetación pertenecientes al ecosistema marítimo, sólo se producirá cuando se inicie el período geológico holocénico y el período cultural Arcaico.

El período Arcaico

Mientras en la región nortina árida, como en la semiárida y en la centro-sur de Chile, aparecían los primeros grupos arcaicos de cazadores, recolectores y mariscadores después del 9.000 a.C., no debemos olvidar que en el extremo sur de Chile había todavía bandas de tradición paleoindia que cazaban fauna de fines del Pleistoceno e incluso de comienzos del Holoceno.

En este territorio estepario los grupos familiares de cazadores seguían comiendo fauna ahora extinguida (caballo, milodón) hasta mediados del séptimo milenio a.C., mezclada con animales que caracterizan incluso hasta hoy día el paisaje magallánico (guanacos, zorro, aves). El aumento de estas bandas de cazadores, probado por la ocupación de muchas cuevas, aleros y campamentos al aire libre, no es sólo un fenómeno demográfico, sino que conlleva también una mayor riqueza de sus contextos culturales. Así por ejemplo, en Palli-Aike, se encontraron evidencias de cremaciones de cuerpos humanos, lo que nos lleva a pensar en ceremonias relacionadas con creencias post mortem. Es probable que estas creencias y rituales referidos al pasaje de un tipo de vida a otro, sean ejemplos de las ideas y valores de estos antiguos cazadores. Por ningún motivo consideramos que esta ideología fue posible sólo cuando los cazadores superaron sus problemas vitales de subsistencia. Dentro de una matriz cultural compleja, los

primeros ocupantes de las estepas frías del extremo sur de Chile y de Argentina creyeron, hicieron ceremonias, ritualizaron sus acciones más importantes, tuvieron expresiones artísticas. No necesitaron primero comer, hacer reservas de alimentos para luego ponerse a pensar y a creer, como más de algún arqueólogo materialista cultural lo piensa y escribe.

En el norte de Chile, en un tiempo post-glacial, se identifican numerosos grupos de cazadores y recolectores en la puna, sierra y quebradas de altura, como también poblaciones que comenzaron a vivir cerca del mar. Examinaremos brevemente las principales evidencias culturales rescatadas por la arqueología en los territorios de altura (altiplano, puna, tanto seca como salada, y los valles precordilleranos).

Recordemos ante todo que el piso altiplánico y puneño está caracterizado por una formación vegetal conocida con el nombre de pajonal. Es en los bofedales, ricos en gramíneas perennes y otros tipos de vegetación, en donde los cazadores y recolectores encontraron fauna y flora necesarias para ellos, a lo largo de todo el año, aunque las plantas de recolección no eran abundantes. En cambio esto no sucede en la puna salada, desde Isluga hasta el Salar de Atacama, en donde el ambiente más seco castiga los bofedales y deprime el ambiente forrajero, pero a la vez hace posible en los sectores de oasis, de altura media, que crezca gran cantidad de plantas y árboles de recolección (algarrobo, chañar, pimienta).

Algo más bajo, en el piso pre-puna, que corresponde a los valles serranos entre los 3.000 y 4.000 ms., se encuentra la formación de Tolar, con pocos yacimientos arqueológicos estudiados. En cambio entre los 1.500 y 3.000 ms. hay abundantes evidencias culturales de cazadores y recolectores arcaicos que hacían uso de arbustos, cactáceas, hierbas y fauna caracterizada por camélidos, roedores y aves.

Es la región de los valles serranos, pre-puna salada (actual II Región del norte chileno), en donde han sido estudiados dos yacimientos antiguos. Uno está al oriente de la ciudad de Calama y en el camino que conduce a San Pedro de Atacama, con fechas de 8.870 a.C. y de 8.730 a.C.. En este sitio, llamado Alero de Tuina, los cazadores que hacían

raspadores de dorso alto, raederas, cuchillos y pequeñas puntas triangulares a presión, comían camélidos y roedores.

En el borde oriental del Salar de Atacama, al sur de San Pedro de Atacama se encuentra el yacimiento de San Lorenzo, también con una fecha temprana de 8.450 a.C., en donde los grupos humanos cazaban camélidos y roedores, con algunos instrumentos caracterizados por pequeñas puntas triangulares, raspadores y cuchillos.

En cambio en la puna seca (I Región, interior de Arica) las fechas son algo más recientes; en el yacimiento de Las Cuevas hay una fecha de 7.590 a.C. y en Tojo-Tojone tenemos una fecha con amplios márgenes de variación de 7.630 a.C.. En este caso los sigmas (+) y (-) son de 1.950 y de 1.540 años. Nuevamente en estos dos sitios tendríamos puntas triangulares, pero ahora pedunculadas, asociadas a otros instrumentos pertenecientes al contexto cultural de cazadores, como puntas lanceoladas y cuchillos bifaciales.

Hacia el 6320 a.C.-6210 a.C. el sitio de Patapatane, relacionado con el segundo nivel de ocupación del sitio Las Cuevas, correspondería a una especie de segunda fase del período de los cazadores arcaicos tempranos, siendo la primera fase la caracterizada por el ya mencionado yacimiento La Tuina y por el primer nivel de Las Cuevas. Algunos artefactos novedosos de estos cazadores arcaicos de la segunda fase (Patapatane) serían puntas de forma romboidal con aletas lanceoladas de base redondeada y con aletas en el sector proximal.

Para estos mismos años en la puna salada tendríamos el sitio de Chulqui, cerca de Toconce, fechado el 7640 a.C.. La capa 6ª, contiene artefactos útiles para raer, raspar y cortar, de fisonomía tosca y pesada, con ausencia de artefactos de molienda y puntas de proyectiles (*).

En general estamos en presencia de bandas de cazadores que ocuparon los territorios altos de la cordillera y algunas cuevas de la precordillera, en un tiempo que oscila entre el 8.450 a.C. y el 6.000 a.C.,

(*) Carlos Aldunate y otros *Cronología y asentamiento en la región del Loa Superior*, DIB, U. de Chile, 1989.

con cierta movilidad especialmente en el caso de los que vivían en la puna salada y que se desplazaban estacionalmente hacia los lugares de mayor altura. En cambio, en la puna seca los yacimientos se presentan más circunscritos a los bofedales (las Cuevas) o a ciertas quebradas del piso prealtiplánico (Patapatane). Todos ellos vivían no sólo de la caza de auquénidos, roedores y aves, sino también de algunos recursos vegetales; escasamente se han encontrado algunos restos propios de la costa (conchas de choro *mytilus*, dientes de tiburón), que permiten suponer algún tipo de intercambio con sus tempranos ocupantes.

En la puna seca, en el extremo norte chileno, el estudio de algunos yacimientos situados en el altiplano y en la precordillera, indicaría un comportamiento de asentamiento de carácter estacional y referido sólo a estos sectores.

Entre el 6.000 a.C. y el 4.000 a.C. se ha situado el período de los cazadores y recolectores del Arcaico medio.

En el sector de quebradas precordilleranas de la II Región se destaca el estudio del yacimiento del Alero de Toconce, en donde los arqueólogos de la Universidad de Chile, que excavaron entre 1969 y 1970, pudieron identificar seis ocupaciones, de las cuales la más profunda (la N°6) caracteriza un nivel de fines del Arcaico Temprano

Especialmente se identificó un contexto cultural formado por cuchillos, puntas lanceoladas, raspadores de morro y algunas escasas bifaces de tamaño medio; también hay algunas lascas de tamaño medio y huesos de auquénidos y de roedores.

El estrato más profundo fue fechado en el 6.040 a.C.. Es interesante señalar que en el estrato inmediatamente superior (el N°5) se encontraron puntas con pedúnculo, muy parecidas a las encontradas en las cuevas al interior de Arica, pertenecientes a cazadores arcaicos tempranos. Esto indicaría una cierta permanencia de este tipo en el Arcaico Medio. Así, este tipo pedunculado se encontrará en varios yacimientos estudiados por la Universidad de Chile en el sector de confluencia río Loa y río Salado, cerca de Chiu Chiu, y que están fechados hacia el 4.000 a.C.; especialmente el yacimiento Confluencia 2, perteneciente a un grupo de habitaciones circulares semisubterráneas, que caracterizan el

habitat semipermanente de un grupo de cazadores que tenían el sector privilegiado de la cuenca de Chiu-Chiu como su territorio. Todo este sector aterrizado de amplios horizontes y surcado por el río Loa, situado a 2.500 ms. sobre el nivel del mar, era abundante en fauna y flora actual; así lo demuestran los depósitos de basura excavados en los alrededores de las habitaciones de estos cazadores. Junto a este yacimiento bien excavado tenemos otros que confirman una ocupación sólida de cazadores, poseedores de un contexto cultural variado y complejo.

En cambio en el sector de Arica, en la sierra y en el altiplano, no contamos con buenos yacimientos que caractericen este período del Arcaico Medio. Se ha sugerido, entonces, un relativo abandono de las tierras puneñas, debido a un clima seco y cálido que empobreció las posibilidades de conseguir una dieta adecuada, obligando aparentemente a algunos grupos a ocupar sectores más próximos a la costa, o en la costa misma, como Quiani, Camarones 14 y Camarones Punta Norte.

Sin embargo existen algunas evidencias, tanto en los yacimientos de Patapatane como en Hakenasa. Los contextos de estos sectores, que también fueron ocupados en el Arcaico Temprano, son la continuación de las tradiciones pasadas. Aparecen así tipos de puntas lanceoladas con pequeñas aletas, y uno que otro artefacto de hueso poco elaborado. La fauna cazada es principalmente de animales de tamaño medio, como los camélidos.

En cambio el llamado Arcaico Tardío, tanto en los sectores de la I como la II Región (interior de Arica y sectores de Calama y San Pedro de Atacama), está bien representado por un buen número de sitios arqueológicos.

En la I Región estos yacimientos se sitúan tanto en la puna como en la pre-puna, es decir en las quebradas del sector serrano. Así los sitios de Patapatane, en la pre-puna y el ya conocido de Tojo-Tojone, más los de Puxuma, Piñuta y Guañure, en la sierra y quebradas, son los más estudiados por los arqueólogos, lográndose una caracterización relativamente completa.

Las fechas absolutas obtenidas por el método de carbón 14, oscilan entre 2.430 a.C. y 1.700 a.C.. Es el sitio de Hakenasa, en la puna seca, el que mejor caracteriza la vida de los cazadores arcaicos tardíos. Se trata de un campamento semipermanente, en donde la presencia de huesos de camélidos y diferentes tipos de artefactos, muestran variaciones tecnológicas interesantes y una reducción del tamaño de los instrumentos. Especialmente se encuentran los tipos triangulares con o sin escotadura, puntas pentagonales, algunas puntas lanceoladas con o sin pedúnculo, diversos tipos de cuchillos, raspadores de uña, perforadores y objetos de adorno (cuentas).

Otros yacimientos, como ya lo hemos dicho, se sitúan en las quebradas serranas (Puxuma, Piñuta, etc.) y caracterizan a campamentos pequeños, en el fondo de quebradas, que parecen depender de otros campamentos más permanentes situados en los pisos superiores, o que se formaron por el abandono de los campamentos de mayor altura. Este abandono, hipotético según algunos estudiosos, habría ocurrido por la sobre-explotación de aquellos pisos de altura y un cierto crecimiento demográfico.

Al final de esta fase de cazadores tardíos aparecen los primeros ejemplos de un cambio tecnológico importante: la presencia de alfarería con desgrasante vegetal hacia el 800 a.C. en el yacimiento de Hakenasa, asociada con el tipo de puntas triangulares de base escotada.

Otro aspecto cultural interesante lo constituye el hecho que estos cazadores del Arcaico Tardío hacen pinturas en las paredes de sus pequeñas cavernas, representando especialmente escenas de caza (sitio de Guañure, hacia el 2.430 a.C., y de Puxuma, hacia el 2.290 a.C.).

Volviendo a la II Región, a la puna salada, tenemos varios yacimientos situados tanto en las quebradas altas del plano inclinado de la puna, como en los oasis del Salar de Atacama y en el sector medio del río Loa.

Al suroriente del Salar de Atacama y en las quebradas del plano inclinado de la puna misma, se han estudiado varios yacimientos de campamentos de cazadores, fechados entre 3.040 y el 2.390 a.C.. Se trata de conjuntos de habitaciones circulares y semisubterráneas encontradas en la quebrada de Tulan (Tulan 51 y 52). Junto a los tipos de

instrumentos líticos, tales como puntas lanceoladas, cuchillos, raspadores, perforadores, hay artefactos de molienda (morteros con sus manos). Según los estudiosos de estos sitios, se habría producido una cierta movilidad entre estas quebradas y la puna.

Más al norte, en las quebradas altas situadas frente a San Pedro de Atacama, se encuentra el yacimiento de Puripica, conocido desde la década de 1950 y excavado parcialmente. En la excavación hecha, que caracteriza sólo una parte del amplio complejo de Puripica, el campamento de cazadores fue fechado entre el 2.865 y el 2.100 a.C.. En este yacimiento hay una baja frecuencia de puntas y una alta de cuchillos, todo asociado a morteros de forma cónica. Aquí la recolección habría sido más importante, como también la domesticación de camélidos. Algunos tipos de artefactos sugieren relaciones con el Loa Medio.

También en las cercanías del oasis de San Pedro de Atacama, a unos 2.500 ms. sobre el nivel del mar, está el yacimiento de Tambillo, situado en los límites del Salar de Atacama, en un ambiente lacustre. La gran cantidad de tipos de instrumentos, en donde abundan las puntas triangulares, las lanceoladas, las pedunculadas, los raspadores, raederas y cuchillos, muestra una ocupación compleja que posiblemente no sólo caracteriza al Arcaico Tardío, sino que también debería caracterizar al Arcaico Medio. Lo mismo pensamos de los yacimientos de Tulan y Puripica, que si fuesen más estudiados podrían dar ocupaciones de por lo menos el Arcaico Medio.

Asociado parcialmente con Tambillo y Tulan 52 se encuentra el yacimiento de Calarcoco 3, con fecha de 3.170 a.C.. Se trata de un campamento de cazadores de camélidos situado en la base del plano inclinado, cerca de la quebrada de Aguas Blancas, al sur de Toconao.

Lo más característico del sector Loa Medio, y especialmente de los alrededores de Chiu-Chiu, son los sitios estudiados desde la década de 1960 por los equipos de arqueólogos norteamericanos y los de la Universidad de Chile. Los yacimientos de este sector tienen fechas que van desde el 2.705 al 2.060 a.C. y presentan un contexto cultural muy rico, en donde incluso hay un enterramiento de una mujer arcaica dolicoide (Loa Oeste 3), dentro de una habitación circular delimitada por piedras. En su mayoría los artefactos son puntas de varios tipos,

cuchillos, raederas, raspadores y una gran cantidad de instrumentos pequeños (taladros, perforadores). A este complejo industrial lo denominamos «Pseudo Microlítico». Los ocupantes de estos campamentos semipermanentes eran cazadores y recolectores; cazaban especialmente auquénidos, también aves y posiblemente los roedores formaban asimismo parte de su dieta. La presencia de morteros nos hace insistir en las prácticas recolectoras. Igualmente el hallazgo de conchas permite suponer algunos intercambios con la costa. Hacia el oriente hay contactos, a través de la tecnología de pequeños perforadores y taladros, con los asentamientos del río Salado (alero Toconce) y con varios yacimientos del sector de San Pedro de Atacama, sin que se pueda definir bien desde qué región se difundió esta elaborada tecnología.

Por último sabemos que en yacimientos muy cercanos al actual pueblo de Chiu-Chiu se encuentra en desarrollo la tecnología alfarera, fechada hacia el 940 a.C., posiblemente traída desde los sectores orientales de la cordillera de los Andes y en un contexto aldeano pastoril (*).

Pescadores y Mariscadores Arcaicos

La costa norte de Chile, según los especialistas, puede ser dividida en dos sectores: uno entre Arica y Pisagua, y el otro entre Pisagua y Chañaral. En el primer sector la costa es estrecha, llena de acantilados y en general presenta lugares favorables para la ocupación humana. Especialmente en las desembocaduras de quebradas y allí donde hay aguadas, se encuentran algunos sitios excavados por diferentes arqueólogos desde la década de 1940.

Algunos de estos yacimientos no están exactamente en la costa, sino varias decenas de kilómetros al interior. Es el caso de Tiliviche, situado a 40 kms. al interior y que en el comienzo de su primera ocupación

(*) M. A. Benavente: Chiu-Chiu. *Una comunidad pastora temprana en la Provincia del Loa (II Región)*. Actas del IX C.N.A. La Serena, Chile, 1985.

alcanza una fecha de 7810 a.C. Se trataría de un asentamiento de cazadores y recolectores, caracterizado por tipos de instrumentos lanceolados y de cuchillos hechos a partir de gruesas lascas bifaciales, asociados todos a artefactos para molienda. Como se han encontrado restos propios de la costa, se supone que ellos explotaban la franja marítima más cercana. Sólo hacia el 5900 a.C., en niveles superiores de ocupación, se encuentran en sus basurales anzuelos de concha. Este instrumento especializado le va a permitir a los habitantes de la franja costera profundizar sus actividades de pesca, convirtiéndose en verdaderos pescadores. Por esta razón sólo en Camarones 14, en Quiani y en Punta Pichalo encontramos la primera auténtica ocupación permanente ya en el 5860 a.C.(^{*}). Así habría una interesante relación con la fase Arcaica Media de las tierras altas interiores que, como caracterizamos, no son muy abundantes en asentamientos de cazadores.

Esta ocupación está caracterizada por los anzuelos de concha (de choro zapato: *Choromytilus chorus*) de contorno circular, arpones con cabezales desprendibles y con barbas de hueso, limas de areniscas, pulidores de piedra, puntas líticas aguzadas en los dos extremos, punzones de hueso, raspadores, cuchillos, lascas percutidas burdamente; cordelería de fibra vegetal, tejidos de malla o red, técnica de esteras, lana de camélidos. Junto a todos estos instrumentos y materiales, se encuentra una técnica de momificación que sitúa a estos pueblos en un alto nivel de desarrollo cultural. Esta tradición de momificación se conocía desde comienzos de siglo gracias a los estudios de Max Uhle, el gran iniciador de la arqueología del norte de Chile y del Perú. El

(^{*}) Sin embargo, en recientes excavaciones se ha identificado y analizado con rigor, por los arqueólogos de la Universidad de Tarapacá, un nuevo yacimiento de pescadores, situado en la confluencia del valle de Azapa con la quebrada de Acha, a seis kilómetros de la costa. El yacimiento denominado Acha 2, se caracteriza por ser una ocupación relativamente pequeña que se inició hacia el 6950 a.C. (8.900 ± 150 ap.) Se trata de 11 estructuras semi aglutinadas, de planta circular con un fogón central. Cerca del campamento se encontró un entierro de un hombre dolicoide de estatura media que fue fechado en el 8.970 a.p (7020 a.C.). Probablemente los miembros de este campamento sobrevivieron en espejal de recursos marítimos y en menor grado de vegetales y animales terrestres del valle de Azapa.

Entre el material lítico se identificaron puntas pedunculadas, lanceoladas y cuchillos. Entre los materiales de pesca se encontraron dos anzuelos de espinas de cactáceas. La presencia de estos anzuelos de espinas de cactus sería la evidencia más antigua que hasta el presente se ha encontrado. Sin embargo, debe esperarse la verificación de este dato.

denominó a esta fase de pescadores «Los Aborígenes de Arica»; posteriormente se la ha conocido con el nombre de *Tradición o Fase Chinchorro*.(*)

Ella se caracteriza por preparar los cuerpos antes de su enterramiento, e implica no sólo un complejo tratamiento artificial de los cadáveres, sino también un ritual y un conjunto de creencias que va más allá del culto a los muertos. En Arica misma, en el yacimiento Morro 1, estas momias de complicada preparación han sido fechadas entre el 5860 y el 3090 a.C.. En el milenio IV a.C. se producen algunos cambios en el contexto cultural de estos pescadores; así se dejan de hacer los anzuelos de concha de choro zapato y son reemplazados por los anzuelos de espina de cactus. En estos mismos siglos se conocen ocupaciones en quebradas intermedias como Aragón 1, a 32 kms. de la costa, cuyos basurales muestran abundantes restos de mariscos desde su primer nivel de antigüedad, hacia el 6 710 a.C.. Pero es hacia el 3220 a.C. cuando se encuentra gran cantidad de restos de peces y de anzuelos de espina de cactus.

Los últimos yacimientos importantes del periodo Arcaico pescador de este sector norteño de la costa, son Cñaño 1, en la costa de Iquique, y La Capilla 1. Cñaño 1 se inicia hacia el 2 010 a.C., con la presencia del anzuelo de espina de cactus y con evidencias de cestería en espiral. Hacia el 860 a.C. aparece la cerámica, coincidiendo así con la aparición de ella en todos los yacimientos del norte chileno.

La Capilla, a su vez, tiene evidencias de ocupación entre el 720 a.C. y el 840 a.C.. Otros yacimientos, como Quiani 7 y Camarones 15, se asocian con La Capilla 1 y caracterizan estos últimos siglos preagrolfareros con técnicas y productos nuevos: algodón, calabaza, mandioca, tejidos de lana y la técnica de tintorería; estas dos últimas entre el 1640 y el 1100 a.C.. La momificación artificial ya ha desaparecido, pero se están introduciendo nuevos elementos y técnicas que anuncian cam-

(*) Mario Rivera (1993) afirma que «Chinchorro parece representar una adaptación humana temprana al medio costero que incluye algunos elementos de la cultura material de grupos de la selva tropical. Entre éstos, el complejo de alucinógenos es significativo» (pág. 338).

bios significativos en el futuro próximo, tales como la domesticación de camélidos, comienzos de la agricultura, tiestos alfareros, metalurgia, etc.

La costa entre Pisagua y Chañaral se caracteriza porque no desembocan en ella ríos o riachuelos, aunque sea en forma intermitente; la única excepción es el río Loa. La extrema sequedad de este litoral se expresa en una vegetación xerofita, que sólo es posible por el agua de las *camanchacas* (neblinas). En la franja vegetal (matorral), especialmente al sur de Paposo, viven los guanacos.

La ocupación más antigua se encuentra en el sitio Quebrada de las Conchas, en Antofagasta, con una fecha de 7730 a.C. y está representada por un contexto cultural de litos geométricos y puntas de proyectiles, cuya materia prima es la arenisca. Se trata de una población posiblemente organizada en bandas, que explotaba los productos marítimos más cercanos a la costa; como desconocía los anzuelos es posible que haya usado algunos tipos de redes. Su dieta sin embargo se centró en los mariscos, especialmente en el loco.

Según A. Llagostera que ha estudiado este yacimiento, la presencia de artefactos discoidales podría relacionar este lugar con otros situados mucho más al sur y que se fechan en el período final del Paleoindio.

A fines del milenio V, en Cobija hacia el 4080 a.C. y más tarde en Taltal, se encuentran ocupaciones de pescadores que ya dominan los sectores profundos del mar, a través del uso del anzuelo de concha, cuyo vástago es más recto y más largo. Son también muy abundantes los instrumentos de piedra de doble punta, los anzuelos compuestos, limas de piedra y sierras delgadas de areniscas.

Es posible que entre el 3450 y el 1550 a.C., toda la franja costera árida haya sido ocupada por pescadores emparentados con los de más al norte, pero cuyos instrumentos algo modificados sean la respuesta a las condiciones del medio ambiente natural (costa árida arreica). Estos ocupantes, pertenecientes al Arcaico Medio y Tardío, comienzan a tener un habitat sedentario, como el encontrado al norte de Antofagasta, al lado de Cerro Moreno, en donde hay casi dos centenares de estructuras semi-circulares de piedra; incluso algunas de ellas con un emplantillado de lajas y con pequeñas estructuras anexas.

Igualmente en Caleta Huelén, además de los anzuelos de espina de cactus y de algunas manifestaciones tardías de la tradición Chinchorro (momificación), como mascarillas de arcilla en el rostro de los muertos, tenemos recintos habitacionales en cuyos pisos de argamasa de ceniza de algas se enterraron los muertos en posición extendida. Esto ocurría hasta el 1830 a.C.

Por último en El Bato, hacia 1550 a.C., tenemos puntas líticas triangulares alargadas con base cóncava y convexa, asociadas a los anzuelos de cactus, anzuelos de hueso y anzuelos compuestos.

Es probable que estas puntas triangulares se relacionen con otros tipos que se encuentran más al sur. Así podría pensarse que varias tradiciones sureñas alcanzan hasta la costa norte situada entre Antofagasta y Chañaral.

Cazadores y Pescadores Arcatcos del Norte Chico y Centro de Chile

Los pescadores que habitaron la costa del Norte chico y la del centro-sur de Chile tuvieron la posibilidad de relacionarse más con los cazadores y recolectores del interior. Esto fue posible porque la costa situada entre los grados 26 a 32 se enriqueció con las corrientes de agua de los ríos que vienen de la cordillera y desembocan en el mar.

El complejo cultural más antiguo está representado por los materiales arqueológicos encontrados en las terrazas de las salinas de Huentelauquén, en el río Choapa. Se trata de piedras de formas geométricas (triángulos, polígonos, círculos dentados) asociados con puntas triangulares, especialmente con pedúnculo ojival. También en territorios más norteños (II y III Región) se encontraron estos litos geométricos que fueron usados, no por grupos especializados de pescadores, sino por recolectores que explotaron las costas mucho más a lo largo que en profundidad o en anchura, y que además cazaban.

Sólo hacia el 2550 a.C. llega a la costa de la IV Región la tecnología del anzuelo de concha y con ella las tradiciones de los pescadores de la costa norteña.

Sin embargo en Guanaqueros todavía hay pruebas de las tradiciones que vienen del norte árido. Hacia el 1810 a.C. se encuentra un contexto cultural caracterizado por puntas de proyectiles triangulares, pedunculadas, arpones de hueso con barbas pequeñas, anzuelos compuestos con pesa de hueso o piedra y gancho de hueso, y escasos anzuelos de concha.

Ya con los hallazgos de Punta Teatinos nos encontramos con algunos cambios interesantes en la subsistencia de estos pescadores: aparecen los artefactos de molienda, utilizados incluso para cubrir sepulturas. Hacia el 1370 a.C. no se encuentran los anzuelos, hay puntas triangulares. Los instrumentos de molienda y las piedras tacitas (bloque graníticos con oquedades circulares o semicirculares) posiblemente fueron usados para machacar recursos vegetales.

Para terminar, en los comienzos de la Era Cristiana (30 d.C.) aparecen, en el sitio Quebrada Honda, las primeras pipas de piedra y algunos tembetás, que anuncian la primera cultura agro-alfarera de la región, la cultura Molle.

Desde los grados 32 al 42 hubo un fuerte predominio de las actividades de los cazadores y recolectores sobre las de los pescadores y horticultores. Especialmente en el sector de Concepción los asentamientos de pescadores y recolectores son importantes, siendo en general a lo largo de la costa centro-sur poco intensivos. El contexto del complejo Huentelauquén no llega más allá de Pichidangui. Más al sur se encuentra una mezcla de elementos de pescadores asociados con instrumentos propios de cazadores (puntas tipo Ayampitin).

En general las relaciones entre cazadores y recolectores de los sectores lagunares, como Tagua-Tagua en la VI Región, con los ocupantes de la costa fueron importantes. Es probable que este sistema lagunar se haya desarrollado hacia el sur, siendo una instancia ocupacional alternativa a la costa.

Insistiendo en los cazadores de la IV Región (Norte chico) y en sus contextos culturales, hay que mencionar como la ocupación arcaica más antigua la que corresponde al sitio de San Pedro Viejo, en el valle del río Hurtado, cerca del pueblo de Pichasca. Hacia el 8000 a.C., en un

alero pre cordillerano, se cazaban guanacos y se vivía también de la recolección de vegetales. Los instrumentos eran puntas de proyectiles alargadas, raspadores, cuchillos y artefactos de molienda; además se encontraron restos de cestería y algunas conchas de mar.

En este mismo alero, en una ocupación más tardía (San Pedro Viejo II), hacia el 3000 a.C., los arqueólogos recuperaron restos de poroto, calabaza y algunas pequeñas mazorcas de maíz. Es posible que estos cazadores-recolectores hayan iniciado las actividades agrícolas.

Entre la ocupación de San Pedro Viejo I y II, también al interior, hacia el 4000 a.C. se encuentran vestigios culturales de una tradición de cazadores (Cárcamo) que tenían puntas triangulares pedunculadas, algunas con aletas, que se relacionan con el contexto de Huentelauquén, ya mencionado por nosotros.

Más al sur, en la VI región los arqueólogos de la U. de Chile han excavado en las últimas décadas, en Cuchipuy, (*) un cementerio del período de fines del Arcaico Temprano y del Arcaico Medio, cerca del yacimiento paleoindio de Tagua-Tagua. Dos fechas de carbón catorce sitúan las tumbas entre 6120 y 4155 a.C. Los cuerpos enterrados corresponden a dos tipos físicos: los más antiguos (precerámico) tienen cráneos dolicoideos; en cambio los cuerpos más recientes (asociados con alfarería y agricultura) tiene cráneos braquioides. La fecha más antigua sitúa el cementerio hacia fines del Arcaico Temprano y data un contexto de puntas pedunculadas de tamaño medio (6 a 8 cm.). También el hallazgo de instrumentos de molienda en un nivel superior, permite sostener que estos arcaicos, al igual que otros, combinaban la recolección de vegetales con la caza de animales como coipos, ratones, ranas, aves y la recolección de moluscos.

(*) Este yacimiento fue trabajado por Alberto Medina, Jorge Katwasse y Juan Munizaga

Las Comunidades Sedentarias y Productoras de Alimentos: el proceso de neolitización

Se piensa que en el llamado Arcaico Tardío (aproximadamente entre el 4000 y el 1500 a.C.) se produjeron cambios significativos en las sociedades de cazadores, recolectores, mariscadores y pescadores. En verdad la recolección de productos vegetales y las primeras experimentaciones de domesticación de animales y de plantas, enriquecieron la vida de los grupos humanos situados en los sectores altos, en los valles, como en los sectores costeros.

Algunos arqueólogos tienden, de acuerdo a sus evidencias culturales, a interpretar los datos según una perspectiva de complejidad creciente, en donde los problemas de subsistencia deben ser resueltos para lograr así un crecimiento de los conceptos e ideas, la formación de una «ideología progresista», que a su vez enriquezca el contexto sociocultural. Es una manera de interpretar el fenómeno de la sedentarización, de la formación de aldeas, de la producción permanente de alimentos. De acuerdo a lo estudiado hasta ahora descubrimos, por ejemplo, que es entre los ocupantes de la pre-puna, de los valles de altura, en donde generalmente se encuentran evidencias que les permiten a los prehistoriadores interpretar y explicar los cambios en los contextos arqueológicos. Pensando en el norte de Chile, creemos ver que los cazadores del interior, respondiendo a cambios ambientales, reciben influencias exteriores, modifican su comportamiento, transforman sus artefactos para lograr asentamientos semisedentarios que se reconocen por los yacimientos arqueológicos caracterizados por estructuras circulares semiaglutinadas. En estos campamentos, los contextos culturales permiten no sólo identificar la caza y la recolección, sino también actividades referidas a la domesticación de animales y las primeras experiencias de domesticación de plantas silvestres. Desde una perspectiva evolucionista y progresista es tentador deducir que estas nuevas situaciones condujeron obligatoriamente a la formación de las primeras aldeas de agricultores, de pastores y de alfareros.

Así, diferentes yacimientos arqueológicos arcaicos tardíos ejemplifican nuevas experiencias, domesticación de auquénidos, otras arte-

sanías y tecnologías, aglutinamiento de viviendas, tales como Tulan, Puripica, Confluencia 1 y Loa Oeste 3., etc.. Pero curiosamente observamos que no es en estos sitios en donde se continúan las transformaciones y en donde surgen las nuevas evidencias; son otros los yacimientos que caracterizan los asentamientos sedentarios (Chiu-Chiu 200, Tulor, Calar, Caserones, etc.). Definitivamente la teoría evolucionista unilineal no siempre explica lo que realmente sucedió.

En primer lugar, falta investigación y por lo tanto los yacimientos arqueológicos aún son escasos; a su vez, los que han sido excavados no son suficientes para llenar los grandes vacíos de conocimiento. Los esfuerzos hechos por los arqueólogos chilenos son meritorios, pero como se desprende de sus propios textos hay muchas opiniones, declaraciones y reflexiones que no satisfacen las inquietudes de los estudiosos o de los que simplemente desean conocer.

Tal como los datos de las primeras ocupaciones paleoindias se encuentran semi en penumbras, porque falta mucha investigación, así también el segundo gran problema de la prehistoria chilena, la explicación de cómo se originaron las ocupaciones permanentes y la vida social sedentaria, permanece sin ser resuelto. Los problemas se acumulan y los datos empíricos son contradictorios. Así, por ejemplo, sabemos que las ocupaciones prehistóricas arcaicas situadas en la costa, especialmente en el Norte Grande de Chile, fueron en algunos casos los lugares en donde se produjeron parcialmente cambios significativos que explican el surgimiento de nuevas formas aglutinadas de convivencia social y comunitaria de carácter permanente. La alimentación marítima, obtenida por la explotación primero a lo largo de la costa y luego en profundidad, satisfizo los problemas de subsistencia vital, aunque siempre en combinación con una dieta lograda por la caza y la recolección. Incluso las avanzadas técnicas de momificación, tales como la preparación complicada de los cuerpos de los muertos, se dieron en una realidad que no condujo directamente a otros cambios. Hemos visto que el complejo o tradición Chinchorro tiene su propio ciclo de desarrollo, de existencia, entre el 6.000 y el 2.000 a.C.

En general se podría afirmar que la subsistencia que proviene de los productos del mar fue en un comienzo, antes del 6000 a.C., un

complemento que enriqueció la dieta alimenticia de cazadores y recolectores, como por ejemplo de aquellos que vivían en Tiliviche hacia el 7850 a.C., o en Las Conchas hacia el 7730 a.C.. Luego, con el dominio que se obtuvo de la pesca en profundidad, encontramos ejemplos de un habitat semisedentario que no está acompañado de otros cambios, como ocurre en los valles del interior y de altura. Incluso pasado el 2000 a.C. hubo algunos cambios importantes en la organización de la estructura habitacional de los costeños (Cerro Moreno, Caleta Huelén), con ejemplos de estructuras semicirculares de piedras aglutinadas.

Encontramos así que, tanto en la costa como en el interior, las evidencias arqueológicas no muestran procesos de desarrollo semejantes, ni tampoco evolucionismo unilineal, en donde los yacimientos ejemplifiquen, a través de sucesivas ocupaciones, cambios progresivos en la vida cultural, social y económica. Así en la cuenca de ChiuChiu hay evidencias bien estudiadas de cazadores y recolectores desde el 4000 hasta el 1000 a.C.. Sus habitats circulares, con un conjunto de artefactos e instrumentos bien elaborados, poseen una vida propia que no impide relaciones e intercambios con otros cazadores arcaicos de más al interior, como los del área de San Pedro de Atacama, o del río Salado (alero de Toconce).

Por el momento no están bien verificadas las hipótesis que plantean la existencia de una «matriz» de vida que se generaliza a otros lugares y regiones, sobre todo porque no hay diferencias cronológicas que le den prioridad a un lugar sobre otros (Puripica sobre los sitios de Chiu-Chiu). Curiosamente la aldea de pastores más antigua es Chiu-Chiu 200 (940 a.C.), que de acuerdo a sus restos arqueológicos está relacionada con yacimientos transandinos de las selvas occidentales (San Francisco, Argentina).

Igualmente el complejo instrumental microlítico (taladros, perforadores), estudiado por ejemplo en Loa Oeste 3 y en Confluencia 1, no le debe nada, hasta donde conocemos, a los sitios de San Pedro de Atacama y sus alrededores. Su antigüedad es por lo menos tanta como la de estas mismas industrias que se encuentran en los oasis del Salar de Atacama.

Si miramos más al sur, es decir hacia el centro-sur de Chile, no parecen encontrarse en los yacimientos arqueológicos de fines del Arcaico y comienzos del Agro-Alfarero Temprano, características propias de un conjunto de habitaciones aglutinadas que nos permitan definirlo como aldea. Sólo podemos postular que en el norte árido hay evidencias indiscutibles de vida aldeana (Chiu-Chiu 200, Alto Ramírez, Tulor, Caserones, Calar, Pircas, Huatacondo). En cambio un poco más tarde, hacia el 400 d.C., la vida aldeana en el norte semiárido se ejemplifica en Carrizalillo Alto, perteneciente a la cultura Molle.

En el centro del país, las aldeas de la cultura Llolleo no están tan bien definidas; sería mejor hablar de campamentos estacionales, los cuales fueron abundantes tanto en la costa como en el interior. Los contextos confirman los cambios culturales y tecnológicos: se encuentra cerámica, tembetás y pipas.

Mucho más al sur, en territorio mapuche, los cambios ejemplificados por la presencia de la agricultura incipiente, cerámica y artefactos de metal, se expresan en habitaciones que aprovechan las cuevas (Quillén), incluso ocupadas por cazadores y recolectores desde el 2725 a.C.

En la Patagonia, la abundancia de la fauna permitió la vida de los cazadores y recolectores sin necesidad de adquirir nuevas modalidades, aunque sí puede postularse un comienzo de domesticación de guanacos y del perro. Incluso la domesticación de este animal ha sido adjudicada a los cazadores del Arcaico, hacia el 2900 a.C. (nivel 6 de la cueva de Los Toldos).

Si volvemos al norte árido de Chile podemos describir, con todas las dificultades que se presentan, la vida aldeana hacia el 200 a.C. Es conocido el hecho que había varias aldeas en donde se cultivaba con mayor o menor intensidad, se hacían tiestos alfareros, se confeccionaban instrumentos no sólo de caza y ofensivas, sino también herramientas para efectuar diferentes labores propias del diario vivir; igualmente las prácticas de pastoreo se combinaban con otras actividades de recolección y caza. Desde 1986 hacia adelante hemos excavado el yacimiento de Calar, situado en la sub-área circumpuneña, en una terraza alta del río Vilama, al nororiente del actual pueblo de San Pedro

le Atacama. Tiene 34 estructuras circulares que organizan una planta general en forma de media luna.

En los espacios libres fuera de las habitaciones se enterraron los muertos. Así la combinación de los artefactos encontrados, tanto en las habitaciones como en las tumbas, permite conocer el variado contexto cultural de estos aldeanos. Eran agricultores, puesto que en una terraza de 7 ms. del mismo río Vilama se encuentran las huertas y además porque en sus habitaciones se han encontrado palas de piedra. En las tumbas se encontraron bolsitas con semillas de algarrobo, cordeles de fibras vegetales, espinas de cactus (para limpiar los tubos de madera usados en las prácticas de inhalación), lo que expresa el enriquecimiento de las labores aldeanas con las actividades de recolección. Una buena cantidad de fragmentos alfareros relaciona sus tiestos cerámicos con tradiciones de la puna oriental y del sur del altiplano boliviano. Las personas que vivían en la aldea hacia el 140 a.C., debieron cumplir distintas funciones: unas cultivaban, otras recolectaban y cazaban, otras comerciaban y hacían viajes. Es muy probable que un jefe, tal vez también un brujo, haya concentrado el poder alrededor de las prácticas asociadas a los alucinógenos. El hallazgo de tabletas de madera en las tumbas, de tipología obviamente pre-Tiwanaku, invitan a pensar en una ideología común asociada a estas prácticas de inhalación.

Relativamente cerca, a unos 15 kms, en el actual pueblo de San Pedro de Atacama, otra aldea, la de Tulor, algo más antigua en sus orígenes, presenta semejanzas y diferencias con Calar. Mientras en Tulor las habitaciones está hechas de adobe y barro y presentan una planificación más compleja, las habitaciones de Calar son más sencillas y está hechas de piedra. De todos modos, en las dos aldeas hay prácticas de almacenamiento (bodegas), que muestran las costumbres sedentarias de estos habitantes. De alguna manera el medio ambiente más áspero de la quebrada de Vilama, a 2.700 ms. sobre el nivel del mar, hizo que la vida en Calar fuese más dura y esta situación posiblemente condujo al abandono de ella, en busca de mayor protección en los oasis situados más abajo, en los 2.400 ms.. Indudablemente que las tierras regadas de San Pedro de Atacama eran un polo de atracción muy fuerte para los aldeanos que vivían en las altas quebradas circumpuneñas.

Sabemos que hacia el 200 o 300 d.C. estaba organizada una importante comunidad aldeana agro-alfarera y pastoril, que recibe el nombre de Cultura San Pedro, la que permaneció por más de mil años unida a sus tradiciones y valores culturales.

Para el extremo norte, principalmente en los valles de Arica y muy en especial en Azapa, se ha identificado una fase cultural denominada *Alto Ramírez*, situada entre 1 000 a.C. y 300 d.C.. Esta extensa fase estaría representada en todo el norte chileno, alcanzando hasta San Pedro de Atacama. Lo representativo de ella se encontraría en el cultivo del maíz y del ají; en el uso de la metalurgia (cobre y plata); en textiles con motivos decorativos en varios colores (rojo, azul, amarillo) de tipo geométrico (cruces, escaleras, ajedrez) y de figuras de animales y de rostros humanos radiales; en calabazas pirograbadas con relleno de pasta blanca y con motivos de figuras sáuricas, lo que también ocurre en adornos de metal. Igualmente se han encontrado bolsas con punto tipo red, sombreros o gorros y turbantes cefálicos. Los enterramientos de esta fase conforman túmulos y sus muertos tienen deformación craneal circular. El contexto cultural se caracteriza también por artefactos del complejo alucinógeno, cerámica espatulada muy doméstica y de otros tipos que incluyen urnas con motivos antropomorfos. A partir de estos contextos se ha postulado la fase *Alto Ramírez* como una fase altiplánica con una economía, una tecnología y en general un desarrollo cultural diferente a las tradiciones del final del Arcaico (complejo Chinchorro tardío).

Tendríamos entonces un conjunto de datos que podrían servirnos para construir una hipótesis (anunciada ya por Mario Rivera) que responda a nuestro problema: ¿cómo explicar científicamente la aparición de nuevas formas de vida hacia el 1000 a.C., expresada en un desarrollo cultural aldeano, agro-alfarero, pastoril y en posesión de un conjunto importante de técnicas de manufacturación de herramientas e instrumentos variados?

La fase *Alto Ramírez* correspondería al primer momento de un contacto con culturas altiplánicas que tuvieron los habitantes de los valles cercanos a la costa y también los habitantes de otras regiones del norte chileno. La expansión de los elementos culturales característicos

del desarrollo altiplánico circum Titicaca, explicaría la uniformidad que hay en las fechas para iniciar los tiempos nuevos. Así entre el 1000 y el 500 a.C. se produciría en valles interiores altos prepuneños, en valles bajos y en localidades de la costa, una cierta uniformidad cultural caracterizada por los motivos y por las creencias altiplánicas que trajeron grupos de colonos. Incluso la futura influencia Tiwanaku podría explicarse mejor por este substratum cultural, tanto en la región de Arica como en la de San Pedro de Atacama. Esta hipótesis es la negación de la teoría que postula el desarrollo evolucionista y gradualista, y que manejan algunos arqueólogos.

Sin embargo, se puede también discutir y criticar esta hipótesis altiplánica, sin negarla en forma total.

Con todo se la puede enriquecer recordando que hay evidencias arqueológicas suficientes para demostrar relaciones entre los sectores orientales transandinos y los sectores puneños y prepuneños del norte chileno. Así algunos tipos de alfarería y de pipas encontrados en diferentes yacimientos de la II Región, como Toconao Oriente, Tulo, Chiu-Chiu 200, etc., están emparentados con yacimientos argentinos, como por ejemplo San Francisco. Varios arqueólogos especialmente Carlos Thomas en la II Región han insistido que las primeras aldeas de pastores, alfareros y agricultores surgieron gracias a la presencia de grupos inmigrantes venidos del otro lado de la cordillera. En esta región entonces no habría tenido la influencia altiplánica circum Titicaca tanta importancia como en la I Región. Sin embargo, nosotros mismos hemos creído encontrar presencia de tipos alfareros provenientes del sur del altiplano boliviano en Calar y en otros sitios de San Pedro de Atacama.

Así las hipótesis difusionistas parecen tener preeminencia, en la explicación del cambio cultural, sobre las evolucionistas unilineales y de tipo gradualista.

Lo prudente sería manejar las dos explicaciones a partir de una realidad cultural Arcaica tardía que se halla en los valles prepuneños y en sitios de altura (altiplano y puna) y que por estar más cerca de las regiones altiplánicas circum Titicaca, o de más al sur (Tarija, Lipez), o de las regiones norteñas argentinas (Salta) y del sector de las selvas occidentales, podría recibir influencias directas o incluso mezclarse con grupos transandinos.

En el caso del extremo norte chileno, la penetración de las influencias foráneas hasta la costa muestra mejor la base autóctona de los habitantes, en cuanto la tradición marítima permanece fuerte (yacimientos Faldas del Morro en Arica). Sin embargo, fueron los habitantes de los valles los que acentuaron los cambios agro-alfareros, construyeron aldeas y en general transformaron sus industrias y estilos. Estos habitantes recibieron los elementos culturales extranjeros y se mezclaron biológicamente con los inmigrantes, creando así una nueva sociedad y nuevos rasgos culturales.

Se podría concluir, siempre en forma provisoria, que el nuevo período de desarrollo aldeano, con nuevos sistemas socio-económicos, con nuevas tecnologías y nuevas ideas y creencias, fue posible cuando se dieron dos realidades: grupos locales que estaban abiertos a los cambios e influencias culturales externas, acompañados de personas que impactaron a los nativos, transformándolos y mezclándose con ellos. En algunos casos las influencias fueron menos importantes, en otras situaciones fueron básicas.

Lo mismo se puede decir de la penetración de nuevas ideas y tecnologías en el Norte Chico y centro de Chile, en donde los elementos molles jugaron un papel tan importante a comienzos de la Era Cristiana.

Para el norte semiárido o Norte Chico los arqueólogos han aceptado la hipótesis de movilidad de antiguos cazadores, desde el noroeste y puna argentinas hacia territorios más cercanos al mar, es decir hacia el territorio chileno. Esta explicación se hace más fuerte para el periodo Arcaico Tardío y el período Agroalfarero. Tal como lo hemos escrito, los cazadores y recolectores del interior de San Pedro Viejo, ya hacia el 2750 a.C., inician la explotación agrícola, sin ser ésta la subsistencia más importante. No parece posible, sin embargo, sostener una evolución unilineal que lleve desde los arcaicos tardíos hasta los primeros agro-alfareros.

Cuando aparecen los representantes de una sociedad aldeana agro-alfarera, a la que conocemos con el nombre de Molle, muy cerca de los comienzos de la Era Cristiana, observamos que ellos se movilizan desde la cordillera hacia la costa y viceversa, e incluso a lo largo de la cordillera de los Andes. Este complejo cultural, que es conocido por

diversos sitios que ofrecen variables locales, representa una sociedad agro-ganadera, de nivel aldeano y que posee unidad tecnológica indiscutible en su hermosa alfarería. Sus características principales son una gran variedad de formas, entre las cuales se distingue la abundancia de vasos y botellas, cuyas superficies pulidas son de color negro, gris, rojo, muchas con incisiones en gran parte de sus cuerpos. Esta bella alfarería encontrada en las sepulturas, tiene varios ejemplares que imitan formas de animales y de calabazas. Los cementerios, conocidos desde la década de 1930, se caracterizan porque sus sepulturas tenían en la superficie ruedos de piedra. Junto a los vasos y botellas se hallaban los adornos labiales conocidos con el nombre de tembetás; también habían pipas de piedra en forma de una T invertida. Igualmente estos aldeanos conocían bien la metalurgia, especialmente la del cobre. Se puede resumir la opinión mayoritaria de los especialistas, señalando que el Complejo El Molle corresponde a una etapa del desarrollo aldeano con distribución dispersa y que se relaciona directamente con culturas agro-alfareras del N.O. argentino.

Esta compleja cultura, que se encuentra representada tanto en la costa como en los valles interiores e incluso en la cordillera, y que se sitúa desde los comienzos de la Era Cristiana hasta el 800 d.C., es contemporánea a las grandes culturas del norte árido circumpuneño chileno, tales como la de San Pedro de Atacama, las de El Bato y Llolleo del centro-sur, y la de Pitrén en el territorio mapuche.

Las Culturas Aldeanas del Norte Árido y Semárido de Chile

Las fechas y los acontecimientos que permiten caracterizar las diferentes culturas agro-alfareras y pastoriles del territorio chileno no siempre coinciden y sus hechos sobresalientes tienen rasgos distintos. Así por ejemplo, mientras en el norte chileno la influencia de la civilización Tiwanaku juega un papel fundamental, no sólo para caracterizar una fase de sus culturas sino también para situar con seguridad sus contextos arqueológicos, en el Norte Chico y sobre todo en el Chile centro-sur no se encuentran restos directos de esta civilización, aunque sí influencias andinas. Por muchos años fue la cultura

Molle la que cumplió el papel director para fechar e identificar contextos culturales de esta región. Sin embargo, en los últimos años ha surgido una nueva explicación que reconoce la presencia de culturas agro-alfareras tempranas en el centro de Chile, tanto en la costa como en el interior, que no le deberían a la cultura Molle el origen de su desarrollo.

La arqueología chilena no siempre ha logrado identificar culturas o complejos culturales que caractericen una región, que se dividan en fases o períodos y que tengan una duración de varios siglos. Una excepción significativa es la cultura San Pedro de Atacama, que en la literatura anterior a la década de 1960 era conocida con la denominación de Atacameña. Los clásicos de la arqueología chilena, es decir, Max Uhle, Ricardo Latcham e incluso Gustavo Le Paige, usaron este nombre para denominar una cultura que se entendía por todo el norte árido chileno (I y II Regiones) y que incluso explicaba parcialmente la aparición de otras culturas andinas, como la de Tiwanaku.

En los tres últimos decenios las nuevas excavaciones hechas tanto en las regiones de Arica como de San Pedro de Atacama, han permitido fijar el habitat de esta cultura sólo en San Pedro de Atacama y en sus alrededores, es decir, en el interior de la II Región. Esta cultura se sitúa entre el 300 a.C. hasta la llegada de los españoles; o sea, posee una duración de 1.800 años. A partir de la década de 1960 se dividió en varias fases, por lo menos en tres (San Pedro I, II y III) y con el correr de los años ha sufrido algunas modificaciones, subiendo sus fases a cinco. Lo interesante es que más allá del número de fases hay un acuerdo generalizado en considerar esta cultura como una sociedad que tiene en común una serie de rasgos tecnológicos e ideológicos que permanecen a través del tiempo, dándole una unidad de comportamiento y de estilo a través de más de mil quinientos años.

En cambio en la I Región, en Arica, hemos visto que lo más próximo de un desarrollo continuado es la fase Alto Ramírez, que sin embargo sólo caracterizaría al Agro-alfarero más temprano, puesto que hacia el 300 a 400 d.C. desaparece. Lo interesante es que a continuación identificamos otros desarrollos culturales ceramológicos que poseen unidad, en cuanto se encuentran en ellos los rasgos Tiwanaku o

altiplánicos. Sólo en las últimas décadas se ha insistido en identificar una cultura con dos fases, siguiendo la recomendación de J. Bird, a la que se ha denominado cultura Arica. Ella comenzaría hacia el 1000 d.C., una vez que la civilización Tiwanaku dejó de cohesionar a los diferentes grupos de la costa y de los valles, y terminaría con la presencia incásica en el siglo XV d.C.

Así en Arica, cuando se intenta definir los periodos culturales, se habla de un Formativo (Faldas El Morro, El Laucho, Azapa, Alto Ramírez), de un Tiwanaku (Cabuzá, Loreto Viejo, Maitas, Chiribaya), de los Desarrollos Regionales (San Miguel, Gentilar) e Inca. La cultura Arica, tanto para la costa como para los valles y sierra pre-altiplánica, caracterizaría el período de los Desarrollos Regionales. Para los anteriores tiempos sólo tendríamos *fases* y no culturas; situación ésta que por lo menos llama la atención a más de un arqueólogo.

Mientras algunos estudiosos intentan definir 4 fases para el período Formativo (a) Faldas El Morro, b) El Laucho, c) Azapa y d) Alto Ramírez) otros reúnen estas fases en una sola, la ya mencionada Alto Ramírez. En lo que sí todos están de acuerdo es en reconocer que las diferentes fases hipotéticas del Formativo se caracterizan por tener conexiones con las que corresponden a las del Altiplano.

Hay acuerdo en situar la presencia de Tiwanaku entre el 500 y el 1000 d.C., tanto para Arica como para San Pedro de Atacama. Esta influencia se dio de manera diferente en el extremo norte chileno (I Región) y en la región del río Loa-San Pedro de Atacama. En primer lugar la fase *Alto Ramírez*, que uniformó prácticamente a todos los grupos costeros y de los valles, desde Arica hasta Cobija, al norte del puerto de Antofagasta, preparó la presencia de poblaciones altiplánicas pertenecientes al estado Tiwanaku. Estos grupos Tiwanaku, verdaderas colonias, se ubicaron en los valles de Azapa y de Lluta, produciéndose una interacción cultural y biológica. Principalmente sucede esto con la llamada fase Cabuzá, y luego con las de Loreto Viejo y Maitas-Chiribaya, reconocidas por su fina cerámica policroma, sus tejidos, sus gorros de cuatro puntas, sus enterramientos especiales, sus tumbas en pozos cilíndricos, sus habitaciones rectangulares con cimientos de piedra, sus vestimentas que expresan una refinada tecnología textil, sus artefactos

de madera y de metal, etc.. La explotación de los recursos del mar y de los valles cercanos, fue uno de los alicientes que trajeron a estos altiplánicos a los valles occidentales del norte chileno. Los intercambios de productos fueron importantes; mientras se llevaba a las regiones altas, entre otros productos, pescado seco, maíz, frutos, calabazas, ají, se traían a las zonas bajas papa, quinoa, chuño, charqui y todos los artefactos e instrumentos propios de la cultura altiplánica. Pero obviamente no sólo se traían productos manufacturados, ni los intercambios tenían que ver únicamente con la vida económica; también se intercambiaban ideas, creencias, ceremonias, ritos. Así a través de las excavaciones de cementerios, que estaban apartados de los lugares de habitación, se caracterizan tanto las tumbas y las ofrendas (cerámica pintada polícroma de formas variadas, la que era quebrada); arcos y flechas también rotos; restos de animales como auquénidos, cuyes y perros; como se reconocen sus sistemas de creencias y sus rituales mortuorios. Es además conocido el hecho que, desde el período Formativo, las prácticas de inhalaciones de productos alucinógenos formaba parte de las actividades de sacerdotes o chamanes, que estaban influenciados por las creencias altiplánicas.

Es sin embargo en San Pedro de Atacama en donde se enfatiza la influencia de Tiwanaku , sobre todo en el aspecto religioso. Esto no significa que no tengamos presencia de algún grupo de altiplánicos, o no se hayan producido intercambios de productos y de materias primas entre los ayllus de la cultura San Pedro y los diferentes asentamientos altiplánicos del sur de Bolivia e incluso del gran centro urbano de Tiwanaku, situado a 900 kms. al norte de San Pedro de Atacama. Conocemos así que en distintos yacimientos de los oasis de esta región prepuneña, tales como Larrache y Quitar, hay presencia importante de artefactos Tiwanaku de alta calidad tecnológica y artística, que hace pensar que ellos pertenecían a un grupo selecto y directivo de señores del altiplano, de la misma manera como en Arica está ejemplificado por Loreto Viejo. De todos modos, en esta cultura , bien definida y estudiada por los arqueólogos desde la década de 1960, hay características culturales y sociales que permiten situar el valor de la presencia Tiwanaku en sus verdaderas proporciones. No ocurre en San Pedro de Atacama lo que en los valles de Azapa y Lluta, en donde Tiwanaku da

El nombre a una cultura. En verdad la presencia de Tiwanaku en la II Región se sitúa dentro de la fase III, siendo uno de los ingredientes culturales importantes, pero no único. Mientras en Arica no hay culturas hasta ahora estudiadas que hayan pasado por las fases Temprana, Media y Tardía del desarrollo agro-alfarero, en los oasis situados alrededor del Salar de Atacama tenemos una cultura compleja que comprende un largo desarrollo, que se iniciaría antes de la Era Cristiana, con rasgos tempranos y que termina con la presencia española en los siglos coloniales.

Insistiendo en Arica, y antes de pasar a San Pedro de Atacama, señalemos que es primero Junius Bird y luego Percy Dauelsberg quienes le darían contenido a la cultura Arica. Generalmente los arqueólogos han usado el concepto de Desarrollos Regionales para nominar el proceso socio-cultural situado entre los siglos X y XIV de nuestra era.

Lo que predomina desde la perspectiva arqueológica es una unidad contextual cultural ejemplificada por las fases San Miguel y Gentilar (Arica I y Arica II). Esta cultura poseía un sistema sociopolítico caracterizado por señores independientes que, en lo principal, se concentró en los valles bajos y en la sierra ariqueña como también en los valles de la costa sur peruana, alcanzando su influencia hasta la costa de la II región (Taltal).

La fase San Miguel se sitúa entre el 1000 y el 1250 d.C.; entre sus indicadores claves se encuentran su cerámica y sus tejidos; igualmente sus artefactos de maderas (keros, cucharas, cajitas), desapareciendo las tabletas de alucinógenos. También las calabazas y la cestería adquirieron un alto nivel de desarrollo.

La forma alfarera más destacable es una vasija grande de forma globular, base cónica, pintada de blanco y decorada con figuras geométricas de color negro (zig-zag y espirales). También hay piezas de diferentes formas con decoración rojo, negro y fondo blanco.

Junto a la economía agrícola (por ejemplo maíz y ají, en el Valle de Azapa), la producción marítima fue también importante. Los restos arqueológicos muestran la existencia de balsas de madera de 3 cuerpos, anzuelos de cobre, etc.

El tamaño de las aldeas, en algunos casos, fue grande; así en el sector de Belén, en Huaihuarani, hay más de 1000 recintos, con sus callejuelas, sus casas, sus graneros, corrales y murallas defensivas, en algunos casos.

Gentilar, entre los 1200 y los 1350 d.C. presenta una alfarería policroma y de decoración compleja. Entre sus muchas formas se distinguen las jarras globulares, de cuello cónico invertido; su fondo es rojo y sus figuras geométricas, humanas y de animales encerrados en especies de medallones son de color blanco y negro.

Si en la alfarería hay diferencias entre San Miguel y Gentilar, no ocurre lo mismo en otras expresiones culturales. Así los tejidos Gentilar no son distintos en lo fundamental de los de San Miguel: son diferentes los motivos que decoran las bolsas, las mantas, las camisas, las fajas, los gorros semiesféricos y de cuatro puntas, sin decoración policroma. Las calabazas pirograbadas se adornan con un estilo geométrico y ondas entrelazadas.

Los artefactos marítimos son prácticamente los mismos, e igual cosa sucede con los artefactos agrícolas.

Hay por último una gran variedad de instrumentos musicales (cornetas, tambores, sampoñas y sikus).

Paralelamente a la cerámica Gentilar se ha identificado un tipo conocido con el nombre de Pocoma, caracterizado por grandes jarras de diseños de colores rojo y negro pintadas sobre la superficie de la cerámica.

Ya en 1972, Dauelsberg escribía: *«San Miguel y Gentilar marcan el desarrollo local o el afloramiento regional. Se rompen los lazos con el altiplano; la zona de Arica, Tacna, etc. entran a formar una unidad política desvinculada con la zona anteriormente indicada. Esto se manifiesta en nuevos rasgos de la cerámica, tejidos, formas enterratorias... es posible también ubicar en este momento la gran mayoría de los pucaros defensivos».*

Los elementos altiplánicos aparecerán después del 1350 d.C. con los estilos Saxamar, Chilpe e Inca imperial.

El primer problema que surge cuando el investigador se enfrenta a la multiplicidad inmensamente rica de los restos culturales provenientes de los yacimientos de San Pedro de Atacama y de sus alrededores, es ordenarlos, clasificarlos de acuerdo a rasgos comunes estilísticos, morfológicos, funcionales, de materia prima, etc. y sobre todo tomando en cuenta la situación relacional de unos restos con otros, tanto en el sentido espacial como cronológico. Es decir, el contexto arqueológico es uno de los criterios más relevantes para organizar fases o subperíodos culturales, que muestren por una parte los cambios producidos a través del tiempo y por otra la permanencia, la continuidad de rasgos culturales que le pueden dar unidad y homogeneidad a la cultura estudiada.

Hemos adelantado que en San Pedro de Atacama se produjo un largo desarrollo cultural; los comienzos y los finales de esta cultura pueden y deben sin embargo seguir siendo analizados según los criterios que se manejen para definir la cultura que se investiga. ¿Cuándo y dónde tenemos un conjunto de restos arqueológicos que pueden ser identificados como propios de los que definimos como Cultura San Pedro de Atacama? La revisión del período Temprano agro-alfarero a través de los yacimientos de Tular, Calar y de otros que se encuentran en los actuales ayllus del pueblo de San Pedro de Atacama, indica que hay suficientes datos para insistir en una experiencia endógena que está enriquecida por elementos contextuales exógenos, provenientes tanto del sur del altiplano boliviano, como del suroriente andino argentino (selvas occidentales). Las pipas, las urnas antropomorfas, los tiestos alfareros pertenecientes al tipo corrugado, etc. son ejemplos de estas influencias externas.

En el pueblo de Toconao, situado a unos 40 kms. al suroriente de San Pedro de Atacama, se ha identificado un yacimiento conocido por el nombre de Toconao Oriente. Se trata de un cementerio que fue excavado en la década de 1960 y que se sitúa cultural y cronológicamente dentro del Complejo Cultural San Pedro de Atacama. Sus restos se sitúan principalmente en las fases Temprana y Media agroalfareras

en donde predomina, además de los artefactos «extranjeros», un conjunto de tiestos alfareros conocidos técnicamente con el nombre de «alfarería del tipo San Pedro Rojo Pulido», asociados a algunos tipos del «San Pedro Negro Pulido». Las fechas de termoluminiscencia y de C14 oscilan desde el 580 a.C. hasta el 200-300 d.C.. Estas serían por lo demás las fechas límites para la fase Temprana. Para nosotros los comienzos de la cultura San Pedro de Atacama, tal como ya la definimos a comienzos de la década de 1960, deben ser nominados como Fase Temprana o San Pedro I y II. Así San Pedro III correspondería al período Medio, que se caracterizaría por la presencia de la civilización Tiwanaku la que introduce hacia el 500/600 d.C. y hasta el 900/ 1000 d.C., un importante conjunto de artefactos e ideas en la cultura San Pedro de Atacama. Luego San Pedro IV correspondería a la fase Tardía preinca, entre el 1100 y el 1470 d.C.. El Imperio Inca controló a San Pedro de Atacama en su fase V a través del centro administrativo de Catarpe.

Lo que homogeneiza a esta cultura son los tipos y subtipos alfareros que se conocen con el nombre genérico de «San Pedro Negro Pulido». Obviamente que los especialistas han identificado muchos tipos y variedades de esta gran familia ceramológica, incluyendo tipos incisos y grabados, semipulidos, etc.

Asociados a estos tipos negro-pulidos se encuentran otros conjuntos de materiales culturales: tejidos hechos de lana de auquénidos (bolsos, fajas, gorros, mantas); artefactos de madera (cajas, cucharas, vasos, receptáculos del complejo alucinógeno); artefactos de cobre (adornos); artefactos de piedra (instrumentos de caza, de agricultura y de recolección); artefactos de huesos (tembetás), etc.

La cultura San Pedro de Atacama se desarrolló en un rico ambiente de oasis precordilleranos en donde las unidades económico-sociales (los ayllus) se expresaban en conjuntos de familias que posiblemente constituían linajes, todos asociados por creencias comunes de carácter totémico. Los diferentes ayllus se caracterizan por cementerios, cada uno con centenares de tumbas, que muestran que en las fases citadas algunos de ellos predominan sobre otros. Así Quitar y Larrache, por ejemplo, son muy importantes cuando las influencias Tiwanaku se hacen sentir en la región. En cambio Coyo, Tulor, Sequitor, Solor

debieron jugar un papel importante no sólo en el periodo Medio sino también Temprano, junto a otros yacimientos como Toconao Oriente y Calar.

Ya en San Pedro IV se nota en toda la región un cierto predominio de yacimientos semiurbanos, algunos defensivos como los *pucarás* (Quitor) que nos pueden hacer pensar que existían fricciones entre diferentes pueblos, algunos extranjeros provenientes tal vez del sur del altiplano boliviano.

Es probable que en San Pedro III (500- 1 000 d.C.) se haya producido cierta unidad socio-política alrededor del prestigio de algunos líderes que contaban con el apoyo de Tiwanaku, tal como lo sugiere el rico y variado contexto cultural descubierto en el ayllu de Larrache.

Cuando los españoles llegaron a Atacama la Grande o Alta (San Pedro de Atacama) encontraron una comunidad agrícola pastoril que se refugió en el pucara de Quitor y les ofreció una relativa resistencia. A través de las descripciones que hicieron los cronistas, especialmente Jerónimo de Vivar, reconocemos sin embargo algo de esta sociedad que tuvo sin lugar a dudas un largo y rico desarrollo social y cultural. Creemos que primero los incas y luego los españoles deterioraron bastante la vida independiente y creadora de esta sociedad atacameña. Aunque no alcanzó el nivel de civilización (no se han encontrado restos de ciudades) estuvo muy próximo a él, e incluso sus expresiones artesanales y artísticas, sus tecnologías y sus creencias la sitúan en un ambiente civilizador. Aunque parezca algo raro, San Pedro de Atacama es el ejemplo de un alto desarrollo cultural que no se expresó en el nivel urbano, pero sí en una vida aldeana caracterizada por un contexto cultural variado, complejo y hermoso.

El Complejo Cultural Molle

Retomando el tema de las culturas agro-alfareras del norte semiárido, recordemos que el complejo cultural Molle se presenta desde el río Salado hasta el río Choapa, es decir entre los 26° y 31° 41' (III y IV Regiones). Toda esta amplia extensión de territorio posee rasgos

culturales comunes, situados en un tiempo que oscila entre el 130 a.C. en el yacimiento de El Torín, y el 665 d.C. en el nivel I de San Pedro de Pichasca. La mayoría de las fechas van desde el 240 d.C. hasta el 480 d.C., señalando así una especie de media cronológica en el desarrollo de esta cultura o complejo cultural. A pesar de la homogeneidad de algunos de sus rasgos se ha intentado diferenciar entre valle y valle el desarrollo cultural de El Molle, según avanzan los estudios. Así, los trabajos efectuados en El Torín, a 2.600 ms. sobre el nivel del mar, en la cuenca andina del río Copiapó, hacen pensar en un asentamiento aldeano, con presencia bien definida de artefactos agrícolas y con contactos probados con la puna de Atacama. Los datos arqueológicos muestran una población de braquicéfalos que tenían relaciones tanto con las sociedades allende los Andes, como con el complejo cultural de San Pedro de Atacama e incluso con algunos grupos de la costa. Además de practicar la horticultura de riego artificial, eran pastores y cazadores. Sus contactos con el mundo final de los cazadores y recolectores del Arcaico son también un dato interesante.

Por otra parte, otros rasgos culturales que caracterizan a los ocupantes molles de los valles del Limarí y del Choapa, permiten suponer relaciones con las sociedades tempranas de la zona central (tradicción El Bato).

En general esta cultura o complejo cultural controló territorios propios de los valles y de los interfluvios; en cambio la cordillera fue menos explotada. Sus rasgos culturales más comunes son el tembetá o bezote de diferentes formas; la pipa en forma de T invertida; el uso del cobre (técnica de laminado del cobre nativo); industria lítica (puntas de proyectiles triangulares y pedunculadas, raspadores de uña, etc.); cerámicas pulidas de color negro, rojo y café, varios de cuyos tipos son incisos o bicolors. Sin embargo no hay que olvidar que esta cerámica es mayoritariamente monocroma. Igualmente el arte rupestre está bien representado en diferentes sitios de esta cultura.

Estos molles eran aldeanos y sedentarios, aunque su movilidad también está comprobada. Con todo, los hallazgos de aldeas no son abundantes; por ejemplo, tenemos en Carrizalillo Chico un conjunto de habitaciones sencillas, de alrededor de 320 habitantes y con ciertas

diferencias especiales en cuanto a la práctica de actividades (agricultores, artesanos).

Cultivaban maíz, porotos, zapallos, quinoa y tal vez algodón. Junto a sus actividades pastoriles eran buenos cazadores. En cambio no tenían especial interés por la explotación de los recursos del mar (no se conocen anzuelos en los yacimientos molles).

Hacia el 700 d.C. ya no aparecen rasgos culturales molles. Los yacimientos del norte semiárido se caracterizan por otros artefactos y por otras actividades, tales como el interés por el mar. Hacia el 800 d.C. se comienza a identificar una nueva cultura conocida con el nombre de Las Animas, la que caracteriza el período Medio de esta región.

Cultura las Antmas

Luego de la cultura El Molle, se reconoce en el norte árido un conjunto de expresiones culturales que han sido reunidas con el nombre de cultura Las Animas. Ya en la década de 1920 en la quebrada de Las Animas y en El Olivar, todos en el valle del Elqui, se estudiaron restos culturales pertenecientes a contextos funerarios que fueron adjudicados a los comienzos de la cultura diaguita. Sin embargo, a fines de la década de 1960, hubo acuerdo en considerar que estos restos correspondían a una población que no era molle ni diaguita. Así, varios yacimientos estudiados en diferentes lugares del Norte Chico, han permitido individualizar una cultura que ocupa las tierras situadas entre Copiapó y el valle Limarí. Los sitios mejor estudiados se encuentran en los valles y en la costa, lo que permite afirmar que las poblaciones de esta cultura del período Medio se diferencian bastante de las del Molle, en cuanto a ocupación y explotación del litoral. En los sectores de interfluvios la presencia de la cultura Las Animas es muy poca.

La ergología, levantada principalmente en las tumbas estudiadas, caracteriza a esta cultura por su cerámica policroma, de formas tronco-cónicas de base plana, cuencos y platos de paredes altas, ollas de cuerpo esferoidal de cuello recto y con asa. El motivo ornamental más usado de esta cerámica rica en combinación de colores, es una franja

triangular de color negro, con dos pares de líneas oscuras, que tiene en su centro una figura ancha en forma de rayo y de color rojo o crema. En general los dibujos geométricos son en negro, sobre fondo de color rojo, salmón y crema. Toda esta cerámica ha sido diferenciada en 4 tipos (Animas I-II-III y IV), estando los tipos III y IV relacionados con la diaguita posterior.

En las tumbas se han encontrado varios artefactos hechos de cobre y también de plata; igualmente muchas piezas han sido hechas en huesos de camélidos y de aves marinas, entre las que se distinguen artefactos que pertenecen al complejo alucinógeno. Entre estas piezas que se usan para aspirar narcóticos las hay también de concha y madera. Las pipas en forma de T invertida que usaban los molles, ya no se encuentran en los contextos de tumbas y fueron reemplazadas por piezas que podrían venir del norte árido de Chile a través de Taltal y del valle de Copiapó.

El interés por los trabajos marinos, por la explotación de productos del mar se expresa en diferentes instrumentos especializados de cobre y de hueso (anzuelos en forma de J o de U, tubos de hueso de alcatraz, que fueron utilizados para inflar las bolsas de cuero de lobo). Así estos pobladores, ubicados entre el 800 y el 1200 d.C. fueron agricultores, pastores, pescadores y mariscadores. Es interesante insistir en que la relación de estos pobladores con sus animales, sus ganados domesticados, se expresa por la cantidad de huesos de llamas y alpacas, e incluso cuerpos completos de ellos, que se encuentran en las tumbas, ocurriendo en algunos casos que por cada muerto humano hay dos, tres y hasta cinco cuerpos de animales. En el cementerio estudiado en la ciudad de Coquimbo, exactamente en su plaza principal, se encontraron pruebas de un ceremonial bien preparado, rico en ofrendas (tiestos alfareros, anzuelos, colgantes, campanillas, puntas muy bien trabajadas, collares, tabletas de madera y concha, espinas de cactus, etc. que muestran que los habitantes de este período no eran sólo agricultores, sino que explotaban también activamente el mar en sus balsas de cuero de lobo y tenían abundantes rebaños de camélidos.

Es probable que sus prácticas marítimas expliquen que sus instrumentos (barbas de anzuelo compuesto, penetradores de arpón, cuchi-

llos de piedra) conserven rasgos tecnológicos propios de las antiguas tradiciones de pescadores, anteriores al periodo Formativo Molle. Curiosamente, estos pobladores ánimas aparecen desconectados de los molles, pero conservando otras tradiciones antiguas, especialmente provenientes de los pescadores y recolectores. A su vez las prácticas ganaderas hicieron posible los contactos con el norte árido (San Pedro de Atacama) y con poblaciones del periodo Medio argentino. Igualmente será probada la relación que existe entre la cultura Las Animas con los comienzos de la cultura Tardía Diaguita. En este caso hay una situación de continuidad ejemplificada por la estratigrafía de los conchales y por los contextos culturales de las tumbas estudiadas.

Por último recordemos que en un yacimiento de esta cultura estudiado en la Plaza de Armas de la ciudad de La Serena (sitio Compañía de Teléfonos) se hizo un fechado de carbono catorce de 900 d.C. para restos de carbón asociado a tipos alfareros Animas I y II.

La Cultura Diaguita

Es sin lugar a dudas una de las más conocidas culturas del norte chileno semiárido y se sitúa aproximadamente desde el 1100 d.C. hasta la llegada de los incas, hacia el 1470 d.C. Algunas piezas, sin nominarlas como diaguitas, fueron dadas a conocer a fines del siglo pasado. Sin embargo, fue en las décadas de 1920 y 1930 cuando se relacionó especialmente la cerámica prehispánica encontrada en diferentes lugares de la región con la de los indios diaguitas de Argentina.

En la década de 1950 se dividió esta cultura en 4 fases, apoyándose en los contextos culturales que se estudiaron y, especialmente, en los diseños que presentaba la alfarería rescatada de las tumbas.

Hemos conocido en páginas anteriores la cultura Las Animas, que corresponde a la primera fase de la cultura Diaguita (Fase Arcaica). Así, sólo las fases Transición, Clásica y Diaguita-Inca pertenecerían a esta cultura que se sitúa en el periodo Tardío Agro-Alfarero.

De acuerdo a nuevas excavaciones efectuadas en las décadas de

1970 y 1980, hay acuerdo en dividir esta cultura en tres fases. La Fase I de la cultura Diaguita se relaciona con la Fase IV de la cultura Las Animas y con la fase Transición. Las sepulturas de este primer período, en su gran mayoría individuales, no son profundas y los cuerpos humanos están flectados en dirección oeste-este y en posición decúbito lateral. Junto a los muertos hay tiestos alfareros, en la mayoría de los casos cerca del cráneo; hay también artefactos tales como agujas, punzones, arpones de hueso, puntas de flechas y a veces urnas de cerámica. En estas tumbas, al igual que en las pertenecientes a la cultura Las Animas, se encuentran restos de llamas o alpacas, colocados alrededor del cuerpo humano o sobre él. En los yacimientos más cercanos al litoral hay gran abundancia de restos de fauna marina y de arpones. Junto a esta manifestación de economía marítima se expresa también la presencia de una actividad pastoril y ganadera.

La Fase II se conoce por una gran cantidad de sepulturas situadas en la costa. Tienen también poca profundidad; son en su mayoría tumbas colectivas y han sido hechas con piedra laja de granito o de roca sedimentaria; en gran parte los cuerpos tienen orientación oeste-este. Son abundantes los platos de paredes verticales, cuya superficie externa tiene a veces representaciones antropomorfas. Son piezas polícromas, es decir, negro-rojo sobre blanco-rojo. Hay también espátulas de hueso bien trabajadas, con representaciones antropo o zoomorfas; cuchillos, cinceles, aros de cobre y plata, anzuelos, agujas, arpones, puntas de flecha, morteros de piedra y de hueso. Igualmente aparecen tipos alfareros conocidos con los nombres de «jarros zapato» y «jarros pato». Hay también urnas decoradas con motivos antropomorfos. Curiosamente en esta fase la técnica de la alfarería es muy particular; por una parte el engobe y la decoración están muy bien hechos, mas por el contrario, la pasta y el desgrasante son deficientes y la cocción es incompleta.

La Fase III está representada por la presencia inca; es por lo tanto una fase que se caracteriza por un contexto ya influenciado claramente por los rasgos y las técnicas incas. Las sepulturas son muy semejantes a las anteriores, pero sus contextos son muy ricos en tiestos alfareros

en donde aparecen los tipos cuzqueños (aríbalos) asociados con escudillas y «pucos» típicamente diaguitas, más los jarros pato. Hay también «tupus» (prendedores) y «tumis» (cuchillos en forma de semiluna).

Para esta fase se conoce un importante centro metalúrgico situado en Viña del Cerro, al interior del valle de Copiapó.

Cuando los españoles llegaron a las tierras de los diaguitas, se dieron cuenta que sus valles estaban poco poblados, culpando de esta situación a los incas.

Sin lugar a dudas que la cultura diaguita no sólo cubrió físicamente desde el valle de Copiapó hasta el de Aconcagua, sino que mezclada con rasgos y artefactos incásicos influyó en las culturas de Chile Central. Es probable que los incas hayan trasladado (sistema de «mita») a campesinos diaguitas hacia el sur, explicándose así la presencia de un contexto diaguita transculturizado.

Los diaguitas del norte semiárido (especialmente IV Región) no vivieron en grandes pueblos aglutinados, sino que su sistema se caracterizó por pequeñas aldeas, cuyas habitaciones estaban hechas de barro, paja y madera. Los campesinos diaguitas cosechaban maíz, quinoa, papas, porotos y zapallo. También cultivaban el algodón, que les servía de materia prima para hacer sus vestidos y otros tipos de textiles. Junto a la agricultura la dieta alimenticia se apoyaba en la actividad pastoril, es decir, en el manejo de grandes ganados de auquénidos; la carne, la lana, los tendones, los huesos, todo era aprovechado. Junto a lo anterior las actividades marítimas eran muy importantes para ellos; el uso de las balsas de cuero de lobo les permitió pescar en alta mar (atún, ballena). Esta pujante sociedad prehispánica fue sometida hacia el 1470-1490 al imperio inca; pocos años después otros extranjeros terminarían de aplastarla. La crisis demográfica y cultural de la cultura diaguita comienza con los incas y se ahonda con los españoles.

Hemos visto ya que para Chile centro-sur se ha iniciado el estudio del periodo Paleoindio y del Arcaico (Tagua-Tagua y Cuchipuy). Luego, desde la década de 1970 en adelante, se han identificado dos grandes complejos culturales, uno Formativo, conocido con el nombre de Llolleo y el otro perteneciente al período Medio, la Cultura Aconcagua.

El Bato y Llolleo se sitúan aproximadamente entre el 300 a.C. y el 800 d.C.. Estas serían las fechas para el periodo Temprano, que posee características propias, aunque en algunos casos recuerdan las técnicas y el estilo Molle. Ya hemos estudiado las diferencias entre estas culturas de Chile central y las de más al norte. Entre las piezas alfareras de El Bato se distinguen formas de animales y de vegetales, es decir, figuras estilizadas de auquénidos y de calabazas. Igualmente hay piezas de cuerpo globular, con asa puente, bien pulidas y con decoración antropomorfa (rostros humanos). Estos campesinos eran también mariscadores, recolectaban machas, locos, lapas, almejas, choritos. Entre los artefactos recogidos hay también pipas y tembetás. Lo que no se ha reconocido hasta el presente son restos habitacionales aglutinados; por lo tanto estaríamos frente a grupos familiares que vivían en campamentos situados entre el valle del Choapa y el valle del Cachapoal. No sólo ocuparon las planicies litorales, sino también los valles interiores. Justamente al interior del valle del río Maipo, en un sector precordillerano, se estudió un sitio (Chocayes) que dió a conocer las sepulturas de cerca de veinte individuos, que tenían como contexto piezas alfareras cercanas al tipo molle, además de tembetás y orejeras.

Entre los valles del Illapel y del Cachapoal se ha identificado otra cultura temprana conocida con el nombre de Llolleo, que participa de la mayoría de los elementos y estilo de vida de la cultura El Bato. Aunque las fechas radiocarbónicas van del 140 al 280 d.C., en los yacimientos situados en la desembocadura del río Maipo y en el curso superior del río Cachapoal se postula que esta cultura se mantiene hasta el momento de la aparición de los rasgos culturales Aconcagua, hacia el 800-900 d.C.. Si se confirma la presencia de la cultura Llolleo, como ocurre también con la Cultura El Bato, estas fechas deberían subdividir-

se en fases, una de las cuales caracterizaría el periodo Medio agroalfarero, tan mal estudiado en el centro de Chile. Esta hipotética fase podría caracterizarse por algunos tipos alfareros que recuerdan la cerámica de Las Animas y por cerámica negra pulida incisa.

La economía de los miembros de esta cultura dependía de los productos vegetales, complementándose con las actividades de recolección, pesca y caza. Ocupaban las terrazas fluviales, los sectores lacustres y litorales. En este último caso debemos insistir que la economía preferente era la agrícola, aprovechándose sólo algunos recursos marinos. Aunque los yacimientos cordilleranos son escasos, se han encontrado algunas evidencias en Mendoza y en Neuquén (Argentina). Los sectores mejor estudiados son principalmente los valles del Aconcagua y Maipo y el valle del Cachapoal. Así se ha comprobado que la población Llolleo corresponde a un grupo braquicéfalo, de estatura media (entre 1.50 y 1.60 ms), con asentamientos dispersos y cuyas habitaciones eran hechas de barro y paja (-quincha-); bajo éstas eran enterrados los muertos, usándose urnas para el entierro de niños.

La cerámica le otorga gran homogeneidad; se han descubierto en diferentes yacimientos tiestos alfareros con representaciones antropo- y zoomorfas. También la presencia de tiestos bicéfalos y el jarro-pato son importantes. Este último tipo es conocido también en las posteriores manifestaciones de la cultura mapuche (sur de Chile).

En algunos yacimientos de la región de Santiago (Parque La Quintrala) los arqueólogos han encontrado evidencias mezcladas que corresponden a varias culturas: El Bato, Llolleo y Pitrén (esta última del sur de Chile). Las fechas de termoluminiscencia van del 20 a.C. al 280 d.C.. Esta misma situación se presenta en el valle del Maipo (Chiñigüe), en donde están mezclados rasgos culturales El Bato (tembetá) y Llolleo (alfarería). Igualmente ocurre esta integración de elementos culturales de distintas tradiciones en el valle del Cachapoal.

Luego del 800 d.C. se comienzan a reconocer entre los valles del río Aconcagua y del Cachapoal artefactos y estilos que pertenecen al periodo agroalfarero tardío y que toman el nombre de *Cultura Aconcagua*.

De acuerdo a los arqueólogos que han estudiado esta cultura de fines del periodo Medio y que abarca todo el período Tardío agroalfarero, incluyendo un contacto con el mundo incásico, ella produciría una cierta homogenización entre los valles del Aconcagua y el Cachapoal.

Se trata de comunidades de agricultores que cultivaban porotos, maíz, zapallo y otros productos propios de sus chacras. Como sus viviendas estaban dispersas por valles, tanto cerca del litoral como del interior y precordillera, su economía se adaptaba a los diferentes sectores ecológicos. Así recolectaban mariscos y algas, junto a otras actividades principales de la agricultura, para las que se usaban técnicas de riego que se apoyaban en la distribución del agua por sistemas de canales y técnicas de sembrado consistente en abrir hoyos en el terreno para luego depositar en ellos las semillas. En los sectores precordilleranos no sólo eran pastores, sino también cazadores.

De este periodo son conocidos los túmulos funerarios (-ancuviñas-), que caracterizan una costumbre y un ritual relacionado con sus muertos, especialmente en los valles del interior. Al excavar estas tumbas se ha encontrado un número importante de tiestos alfareros (pucos, ollas, cuencos, botellas), decorados en su mayoría con figuras geométricas (motivo del trinacrio) de color negro sobre un fondo de color anaranjado o salmón. También se encuentran tiestos rojo engobado y en algunos cementerios hay preponderancia de ceramios -diaguita-incaicos-. En general la cerámica -Aconcagua salmón- es producto del trabajo de alfareros muy especializados; está fechada hacia el 990 d.C., pero dura hasta la fase incaica. En la región de Santiago es este tipo, con sus variantes tipológicas, el más popular, seguido del tipo -rojo engobado- y el -pardo aislado-.

Las diferentes fechas de carbón catorce, aún insuficientes, sitúan este complejo cultural entre el 990 y el 1210 d.C.. Pero sabemos, por algunos contextos culturales de tumbas, que los tipos Aconcagua salmón y rojo engobado están asociados a piezas incaicas.

Igualmente las poblaciones Aconcagua están sobre las poblaciones Lolleo y fueron contemporáneas con los diaguitas, teniendo con éstos

contactos importantes, expresados por el trabajo en hueso, por la presencia de instrumentos musicales, por la importancia de las actividades pastoriles y por una organización política y social manifestada en el sistema de mitades (valles del Aconcagua y del Mapocho), por lo menos en los tiempos de la conquista española (cronista Jerónimo de Vivar).

Es muy posible que los distintos tipos alfareros identificados por los especialistas, situados en contextos que muestran proporcionalidades diferentes, permitan señalar en el futuro próximo diferentes fases dentro del complejo cultural Aconcagua.

Las Culturas del Territorio Mapuche

Como es conocido, los cronistas del siglo XVI, especialmente Vivar, hacían terminar la región de Santiago en el valle de Itata; desde aquí hacia el sur observaban «otro temple», otras características ambientales, en donde había invierno y verano bien diferenciados, llovía más y los vientos eran muy furiosos; no había regadío artificial y la actividad agrícola se hacía con el agua que caía de las lluvias del invierno. Los montes y los llanos eran muy fértiles y había una gran población, compuesta en el siglo XVI por cientos de miles de personas que ocupaban la costa, los valles del llano central, la precordillera y la cordillera misma.

A partir del estudio de cementerios se han identificado dos importantes complejos culturales: Pitrén y El Vergel.

Pitrén, conocido por los contextos culturales de tumbas, es la más antigua ocupación agroalfarera del sur de Chile (desde el río Bío-Bío hasta el lago Llanquihue). Una fecha radiocarbónica para un yacimiento del valle del Cautín dió 660 d.C.. Principalmente se han conservado tiestos alfareros: jarros asimétricos globulares con asa puente y de formas zoomorfas (ranas, patos), antropomorfas y fitomorfas (algunos de estos tiestos tienen modelados ojos tipo «granos de café»), y jarros simétricos globulares con asas. Todos ellos están pintados de rojo con decoración de puntos y líneas de color negro.

Económicamente hablando, las poblaciones pitrenes serían recolectores y también cazadores. No parece sin embargo imposible que hayan tenido también pequeños huertos de papas y maíz. Así por lo menos lo probarían las excavaciones hechas en los sectores argentinos (en Neuquén). Allí se encontraron, además de los tiestos alfareros ya descritos, pipas en forma de T invertida, hechas de piedra y cerámica, tembetás de piedra, fragmentos de manos y molinos, y muchas piezas líticas tales como puntas de flecha triangulares y gran cantidad de frutos de la araucaria (-pewen-), restos de huesos de avestruz y cuentas de collar de conchas marinas del océano Pacífico. Estos restos culturales pertenecientes a paraderos, es decir sitios habitacionales transitorios, están fechados hacia el 1050 d.C.

Las fechas antes mencionadas sitúan a este complejo cultural más en el período Medio agroalfarero que en el Temprano. Sin embargo, son evidentes las relaciones con las culturas tempranas de Chile Central (El Bato y Llolleo) y con culturas del noroeste argentino.

El Vergel. Después del año 1000 d.C. se superpone sobre la cultura Pitrén la cultura identificada por primera vez en la IX Región, cerca de la ciudad de Angol. Los yacimientos se encuentran entre el río Bío-Bío y el Toltén, principalmente en el valle central. Esta cultura trae nuevos elementos, pero también conserva rasgos de la antigua ocupación. Una nueva tradición de sepultación diferencia claramente a las dos culturas: la mayoría de las tumbas se caracteriza por contener grandes tinajas pintadas y decoradas con motivos antropomorfos y geométricos, de color negro o rojo sobre fondo blanco; las formas de otros tiestos alfareros decorados corresponden a los de la cultura Pitrén. Pero las tumbas de esta nueva cultura, que por fechados radiocarbónicos se sitúa entre el 1100 y el 1300 d.C., también contienen urnas hechas de troncos ahuecados, o bien se caracterizan por cistas de piedra o simplemente por inhumaciones sencillas.

A veces se encuentran asociados en las tumbas dos tipos de enterramiento: los en troncos ahuecados con la sepultación en urnas conteniendo restos de niños.

Entre el contexto funerario propio de la nueva cultura se encuentran aros de cobre, piedras horadadas, pipas, esculturas líticas antropomor-

fas bicéfalas. Entre la cerámica decorada aparece una conocida con el nombre de Valdivia, que puede ser prehispánica e incluso preincaica, pero que indudablemente continúa en el período hispánico. Algunos de los motivos, tales como triángulos y estrellas, también se encuentran en la alfarería preincaica e incaica de Chile central (complejo Aconcagua).

Los vergelenses eran agricultores; cultivaban la papa, el maíz, porotos y quinoa; pero también eran recolectores y cazadores. Igualmente domesticaron una subespecie de auquénido conocido posteriormente con el nombre de chiliweke. Su patrón de asentamiento era disperso, no encontrándose nada parecido a aldeas. Como no se encuentran sitios vergelenses en los sectores cordilleranos ni en la región de los lagos, en donde sí se asentó la cultura Pitrén, es muy probable que su economía haya sido más agrícola que aquella, relacionándose este cambio económico con los cambios culturales ejemplificados por las urnas funerarias y la probable actividad metalúrgica.

Cuando los españoles llegaron en la segunda mitad del siglo XVI a las tierras de los mapuches o araucanos, se encontraron con abundante población de varios cientos de miles de personas que cultivaban, recolectaban, pescaban, cazaban y domesticaban animales, según fueran los ambientes naturales que explotaban. Todos hablaban la misma lengua, desde el Choapa hasta la actual X Región (Puerto Montt). Según los cronistas la sociedad estaba organizada en familias extensas, patrilineales, de matrimonios exógenos, todas vinculadas a linajes más amplios que tenían sus orígenes en antepasados míticos. En caso de conflictos se producía una momentánea unión bélica alrededor del «toki»; otras figuras líderes importantes eran los «ulmenes» y los «chamanes» o «machis».

A través de los siglos coloniales la etnia mapuche sufrió transformaciones importantes en lo relacionado con el mestizaje, no sólo producido con los españoles sino también con grupos indígenas cordilleranos y pampeanos. Así los puelches, los pehuenches, los pampas adoptaron la lengua aborígen mapuche, produciéndose desde el siglo XVII en adelante una profunda araucanización de todas estas etnias. Aunque existen relaciones probadas entre los antiguos habitantes prehispánicos y los posthispánicos (tipos de enterramiento, de alfarería, adornos,

lengua), es un hecho probado por los estudios antropológicos que los actuales araucanos o mapuches son producto de casi 500 años de interrelaciones biológicas y culturales, no exentas de violencias e injusticias.

El Extremo Sur

Mientras en el centro-sur y en el norte de Chile se puede escribir una historia de la ocupación humana caracterizada por diferentes fases del desarrollo socio-cultural, no ocurre lo mismo para el extremo sur.

Los arqueólogos (Bird, Laming-Emperaire, Ortiz, Massone) han estudiado algunos yacimientos pertenecientes a los períodos Paleo-indio y Arcaico; este último con razgos distintos a los conocidos en el norte.

Como la satisfacción de las necesidades más vitales se lograba a través de la caza y la pesca, no se configuró para estas regiones, de clima tan riguroso, un período agro-alfarero.

Desde las primeras ocupaciones de la cueva de Fell, pasando por Palli-Aike, Cerro Sota, Tres Arroyos, Marazzi, etc. la presencia de los cazadores y de los pescadores australes, con modificaciones en sus contextos culturales, se puede conocer a lo largo de 10.000 años. Los onas, los alacalufes y los yámanas, que conocieron los navegantes europeos desde Magallanes en adelante, fueron los continuadores de los antiguos canoeros y cazadores. En el presente, estas poblaciones han desaparecido; el padre Martin Gusinde fue uno de los últimos etnólogos que los pudo estudiar seriamente.

Los Incas en Chile

Es muy probable que el inca Tupak Yupanqui haya iniciado en la década de 1470 la conquista de las tierras meridionales del «Collasuyo», incluyendo en ellas el valle de Chile (Aconcagua).

En el norte árido hay muchos ejemplos de caminos, edificios, ofrendas mortuorias, alfarería que muestran sin duda la presencia directa e indirecta de los incas. Así en Arica tenemos, en el valle de Azapa, el centro administrativo de Purisa; en el valle de Lluta, el de Mollepampa y en el lago Chungará, a 4.350 ms. sobre el nivel del mar, el tambo de Chungará. Este último, descubierto por nosotros en 1978, se compone de tres unidades: una plataforma a la que se llega por una escalera con 6 escalones de piedra, un gran patio rectangular y 9 recintos orientados de sur a norte, posiblemente de función habitacional. La excavación dio especialmente cerámica del tipo Saxamar (negro sobre rojo con decoración de camélidos estilizados). Es casi seguro que estas construcciones corresponden a una especie de plaza de control estatal, que supervigilaba y perseguía una eficiencia en la alta productividad del manejo de una masa de camélidos.

En general la presencia inca se expresa en caminos, a veces muy estrechos, que corrían en el norte árido entre los 2.500 y 3.500 ms. de altura; en los centros administrativos; en los tambos y tambillos; en los centros mineros; en los centros ceremoniales situados en las cumbres de los cerros; en un control económico expresado en el pago de tributos; en la educación de los hijos de los jefes de las comunidades sometidas; en los traslados de poblaciones, provocando así intercambios culturales y biológicos.

En el norte la dominación inca se centró, en el aspecto económico, en el cultivo de diferentes tipos de plantas y en la aplicación de tecnologías para la obtención de recursos del mar (pescado seco, guano de aves).

Uno de los rasgos culturales más característicos de los incas son sus tejidos y alfarería. Especialmente piezas como el «aribalo» (un tiesto alfarero terminado en punta) y un plato con decoración zoomorfa (generalmente la cabeza de un ave). Los tejidos, hechos de alpaca, llevan decoración geométrica, también común en la cerámica, con colores rojo y amarillo entre otros; son frecuentes las «chuspas» o «bolsas rituales».

Entre los santuarios de altura son conocidos en el norte árido los encontrados en el volcán Licancabur (situado frente a San Pedro de

Atacama) y en el cerro Esmeralda, en la cordillera de la costa, al noroeste de Iquique.

Igualmente cerca de San Pedro de Atacama hay un centro administrativo importante en Catarpe. Más al norte, en el sector del río Salado, en medio del pucara de Turi (centro habitacional defensivo preincaico), se construyó por los incas un gran edificio, «Kallanka», de 26 ms. de largo con techo de dos aguas. En la misma región cerca de Caspana, explotaron una mina de cobre en Cerro Verde.

En el norte semiárido hay un gran yacimiento minero situado al interior del valle de Copiapó, con importantes construcciones; se trata de Viña del Cerro.

Más al sur, en el centro de Chile, hacia 1490 d.C. los agricultores de los valles de Aconcagua, Mapocho, Maipo y Cachapoal-Rapel fueron dominados por los ejércitos del imperio inca. Gobernaba el Tawantinsuyu, a comienzos del siglo XVI, el inca Huayna Capac, quien incorporó mediante la fuerza los territorios australes conocidos con el nombre de Chile. El pucara de Chena, situado en la ahora Región Metropolitana (Santiago), es un buen ejemplo de arquitectura inca regional y, por supuesto, testimonio de la necesidad de defenderse de ataques. Esta importante estructura tiene doble muro y está situado en un lugar de altura, cerro de Chena, que domina todos los territorios aledaños. Muy recientemente se ha descubierto un nuevo yacimiento monumental en el cerro de la Compañía, en el valle del Cachapoal, que se caracteriza por una ocupación preincaica (1380-1440 d.C) y una propiamente incásica (1430-1530 d.C).

No sólo la agricultura fue organizada con nuevas técnicas de explotación de la tierra, sino que la actividad minera fue muy importante; especialmente los lavaderos de oro del estero de Marga-Marga, cerca de Viña del Mar, fueron trabajados por los incas y obviamente continuaron siendo explotados por los españoles que capitaneaba Valdivia. Los diferentes cronistas recuerdan que Chile era conocido por sus yacimientos mineros auríferos. La exageración de esta potencial riqueza llevó al Adelantado Almagro a hacer una gran expedición, que terminó en un fracaso cuando se comprobaron las limitaciones de la

explotación aurífera. Ya las comunidades de las culturas del periodo Tardío agroalfarero explotaban estas minas; el tributo pagado con regularidad a los incas, no más de 150.000 castellanos al año, en moneda española de 1576, explica el origen de esta leyenda.

Como los incas acostumbraban a trasladar grupos de pobladores de un valle a otro, se reconocen en diferentes lugares de Chile central (Lampa, La Reina, Quilicura, Chena, Talagante, Melipilla) diversas mezclas de estilo en los tiestos alfareros incaicos. Por ejemplo diseños diaguitas, Aconcagua, etc. se encuentran en cerámicas de estilo incaico (aríbalos, platos). Igualmente los cementerios que contienen ofrendas del periodo inca ya no muestran túmulos, sino que sencillas fosas en las que los cadáveres eran depositados en forma extendida y en dirección a la cordillera de los Andes.

Un cementerio diferente es el de La Reina, en Santiago, que se caracteriza por sus bien elaboradas tumbas; había un túnel que llevaba a las cámaras mortuorias.

Son conocidas también, como en otras regiones, los santuarios de altura, especialmente frente a Santiago, en el Cerro del Plomo. A más de 5.000 mts. de altura se hizo, en la década de 1950, el hallazgo de un niño ricamente vestido que se conservaba momificado. Su ofrenda contenía diversas piezas de oro y plata, sus ropas eran de fina lana de camélido y su peinado era altamente sofisticado (tenía más de doscientas trencitas); el rostro del niño estaba pintado de rojo y amarillo.

Cuando los españoles llegaron a Santiago, cuenta el cronista Vivar que sorprendieron a los indígenas espíándolos y haciendo cálculos de sus tropas; los contaban usando los -quipus-, complejo instrumento matemático que se utilizaba en todo el imperio.

Toda la estructura política que existía en el valle del Mapocho se puso a las órdenes de los españoles; fue Quilicanta, el representante inca, quien ayudó a construir la aldea de Santiago. Luego, meses más tarde, junto a Michimalonco, haría lo posible por destruirla.

5 *Los Aborígenes del Siglo XVI*

Cuando los españoles llegaron por primera vez al territorio chileno, en la expedición liderada por el Adelantado Diego de Almagro, sus intereses preferentes eran conquistar nuevas tierras que fuesen tan ricas como las que se habían encontrado en el Perú. Los habitantes de los nuevos dominios eran sólo un componente del nuevo paisaje; los extensos territorios recorridos y especialmente el cruce de la cordillera nevada, con todos los sufrimientos inherentes, eran una etapa superable si se lograba alcanzar el objetivo esperado: una civilización caracterizada por grandes edificaciones ricamente alhajadas, en donde el oro y la plata les permitiesen convertirse en «señores», en hombres ricos y así colonizar con éxito, aprovechando la fuerza de trabajo de miles y miles de indígenas. Entonces tendría sentido el gran esfuerzo desplegado a lo largo de cientos de leguas.

Pero cuando avanzaron desde el valle de Copiapó hasta el valle de Aconcagua (alrededor de 700 kms., es decir, casi 120 leguas), fueron poco a poco observando grupos de aborígenes, cultivadores y pastores, que no constituían sociedades organizadas, tal como las habían conocido entre los incas. Cuando una expedición avanzó más al sur, hasta el río Itata, encontró la creciente oposición de nativos que no ocultaban su hostilidad a los extranjeros.

Así, el interés por la expedición, narrada por Cristóbal de Molina (*Conquista y Población del Perú*) y otros cronistas (Oviedo, Herrera) se restringió a las situaciones difíciles vividas por los conquistadores en sus largas travesías por desiertos y cordilleras, a sus esperanzas y desilusiones, a los enfrentamientos con los naturales, a la violencia cometida por los españoles en contra de éstos y no consideró de importancia caracterizar las costumbres de los grupos humanos que habitaban los nuevos territorios.

Luego de la expedición de Almagro pasaron casi cuatro años antes que un nuevo conquistador mostrase interés por los territorios situados al sur del despoblado de Atacama.

Cuando la empresa poblacional de Pedro de Valdivia en los nuevos territorios del sur (Chile) comenzó a ser conocida en el Perú, empezaron a llegar a Chile, sobre todo desde 1548, algunos españoles que tenían interés en escribir los actos heroicos de estos conquistadores y colonizadores. El primero de ellos fue un soldado «a pié» llamado Gerónimo de Bibar (o Jerónimo de Vivar), quien desde 1548 y hasta 1558, escribió «todo lo que vió, anduvo y escuchó» sobre la conquista de Chile hecha por el capitán Pedro de Valdivia y sus hombres. Aunque no participó en la expedición de 1540-1541, la narra con detalles sorprendentes y lo que más llama la atención a los estudiosos es que se interesa por los habitantes y por el paisaje natural, haciendo hincapié incluso en detalles propios de un descriptor especializado.

La *Crónica y Relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile* del soldado Bibar fue, junto a las cartas de Pedro de Valdivia, la primera narración en prosa que se hizo no sólo de los hechos heroicos de los españoles, sino también de la cultura de los aborígenes de Chile. Como lo hemos demostrado en otro libro(*), el cronista y soldado Bibar conoció las cartas de Pedro de Valdivia y se apoyó en ellas para estudiar su texto histórico. Obviamente que el libro de Bibar no sólo expresa la información y las opiniones de Valdivia, sino que también agrega otras informaciones y, sobre todo, expresa su propia manera de pensar, a través de su particular estilo.

Un segundo cronista, contemporáneo a Bibar, fue el capitán Alonso de Góngora Marmolejo, quien llegó a Chile en 1549, y que en 1571 inició la redacción de una obra histórica sobre los acontecimientos de la conquista, que terminó en 1575(**).

Un tercer cronista fue el capitán Pedro Mariño de Lobera, llegado a Chile en 1552 y fallecido en Lima en 1594. Su valiosa obra fue reescrita por el jesuita Bartolomé de Escobar, ignorándose el texto original de Mariño de Lobera(*).

(*) *La Crónica de Gerónimo de Bibar y la Conquista de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 1988.

(**) *Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile y de los que lo han gobernado*.

(*) *La Crónica del Reino de Chile*

Nos vamos a centrar en especial en estas obras históricas para caracterizar a los aborígenes que desde el norte de Chile (Arica) hasta el sur (Chiloé), fueron conocidos por los españoles, cohabitaron con ellos, lucharon y se mataron mutuamente, pero también se mezclaron, creándose así, a lo largo del siglo XVI una nueva población mestiza que primó en los siglos siguientes.

El cronista Bibar nos ayudará a describir los pueblos del norte y del centro de Chile. En el sur, para los mapuches en general y para los araucanos en especial, contaremos con el testimonio escrito de los otros cronistas. Igualmente las cartas del primer gobernador de Chile, don Pedro de Valdivia, nos enriquecerán con algunos datos de gran valor etnológico y etnográfico.

Antes de describir, tal como nos informan los cronistas, a los aborígenes y su cultura, deseamos alertar al lector en relación al valor de «verdad» que tienen estas descripciones hechas por aquéllos.

En realidad, es aceptado por todos los especialistas que las descripciones de los cronistas deben ser leídas de acuerdo al «contexto» histórico propio de los escritores españoles del siglo XVI. Tanto los que relatan en prosa una narración cronológica, como los que escriben en verso, escogiendo los hechos más heroicos de los españoles (Alonso de Ercilla y Zúñiga, autor del poema épico *La Araucana*); o los mismos soldados, todos conquistadores de diferente rango y cultura, autores de cartas o de declaraciones en favor de sus acciones; o los sacerdotes que escriben para defender a los aborígenes; todos ellos están situados en una realidad ideológica que se explica por su ambiente cultural. Es a partir de esta situación contextual de creencias y valores que los observadores españoles miran a los naturales que habitan en las tierras que serán conquistadas para la corona española.

Este contexto se expresa también en una lengua distinta a las que hablan los nativos, en creencias religiosas muy diferentes, en conocimientos científicos y técnicos europeos, y en una pertenencia tanto a organizaciones sociales y políticas propias de las sociedades occidentales, como a instituciones económicas protocapitalistas.

Se podría resumir todo lo anterior señalando que un punto de vista

histórico particular, una experiencia y una explicación del pasado distintas, separaba al español de los aborígenes, que a su vez pertenecían a otras sociedades. ¿Cómo describirlos entonces con alguna objetividad? ¿Cómo comprenderlos en sus valores y en sus costumbres? ¿Cómo saber lo que decían, si no les entendían sus palabras?

A pesar de todas las dificultades que presentaban las comunicaciones con los naturales que habitaban el largo territorio nacional, los españoles que relataban lo que estaba aconteciendo o lo que había ocurrido pocos años atrás, lo hicieron a veces tomando en cuenta a los aborígenes. Esta preocupación selectiva no sólo fue para mostrar las grandes hazañas realizadas por los españoles frente a la fiereza y barbarie de los nativos, o frente a su crueldad y los actos de hechicería (demoníacas); también les interesó protegerlos, en casos especiales, o convertirlos al cristianismo. Sin embargo, el objetivo mayor era mostrar a las autoridades españolas que los conquistadores hacían grandes hazañas para mayor gloria de Dios y del Rey, y sobre todo que éstas lo eran porque se luchaba contra enemigos dignos y valientes, pero también fieros y salvajes.

Junto a lo anterior, en algunos de los cronistas se encuentra el deseo indiscutible de mostrar hechos, situaciones, cosas asombrosas y dignas de ser recordadas; así, las costumbres extrañas, curiosas, diferentes debían ser relatadas. En muchos de los españoles hay razones que se inclinan más por el aprecio de las grandes obras de los conquistadores y colonizadores, todos descubridores de nuevos territorios, pero en unos pocos está también el aprecio por los naturales y por sus formas de vida diferente; entre ellos podemos situar sin duda a Gerónimo de Bibar.

Este soldado, culto, que posiblemente estuvo cerca del gobernador Pedro de Valdivia entre 1548 y 1553 (en diciembre de este año Valdivia fue muerto por los araucanos) vino a Chile entre los grupos de expedicionarios que comandaban los capitanes Soza, Ulloa y otros. Así recorrió, por tierra y a pie, el mismo camino que hizo el capitán Valdivia entre 1540 y comienzos de 1541.

Desde las primeras páginas de su texto Bibar reconoce, ante todo,

una cultura de «pescadores» entre Arica y Coquimbo, caracterizando sus costumbres, sus artefactos, su economía, etc.. Estos son cazadores de lobos; los matan con sus «harpones de cobre»; comen su carne y con sus cueros hacen «balsas para sí y vender». Cosen los cueros con espinas de cardones y con «los nierbos de carnero y de obeja» hacen hilos. También hacen un betún con la sangre de lobo y con la resina de los cardones y de barro bermejo, y con él «alquitrán y brean el cuero».

Estos indios que matan lobos «no matan otros peces». «Así cada género de pescador mata el género de pescado a que se aficiona y no otro».

Cuando mueren son enterrados con sus instrumentos de pesca: «redes, harponcillos y anzuelos sin lengüeta».

Luego, en los valles de Tarapacá, identifica a los agricultores; describe las acequias de los naturales que «riegan sus sementeras». Además nos recuerda que todas las tierras que están fuera de los valles son estériles y despobladas y de grandes arenales: es un territorio sin lluvias.

En el valle de Tarapacá comienzan a juntarse los españoles que vienen del otro lado de la cordillera, de la provincia de Las Charcas y de Tarija; en el pueblo de «los Capiruzones» se junta Francisco de Villagra. La marcha hacia Atacama es penosa, debido a la sequedad del clima: sólo unos pocos pozos de agua («jagueyes») permiten la vida, ocurriendo que estas aguas, a veces malolientes, dejaban tan contentos a los españoles como si bebieran las aguas del río Guadalquivir. El cronista menciona a los aborígenes «de Guatacondor y de Pica», pero sin decir prácticamente nada de ellos. Todo cambia cuando se refiere al valle de Atacama. Aquí surge la descripción de una sociedad aborígena con personalidad propia. Este valle está situado a 70 leguas de Tarapacá y es «un valle ancho y fértil» que tiene «las poblaciones a las faldas de las sierras que es parte provechosa para ofender y defender». Precisan-do un poco más, escribe que el valle «es llano y ancho y largo a la contra del sitio de los otros valles», es decir, que corre de norte a sur. Algunos estudiosos han creído que nuestro cronista se refiere sólo a San Pedro de Atacama. Aunque en forma parcial este error debe ser corregido, puesto que Bibar no sólo se refiere a este lugar, sino que también al

valle del río Loa (que va de norte a sur en una buena parte de su recorrido), con sus pueblos situados en los sectores aledaños (caso de Chiu-Chiu, Turi y Cupo).

En una descripción donde se confunden diferentes pueblos y sectores de la gran región de Atacama, se destaca la toma del pucará de los aborígenes llamado «el pueblo de las cabezas». «Todos subieron al fuerte con mucho trabajo por ser un cerro agrio y muy alto y sin tener más que una vereda por donde los indios subían y se proveían y la defendían». Sin lugar a dudas que describe la toma del pucará de Quitor, situado al noreste del pueblo de San Pedro de Atacama.

En cambio, cuando describe el pueblo, sus casas y sus entierros y nos habla de la parte de la casa «de bóveda alta, hasta el entresuelo y cuadrada, donde enterraban a sus parientes», se piensa también en las características del pueblo de Chiu-Chiu (Pucará) o de Atacama la Chica.

El cronista vio a los aborígenes, tanto de Atacama la Chica como de la Grande, hacer un pan y un brebaje «gustoso» de los frutos de los árboles algarrobos. También observó los árboles chañares con sus frutos «a manera de asofaifas, salvo que son mayores».

Entrando en el detalle, los españoles que acompañan a Bibar ven que las casas «en que habitaban los indios son de adobes y dobladas con sus entresuelos, hechos de gruesas vigas de algarrobos, que es madera recia». Son estas casas hechas de tierra de barro «a causa que no llueve» y «encima de estos terrados de las casas, hechos de adobes, ciertos apartados pequeños y redondos a manera de hornos en que tienen sus comidas, que es maíz, papas, frijoles y quenoa, algarroba y chañar».

Entran a las casas y ven que a un lado está el lugar de dormir y en donde están las vasijas, tinajas «de a dos arrobas y más y menos, y ollas y cántaros para su servicio...» en el otro apartado están los entierros de sus antepasados, sepultados con todas las ropas, joyas y armas que, siendo vivos, poseían, que nadie toca en ello.

Esta costumbre de enterrar en las casas se encuentra en Chiu-Chiu y en San Pedro de Atacama (Solor IV) y parece caracterizar no sólo al siglo XVI, sino que es propia también del período cultural, llamado Tardío precolombino (1100-1450 d.C.). En cambio los periodos anti-

guos, Medio y Temprano, se caracterizan por sus cementerios, conjunto de entierros alejados de las habitaciones.

Los españoles se admiraron, en toda esta región de Atacama, de la existencia de plata, cobre, estaño, plomo y «gran cantidad de sal transparente». También les llamaron la atención el alabastro, el yodo y el azufre.

Ven a los aborígenes bien vestidos, «como los del Pirú». Las mujeres son «de buen parecer»; las ven caminar, con sus cabellos largos y negros, vistiendo «un sayo ancho que cubre los brazos, hasta los codos y el faldamento hasta abajo de la rodilla».

En lo referente al culto, los habitantes de Atacama tienen adoratorios y ceremonias, y sus sacerdotes acostumbran a hablar con el demonio.

Hablan una lengua diferente a otras; es por eso que la lengua de los incas sirve a los españoles para darse a entender con los hombres principales de esta región.

Por último, sus armas son pocas, «flechas y hondas», lo que hace suponer un pueblo pacífico.

Esta caracterización de los habitantes de la región de Atacama (río Loa, río Salado, San Pedro de Atacama) sirve, como ya lo hemos visto, para mostrar una sociedad en plena vigencia, que es producto de una antigua tradición cultural. Gracias al relato de Bibar alcanzamos a observar a los últimos representantes de la gran cultura de San Pedro (o atacameña), que los estudios arqueológicos sitúan desde antes de la Era Cristiana hasta la llegada de los conquistadores españoles. Faltan sin embargo algunos datos importantes. Nada nos dice Bibar directamente sobre el sistema político, pero si sabemos interpretar su crónica entenderemos que éste no se expresaba, a la llegada de los españoles, como un sistema dual, tal como ocurrió en Copiapó y otros valles situados más al sur hasta el río Mapocho. Además, en esos años, la dominación inca posiblemente había terminado con cualquiera que fuese el sistema autóctono de gobierno. Recuérdese que cerca de San Pedro de Atacama, en Catarpe, se levantaba el tambo incásico, centro político y administrativo de gobierno.

La entrada de la expedición de Pedro de Valdivia al valle de Copiapó y su relación con los aborígenes, que nos relata el cronista Bibar años más tarde, es la única exposición sistemática que existe en la crónica del siglo XVI. Los otros escritores, Mariño de Lobera y Góngora Marmolejo, apenas mencionan algunos hechos, sin detenerse en la descripción de los habitantes, de su cultura y de este valle que «es el principio de esta gobernación de Chile».

El primer problema de los españoles fue comunicarse con los aborígenes; para esto se usaba un intérprete «o lengua que entendía la lengua y lenguaje de Copiapó y de toda la tierra». Sus primeros contactos muestran el deseo de los españoles de congraciarse con los nativos; les dan «chaquira y tijeras y espejos y... especialmente cosas de vidrio que ellos tienen en mucho».

Copiapó es un valle que tiene desde «las syerras nevadas fasta la mar» unas quince leguas y de ancho «una legua y en partes más». «Corre por este valle un rrio pequeño, que basta rregar sementeras de los naturales que en él ay (que en esta sazón avía millyndios)».

El clima continuaba siendo desértico y sólo «ay aquellas neblinas... quando es el ynvierno».

Los nativos de este valle eran principalmente agricultores; cultivaban maíz, el cual daba «tan grandes y gruesas las cañas» que contenían hasta cinco mazorcas. También «danse frisoles, papas y quinoa... y algodón».

Los árboles que vieron los españoles fueron los algarrobos, los chañares y «calces», y en las sierras árboles altos, «extraños de ver, sin hojas. Tienen espinas muy espesas del modo de agujas de ensalmar».

Los aborígenes vestían trajes de algodón y de «lana de ovejas» y a Bibar le parece que sus trajes eran parecidos a los «de Atacama». También en sus ritos y ceremonias ve relaciones con los aborígenes de Atacama (especialmente la adoración al sol). «porque lo tomaron de los yngas cuando de ellos fueron conquistados».

Bibar describió así a una especie de sacerdote: «Luego salió un indio vestido como un clérigo «éstos están dedicados para aquel efecto» con

un hacha en las manos y se puso hacia el sol, haciendo un parlamento en su lengua y adorándole y dándole gracias por la victoria que habían tenido. Con aquella hacha amagaba a los dos españoles ciertas veces como que les querían hender las cabezas. Hechas estas ceremonias les volvieron los rostros y tornaron a hacer sus reverencias...».

Les llamó la atención la presencia de estos personajes que eran amigos del demonio, que hablaban con él y que eran temidos por los demás; «creen y usan de las predestinaciones que aquéllos les dize».

Cuando los indígenas mueren son enterrados debajo de la tierra, «no hondo», junto a sus armas, ropas y joyas. No deja de mencionar el cronista que hay metales preciosos, como la plata, y también cobre, yeso y turquesa.

Su lengua es diferente a los de Atacama y, al parecer, también su organización política. El cronista nos relata que son dos los jefes de estos aborígenes: Adequín para las tierras altas y Gualenica para las tierras bajas.

Es interesante recordar que la teoría estructuralista defendida por Levi Strauss (*), uno de los principales antropólogos franceses del siglo XX, ha privilegiado la identificación de sistemas duales de gobierno e incluso de tipos de organización caracterizados por divisiones llamadas «mitades». Pues bien, recordemos que cuando Bibar describe la sociedad y cultura de Atacama, no menciona nada parecido a un sistema dual; en cambio sí lo hace para Copiapó e incluso para los grupos que viven en Huasco, Aconcagua y el Mapocho. Cuando el cronista desea enfatizar algún tipo de relaciones lo hace claramente; a él no le cabe la menor duda de que los habitantes de Copiapó y de Huasco (el próximo valle a que llega Valdivia) pertenecen a un mismo sistema social y cultural: hablan la misma lengua con pequeñas diferencias regionales, tienen un gobierno dual (hay dos jefes) y sus ritos y ceremonias son semejantes.

Cada vez que los españoles abandonaban un valle y se encaminaban al siguiente, situado al sur, ocurría que los habitantes de este nuevo

(*) *Antropología estructural*. Ed. Universitaria de Buenos Aires (Eudeba), Bs. Aires, 1968.

valle se escondían en las sierras por «el temor que tenían de los cristianos». Obviamente que ellos eran avisados por los aborígenes de los otros valles, lo que estaría demostrando la existencia de un sistema de relaciones entre los habitantes de estos valles, a pesar de que no existía un sistema de gobierno común.

En el valle del «Guazco», luego de recorrer «treinta leguas», observan un río mayor que el de Copiapó: «es un valle más ancho». Este valle tenía «en esta sazón ochocientos indios. Avia en él dos señores que se llamaban Sangotay» (sic). De nuevo nos relata el cronista un gobierno con dos jefes, a igual que en Copiapó. Los agricultores de este valle («coxese mays e frisoles e quinoa y zapallos») hablan una lengua muy parecida a la de los copiapinos («difieren de la lengua de Copiapó como biscaynos e navarros»).

El valle de Coquimbo fue para los españoles, hasta ese momento, «el más vistoso e ancho». Se dieron cuenta de que el clima era diferente porque aquí comenzaba un régimen moderado de lluvias.

El sistema agrícola permitía el cultivo de maíz, frijoles, papas, quinoa y zapallos. «Avia muy mucha gente y hera muy poblado», pero el cronista recuerda que los incas mataron más de cinco mil indios.

Al comparar a los coquimbanos con los del valle anterior dice «que son del traje de los del Guazco, y de sus ritos y ceremonias e costumbres». Declara sin embargo que su lengua es diferente.

Llama la atención que no hable del sistema de gobierno, como lo había hecho anteriormente y como lo hará, en especial, para el valle de Aconcagua.

El cronista en cambio observa y anota los cambios progresivos de clima, señalando que en los valles del «Chuapa» y de «la Liga» llueve más recio y más tiempo en el invierno y también escribe que están poco poblados «en este tiempo», es decir, cuando pasaron Bibar y sus compañeros (1548).

En este viaje lleno de peligros, en donde el hambre y el cansancio dominaban la mayor parte del tiempo, el cronista sigue insistiendo en las diferencias que existen entre los habitantes de un valle y otro.

Algunas de estas características son poco importantes y se explican por la presencia de los conquistadores españoles; así por ejemplo, al llegar al Limarí, escribe que «hay pocos indios», pero también hace ver con insistencia que hablan su propia lengua y que ésta es «diferente de la de Coquimbo». Sobre los valles de «Cocanbabala», «Chuapa» y «Liga» insiste que «estaban estos valles no bien poblados de indios». No dice nada sobre su lengua ni tampoco sobre su gobierno. Por las descripciones que siguen, vemos que centra su atención en el valle de Aconcagua («Anconcagua»).

Habiendo partido Valdivia con once caballeros, llegó a cuatro leguas antes del valle de Aconcagua, en donde fue informado que valle abajo, hacia la mar, «estaba un cacique que se llamaba Atepuco con una guarnición de indios para guarda de su persona, porque tenía continuamente guerra con el cacique Michimalongo, señor de las mitadas del valle de Aconcagua».

Tenemos de nuevo la descripción clara de un sistema de gobierno dual o por mitades, que rige a la sociedad aborigen de Aconcagua. «Este valle de Aconcagua es mejor y más abundoso que todos los pasados. Tiene leguas de ancho por las más partes... Tiene de la sierra a la mar XX leguas. Tiene ovejas y mucho maíz y algarrobales... Tienen sacado los naturales XX y dos acequias grandes para regar todas las tierras que cultivan y siembran...».

Bibar afirma que no pasan de 1.500 los indios (debe pensarse en los guerreros), pero también escribe «solía haber mucha gente».

Insistiendo en la riqueza del valle, Bibar recuerda que vivió siete meses en él el adelantado Almagro con cuatrocientos hombres, seiscientos caballos «y gran copia de gastadores».

Escribe que «los señores de este valle son dos», precisando que sus nombres son Tanjalongo y Michimalongo; lo que nos hace pensar que el cacique Atepuco, antes mencionado, está bajo el mando de Tanjalongo. Reconoce que Michimalongo es el más temido señor «que en todos los valles se ha hallado».

En relación a los sistemas de gobierno, el cronista nos habla en una

ocasión de cuatro importantes señores: Tanjalongo, Michimalongo, Atepudo y Quilicanta.

Los señores Quilicanta y Atepudo son del valle del Mapocho, y Quilicanta incluso era también representante del Inca. Cuando los españoles llegaron a estos valles se dieron cuenta de que había guerra entre estos jefes. Esta situación bélica hizo que Quilicanta diese su apoyo a Valdivia y «luego mandó a los caciques que, con su gente por mitas, les ayudasen a hacer las casas».

La colaboración indígena hacia los españoles proviene entonces del incanato y en este caso de su representante, y no de los aborígenes del Mapocho.

El cronista describe todo lo que parece interesante; recuerda por ejemplo que los indígenas usaban «quipus» para contar, lo que es una prueba objetiva de la presencia del incanato.

En Colina los españoles apresaron a dos indios y éstos les «mostraron un quipo, que es un hilo grueso con sus nudos, en el cual tenían tantos nudos hechos cuantos españoles habían pasado».

La impresión que surge del relato del cronista es que Valdivia se enfrentó, en Chile Central, a una situación social y política llena de contradicciones, de conflictos entre los aborígenes mismos y entre el representante del incanato y los otros señores (especialmente Michimalongo); y donde algunos señores indígenas, como Quilicanta, ofrecen colaboración a los españoles, la retiran cuando hay sublevación general y vuelven a cooperar con los conquistadores si son derrotados.

La descripción que hace Bibar de la llegada de los españoles al valle del Mapocho, la fundación de Santiago y las costumbres de sus habitantes son parcialmente conocidas puesto que falta un folio.

Una vez fundada la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo con la ayuda del inca Quilicanta, los españoles intentaron impedir la concertación de los nativos de la región al mando de Michimalongo, pero todo fue en vano.

El alzamiento aborígen más importante en el año 1541 es el que produce la destrucción de las viviendas de Santiago el 11 de Septiembre

de ese año. Colaboraron los grupos indígenas que habitaban cerca, o relativamente cerca, del Mapocho. «Para efectuarlo concertaron que se ayuntasen por provincias y que se diesen avisos a los que convenía darse. Fueron luego ayuntados diez mil indios en el valle de Aconcagua del mismo valle y de los más cercanos, a la voz del cacique Michimalongo, así mismo por parte del cacique Quilicanta.

«Y ayuntándose más todos los indios del valle de Mapocho, y otros que llaman los picones, que son los que ahora se dicen pormocoes, como adelante diré por qué se llamaron picones y pormocoes, que eran todos diez y seis mil indios».

Quemadas las casas de Santiago el cronista recuerda que el general, es decir Valdivia, dio la orden de reedificarla «y con un principal y sus indios hicieron la iglesia, trabajando cristianos e indios, así en hacer adobes, como en asentarlos, y traer la madera y paja de los campos. Todo el verano, que fue aquel año largo, se ocuparon en reformar la ciudad».

El cronista insiste en la colaboración entre los diferentes grupos de aborígenes situados al norte y sur de Santiago, sobre todo para combatir a los conquistadores. El jefe Michimalongo tenía la autoridad para convocar no solamente a los aborígenes del Aconcagua y del Mapocho, sino también a los «pormocoes» que vivían al sur de Angostura hasta el norte del río Maule.

Surge así de los escritos del cronista una relación significativa, que se enriquece cuando describe la provincia de éstos: «Es tierra de muy lindos valles y fértil. Los indios son de la lengua y traje de los del Mapocho. Adoran al sol y a las nieves porque les da el agua para regar sus sementeras, aunque no son muy grandes labradores...».

En la cordillera nevada, «a quince y a veinte leguas hay unos valles donde habita una gente, los cuales se llaman puelches y son pocos. Había en una parcialidad quince y veinte y treinta indios. Esta gente no siembra. Susténtanse de caza que hay en aquestos valles. Hay muchos guanacos y leones y tigres y zorros y venados pequeños y unos gatos monteses y aves de muchas maneras. Y de toda esta caza y montería se mantienen que la matan con sus armas, que son arco y flechas».

Estos cazadores cordilleranos bajaban a los llanos a comerciar y también a robar; traían mantas, plumas de avestruces y llevaban maíz y comida.

Eran gente belicosa y guerrera.

Más allá del río Maule y hasta el río Itata ocupaban estas tierras grupos de aborígenes que no son descritos por Bibar, pero que son diferenciados de los promocoes y de los araucanos. Así, por ejemplo, cuando a comienzos de 1544 se produjo un alzamiento de los promocoes, Valdivia salió con 60 hombres y cuando entró en la provincia de los promocoes, toda la gente de guerra se pasó de la otra banda del río de Maule. Visto esto el general corrió toda la tierra y provincia.... Llegó de esta vez hasta el río de Maule.

Siempre en medio de estas incursiones guerreras, Valdivia ordenó a Francisco de Aguirre que con 25 hombres se hiciese fuerte en el río Maule y que corriese la tierra adentro hasta veinte leguas por tres cosas: la una, para que, (así) los indios promocoes huir quisiesen por no servir, que hallasen quien los castigase, y a los que topasen que los constriñesen a que viniesen a sus tierras y a sus caciques a servir; de esta suerte toda la tierra serviría; y la otra, porque los indios maules, viendo aquello y que les corrían la tierra, no consentirían a los promocoes en su tierra y ellos se sujetarían y venían a la obediencia.

En la parte sur, Valdivia y sus hombres descubren nuevas tierras y nuevos aborígenes cuando atraviesan el río Itata. Todas las descripciones que hace Bibar de estos aborígenes nos presentan una nueva sociedad, un nuevo pueblo con características culturales precisas. Aquí el relato de Bibar, una vez más, coincide con los relatos del capitán Valdivia (a través de sus cartas) y con la obra de Alonso de Ercilla y Zúñiga, *La Araucana*.

Varias recientes investigaciones arqueológicas han comenzado a identificar, para el centro de Chile, una cultura situada en un tiempo tardío prehispánico, contemporánea en parte a la conquista incásica, pero diferente a la cultura araucana.

Pues bien, Bibar, en diferentes partes de su crónica, identifica una provincia cultural situada entre el río Choapa y el Cachapoal. Este

hábitat corresponde, además, a los términos de la ciudad de Santiago y treinta leguas al sur de la ciudad fundada por el capitán Pedro de Valdivia. Si relacionamos estos límites de Santiago con las descripciones muy bien hechas de los grupos de aborígenes que habitaban, entre otros, los ríos Aconcagua, Mapocho y Maipo («aconcaguas», «mapochinos» y «promaucaes», estos últimos alcanzando hasta el río Maule) nos enfrentamos a una interesante coincidencia: el hábitat definido para el «complejo cultural Aconcagua» se identifica bastante con el de estos aborígenes y con el territorio adjudicado a la ciudad de Santiago.

Ocurre así que este extenso hábitat, situado entre los paralelos 32 y 35, fue ocupado por la cultura, o mejor dicho, complejo cultural Aconcagua, luego por los incas y finalmente por los españoles.

Más allá del río Maule se comienza a presentar una realidad diferente.

Bibar, por ejemplo, muestra una oposición entre los indios maules y los promocaes, «la otra, porque los indios maules, viendo aquello y que les corrían la tierra, no consentirían a los promocaes en su tierra, y ellos se sujetarían y venían a la obediencia».

Dentro de la literatura arqueológica chilena de la década de 1920, Ricardo E. Latcham (*) había identificado el hábitat promaucae al sur del río Maipo, hasta el río Maule, llamando «Aconcagua» a la región situada entre el río Choapa y el río Maipo. Latcham sin embargo reconoce que en la región comprendida entre el Maipo y el Cachapoal se nota una transición, encontrándose ocasionalmente tipos que recuerdan los de Santiago y Aconcagua, pero que al sur del río Cachapoal se halla «otro estilo típico de esta zona y que se extiende por las provincias meridionales hasta el canal de Chacao».

Volviendo a Bibar, éste relata el primer encuentro de Valdivia con los araucanos, habitantes del río Itata al sur. El capitán español, con 60 soldados a caballo, pasa el río «que es pasado los términos de la ciudad de Santiago, y lo último de lo que él con sus compañeros había

(*) *La alfarería indígena chilena*, Cap. XII, pág. 169; Santiago de Chile, 1928.

conquistado. Y de allá adelante no había pasado ningún español, ni se sabía que tan cerca estaba tierra poblada. Pasado este río, fue a dormir a una laguna que estaba cinco leguas de aquel río, adonde los vinieron acometer cierta cantidad de gente, y eran tan salvajes que se venían a los españoles, pensando tomarlos a manos, a causa de estar admirados en ver otros hombres en hábito diferente que ellos. Y de ellos perdieron muchos las vidas».

Estamos así frente a un pueblo belicoso, que Bibar reconoce como diferente de los otros aborígenes de más al norte. El propio Ercilla, en la Araucana (*Canto I*, versos 409-416) escribe:

*los indios promaucae es una gente
que está cien millas antes del estado,
brava, soberbia, próspera y valiente
que bien los españoles la han probado,
pero en cuanto digo, es diferente
de la fiera nación, que, cotejado
el valor de las armas y excelencia
es grande la ventaja y diferencia.*

Antes de insistir en esta diferenciación significativa, queremos volver a la caracterización que hace Bibar de la provincia de los promocaes: que comienza de siete leguas de la ciudad de Santiago, que es una angostura y así le llaman los españoles estos cerros que hacen una angostura. Y aquí llegaron los incas cuando vinieron a conquistar esta tierra. Y de aquí adelante no pasaron...» «Y de aquí hasta el río Maule, que son veinte y tres leguas es la provincia de los pormocaes. Es tierra de muy lindos valles y fértil. Los indios son de la lengua y traje de los del Mapocho... no son muy grandes labradores...».

Nuestra opinión es que la relación entre los aborígenes del Mapocho y los promocaes es estrecha. Por lo demás, ya hemos mencionado la diferencia entre éstos y los aborígenes del río Maule. Ahora bien, desde el río Maule hasta el río Itata parece existir una tierra de transición, tal como lo plantea el propio Latcham, e incluso una «tierra de nadie». La identificación segura de un nuevo pueblo, diferente de los que habitaban al norte del río Maule, se logra cuando los españoles pasan el río Itata.

Cuando Bibar nos relata la rebelión de los promocaes, en 1555, vuelve a insistir en relaciones entre éstos y los del Mapocho y Aconcagua. «Salido el general Francisco de Villagrán a socorrer las ciudades de Imperial y Valdivia y llevado la más grande de Santiago, la provincia de los pormocaes, viendo que quedaba poca gente en la ciudad... se rebelaron, haciendo el daño que en las haciendas de sus amos podían... y a enviar sus mensajeros a los caciques de la comarca de la ciudad de Santiago. Y así se comenzaron a rebelar muchos caciques hasta el valle de Aconcagua...».

Pasemos ahora a la caracterización de los araucanos.

En arqueología y antropología, desde hace años, no se duda de que los araucanos son un pueblo y una cultura bien definidos. No ocurre lo mismo cuando el tema es tratado por los lingüistas y por algunos historiadores, quienes tienden a mezclar a los aborígenes de Chile central con los araucanos, sobre todo cuando se usa el concepto «mapuche» o «pueblos mapuches». Así por ejemplo se escribe que los chilenos son producto de una mezcla de españoles y mapuches, o de españoles y araucanos.

La revisión de la crónica de Bibar es muy aclaradora; confirma en todo el análisis arqueológico y antropológico más reciente.

El nuevo pueblo que los españoles comienzan a conocer está bien descrito por Bibar y, sobre todo, están bien expuestas sus características guerreras. «Como el gobernador se vio pasando el río de Itata y en tierra de gente de guerra, cuarenta leguas de la ciudad de Santiago...» Y con esta orden iba marchando, topando en cada valle indios que nos daban guazavaras o reencuentros, pugnaban y trabajaban con toda diligencia defender nuestro viaje y entrada de su tierra».

Algunas páginas más adelante el cronista nos relata la batalla de Andalién, la belicosidad de los aborígenes, de su jefe Aynavillo, y a continuación nos dice: «Hirieron los indios sesenta caballos y más de cien caballeros españoles de flechas y botes de lanzas. Y luego otro día se entendió en curar caballeros, y dar a nuestro señor Dios inmensas gracias por las mercedes que les había hecho en haberles dado victoria a tan pocos españoles, en tierra donde tanto número de bárbaros hay,

y gente tan bestial que no dan la vida a su adverso, ni le toma a rehenes, ni por servir. Y por tanto conviene al español que no ha usado la guerra, que pelee con grandísimo ánimo, y venda bien su vida para vencer y ganar, juntamente con la vida, honra y fama.

En otro capítulo el cronista nos describe otra batalla entre los araucanos y los españoles, reconociendo que «la gente más belicosa era la de Arauco y de más cantidad». Luego de describir cómo fueron vencidos los araucanos y cómo se les cortaron las narices y las manos derechas a los prisioneros, Bibar escribe que la victoria sólo fue posible con la ayuda «de Dios y de su bendita madre Santa María y del bienaventurado apóstol Santiago». En verdad «sin el favor de Dios tan pocos españoles contra tantos enemigos no nos podíamos sustentar».

También el hábitat de los araucanos, así como su población, quedan muy bien definidos cuando escribe: «este término de esta gente belicosa es desde el río Ytata hasta el río Cauten, que en ella hay sesenta leguas de esta gente». «Hay del río Ytata hasta el río de Tolten (que está a 8 leguas de la ciudad Imperial) 60 leguas. Y todo este término está muy poblado de gente muy belicosa».

Al caracterizar «los árboles y yerbas que hay en el término de la ciudad de Concepción», el cronista señala que el clima y el medio natural desde el valle del Maule hasta el valle de Itata es «del temple del Mapocho. Y desde aquí escomienza otro temple, que hay invierno y verano, y llueve más, y los vientos más furiosos...». En este ambiente viven nuestros araucanos, los que son «muy grandes labradores y cultivan muy bien la tierra».

Pero lo que más admira Bibar es el rasgo guerrero de los araucanos: «esta gente antiguamente tuvieron guerras unos con otros, como eran todos parcialidades, unos señores con otros. Cuando vienen a pelear vienen en sus escuadrones por buen orden y concierto que me perécame a mí que, aunque tuviesen acostumbrado la guerra con los romanos, no vinieran con tan buen orden». Luego de describir cómo luchan en orden y valientemente, entrega otras características importantes. En primer lugar, Bibar compara lo conocido por él en la comarca de Santiago con lo que recién está conociendo; así ve costumbres y rasgos culturales semejantes, aunque también descubre diferencias.

Veamos algunos ejemplos: «Y de todas estas sesenta leguas y comarca de Santiago es una lengua». Estamos frente a un dato importante: los aborígenes del centro y sur de Chile hablarían un mismo idioma. Esta información de Bibar, entregada en 1558, confirmaría lo que el padre Luis de Valdivia escribió a comienzos del siglo XVII en su «Arte y Gramática general de la lengua que corre en todo el Reyno de Chile».

Bibar también observa relaciones entre el modo de vestirse de las mujeres araucanas con las del centro del país: «ellas andan como las de Mapocho, salvo que traen una manera de zarcillos de cobre... Son muy grandes hechiceras». Los hombres en cambio visten de manera diferente. Comentemos que el cronista, cuando se refiere a las costumbres de los aborígenes del centro, los está comparando con las de los incas, lo que no sucede cuando describe las de los araucanos. También hay que llamar la atención sobre la función religiosa que cumplen algunas mujeres araucanas, lo que las separaría en forma nítida de las mujeres del Mapocho.

Otras semejanzas se encuentran en cierto tipo de sepultura, aunque también hay diferencias: «sus enterramientos son en el campo con las ceremonias que los del Mapocho. Otros se entierran a las puertas de sus casas en un alto que es hecho con dos horcones gruesos, y ponen dos a manera de artesas angostas arriba, y meten en la una y cúbrenle con la otra. Este es un entierro y sepultura de algunos principales». Se sabe que este último tipo de entierro es característico de los araucanos, aunque para algunos estudiosos como G. Mostny «parece ser bastante reciente y posiblemente es una imitación de los ataúdes de madera usados por los europeos». Sin embargo, lo concreto es que Bibar lo describe hacia 1550, cuando se produce el primer contacto entre españoles y araucanos.

Cuando habla de los placeres, bailes y regocijos de los araucanos Bibar dice que «son como los del Mapocho», pero agrega una diferencia notable: «salvo que el cantar es diferente. Y lo que allí cantan son cosas pasadas y presentes que les haya acontecido».

Tenemos pues un pueblo numeroso, organizado en «lebos», cada uno con 1.500 y 2.000 indios. Según Bibar el lebo es «una parcialidad», coincidiendo con el padre Luis de Valdivia, quien lo define como «una

parcialidad y división de tierras». Es la unidad política de los araucanos. Pero de acuerdo al propio Bibar tiene además otra acepción: «son como apellidos y por donde los indios reconocen la sujeción a sus superiores». Estos lebos y «otros más», cada uno con su señor «se ajuntan en ciertos tiempos del año en una parte señalada... Y adjuntados allí, comen y beben, y averiguan daños, y hacen justicia al que la merece. Y allí conciertan y ordenan y mandan. Y esto es guardado». Este pueblo así organizado tiene un espíritu guerrero muy desarrollado, es amante de su tierra, con algunas costumbres y usos semejantes a los de Chile central, aunque también con diferencias. Por ejemplo, su costumbre de cantar acerca de las cosas pasadas y presentes, de los hechos que merecen recordarse. Hay pues en los araucanos, según Bibar, una concepción épica que no se encuentra en los otros aborígenes de Chile central.

Sobre el problema que presentaría el uso de una misma lengua para diferenciar dos culturas, pensamos que este sistema de comunicación no es suficiente para probar la presencia de una cultura y una sociedad comunes a lo largo de Chile central y sur (desde el río Choapa hasta el río Cautín). Como bien lo escribe Lévi Strauss (*), para definir de manera conveniente las relaciones entre lenguaje y cultura es preciso excluir desde un principio dos hipótesis: «una, aquélla según la cual no puede haber ninguna relación entre los dos órdenes; otra, la hipótesis inversa de una correlación total en todos los planos».

Es probable, entonces, que se puedan descubrir ciertas correlaciones entre lenguaje y cultura, tal como lo pretende probar el antropólogo Lévi-Strauss, y en este plano de la reflexión pensamos que Bibar ha mostrado relaciones interesantes y también diferencias importantes. Así, y porque también la arqueología ha insistido en rasgos culturales diferenciales y los antropólogos físicos como Juan Munizaga, han escrito que «desde el río Mapocho hasta el golfo de Reloncavi existían diversas poblaciones indígenas», deseamos postular la presencia histórica de dos grandes provincias socioculturales en el siglo XVI. La primera, situada entre el río Aconcagua y el norte del río Maule (con

(*) Ob. Cit., pág. 73.

seguridad hasta el río Cachapoal) y la otra, situada entre el río Itata y el río Cautín. A la primera, siguiendo en parte a R. Latcham y los más recientes trabajos arqueológicos, la llamaremos provisionalmente «cultura Aconcagua» y a la situada más al sur «cultura Araucana».

El complejo cultural Aconcagua se sitúa entre el valle del Aconcagua por el norte y el valle del Cachapoal por el sur, con ramificaciones transcorderas. Su situación cronológica es aproximadamente entre el 800 d.C. hasta el contacto con la ocupación inca.

Estaríamos así frente a una etnia que se asentó «de preferencia en los valles del interior», siendo esta población de economía agrícola, con actividades complementarias económicas en diversos ambientes biogeográficos (explotación de recursos marinos, caza de aves, de pequeños roedores y, posiblemente, domesticación de camélidos). Lo que más llama la atención en esta cultura es su alto desarrollo tecnológico en la confección de su cerámica, la que fue influenciada desde los valles transversales (tipos Diaguitas) y por la co-tradición andina.

Quedaría por ubicar la cultura situada entre los ríos Maule e Itata. Es probable que frente a estas dos sociedades bien organizadas, con personalidades culturales definidas, estas tierras -tal como lo insinúa R. Latcham- estuviesen bajo la influencia tanto del norte como del sur, es decir, de los habitantes de Aconcagua y de los araucanos. El propio Bibar también muestra una situación de relativa indefinición. Para él está clara la presencia de los aborígenes aconcagua y mapocho, los que aglutinan a los otros aborígenes hasta el norte del río Maule; luego define con claridad la presencia de una nueva población el sur del río Itata (los araucanos).

Queda así en claro que Bibar, hacia 1550, veía dos provincias culturales relacionadas, con rasgos comunes, pero también con diferencias importantes. Estas diferencias son las que explicarían los rasgos distintos del proceso histórico de transculturación que se vivió en Chile del centro y del sur.

6 *La Vida Fronteriza: Entre la Guerra, la Evangelización y el Comercio*

La etnia mapuche, que en los tiempos prehispánicos habitaba los territorios costeros, de los llanos y precordilleranos, entre los ríos Itata y Toltén, se vio forzada a reducir sus asentamientos a algunos sectores situados al sur del río Bio-Bío, siempre en competencia con los conquistadores españoles del siglo XVI. Dos veces en ese siglo los mapuches-araucanos se habían sublevado con éxito en contra de fuerzas españolas; en 1553 habían dado muerte al capitán Pedro de Valdivia, primer poblador del territorio chileno, y a fines del siglo al gobernador García Oñez de Loyola.

Mientras en otros territorios de Chile, en el norte semiárido y en el centro-sur del territorio hasta el río Maule, los españoles habían dominado a los pobladores aborígenes, en el sur los habitantes indígenas ofrecían una resistencia vigorosa a los invasores de su tierra.

La actual investigación histórica, encabezada por el historiador Sergio Villalobos, ha resaltado los rasgos pacíficos de las relaciones entre los españoles y mapuches, no desconociendo las situaciones bélicas que acontecieron en los siglos XVII y XVIII.

Nosotros, apoyándonos en nuestros estudios recién publicados (*), expondremos algunos aspectos de esta interrelación contradictoria entre españoles, criollos, araucanos y pehuenches, especialmente en los territorios bañados por el río Bío-Bío. No sólo los soldados o los guerreros son los sujetos de esta pequeña historia, sino también los sacerdotes o «patirus», jesuitas o franciscanos, y los comerciantes que estimulaban los «conchavos» o situaciones de intercambio comerciales. Alrededor de los pequeños fuertes construidos al norte del Bío-Bío, después de 1723, los indígenas, españoles y mestizos convivieron, se mezclaron, se engañaron y también se violentaron unos a otros.

(*) *Antropología e historia de la Isla de la Laja*. Ed. Universitaria, Santiago, 1992.

Ciertas figuras notables de estos siglos son recordadas, insistiéndose en algunos loncos araucanos y pehuenches, y en determinados gobernadores españoles, sobresaliendo entre todos el irlandés-español Ambrosio O'Higgins, padre del libertador chileno Bernardo O'Higgins.

La derrota de Curalava, a fines de 1598, y la muerte del gobernador Martín García Oñez de Loyola provocó entre los mapuches-araucanos, en menos de cuatro años, un movimiento de rebelión generalizadora, que tuvo como consecuencia la destrucción de las ciudades y fuertes «de arriba», todas fundadas al sur del río Bío-Bío. Como efecto de este alzamiento general se revisaron los planes de conquista, aceptándose, a pesar de la resistencia de muchos militares, que el Bío-Bío constituiría la barrera natural que debería detener en sus entradas al norte a los mapuches de la costa, de los llanos y de las faldas de la cordillera, como igualmente a los aborígenes del sector alto cordillerano. La formación de un ejército profesional, financiado por el «real situado», permitiría detener en primer lugar el avance aborígen hacia Concepción, San Bartolomé de Gamboa (Chillán) e incluso más allá del río Maule. Además este ejército profesional, que reemplazaba al constituido por los vecinos y financiado por los encomenderos, podría en el futuro recuperar los territorios perdidos; tal era el proyecto del gobernador Alonso de Ribera.

Las políticas de la llamada guerra defensiva estaban también inspiradas por el pensamiento y la acción de la orden de la Sociedad de Jesús. Recordemos que éstos, encabezados por el sacerdote Luis de Valdivia, habían llegado a Chile en 1593, iniciando inmediatamente una política evangelizadora que había superado rápidamente a las que hacían otras órdenes, como los franciscanos. Como estos últimos a su vez lo reconocían, los jesuitas habían «extendido sus misiones antes de nuestra entrada en el reino por los tres vutha-mapus o cantones que llaman de la Costa, Llanos e Inapire o Pie de la Cordillera. Por esta razón los franciscanos pidieron que se les adjudicase el Pire-vutha-mapu, «terreno que ocupa la nación llamada comúnmente Pehuenches». Lo lograron en el Parlamento general que en el Salto del río Laja celebró el gobernador Manuel Amat y Junient, quien, a instancias de los mismos

indios entregó «la expresa nación» a los franciscanos. Esto ocurrió en 1756.

Pero mucho antes de la importante política misional de la orden de los franciscanos, de la guerra defensiva y de la acción evangelizadora de los jesuitas del padre Valdivia, incluso antes de la derrota de Curalava, los españoles estaban profundamente preocupados por los intentos de los mapuches de los llanos y del Inapire, a veces apoyados por los indios de la cordillera (puelches, según los textos españoles), de incursionar más allá del río Bío-Bío, cruzando la isla de la Laja, camino hacia el río Maule. Un buen ejemplo de esta preocupación es la carta de Martín Ruiz de Gamboa a Su Majestad, el rey de España Felipe II, de febrero de 1592: «Vine a las provincias de Chillán donde yo había hecho un muy buen fuerte y porque aquella comarca era y es frontera de la de Santiago y guarda de que los enemigos no pasen a sus términos y reparo y sustento de la Concepción y al principio de los indios de la guerra y en medio de todo el reino, de donde se sustenta la Concepción y quité los gastos que Su Magestad tan excesivos que allí hacía para sustentarla y reparo que a sus términos no corran ni puedan los enemigos, porque en saliendo luego desde Chillán les toman las espaldas y son perdidos... allí determiné de poblar un pueblo y poble llamado San Bartolomé de Gamboa».

Esta ciudad de «tierra blanca y de muy buen sitio y buenos ríos y de mucho pescado y muchas tierras de pan y vino y frutas y carne, por muchos y muy buenos pastos», se constituyó en un baluarte que supo resistir muchos ataques de indios de los llanos y de la cordillera hasta 1655, cuando se produjo quizá la mayor sublevación de los mapuches.

Mientras el gobernador Alonso de Sotomayor estaba en Concepción, en 1585, fue informado que los indios de la Laja devastaban el partido de Chillán, y tenían en mucho riesgo la ciudad de San Bartolomé de Gamboa. Salió acompañado del maestre de campo Alonso García Ramón y de los principales capitanes, al frente de dos compañías con la rapidez que pedía la necesidad en que se hallaba aquella ciudad y su comarca.

Nos relata el historiador Vicente Carvallo Goyeneche que «no le

aguardaban los indios, y viéndole llegar, se entraron en la sierra. El gobernador, entonces mandó ejecutar severos castigos en los que se tomaron extraviados, para escarmentar a los demás. Reforzó la guarnición de la ciudad, y levantó el fortín de San Fabián, cerca de Canucu, en el paraje llamado los Maquis».

La situación en la región de los llanos y sobre todo en el vértice occidental de la isla de la Laja era conflictiva; por esta razón el gobernador Sotomayor fundó al norte del Bío-Bío, cerca de Yumbel, el fuerte «La Trinidad» y al sur-oeste de Talcamávida, en la orilla sur del Bío-Bío, el fuerte «Espíritu Santo».

A fines del siglo XVI el gobernador Martín García de Loyola, hacia enero de 1593 (cinco años antes de su muerte), daba instrucciones al capitán Miguel de Olaverría sobre la «guerra de fuera», es decir, aquella que era promovida por los aborígenes que vivían a los pies de la cordillera y dentro de ésta, e incluso en el sector oriental. Eran cuatro las ciudades que defendían los derechos de los españoles: Chillán, Angol, Villarrica y La Imperial, y, según el gobernador, estas cuatro ciudades habían estado por muchos años oponiéndose a los habitantes de la cordillera nevada con más de doscientos cincuenta españoles. Agregaba que los indios de la dicha cordillera eran cuatro o cinco mil.

Pues bien, luego de la derrota de Curalava en los primeros decenios del siglo XVII, los aborígenes cordilleranos asaltaron varias veces, hacia 1629-1630, las haciendas de los alrededores de Chillán y también colaboraron con los mapuches de los llanos en sus correrías por esta región. De resultas de estas entradas y escaramuzas, los españoles sufrieron algunas derrotas, siendo una de las conocidas la de las Cangrejeras. Como consecuencia de este combate un joven capitán, Francisco Núñez de Pineda y Bascañán, fue capturado y vivió alrededor de siete meses entre los aborígenes de los llanos. En su «Cautiverio Feliz», describió los contactos y las rivalidades entre estos aborígenes y los de la cordillera, sin darle nombre a esos últimos. Sin embargo en su obra, «Suma y Epílogo», los denominó puelches o pehuenches.

También el cronista Diego Rosales (*) describió detalladamente los

(*) Diego Rosales, *Historia general del reyno de Chile. Flandes Indiano*, 3 tomos; Valparaíso, 1877; tomo II, pág. 664; tomo III, pág. 174.

múltiples ataques y malones, que los cordilleranos (pehuenches y puelches) hacían en contra de Chillán y sus alrededores; como también los acuerdos de paz y los continuos quebrantos de ella.

El jesuita relata diferentes acciones bélicas en tiempos del gobernador marqués de Baidés (1639-1646), en que generalmente el español era burlado y el cordillerano se iba a sus tierras, «muy contento y jactancioso... cargado de despojos y de captivos».

Cuando estalló la rebelión de 1655, en tiempos del gobernador Antonio Acuña y Cabrera, los ataques de los pehuenches-puelches y araucanos se hicieron frecuentes entre los ríos Itata, Ñuble y hasta las proximidades del Maule. Sin embargo los informes de los españoles son contradictorios o, por lo menos, no muestran cambios en la actitud de estos aborígenes cordilleranos, en cuanto que a veces favorecían a los españoles y en otras ocasiones a sus hermanos aborígenes, los mapuches de los llanos. El cronista Jerónimo de Quiroga escribió que los pehuenches acompañaron a los españoles en su lucha contra los indios de la costa sur de Valdivia. Por otra parte, otro español, el fiscal de la Audiencia de Chile Alonso de Solorzano y Velasco, en 1657, relató que los aborígenes cordilleranos maloquearon una importante cantidad de estancias al sur del río Maule, haciendo prisioneros y robando ganado, yeguas y caballos. Esta situación, desastrosa para los pocos cientos de españoles capaces de enfrentarse a los indios, se ponía más peligrosa con la intervención de un jefe mestizo llamado Alejo, quien derrotó a grupos de españoles cerca del fuerte de Conuco, a la altura de Tomé. Como resultado de estos contratiempos, provocados por las acciones de los mapuches de los llanos y de los aborígenes de la cordillera, el fiscal Alonso de Solorzano pidió trasladar la frontera al río Maule y volver a la política defensiva de los primeros años del siglo XVII. La acogida de esta política habría significado la pérdida de todo el sur de Chile para los españoles.

Una vez muerto el mestizo Alejo, el nuevo toqui mapuche Misgui, se enfrentó a los españoles al sur del río Laja, siendo derrotado por las tropas del gobernador Pedro Porter Casanate en Curanilahue, en 1661. Con la llegada a Chile, en 1662, del nuevo gobernador Angel de Peredo, se reforzaron los fuertes del Conuco (San Fabián) y se restauró el

antiguo fuerte de San Felipe de Austria, cerca de Yumbel. A Peredo le interesó preferentemente la defensa del río Laja, construyendo varios fortines, y «casas-fuertes».

Este mismo gobernador repobló Chillán en septiembre de 1663. El capitán y cronista José Basilio de Rojas y Fuentes condujo la operación, apoyado en un destacamento de 200 soldados. Comenzó así de nuevo, lentamente, el proceso de construcción de casas, graneros, molinos; las plantaciones de trigo, cebada y otros productos de las huertas y chacras. Habían muerto alrededor de 900 soldados, desde que se inició el levantamiento hasta el triunfo de las armas españolas, y se habían destruido varios centenares de estancias entre el Maule y el río Bío-Bío.

A fines del siglo XVII tenemos dos situaciones interesantes, amparadas por la relativa paz que existía.

En 1680 se inician las peticiones del capitán español José Núñez de la Cantera, vecino de la Concepción, para pedir una merced de tierras situadas en la isla de la Laja, exactamente en lo que hoy se conoce con el nombre de las Canteras. Este fue el comienzo de la posteriormente famosa hacienda de las Canteras, adquirida por don Ambrosio O'Higgins alrededor de cien años después.

Por otra parte, entre 1692 y 1700, gobernó el reino de Chile Tomás Marín de Poveda, quien impulsó las políticas de evangelización en el territorio de los mapuches y de los pehuenches. El propio gobernador, en carta de abril de 1695, señala al rey Felipe V que fueron especialmente los religiosos de la Compañía de Jesús y los de la orden de San Francisco los que se dedicaron a este ministerio. Se erigieron 9 misiones nuevas. El gobernador menciona las de Imperial, Boroa, Tucapel, Repocura, Virquén, Mulchén, Renaico, Quecheregua y Maquegua.

Igualmente este gobernador dispuso el envío de misioneros entre los pehuenches y puelches. El padre Nicolás Kleffer inició estas misiones para «introducir la luz del Santo Evangelio entre los puelches y a otros innumerables indios». Ya a fines del siglo XVII, o comienzos del siglo siguiente, es probable que fundaran una misión en Rucalhue, según escriben los padres franciscanos en un informe que redactaron en el siglo XVIII acerca de las misiones en el reino de Chile. Debemos

recordar que Rucalhue está situado al sur de Santa Bárbara, pueblo y fortaleza importante del siglo XVIII para la defensa de la isla de la Laja. Este sector del río Bío-Bío, frente a Santa Bárbara, contó siempre con una misión, cuya actividad sufrió, a veces, interrupciones debido a las sublevaciones de los aborígenes de la cordillera o de los llanos.

A pesar de estas penetraciones esporádicas, todo el territorio situado entre el sur de Chillán y el Bío Bío estaba prácticamente abandonado y sólo sus territorios limítrofes, especialmente al occidente, en el territorio de los llanos, tenían fuertes y misiones, cercanos a la confluencia del Laja con el Bío-Bío. Por ejemplo al nor-oeste del río Laja, junto al tercio de Yumbel, se fundó la misión de San Cristóbal, en 1646. En todo el siglo XVII los jesuitas extendieron sus misiones por el territorio de la costa y de los llanos, y algo incursionaron hacia el territorio de la cordillera a fines del siglo. Luego, en el siglo XVIII, la orden de los franciscanos adquirirla fuerza en la acción apostólica misional con los aborígenes cordilleranos de la isla de la Laja, e incluso de más al sur. La expulsión de los jesuitas los dejó como señores de casi todas las misiones del sur de Chile.

Entrando en el siglo XVIII, recordemos que la sublevación de los mapuches ocurrida en 1723, después de más de 40 años de vida relativamente pacífica, había convertido a los mapuches en dueños absolutos de sus tradicionales tierras, permitiéndoles algunas hostilidades aisladas en las tierras pobladas por los españoles, especialmente en aquellos sectores que no tenían defensa militar como era el caso del territorio situado entre los ríos Laja y Bío-Bío. Además, esta especie de tregua había hecho disminuir el ejército de la frontera, que apenas pasaba de 1.000 hombres, como también las sumas del situado o presupuesto para pagar y mantener el ejército de Concepción.

Según la interpretación del historiador Barros Arana, «la vecindad había creado relaciones entre los indios i los españoles; i esas relaciones, estimuladas por las necesidades de un orden económico habían fomentado el comercio recíproco». Este comercio «si hubiese sido ejercido con lealtad, habría domesticado con el transcurso de los años a aquellos bárbaros acercándolos más i más a los españoles, i hacién-

doles comprender las ventajas de una vida más regular i de las comodidades que proporciona la civilización» (*).

La sublevación que ocurrió bajo el gobierno de Gabriel Cano de Aponte (1717-1733) ha sido estudiada por diferentes historiadores y especialistas, los que escribieron en el propio siglo XVIII, tales como Gerónimo Pietas, Miguel de Olivares, Joaquín de Villarreal y Vicente Carvallo y Goyeneche. En el siglo XIX, tenemos a José Pérez García, Claudio Gay, Diego Barros Arana, José Toribio Medina, Miguel Luis Amunátegui. En el presente siglo están, entre otros, Francisco Antonio Encina, Sergio Villalobos y Holdenis Casanova. Todos ellos han aportado documentos, información histórica bien controlada y hechos. También han interpretado los acontecimientos, no coincidiendo siempre sus ideas explicativas.

Quien ha expuesto en la forma más completa los hechos históricos ha sido Diego Barros Arana y por esta razón ha sido citado, comentado y discutido una y otra vez. Por ejemplo, el historiador Francisco Antonio Encina ha escrito sobre esta sublevación sin agregar nada nuevo a lo expuesto por Barros Arana, pero explicó la sublevación desde otro punto de vista, restándole importancia a la situación guerrera de 1723, oponiéndose a las conclusiones que condenaban el comportamiento del maestro de campo general Manuel de Salamanca y de los -capitanes de amigos- (*) y concluyendo que la decadencia de la raza araucana, sumamente mezclada, explicaba el rápido término de la sublevación.

Muy recientemente, Holdenis Casanova, dentro del marco interpretativo de las relaciones fronterizas, ha insistido por una parte en una postura más documentada y por otra ha explicado la rebelión de 1723 como una situación ocurrida dentro del complejo mundo de la vida

(*) *Historia de Chile*, tomo 6; págs. 26 y 27.

(*) La institución de -capitanes de amigos-, según el cronista Pedro de Córdoba y Figueroa (*Historia de Chile*, en C.H.CH., tomo II), fue instituido en tiempos del teniente general Alonso de Córdoba, en el gobierno de Juan Henríquez (1670-1682). Como dice S. Villalobos, en *Relaciones Fronterizas en la Araucanía*, págs. 187-195, es muy posible que estos personajes derivasen de los intérpretes, dada cierta similitud en sus funciones y porque debían conocer la lengua de los indios.

fronteriza. Su postura más equilibrada le debe mucho a Villalobos, como también a Barros Arana.

Ahora bien, la sublevación de 1723 provocó al traslado de los fuertes españoles al norte del río Bío-Bío. ¿Es verdad que el desmantelamiento de éstos sólo fue la consecuencia directa de la sublevación mapuche? ¿O fue expresión de una política defensiva bien delineada por los autores de ella, incluso antes de que estallase el movimiento bélico mapuche?

Los acontecimientos de 1723 seleccionados por los historiadores y en donde hay acuerdo entre ellos son los siguientes:

- La sublevación se inició en forma específica para vengar afrentas e injusticias sometidas por algunos -capitanes de amigos- en contra de los mapuches de los alrededores de Purén (Queche-reguas).
- Los mapuches, dirigidos por el lonco Vilumilla no lograron generalizar la sublevación y no tuvieron éxito en sus asedios a los fuertes y en los escasos enfrentamientos con los españoles. Tampoco pretendieron destruir las misiones o atacar a los sacerdotes.
- Fuera del temor generalizado, de los rumores, de las noticias falsas, los españoles no tuvieron problemas serios de carácter guerrero, aunque sí abandonaron las misiones situadas al sur del Bío-Bío y vieron algunas estancias asaltadas.
- Los mapuches dieron a conocer, ya en 1724, sus deseos de hacer las paces.
- Los españoles demoraron los acuerdos hasta comienzos de 1726, cuando se realizó el parlamento de Negrete.
- De acuerdo a lo convenido en el parlamento, interesaba a las partes reanudar principalmente el comercio. A su vez, los españoles exigieron que los mapuches declararan una vez más su lealtad al Rey, aceptaran la evangelización y ayudaran a las obras públicas de los españoles.

Por su parte, los mapuches insistieron en que hubiese un tratamiento más justo por parte de los capitanes de amigos y de los españoles en general, que les permitiesen trabajar libremente, y pedir y tener justicia ante las autoridades españolas.

El cronista Carvallo y Goyeneche ha insistido en que el maestro de campo general Manuel de Salamanca, pariente del gobernador Cano de Aponte, fue el principal causante de la sublevación, en cuanto realizaba negocios usando a los capitanes de amigos, los que causaban grandes injusticias a los mapuches. Apoyado en esta información y en otros documentos, Barros Arana interpretó los hechos exagerando la importancia de la rebelión. En primer lugar, escribió que en 1723 estalló una formidable insurrección de los indios araucanos que ocasionó grandes daños y que estuvo a punto de producir la ruina total de las ciudades y de las estancias del sur. Sin embargo, el relato que hace este historiador acerca de los acontecimientos contradice su valorización. Los aborígenes, excepto asaltar algunas estancias y matar a unos cuantos españoles, no lograron tomarse ningún fuerte ni impedir la llegada de refuerzos, que incluso en un primer momento no fueron numerosos. Tampoco pudieron impedir el abandono de los fuertes que eran, al decir del sacerdote jesuita Joaquín de Villaruel, «unos ranchos cubiertos de paja i cercados de una mala estacada». Los indios se limitaron sólo a insultar de lejos a los españoles, cuando éstos abandonaron los fuertes, sin poder atacar ni tomar nada.

Una vez producido, a fines de diciembre de 1723, el traslado de todos los hispano-criollos al norte del Bío-Bío, los mapuches comenzaron de nuevo, según Barros Arana, sus «enredos y discordias», no pudiendo renovar sus agresiones y volviendo a «hacer el comercio que antes mantenían con las poblaciones vecinas a los fuertes». Así desde mediados de 1725 hicieron llegar a Concepción sus proposiciones de paz.

Como sabemos, la paz se concertó en febrero de 1726.

El propio Barros Arana escribió siguiendo al historiador Olivares, que el gobernador Cano de Aponte logró reunir un número importante de soldados (casi 4.000 hombres), la mayoría muy inexpertos. Se esperaba, entonces, una acción vigorosa contra los aborígenes; sin

embargo, el gobernador adoptó una conducta diametralmente opuesta y recomendó trasladar los fuertes situados al sur del Bío-Bío a la orilla norte de él.

Algunos cronistas, tales como el padre jesuita Olivares y el coronel Carvallo y Goyeneche, nos han entregado una detallada información de las razones que tuvo el gobernador para imponer su política defensiva. Los dos, sin embargo, no fueron partidarios de las medidas propuestas por Cano de Aponte. Los argumentos del gobernador habían sido:

- Los fuertes situados al sur del Bío-Bío, causaban gastos enormes y éstos no se relacionaban con los beneficios que producían, es decir, no lograban ni la pacificación ni la civilización de los mapuches.
- Los fuertes, por el contrario, eran causa de conflictos con los aborígenes. Estos veían en ellos la presencia invasora.
- Los fuertes no impedían los ataques de los mapuches a las estancias de los españoles situadas al norte del Bío-Bío.
- En cambio, los fuertes reconstruidos al norte del Bío-Bío eran fáciles de socorrer y podían ser defendidos con éxito.

Como resultado de estos argumentos, el gobernador impuso, a pesar de la fuerte oposición de los militares, que los fuertes situados en territorio mapuche fueran desalojados y destruidos; y que se construyesen otros en la ribera norte del Bío-Bío y el Laja, para impedir el paso hipotético de los aborígenes hacia el norte, es decir, hacia Concepción, Chillán e incluso más allá, hacia el Maule y el Cachapoal.

Carvallo y Goyeneche comentó que «el público graduó de impremeditada y de acelerada la resolución del gobernador» pensando que ella era consecuencia de terminar rápidamente la insurrección, sobre todo porque en el origen de ella se encontraba la codicia de su sobrino, el maestro de campo Manuel de Salamanca. Además se le acusó de hacer nuevos gastos en la reedificación de nuevos fuertes y especialmente no se le perdonó su tolerancia y disimulo en los hechos causados por Salamanca.

A su vez el historiador Antonio Encina señaló que:

- No sólo había pocos deseos de guerrear entre los mapuches, sino también entre los españoles y criollos.
- Además el ejército español, organizado con tantas dificultades, estaba mal armado, no tenía disciplina ni menos quería luchar.

Por estas razones, el gobernador tomó el partido de utilizar su aparatosa presencia para imponer al enemigo y traerlo de paz. Cano de Aponte comprendió que el gobierno español no tenía fuerzas, recursos ni voluntad para proseguir la pacificación. Por esta razón, había decidido desalojar y destruir los numerosos fuertes aislados, situados en las tierras mapuches desde el siglo XVI. Además los ayudó a tomar esta decisión el hecho de que en Arauco no quedaba un solo misionero, puesto que los jesuitas habían abandonado rápidamente las misiones, al conocer «el conato de sublevación» iniciado en el mes de marzo de 1723.

Encina termina su explicación escribiendo: «la concepción de Cano y Aponte se apartaba fundamentalmente de las dos tradicionales. Difería de la de Alonso de Ribera en cuanto importaba la renuncia definitiva a la conquista de Arauco, al paso que en la de este hábil estratega sólo se retrocedía para recomenzarla gradualmente, sin dejar enemigos a la espalda. Coincidió con la del padre Valdivia en la defensa de la línea del Bío-Bío. Pero la del jesuita tenía dos agregados: la prohibición de perseguir más allá de la raya al enemigo y la conquista espiritual de Arauco».

Holdenis Casanova hizo suya la idea de Encina de que el traslado de los fuertes impedía una importante posibilidad de contacto civilizador en tierras araucanas y termina precisando «que no fue la rebelión indígena lo que obligó a dismantelar los fuertes. Parece claro que en el pensamiento del Gobernador éstos resultaban inútiles para realizar la conquista definitiva del territorio araucano».

Ahora bien, según Barros Arana, «a fines de enero de 1724 quedaban despoblados todos aquellos fuertes i retiradas sus guarniciones al norte del Bío-Bío. Dióse entonces principio a la construcción de nuevos fuertes, todos los cuales recibieron los mismos nombres de los que acababan de ser abandonados».

Estos fuertes serían construidos en 1724 y principalmente dominarían los pasos más usados por los mapuches de la costa, como de los llanos, y que permitían el cruce del río Bío-Bío. Igualmente, en la ribera norte del río Laja se construyó el fuerte de Tucapel para intentar detener el paso de los mapuches de la pre-cordillera y de los pehuenches de la cordillera; con los años se comprobó que no cumplió este propósito.

El gobernador pensaba, según escribió al rey Felipe V, el 21 de abril de 1726, que al no tener la fuerza militar necesaria para hacer la guerra a los mapuches, el retroceso de la línea de la frontera nuevamente a la ribera norte del río Bío-Bío era una medida necesaria. Así lo entendió más tarde uno de los mejores conocedores de la frontera, el coronel Juan Ojeda, quien informó varias veces sobre esta región limítrofe. En un escrito sobre la frontera de la Concepción de Chile, hecho en 1803, señaló «El señor don Gabriel Cano, gobernador i capitán jeneral de este reino, meditando con las más fina atención sobre la gran dificultad de sostener estas fortalezas (las de Purén, etc.) tan lejanas dentro del país enemigo, que cada provisión de auxilios era una guerra, i cada destacamento o refuerzo de tropas costaba mucho i repetidos ataques, i que su permanencia no ofrecía más que inquietudes de los indios, determinó con mayor acuerdo abandonar este puesto...»; con esta medida y otros gratos y amistosos alicientes, se logró la pronta pacificación de los aborígenes.

Que el gobernador quiso desde el primer momento la paz con los mapuches y con el toqui Vilumilla, es un hecho que surge de una información entregada por Gerónimo Pietas en 1729 y que no ha sido muy tomada en cuenta. Cuando en diciembre de 1723 el gobernador avanzó a Purén Viejo con el fin de desmantelarlo, convocó a los caciques, «vinieron luego algunos; reprendióles mucho... y les mandó fuesen a decir al pertinaz rebelde Vilumilla, que era la cabeza de la conspiración, y a los demás caciques viniesen a pedir perdón de sus yerros... El gobernador los miraría con conmisericordia y los perdonaría». Hubo una segunda reunión con los loncos, pero Vilumilla no participó por «hallarse enfermo».

Este deseo de terminar la sublevación fue reforzada por dos situaciones que hay que equilibrar adecuadamente. Una de ellas hacía

referencia a los negocios que su pariente, el maestro de campo general Salamanca, tenía con algunos capitanes de amigos, lo que se comentaba y criticaba. Había entonces que terminar pronto con el levantamiento que se había originado en Quechereguas, al ser muertos tres capitanes de amigos por los maltratados mapuches. La otra situación se produjo con la intervención del Rey y del Consejo de Indias, quienes en abril de 1724 recomendaron que los indios fuesen tratados «con la mayor suavidad» y en caso de injusticias provocadas por algunos españoles se procediese a castigarlos con toda severidad. «no permitiendo que a los indios en sus tratos de ponchos y demás granjerías que tuviesen, se les hagan agravios ni vejaciones...» El 30 de diciembre de 1724 el Rey insistió en «que se tratase de aquietar a los indios, impidiendo todo mal tratamiento, i que se les perdonasen los delitos que habían cometido durante la insurrección».

En este contexto debe comprenderse que la medida más inteligente era evitar cualquier enfrentamiento con los mapuches; reforzar la línea fronteriza con el río Bío-Bío, que históricamente tenía justificación; y asegurar mediante un tratado de paz que en el futuro se podrían volver a construir fuertes al sur del Bío-Bío, continuar la evangelización y reanudar los «conchavos» tan necesarios para los españoles, mestizos y mapuches.

La sublevación de 1723 fue el último impulso que llevó al gobernador y a sus asesores, especialmente civiles, a volver a situar la frontera físicamente en la ribera norte del Bío-Bío. Los fuertes reconstruidos en el sector litoral y en los llanos, estaban más cerca de Yumbel y de Concepción; podían ser defendidos con prontitud en caso de ataques indígenas; incluso los colonos que comenzaban a poblar la isla de la Laja se sentirían algo más seguros, sobre todo por el fuerte de San Carlos situado frente el territorio de los llanos.

El traslado de los fuertes fue, entonces, la consecuencia de una evaluación pensada desde comienzos del siglo, como lo demuestra el informe del jesuita Covarrubias de 1708, que tenía como razón principal el convencimiento de que era impracticable la conquista de los territorios de los mapuches situados al sur del Bío-Bío, excepto los enclaves logrados en Valdivia y Chiloé. Esta decisión, además, corres-

pondría mejor al esfuerzo económico de colonizar definitivamente aquellos sectores aún no poblados, como los extensos territorios situados entre los ríos Laja y Bío-Bío.

Así, los fuertes, especialmente los situados en territorios precordilleranos y los que fueron construidos para defender la isla de la Laja de la entrada de los diferentes grupos de aborígenes, iniciaron sus actividades defensivas a comienzos de 1724. Primero fueron Purén y Tucapel. Purén fue construido en la ribera norte del Bío-Bío, teniendo al norte el río Duqueco y frente a unos vados que permiten pasar el río sin dificultades; hoy día el camino pavimentado lo roza prácticamente antes de cruzar el Bío-Bío por medio del gran puente construido por la ingeniería del siglo XX. El de Tucapel fue levantado al norte del río Laja y a cierta distancia de él; a su vez tiene al norte el río Huepil.

Luego, bajo el gobierno de José Manso de Velasco (1737-1745), exactamente en 1739, se buscó en el sector occidental de la isla de la Laja un sitio adecuado para concentrar la población dispersa, obviamente con su fuerte respectivo. Se confió la búsqueda y fundación de la villa al sargento mayor, don Pedro de Córdoba y Figueroa, también importante por ser autor de una «Historia de Chile». La nueva villa, situada al norte del Bío-Bío y a unos 24 kms. en línea recta, fue fundada en 1742 y se llamó Santa María de los Angeles. Ya en 1743 la naciente población congregaba, entre colonos, soldados, comerciantes y mestizos, alrededor de 47 personas.

Algunos años más tarde, en 1757, el gobernador Manuel de Amat y Junient (1755-1761) ordenó levantar la villa de Santa Bárbara, en honor a la reina, con una pequeña fortaleza en el sector precordillerano del Bío-Bío, en su orilla norte y a unos 25 kms. al oriente de Purén. En tiempos de este gobernador se firmó, en el parlamento del Salto del Laja de 1756, una paz relativamente permanente con los aborígenes cordilleranos, que tuvo un corto período de excepción entre los años 1769 y 1771. Este acuerdo implicó, entre otras cosas, la aceptación por parte de los pehuenches de la presencia de misioneros en su territorio. Se fundó en la plaza de Santa Bárbara una hospedería de religiosos conversores del colegio de Propaganda, es decir, de los franciscanos, y dos casas de conversión a cargo de los mismos religiosos, una de ellas

en la parcialidad de Ruca-Alhué, y la otra en el centro de las mismas cuarenta leguas al sud-este de aquella plaza, en Lolco.

Igualmente se acordó fundar una villa en el sector de Antuco. Recordemos que fray Angel Espiñeira, en su viaje al país de los pehuenches, recorrió en enero de 1758 esta región, a petición de los propios jefes de los aborígenes cordilleranos, quienes deseaban ser evangelizados por los franciscanos. Luego de pasar por el «castillo de Tucapel» y conseguir intérpretes, pasó el río Laja dividido en nueve caudalosos brazos y muchas ramas y llegó «bien azotado de las malezas que cubren el camino y fatigado del calor y mosquitos a alojar a esta estancia de don Francisco Jara llamada Antuco, hasta donde desde Tucapel habrá ocho leguas».

En el parlamento de Nacimiento, en diciembre de 1764, bajo el gobierno de Guill y Gonzaga (1761-1768), la idea central expuesta por los españoles fue el plan de reducir a los aborígenes a pueblos al sur del río Bío-Bío; idea ésta tradicional de la monarquía, que encontramos ya en el siglo XVI y que contaba con el entusiasta apoyo de la mayoría de los jesuitas. Para mencionar uno de los textos de comienzos del siglo XVIII, bástenos citar al procurador general de la Compañía de Jesús, Antonio Covarrubias, quien en un memorial que envió a la Real Junta, con fecha 24 de septiembre de 1708, se refiere expresamente a la reducción de los indios a pueblos. En este importante escrito el jesuita da las razones que tienen los españoles para insistir en que los indios vivan en pueblos; las repugnancias, a su vez, que se observan en éstos para hacerlo, y los medios que habría que usar para convencer a los aborígenes que acepten esta política. Veamos los argumentos de Covarrubias:

«Manda S.M. que los indios se reduzcan a pueblos en la tierra adentro. Punto es este el principal para conseguir la conversión de estos infieles... porque las utilidades que trae consigo la vida sociable son muy poderosos, así para los efectos del gobierno político como el espiritual; pues todo ayuda, la frecuencia de la doctrina, el ejemplo de unos a otros, observancia de las leyes, el premio de los buenos, castigo de los malos, y la permanencia y continua asistencia del doctrinero que

con gran facilidad, comodidad y utilidad puede dar gusto a sus feligreses...»

Sin embargo los aborígenes tienen gran repugnancia en vivir en reducciones, «porque juzgan que estando en pueblos los han de dominar y avasallar los españoles, y temen más este yugo que la muerte, por tener a los españoles odio mortal, acordándose de los agravios que les han hecho desde la conquista de este reino». Además los aborígenes confirman su opinión «viendo que los primeros que se redujeron a pueblos están oprimidos, disipados y tratados peor que los israelitas en Egipto».

Antes de discurrir una solución, el sacerdote jesuita suplica que «en nombre de los misioneros que doctrinan a estos indios reducidos» se ponga remedio oportuno y se mande «respecto a los misioneros, que aunque se oponen defendiendo a sus feligreses, no son atendidos, sino atropellado su respeto del poder secular».

«Por último, el único medio que han discurrido algunos para facilitar se reduzcan los indios a pueblos, es que mande S.M. que los españoles y soldados que estén en los presidios de Purén, Arauco y Tucapel, que es el riñón de la tierra de estos indios, y de donde reciben los mayores agravios, salgan y se muden a la raya de dicha tierra, que son las marjenes del Bío-Bío, de esta parte donde hay tres fuertes que son San Pedro, Talcamavida y Nacimiento... y esto es más fácil estando hoy dichas plazas de adentro (es decir Purén, Arauco, Tucapel) casi arruinadas y faltas de armas y soldados». Así la monarquía ahorrará «muchos sueldos que se gastan sin provecho; y quedando toda la tierra adentro en poder de los misioneros, que al presente sin armas se mantienen en paz, y cesando los malos ejemplos de la milicia y los agravios que reciben los indios, podrán dichos misioneros con amor y suavidad reducirlos a vivir en pueblos» (*).

En esta argumentación de Covarrubias hay varias ideas interesantes. Primero que nada, el conjunto de sus conceptos se hermana con la que los jesuitas de comienzos del siglo XVII usaban: línea de la frontera en el Bío-Bío, territorio libre hacia el sur, sólo los misioneros podrán

(*) Claudio Gay, *Historia Física y Política de Chile; Documentos.*, tomo I, págs. 282-285

recorrerlo para atraer a los infieles al cristianismo, ningún soldado o comerciante deberá pasar más allá del Bío-Bío. En segundo lugar, las plazas militares y los presidios deberán estar al norte del Bío-Bío, entre otras cosas porque su estado de conservación es deficiente y, por lo tanto, poco sirven a la defensa del reino y menos para el avance de la colonización. Por último, si se logra tranquilizar a los aborígenes, impidiendo que los españoles los dañen, aquéllos podrán aceptar ser reducidos a pueblos dentro de su tierra libre.

Teniendo presente lo anterior se entienden mejor las decisiones de Cano de Aponte en 1724 y de Guill y Gonzaga en 1764.

Pues bien, como consecuencia de la aprobación del proyecto defendido por el gobernador Guill y Gonzaga, se tomaron las precauciones necesarias para hacerlo posible. En primer lugar, se trasladó la plaza de Purén a la parte meridional del Bío-Bío, prácticamente al frente de donde había estado situada en los años anteriores; igualmente se dio orden al comandante de Los Angeles para que desalojase de sus estancias a los españoles que las tenían sobre las riberas del Bío-Bío, y que entregase a fuego las casas, que dentro de un pequeño número de días debían estar desembarazadas para trasladar a los españoles a la parte sur del Bío-Bío.

El plan proyectaba fundar, según el cronista Carvallo y Goyeneche, más de cincuenta pueblos; cifra que prácticamente ha sido probada por diferentes estudios especializados. Ya en noviembre de 1776 el maestre de campo general Cabrito iniciaba los trabajos, apoyado por los capitanes de amigos y varios sacerdotes jesuitas. De los primeros informes favorables a la iniciativa se pasó rápidamente a la cruda realidad: el 25 de diciembre del mismo año los aborígenes del litoral y de los llanos, dirigidos por el toqui Curiñamcu, redujeron a cenizas todos los pueblos que comenzaban a levantarse.

Ante el ataque, previsible por cualquiera que conociese en algo al pueblo mapuche, sus instituciones y valores sociales y culturales, otro grupo de aborígenes, los pehuenches, aunque estaban fuertemente aculturizados con los mapuches, se acercó a los españoles para prestarles su colaboración. Así el cronista testigo de estos hechos, Carvallo y Goyeneche, nos relata que los caciques Pequeipill, Coliguir

y Lebian se presentaron con trescientos guerreros pehuenches para participar en el castigo de los sublevados, es decir de los mapuches.

Con esta acción los cordilleranos mostraban una clara independencia cultural y económica frente a los llanistas, como también lealtad a sus acuerdos con los españoles.

Como resultado de los combates producidos entre cordilleranos y llanistas murió el toqui Coliguir, y cientos de aborígenes de uno y otro bando murieron o quedaron heridos.

A raíz de estas luchas, que disgustaban al obispo de Concepción, el franciscano Espiñeira, que había sido contrario a la política de «reducción de los aborígenes a pueblos», y con el fin de terminar con la sublevación mapuche, la Junta de Guerra de Concepción, a petición del señor obispo, acordó alejar a los pehuenches de los llanistas e incluso expulsarlos de los campos y bosques de Villucura, en el sector precordillerano del Duqueco, afluente del Bio-Bío.

Esta decisión de los españoles fue considerada una traición por los pehuenches, quienes respondieron aliándose con los llanistas, con ataques a las haciendas de los españoles. Lebian con sus pehuenches atacó, a comienzos de diciembre de 1769, la plaza de Santa Bárbara, y Pilmigeremantu (más conocido como Pilmi) derrotó a los españoles en los cerros de la hacienda de las Canteras, cuyo dueño era don Ramón Zañartu.

El 12 de diciembre del mismo año, el toqui Ayllapagui atacó la plaza de San Juan Bautista de Purén. La guarnición quedó sin víveres, puesto que los mapuches se llevaron el ganado; su capitán Bernardo Recalde pidió auxilio y avisó del mal estado de su fortificación.

Nuevamente, el 23 de diciembre, Lebian atacó Santa Bárbara, resistiendo el fuerte con dificultad y pidiendo auxilio. Sin embargo, como dice Encina, el mal manejo de la guerra tanto por parte del gobernador, como del maestro general y del obispo, y sus contradicciones, impedían el triunfo de los españoles.

Es en este mes tan caótico para los intereses de los españoles, cuando se le ordena a Ambrosio O'Higgins, recién nombrado por el

gobernador interino Balmaceda capitán de Dragones, construir un fortín cerca del paso de Antuco para impedir los ataques de los cordilleranos en la isla de la Laja y hasta las haciendas de Chillán.

Esta empresa se convirtió en una experiencia realmente difícil para O'Higgins, quien no tenía conocimientos militares. Los pehuenches no respetaron la fuerza militar española y prácticamente la cercaron en el Trubunleo, en el mes de enero de 1770, dificultando la edificación del fortín.

Ambrosio O'Higgins tenía en esos momentos 49 años. Había nacido en 1720, en la villa de Ballenary (Irlanda). De religión católica, con educación en matemáticas y lenguas (entre otras, conocía el griego, el francés, el español y, por supuesto, el inglés), no tuvo dificultad en radicarse en España, en Cádiz, y dedicarse a los negocios. Estos lo trajeron a Buenos Aires, Santiago y Lima. Una vez en Chile, en 1763, trabajó con el ingeniero irlandés Juan Garland en Valdivia y sus alrededores; luego, en el camino de Uspallata, de acuerdo al proyecto que presentó de hacer refugios cordilleranos. Se le dio el nombramiento de «ingeniero delineador». Después de buscar con afán mejorar su situación, ofreciéndose en diferentes trabajos y países, comenzó a hacer carrera administrativa y militar, especialmente en la región de la frontera. Ya en 1771 era «capitán efectivo de caballería»; en 1773, teniente coronel y comandante de caballería; y en 1776 fue nombrado por el gobernador Agustín de Jáuregui maestro de campo interino en reemplazo de Baltasar de Setmanat, el que, a su vez, había reemplazado a Salvador Cabrito.

En general, toda la política decidida por O'Higgins para afrontar las diferentes situaciones fronterizas, fue acogida por el gobernador Jáuregui. El conocimiento que había obtenido de los pehuenches y mapuches le permitió aprovecharse, por ejemplo, de las constantes rivalidades que se presentaban entre los jefes aborígenes. Así logró ahorcar al mestizo Mateo Pérez, debilitó el poder del gran jefe Lebian, e incluso cuando éste fue asesinado por algunos españoles consiguió que no se produjeran reacciones beligerantes entre los nativos. Igualmente se deshizo de Aillapangui.

En 1776, una vez más, inició el traslado del fuerte de San Juan Bautista de Purén, al lado norte del río Bío-Bío. En las márgenes norte del río Duqueco, cerca de su confluencia con el Bío-Bío, levantó el fuerte de Mesamávida, pretendiendo así cerrar la entrada de los llanistas a la isla de la Laja.

La paz ya se había logrado años atrás (febrero de 1771), en el parlamento de Negrete. Luego se había confirmado en una reunión celebrada en Santiago, el 13 de febrero de 1772, en donde asistieron importantes toquis y caudillos mapuches y pehuenches, incluyendo a Lebian. Estas asambleas o reuniones sociales, que tenían por objetivo principal tranquilizar a los indígenas con regalos y agasajos y lograr declaraciones de fidelidad al monarca de España por parte de éstos, fueron organizadas por el brigadier Francisco Javier Morales Castejón, quien gobernaba el país en forma interina desde 1770. Este señalaba al conde de Aranda, en una carta del 31 de marzo de 1771, que la falta de recursos para proseguir las hostilidades, el cansancio de la población civil y el temor de encontrarse a la vez en guerra contra los mapuches y contra Gran Bretaña, lo llevaron a firmar la paz con los aborígenes.

En verdad los aborígenes se habían tranquilizado al ver que la política de construir pueblos se había detenido; sólo les molestaba la presencia del fuerte Juan Bautista de Purén en el lado sur del Bío-Bío. Pronto, como ya lo hemos dicho, lograrían el traslado del fuerte.

El nuevo gobernador de Chile, mariscal de campo Agustín de Jáuregui, juró en marzo de 1773 ante el Cabildo de Santiago. Rápidamente inició algunas políticas que correspondían a un siglo empapado en las ideas ilustradas, en donde la razón, las leyes y la enseñanza harían posible cualquier cambio en la naturaleza del hombre y en la sociedad. En la ciudad deberían imperar los reglamentos de policía, es decir de orden y justicia; y con los aborígenes, acuerdos diplomáticos, como sucede entre naciones organizadas, Jáuregui intentó entenderse con los aborígenes a través de embajadores que, elegidos de acuerdo al número de butalmapus, serían enviados a Santiago. Aunque los «embajadores» llegaron y dijeron representar a sus regiones (costas, llanos, pre-cordillera y cordillera), como no había una organización nacional, ni menos gobierno centralizado en cada butalmapu, los

acuerdos o recomendaciones tomados y hechos en Santiago no tenían influencia al sur del Bío-Bío. No debemos olvidar que cada «lebo» era independiente de los otros, excepto en situaciones muy especiales como defensa de enemigos o sublevaciones generales.

Igualmente la política del gobernador Jáuregui sobre los colegios para niños indígenas, que apoyaban muchos otros funcionarios civiles y sacerdotes, no cumplió con los objetivos propuestos; es decir, transformar la cultura aborigen de acuerdo a los valores españoles de la civilización. La experiencia había comenzado en Chillán, ya en 1700, y estuvo a cargo de los jesuitas. Nuevamente, y ahora en Santiago, se abrió un colegio a cargo del presbítero Agustín Escandón; los cursos se iniciaron en mayo de 1775 con 16 alumnos mapuches enviados por el maestro de campo general Setmanat. Dos años más tarde eran 24 los alumnos: «se les vistió con sotana parda y banda verde, y se les dio una enseñanza casi idéntica a la que recibían los niños españoles de la alta sociedad». Según el historiador Encina, luego de algunos años de enseñanza española, los hijos de caciques volvían a sus tierras y, entre los suyos, la mayoría de ellos perdía la educación impuesta.

Más efectiva para la pacificación de la frontera y para las siempre crecientes relaciones de intercambio y de comercio entre españoles, mestizos, pehuenches, llanistas y huilliches era la política de O'Higgins, quien desde 1786 era intendente de Concepción. En medio de combates entre aborígenes, que tenían como objetivos concretos derrotar a los jefes nativos más peligrosos (Llanquítur), O'Higgins construyó en 1787 un fuerte cerca del pueblo de Antuco, al que llamó Ballenar. Como unos pocos años antes había comprado la hacienda de las Canteras, tenía especial interés en proteger este sector sub-cordillerano de la isla de la Laja. También al interior del río Duqueco fundó el fuerte llamado Príncipe Carlos, en el boquete de cordillera nombrado Villucura, que no debe confundirse con el situado en el alto Bío-Bío, al norte de la unión del río Lolco y del río Bío-Bío.

En 1788 fue nombrado Gobernador de Chile, no solamente por las peticiones que él mismo había hecho a los ministros del rey, sino porque se confiaba en su capacidad administrativa, en su personalidad fuerte y en su fidelidad intransigente al sistema monárquico español.

Luego que su política de alianza con los pehuenches llevase a la derrota de los huilliches y a la muerte de su jefe Llanquitur, el gobernador O'Higgins convocó a un parlamento para crear condiciones permanentes de paz. Este se efectuó en marzo de 1793 en los campos de Negrete, lugar tradicional de muchas reuniones. Una vez más los aborígenes fueron bien agasajados y regalados; se estableció la paz entre ellos; se perdonó a los huilliches; se permitió el libre tránsito de los españoles por las tierras aborígenes y se restableció el comercio entre españoles e indígenas.

En este mismo año, incluso antes del parlamento, Ambrosio O'Higgins Vallenar (así se firma) mandó al capitán Juan Ojeda a reconocer las plazas y fuertes de Tucapel, Villucura (Príncipe Carlos), Santa Bárbara, San Carlos, Nacimiento y Mesamávida. Su preocupación por la situación de la frontera, por las tierras situadas al norte del río Bío-Bío, lo llevaron a convertir la isla de la Laja en un lugar seguro para los cientos de viejos soldados que recibían tierras para trabajar. Además en este mismo año se convertía la isla de la Laja en provincia separada de Rere.

Cuando en la década de 1790, Carvallo y Goyeneche que no tenía estimación por O'Higgins, describió la provincia de la Laja, además de caracterizar su medio natural y su producción económica nos informa que la capital, «Nuestra Señora de los Angeles», está dominada por una «plaza de armas», en donde tiene su residencia el cuerpo de dragones veteranos: «quedan en la plaza las cabezas de compañías con 100 hombres. Un escuadrón de milicias urbanas, i en 1778 se levantó otro de caballería, con cierta idea, denominada 'Las Canteras'». Se trataba de una compañía que debería preocuparse en especial de la región de Antuco, en donde recién se fundaba el fuerte de Ballenar, y de la hacienda de las Canteras, cuyo dueño, como lo hemos escrito, era desde hacía algunos años el gobernador Ambrosio O'Higgins.

Algo más adelante este mismo historiador se refiere a la plaza y villa de Santa Bárbara: «once leguas al sureste de la expresada villa de los Angeles la plaza y villa de Santa Bárbara, fundada por el Exsmo. señor don Manuel de Amat en 1758, sobre la ribera septentrional del Bío-Bío, cuyo risco le sirve de muro por el lado sur. Es gobernada por un subalterno, i guarnecida por un destacamento de 20 hombres i tiene la

villa de 40 vecinos». Luego nos especifica que «de los 40 vecinos i de los demás habitantes de su distrito, se ha formado una compañía de milicias de caballería». En todo este sector, los intercambios con los aborígenes de la precordillera y de la cordillera obligaban a mantener «dos o tres balsas con los hombres pagados por el rei».

Por estos mismos años, el capitán Juan de Ojeda nos informa que «en el centro de la isla de la Laja entre dos esteros nombrados Paillague y Quilque, que se derivan de los montes de la parte de nordeste de aquellos llanos, a las orillas del último se halla la Plaza de los Angeles en un plano algo inclinado hacia él. Su figura es un cuadro perfecto con sus respectivos bastiones, levantado de muro de piedra, y circuida de competente foso, y dispuesto en todas partes a una vigorosa defensa».

Tres testigos más antiguos, el maestro de campo general del Real Ejército, don Salvador Cabrito, el veedor general don Juachin del Río y el contador don Manuel Joseph de Vial, nos relatan cómo vieron estas mismas plazas a fines de la década de 1760, exactamente en octubre de 1768 (*). De Los Angeles se escribe: «Este fuerte, se compone su fortificación de un cuadro con sus quatro Baluartes sumamente vajo, todo de tierra, de modo que la altura de la muralla se reduce a dos varas y media». Son numerosos los defectos que encuentran los visitantes a este fuerte: debe elevarse la altura de los muros a cuatro varas, hay que hacer nuevas techumbres de tejas en «un cañón de treinta varas de largo». Falta otro «cañón» «edificio» para «cuartel de la tropa», tampoco hay «cosina general» y, por último, «los baluartes de la fortificación» necesitan de «esplanadas para el juego del cañón, como asimismo de medias aguas para usar cañón en tiempo de Invierno».

Acerca del fuerte de Santa Bárbara señala que tiene tres «semi baluartes», un foso de ocho varas de profundidad y seis de ancho, «el que se halla en dos partes derrumbado». En general el fuerte necesita urgentes reparaciones, sus maderos están podridos y amenazan sus edificios de «benirse abajo, como sucedió con la Iglesia de esta villa». Incluso en este fuerte no hay «posito de la pólvora».

(*) Libreta de Revista de las obras de fortificación de las Plazas, y fuertes de la frontera... en Archivo Nacional, Capitanía General, Vol. 861, folios 128-146.

Otro fuerte que nos interesa es el de Tucapel. Esta plaza con nombre tan tradicional se encuentra «a orillas del caudaloso río de la Laja, acantonada a las primeras sierras de los Andes». El objetivo de ella es «contener las hostilidades de los Pegüenches en sus frecuentes salidas por el boquete de la cordillera nombrado Antuco». La describe Ojeda, en 1793, como «un cuadro regular con sus baluartes correspondientes, levantado de murallas de tierra, que circunvaladas de ancho y profundo foso, constituyen su defensa». Alrededor de este fuerte, «bajo su artillería hacen residencia 25 o 30 vecinos en población ordenada».

Veinticinco años antes, el maestre de campo Cabrito y sus acompañantes ya citados describen la plaza de Tucapel: «se compone su fortificación de un cuadro con cuatro valuartes, y su fozo de ocho varas de ancho, y diez de profundo, todo en perfección y muy defensible». Necesita sin embargo reparación urgente el puente levadizo, como igualmente la «Capilla Real» y las habitaciones de los oficiales, del capellán, del cuerpo de guardia, sala de armas, almacén de pertrechos, «todo esto se halla al caer y con sus techumbres, en la maior parte descubiertas».

Comenta Ojeda «del resguardo y defensa que hace el fuerte de Ballenar colocado en el bosque de Antuco, con lo que queda dicho en la descripción de la plaza de Tucapel, se concluye que esta no tiene en el día aplicación, ni destino».

También en las serranías se levantó en tiempos de O'Higgins, en 1788, el fuerte Príncipe Carlos, «sobre la ribera meridional del río Duqueco... defiende el boquete de Villacura por donde se transitan los Andes para viajar a su parte oriental, i es guarnecido como el de Vallenar, por un sarjento i ocho hombres». Nada más nos dice Carvallo y Goyeneche sobre este fuerte construido por orden de O'Higgins. En cambio el capitán Ojeda nos entrega mayor información:

«Retirado 6 leguas del mas elevado cuerpo de la cordillera, y en el estrecho paso que deja la concurrencia de una alta peinada loma con el profundo risco del penascoso río de Duqueco, mando V.I. formar el fuerte titulado Príncipe Carlos. Allí se rasgó un foso de uno a otro escarpe, y contra el del río se corto un cuadro o reducto con dos bastiones a su frente, que estacado con robustos maderos, y zanjadas

firmeramente su circunvalación estrecha el camino de la tierra precisamente a sus fuegos; quedando de este modo defendido y resguardado el boquete de Villacura y avenida de San Lorenzo. Su recinto comprende cuartel para el abrigo de la tropa y almacén de provisiones de guerra y boca y una grada para tomarse el agua de su abasto».

En Ojeda nos aproximamos a las políticas de O'Higgins cuando explica el objetivo del fuerte: «este puesto observa de cerca las intenciones de los indios y siempre procura afabilidad y agasajo su quietud y buena amistad, y siendo preciso, por sus emisarios la solicita de las reducciones mas distantes de aquel Butalmapu».

El pensamiento colonizador del gobernador O'Higgins, iniciado ya en la década de 1770, indujo a algunos españoles de Los Angeles a radicarse en el valle de Antuco, después de haberse logrado la paz con los pehuenches.

Resumiendo estas iniciativas de O'Higgins, Ojeda escribió «haciendo juiciosa investigación del paño que comprende, calidad y circunstancia de su terreno halló que su área, circunscrita por los ríos de Bío-Bío y la Laja y cumbres de la tierra nevada» constituye «una país de los más ventajoso que podrían poblarse por nuestra parte, lo que en ningún tiempo se había logrado... formó V.I. la feliz idea de repoblar esta isla, y asegurarla de modo que no pudiera ser sorprendido, despojados ni saqueados sus moradores...» Así toda la tierra, con las medidas que tomó O'Higgins a lo largo de casi 20 años, fue ocupada «de españoles que enriquecidos de haciendas con la mayor satisfacción y tranquilidad gozan de tan gran ventaja; y admirados de los progresos y adelantos de este país, lo ven erigido en nuevo partido de los de esta Intendencia, lisonjeándose que será el mejor de la Provincia».

Antes que nada y en parte estimulado por los combates que tuvo con los pehuenches desde 1769, impulsó O'Higgins un plan de levantar fuertes en el sector sub-cordillerano, pues los actuales fuertes de Tucapel y Santa Bárbara no eran capaces de impedir la entrada de los aborígenes cordilleranos y el consecuente saqueo de las estancias de la isla de la Laja y de los sectores aledaños de Chillán. Así levantó los citados fuertes de Trubunleo, de Ballenar, del Príncipe Carlos o de Villacura. Estos dos últimos fueron especialmente valiosos para infor-

mar sobre los grupos de pehuenches que entraban a intercambiar productos: «el comercio activo de los Pegüenches con los españoles consiste en sal».

En resumen, en los siglos XVIII y XIX, a pesar de algunas confrontaciones bélicas, la vida de aborígenes, españoles y chilenos se caracterizó por un conjunto de relaciones que abarcaban los aspectos sociales, religiosos y obviamente los biológicos. Poco a poco, a lo largo de los territorios de nadie, por ejemplo en la isla de la Laja y cerca o más al sur de los fuertes alineados en las cercanías del gran río Bío-Bío, o más al sur en los alrededores de la plaza-fuerte de Valdivia, las relaciones fronterizas interrelacionaban y mezclaban a los diferentes pueblos. Los acontecimientos del siglo XIX, especialmente la guerra de la Independencia, dividieron a los aborígenes, alineándolos o junto a los criollos chilenos, o junto a los españoles, sus antiguos enemigos.

Las políticas de la República de Chile a lo largo del siglo XIX, hasta culminar con la dominación de la Araucanía en la década de 1880, fueron la consecuencia de la necesidad de organizar un país que en teoría debería construirse en unidad y paz. Por una parte los románticos intelectuales chilenos tenían una gran admiración por los araucanos; éstos se encontraban en el origen de la independencia de los chilenos. Pero éstos no comprendían que la admiración no era mutua; la resistencia araucana, no siempre continuada ni menos generalizada, era de todos modos la oposición, no sólo a los españoles sino a toda dominación extranjera, incluyendo la chilena.

Es verdad que con los siglos de mezcla biológica y cultural, los procesos de aculturación son cada vez más intensos y tienen por resultado que el concepto de lo chileno se generalice entre los mapuches; pero, como comentaremos en las conclusiones, siguen existiendo grupos de descendientes de mapuches y de otras etnias que aspiran a la independencia territorial. Una larga historia de mezclas no bastó para cerrar las cicatrices provocadas por las violencias e injusticias de muchos siglos. Incluso la bondadosa acción de los evangelizadores no fue a veces bien comprendida y se la explicó como otra forma de dominación extranjera.

En el presente las contradicciones dominan a los grupos internos de las etnias; unos aceptan ser chilenos, otros a ser naciones dentro del Estado chileno y unos pocos a ser completamente independientes. Luego de conocer las características principales de las actuales etnias, volveremos a este crucial tema de las relaciones entre aborígenes y chilenos.

7 *Las Etnias Sobrevivientes en el Chile Actual*

Si miramos a lo largo del territorio nacional descubriremos que son principalmente dos las sociedades aborígenes que perduran a través del tiempo y de los complejos procesos de mestización, de aculturación y de asimilación: los aymaras y los mapuches. En el norte de Chile tenemos la sociedad aymara, que habita especialmente en la sierra y en el altiplano de Arica e Iquique (Primera Región), con alguna presencia en el interior de Antofagasta (Segunda Región). También en este último territorio, árido y caracterizado por los oasis generados por el río Loa y por las quebradas del plano inclinado que desembocan en el actual salar de Atacama, vive aún un pequeño grupo étnico que posee su propia historia, pero que cada día se asimila más a la sociedad chilena: los atacameños. En el centro sur de Chile, especialmente entre el río Bío-Bío y la isla de Chiloé, habitan los mapuches, con sus propias diferencias, siendo el grupo más importantes de éstos el conocido con el nombre popular de «araucanos». Desde la costa a la cordillera tenemos a los mapuches o araucanos; a los pehuenches en el valle del Queuco y en el alto del Bío-Bío; y a los huilliches al sur del río Toltén, alcanzando por el sur hasta la isla de Chiloé y por el este hasta la cordillera de los Andes.

El pueblo mapuche-araucano es hoy día el que mantiene una mayor identidad, con su lengua, sus creencias y ceremonias religiosas. Son una sociedad sin organización estatal, integrada parcialmente a la sociedad chilena, pero que reclama el derecho a opinar sobre su destino, sobre las reformas que se le pretende aplicar. Sólo en 1991 el actual gobierno chileno presentó al Parlamento una ley que legisla especialmente sobre los mapuches, aunque también recoge las aspiraciones de las otras etnias mencionadas, incluyendo a una que, aunque no pertenece a la historia de Chile, es ahora parte del patrimonio nacional: la pascuense o Rapa Nui. Esta preocupación principal por los mapuches, incluyendo en esta nominación a los pehuenches y huilliches, se justifica porque esta compleja y mestizada sociedad aborígen debe alcanzar casi un millón de personas entre rurales y urbanos

siendo, como ya lo dijimos, los mapuches o araucanos el grupo más significativo. Como veremos más adelante, es justo que se les reconozca, con su propia nominación, como formando parte de la sociedad mayor chilena, como lo son también los otros grupos minoritarios étnicos.

A propósito de la exigencia de respeto que surge en favor de estas minorías y sin ser representantes del movimiento postmodernista, podemos hacer nuestro el esfuerzo que hacen algunos pensadores por reconocer el valor de una pluralidad de discursos, por la complejidad y singularidad de los valores e intereses de diversas culturas. La diversidad y las múltiples formas que alcanzan *los otros*, en este caso nuestras minorías culturales, deben ser reconocidas por las mayorías de nuestra sociedad.

Los tradicionales discursos universalizantes, propios del modernismo, sólo apoyaron una actitud y una lógica reductora, además descuidaron las características singulares y obviamente no pudieron ni pueden reconocer las diferencias sociales y culturales, puesto que tomaron y por lo tanto valorizaron actitudes etnocentristas e incluso racistas.

Lo anterior no implica que, como antropólogos, no tengamos presente que las identidades culturales, por ejemplo la mapuche, cambian a través del tiempo. Creer que los actuales mapuches viven una cultura propia de los siglos pasados no tiene sentido; en su lengua, en sus creencias, en sus instituciones, etc., se manifiesta el transcurso de los siglos, las relaciones violentas y pacíficas con otras sociedades, especialmente la española y luego la chilena.

Los fenómenos de aculturación y de asimilación de esta etnia son demasiado conocidos para olvidarlos, lo cual no significa que estos aborígenes, es decir aquéllos que viven en sus tierras, escasas y pobres, no tengan derechos que se apoyan principalmente en la vinculación que mantienen con su pasado, a pesar de los cambios biológicos, culturales y sociales. Es su «historia» lo que les da fuerza para seguir siendo mapuches, a pesar de las transformaciones vividas y que continuarán teniendo.

Los Aymaras

La sociedad aymara, que habita en el actual territorio chileno dentro de la Primera Región, se encuentra al interior de Arica e Iquique, especialmente en los pueblos de la sierra y en el Altiplano. Más hacia el sur llega hasta el río Salado (Ayquina, Toconce) e incluso hasta Talabre; en este último caso dependen administrativamente de la Segunda Región.

En los actuales pueblos de Visviri, Putre, Chapiquiña, Livilcar, Socoroma, Isluga, Mamiña, Pica, Ayquina, Toconce, Caspana, Parinacota y Talabre habitan alrededor de 10.000 personas, la mayoría de las cuales habla aymara y conoce el español; especialmente los hombres son bilingües, mientras que gran parte de las mujeres sólo habla el aymara.

Estos agricultores y pastores serranos son de estatura baja o mediana, con un ancho pecho; su piel es oscura, su pelo negro y su perfil es aguileño. En general predominan las cabezas redondas o braquicéfalas.

La organización básica es la familia extensa. Esta estructura de parentesco se ha constituido a partir de la organización patriarcal y patrilineal, en donde el sistema de relaciones es generalmente exogámico. Alrededor de esta familia y gracias al aporte de todos sus miembros, se efectúan las actividades del diario vivir, relacionadas principalmente con las faenas agrícolas, ganaderas, comerciales y las fiestas religiosas. En estas últimas se observan con mucha fuerza las antiguas costumbres, a pesar del sincretismo andino-cristiano. El carnaval, por ejemplo, es una fiesta que unifica, ordena y permite la participación de todos los miembros de la comunidad familiar, de los diferentes linajes, de las estancias y de los actuales pueblos.

Así la familia extensa, la reciprocidad (el *-ayne-*), la comunidad de creencias, la propiedad de la tierra (la estancia) y el uso de la lengua común, son las instituciones que explican el éxito de la vida aymara, a pesar de la fuerte erosión cultural que sufren, estimulada especialmente por la atracción de la vida urbana costeña (ciudades de Arica e Iquique).

Aunque política y administrativamente dependen de la institucionalidad chilena, aún, y especialmente en las actividades religiosas y festivas, se conservan las instituciones tradicionales de los *-mallkus-* y de los cabildos. Los cabildos o asambleas comunales presididos por los *mallkus* o jefes, aunque no tienen la importancia de antes, revisan algunos problemas de interés común, intentando resolverlos sin crear diferencias importantes entre los distintos linajes, que generalmente se encuentran divididos en mitades (los de arriba y los de abajo), por ejemplo en Isluga.

De acuerdo a las descripciones de los etnólogos, en Isluga cada mitad está subdividida a su vez en dos *-ayllus-*, de modo que cuatro *ayllus* conforman el todo. Pero en la base de esta división territorial están las estancias, integradas según los linajes y los territorios definidos por los conocimientos antiguos.

Estos aymaras se enfrentan actualmente a situaciones complicadas, a problemas de adaptación con la cultura nacional y su organización político-administrativa. Por una parte su vida cotidiana se hace en el Altiplano y en las quebradas de la sierra (pre-cordillera); su mirada se dirige al oriente, a las altas montañas de la cordillera, a sus bofedales en donde se alimenta su ganado conformado especialmente por auquénidos (llamas, alpacas). El sol nace tras la cordillera para morir en el occidente, lejos, en el mar desconocido. La sabiduría de los *yatri* (médicos tradicionales, y de los *latka* (brujos) proviene del extenso plano alto, que es un territorio natural. Pero los aymaras chilenos que viven en las quebradas, en la sierra precordillerana, en los pueblos de Socoroma, de Putre, de Belén, también miran al occidente, hacia la ciudad de Arica, en donde se encuentran las instituciones que administran, que educan, que dan salud, que enseñan a rezar al Dios cristiano, que dan trabajo y pagan un salario, que permiten comerciar, vender sus productos agrícolas, para así comprar otros productos que faltan. De Arica salen los representantes de diferentes instituciones que se instalan en sus pueblos: carabineros, practicantes, comerciantes, sacerdotes, profesores, soldados, etc. Vivir modernamente significa cambiar, incorporar las leyes, los reglamentos, las costumbres de los chilenos y, por lo tanto, abandonar las antiguas costumbres, las creencias de la

cultura andina, que, para los chilenos, pertenecen a la sociedad boliviana. Un aymara chileno mira al mar, a la ciudad; un aymara que no se siente chileno, pero tampoco es boliviano, seguirá mirando al oriente, a las montañas nevadas, a los Guallatiris, al Parinacota, al lago Chungará.

Un aymara de Parinacota ¿es chileno?, ¿debe serlo?. De acuerdo a la propuesta del actual gobierno chileno se reconocerá en la constitución de la República de Chile al pueblo aymara, en su identidad cultural social; se les permitirá participar en su desarrollo (etnodesarrollo), respetando su opinión y sus conocimientos ancestrales. Incluso la enseñanza deberá adecuarse a su experiencia histórica, cultural y, sobre todo, lingüística; el bilingüismo será obligatorio.

Este aymara, si continúa viviendo en la sierra o en el Altiplano, no podría -ni debería por ningún motivo- abandonar sus conocimientos y sus tecnologías tradicionales, sus creencias, sus ceremonias. En cambio, si se traslada o se vincula fuertemente con la vida urbana de Arica o de Iquique tendrá que adoptar sistemas de comportamiento propios de la sociedad chilena; tanto el uno como el otro sufrirán no pertenecer plenamente ni a una ni a otra sociedad.

No sólo los estudiosos de esta etnia, sino también los gobernantes deberán tomar en cuenta este desgarramiento cultural; su futuro dependerá de una acción conjunta que respete a unos y otros, pero sobre todo a los miembros de esta antigua y milenaria etnia.

Estos aymaras tienen una cosmovisión(*) compuesta en su gran mayoría por elementos prehispánicos y por algunos componentes de las creencias cristianas. El desgarramiento cultural se ejemplifica también en esta doble adscripción a dos sistemas religiosos: el precristiano y el cristiano (el *uywtr-parte* y el *dlos-parte*). Sin embargo los componentes andinos predominan en las creencias de los aymaras altiplánicos. Su cosmos está compuesto por tres niveles: el *araj-pacha* (el superior), el *tatpt-pacha* (el de los hombres) y el *manqha-pacha* (el submundo). Estos tres mundos, situados en forma vertical, incluyen una

(*) Esta cosmovisión ha sido estudiada por la antropología María Ester Greve

parte sagrada y una parte profana. A su vez, en cada nivel, los elementos se dividen en masculinos y femeninos; así, por ejemplo, en el mundo superior el sol y la Cruz del Sur pertenecen al sexo masculino; la luna es femenina y las estrellas son sus hijos. En el mundo de los hombres los espíritus y lugares del pastoreo-montaña se dividen en masculinos y femeninos; igualmente los espíritus y lugares de la agricultura-tierra son masculinos y femeninos. También los espíritus guardianes de las iglesias y las torres y los santos católicos se dividen en masculinos y femeninos. En el submundo predominan los espíritus de la música, en género masculino y femenino (*Seren-Mallku* y *Seren-t'alla*: el espíritu de la música y su esposa).

Estos tres mundos están relacionados por seres como el cóndor y el águila, que mediatizan los tres niveles; también los espíritus guardianes de las iglesias y de sus torres relacionan las creencias cristianas con la crianza; la luna (la Virgen) y la *pachamama* integran el mundo superior con el mundo de los hombres y la «parte de Dios» (cristiano) con la parte crianza. Igualmente los animales totémicos de los pastores, el pájaro andino llamado *chullumpe* y el puma cordillerano o *tite* (o *awattre*) relacionan el submundo con la parte de crianza. Pero tal vez el mediador más eficaz de los tres niveles es el espíritu de la música denominada *Sereno*, la música se origina en el agua, es captada por los hombres y, por último, es difundida al nivel superior del cosmos; así la música conecta los tres mundos.

En esta visión cósmica aymara predominan los principios de dualidad, de relaciones simétricas y de diferenciación sexual. La dualidad se ejemplifica en las parejas sagrado-profano, amerindiocristiano, alto-bajo, aldea profana (estancia) y aldea ritual (donde está la iglesia). Las relaciones simétricas se ejemplifican en grupos tales como cuatro montañas, cuatro santos. La diferenciación sexual se encuentra en la división macho-hembra de los cuerpos celestes, espíritus del pastoreo-montaña y de la agricultura-tierra, espíritus guardianes de la iglesia y torre, santos y espíritus de la música.

La cosmovisión aymara está profundamente relacionada con la organización social. Así los conceptos de tetrapartición, tripartición y bipartición se encuentran tanto en el mundo humano como en el

sagrado, la organización dual alto-bajo de las *sayas* (mitades de una comunidad) se encuentra igualmente en los otros mundos. El par macho-hembra constituye una oposición complementaria muy importante, que da consistencia al mundo social y religioso aymara.

Cuando se participa en las fiestas religiosas se descubre el sincretismo de creencias; por ejemplo en el uso que se hace de la *copala* (resina nativa) o del incienso, o de la presencia de los espíritus masculinos (los *mallkus*) y femeninos (*t'alla*), tanto en la montaña, en la tierra, en la iglesia, en la crianza, en las cosechas, en las torres de la iglesia, en el edificio de la iglesia.

Estos espíritus, antiguos protectores de los aymaras, no sólo se preocupan del ganado, sino también de las estancias y sus pastores. Cada estancia, por ejemplo la de Isluga, está rodeada por cuatro montañas sagradas, masculinas y femeninas. Los espíritus de la agricultura y de la tierra protegen los cultivos de papas y de quinoa. Todo el sistema de cosecha se asocia, en un ejemplo de sincretismo, en la madre tierra (la *pachamama*), los antepasados (los *achtchi*) y la Virgen María (*Virgen Taykas*).

En la actualidad cada aldea tiene sus fiestas patronales, en donde los santos católicos, que constituyen parejas mixtas, son celebrados dentro de la cosmovisión panteísta y espiritual andina.

Los Mapuches

Al sur del río Bío-Bío y hasta aproximadamente el río Toltén, especialmente en el sector costero, incluyendo la cordillera de Nahuelbuta y en los llanos (depresión intermedia), se encuentran las actuales comunidades mapuches-araucanas. Al oriente de ellas, en el sector de Santa Bárbara, en el río Queuco y en el alto del río Bío-Bío se hallan las comunidades pehuenches. Al sur del río Toltén, de costa a cordillera, ocupando algunos sectores también en la costa, entre los ríos Calle-Calle y el Maullín, y parcialmente en la isla de Chiloé, al sur oriente de la isla, encontramos a los grupos de huilliches.

Esta distribución territorial no corresponde exactamente a la que tenían en los siglos prehispánicos y en los primeros siglos coloniales. Cuando los españoles pisaron por primera vez el actual territorio chileno, los mapuches se expresaban en la lengua común, en *mapudungu*, se reconocían a pesar de su gran individualismo como pertenecientes a una misma humanidad o por lo menos emparentados entre sí; así ocurría entre el sur del río Choapa hasta el golfo de Reloncavi. Pero también es un hecho histórico bien probado que sus divisiones culturales, su individualismo que sólo reconocía íntegramente como hombres (*cbe*) a los miembros de su familia y de su linaje, les impidió constituir una sociedad integrada y por consiguiente crear un Estado y un gobierno central, como ocurrió con otras sociedades precolombinas. Pues bien, estos habitantes de la tierra fueron, con el correr de los años y especialmente por la acción de los conquistadores europeos, aislándose más; mezclándose con los españoles; perdiendo la vida, sea por las luchas defensivas que tuvieron que hacer ante la invasión extranjera, sea por las enfermedades traídas por los invasores. Otros, que vivían en el centro del territorio, retrocedieron hacia el sur, uniéndose con los araucanos, o atravesaron la cordillera de los Andes.

Después de la chilenización de la Araucanía, desde 1881 en adelante, los miles de mapuches de la costa y de los llanos, continuaron viviendo como agricultores, conservando sus instituciones sociales y culturales y sobre todo su lengua y sus ceremonias religiosas, pero perdiendo parte importante de sus tierras.

A partir de 1992 se vive entre estos aborígenes un movimiento de recuperación de su identidad cultural, e incluso surge un movimiento, aún minoritario, de autonomía que insiste en conseguir un país, una tierra independiente del Estado y del gobierno chilenos. Por esta razón parece conveniente que, además de caracterizar a los mapuches, nos refiramos más adelante a los esfuerzos que se hacen para dialogar con ellos, por hacerles justicia y por reconocerlos como parte importante de Chile.

No es una casualidad que la inquietud aborigen se acreciente en estos años; primeros tenemos las «celebraciones» de los 500 años del descubrimiento de América, que grupos directivos de los indios de

diferentes partes de América rechazaron con energía; según ellos no hay nada que celebrar y sí mucho que lamentar. Además estos movimientos étnicos de protesta se podrían situar dentro de los movimientos de carácter general que aprecian los nacionalismos, que insisten en el valor de las minorías culturales, en la importancia de los pueblos aborígenes.

Por lo anterior y por otras razones que pueden agregarse, los estudiosos chilenos, los políticos y el gobierno nacional están preocupados por lo que puede suceder. Por una parte no se puede desconocer la existencia de la nación chilena, con sus instituciones, con sus creencias, con sus valores, con su historia, generada en un intenso mestizaje de casi 500 años. Sin embargo, esta inmensa mayoría (más de 13 millones de habitantes) tampoco debe olvidar que alrededor de un millón de personas exige por lo menos un tratamiento respetuoso y un reconocimiento de su historia y de su presente singular.

Por lo tanto lo que a continuación escribiremos, luego de continuar caracterizando a los actuales mapuches aspira a encontrar una respuesta justa para todos, chilenos y aborígenes. Creemos que no es suficiente ser mayoría para imponer un estilo de vida; se debe convencer con razones que la unidad nacional no se opone al respeto y desarrollo de las minorías étnicas.

Los Huilliches

Se entiende por huichilles a los indígenas que viven al sur del río Toltén y que incluso habitaron hasta la isla de Chiloé, al sur del seno de Reloncaví. Rigurosamente los huilliches se concentran en tres sub-áreas: la primera desde el río Toltén hasta el Lago Ranco, la segunda está bien representada en el sector de San Juan de la Costa y sus alrededores, y la tercera en la isla de Chiloé, exactamente al noroccidente de Quellón.

Estos aborígenes también son conocidos con el nombre de veliches. Las diferencias somáticas son pocas entre mapuches-araucanos y

mapuches-huilliches; en general son morenos, fornidos, de estatura baja o media, boca grande y gruesos labios.

De acuerdo a algunos estudiosos de esta etnia los huilliches, al igual que los araucanos y pehuenches, son profundamente religiosos; incluso su familia y su comunidad viven porque fueron creados y son permanentemente protegidos por sus divinidades. De esta manera sus instituciones religiosas, el Nguillatún y el Machitún, son las ceremonias y ritos más importantes. Son ritos colectivos que apuntan, el primero, a mantener una estrecha relación con la divinidad mediante la rogativa y el segundo, a hacer posible la curación, manteniéndose también la súplica a las divinidades.

En los largos siglos de contactos con los españoles y luego con los chilenos, la cultura huilliche se transforma en una realidad dependiente de la sociedad y cultura nacionales; se convierten en campesinos. Estos campesinos empobrecidos, porque fueron despojados de sus tierras mediante acciones legales o ilegales, que ellos no entendían, sufrieron en general de 1881 en adelante, un tratamiento injusto. Esta nueva realidad social y cultural los separó en parte de su pasado, de su historia; ésto se vió acrecentado por el proceso de evangelización cristiana, primero efectuada por los jesuitas y desde 1767 por los franciscanos. Ahora bien, no debe verse este proceso de cristianización parcial como una situación que el indígena rechaza en forma absoluta; todo lo contrario, existiendo sin lugar a dudas resistencia seria a aspectos de la ética cristiana, se recogen también concepciones de la divinidad, produciéndose un sincretismo creador, que permite a los huilliches, entre otros conceptos, hacer suyas ideas como la liberación, la salvación e incluso la resurrección.

Como ya lo hemos informado, los huilliches que viven en el territorio situado al sur del río Toltén hasta el golfo de Reloncaví (en el sector continental), no presentan grandes diferencias con los araucanos, que viven al norte de ellos. En cambio los huilliches que viven en la isla de Chiloé presentan algunas características especiales que los diferencian parcialmente de los otros mapuches; la economía marítima (peces y mariscos) y el cultivo de la papa caracterizan a estos aborígenes.

Hay referencias especiales para definir una cultura chilota, que en la actualidad se caracteriza por la presencia de mestizaje entre españoles, chilenos y huilliches. Son principalmente pequeños agricultores y parcialmente pescadores. Existe también una práctica ganadera referida especialmente a ovinos. Junto a lo anterior hacen trabajos como obreros en los aserraderos y en diferentes actividades campesinas.

Volviendo a los huilliches, y sobre todo a los que habitan el área de San Juan de la Costa al sur del río Bueno, insistamos en que según varios estudiosos,(*) los huilliches, bien diferenciados de los araucanos según los cronistas de los siglos XVI y XVII, organizan su vida, su familia, toda su comunidad, a partir de su concepto de religiosidad. El Chao Dios, el abuelito Huentao, la mamita Virgen, el taita Sol, etc. son las divinidades que ellos mantienen en el centro de sus vidas. A través del Nguillatún, rito sacrificial colectivo, se expresa la relación con lo divino, además de fortalecer sus relaciones con su pasado y con su vida presente y futura.

Lo divino y la experiencia social contextual (a través del Nguillatún y del Machitún), hace que el huilliche se sienta seguro, no siendo un gran problema (como para el cristiano) la culpa, el mal y el dejar de existir, es decir, la muerte.

Por supuesto que estas ideas fueron remecidas por la presencia de los evangelizadores católicos, especialmente desde mediados del siglo XVII. Primero la evangelización jesuíta y luego la de los franciscanos, influyeron poderosamente en los aborígenes de Valdivia y de más al sur, produciendo en ellos reacciones de aprobación y de rechazo al mismo tiempo. El rito católico, la ceremonia de la misa, atrajeron a los aborígenes, aunque no entendían mucho la lengua extraña, el latín; cuando las misas se hicieron en español el contenido del mensaje cristiano se incorporó un poco más entre los huilliches. Pero esto sólo ha ocurrido en los últimos 30 años. Algunas mujeres huilliches reconocen que la Iglesia les ha dado fuerza, les ha enseñado sus derechos de mujer (ser respetada por el hombre). Incluso hombres huilliches reconocen que la Iglesia los defiende de los «huincas» que los quieren engañar y dominar aún más. Sin embargo otros huilliches, más próxi-

(*) Entre otros el antropólogo Rolf. Foester

mos al discurso independentista , con creencias antiespañolas, antichilenas y anti-curas, acusan a la Iglesia de ayudar a los opresores blancos y de servir sólo a la causa de los chilenos, es decir, de los dominadores.

Los Araucanos

Los araucanos forman parte de la gran sociedad mapuche, que tiene alrededor de un millón de representantes muy mezclados entre sí y con los chilenos; se extienden entre el río Bío-Bío y el río Toltén por el sur. En la actualidad el habitat de los araucanos se encuentra comprendido por la VIII Región y, especialmente por la IX Región, divisiones éstas administrativas de la República de Chile.

Como lo hemos mencionado en el capítulo dedicado a la geografía de Chile, en el territorio mapuche-araucano están la cordillera de Nahuelbuta y los ríos Bío-Bío y Toltén. En verdad el río Bío-Bío comprende en el sector norte no sólo a los araucanos, sino que en su parte precordillerana (los altos del Bío-Bío) se adentra en el territorio pehuenche, que históricamente tenía más extensión hacia el norte, pero que ahora se encuentra constreñido entre el río Queuco y el lago Panguipulli.

Estos araucanos (nominación dada por los españoles, pero que tiene raíz ancestral, «rauco»: tierra gredosa) presentan, según los antropólogos físicos, rasgos mongoloides generalizados: son braquicéfalos, de estatura pequeña o mediana; su rostro es ancho, boca grande; sus cabellos abundantes son negros, gruesos y lisos; en cambio su cuerpo es casi lampiño y macizo; poseen un tronco más largo que sus piernas. Este tipo somático, sin embargo, ha sufrido muchas variaciones debido al proceso de mestizaje vivido en los últimos 100 años, convirtiendo a los mapuches-araucanos en chilenos pertenecientes a las clases bajas o económicamente pobres; todo esto independientemente del rechazo de algunos a considerarse chilenos.

Los actuales araucanos, que viven especialmente en las zonas rurales de la IX Región (sur de Chile), son pequeños agricultores que trabajan sus tierras, constituyendo familias independientes que, a lo

sumo, están emparentadas patrilinealmente. La tenencia de la tierra en la actualidad sufrió cambios muy importantes con las políticas del gobierno militar (1973 - 1989), que hizo propietarios a muchos mapuches araucanos, rompiendo así con la tradición del trabajo en tierras comunitarias.

En las comunidades no hay propiamente organización que supere a la que surge de la organización familiar extensa. Así tenemos una sociedad constituida por una estructura monogámica, virilocal y patrilineal.

Esta familia es la expresión, psicológicamente hablando, de un pueblo muy individualista, que no acepta dominación ajena a su comunidad, sea de otros mapuches o con mayor razón de los extranjeros, es decir de los que no son mapuches. Varios especialistas han insistido en que, aunque se reconoce la existencia de «caciques» o «loncos» (esta última expresión es nativa, en cambio la primera la trajeron los españoles desde el Caribe), en el siglo XX se ha producido un rompimiento con la tradición y los grupos mapuches han perdido relación con su pasado. Sin embargo la persistencia de la lengua y de algunas ceremonias, han logrado mantener entre los «araucanos» una relativa homogeneidad cultural. Por ejemplo, el valor que se le da al discurso, característica del lonco, nos remonta al pasado que nos dan a conocer los cronistas españoles del siglo XVI. Igualmente las narraciones históricas y míticas que se hacen en las fiestas familiares, demuestran la continuidad cultural de estos habitantes aborígenes.

Estos agricultores indígenas cultivan trigo, maíz, lechugas, cebollas, tomates, zanahorias, repollos y otras hortalizas. Igualmente son ganaderos de ovinos y tienen gallinas, pavos, gansos y cerdos. Una que otra familia posee una o a lo sumo dos vacas; algunos tienen también uno o dos caballos. Estos animales son la fuerza de tracción que tienen los mapuches, siendo típico ver aún en el sur de Chile las carretas tiradas por bueyes.

Importante es todavía la producción del carbón vegetal en hornos de barro. La comercialización de éste les permite obtener algo de dinero para sus transacciones comerciales en las ciudades chilenas.

En el presente las políticas de turismo, estimuladas por el gobierno chileno central y regional, han permitido que algunos grupos de mapuches trabajen y vendan sus artesanías (madera, piedra, cestería, cerámica) en diferentes ferias populares, tanto en las ciudades como en sus propias comunidades.

De acuerdo a la información que nos ha entregado el antropólogo mapuche profesor Domingo Curaqueo podemos resumir desde dentro de la etnia mapuche (criterio émico) cómo ven ellos su organización tanto política como familiar.

Nos relata Curaqueo que después del período de transhumancia en las regiones amazónicas y otros lugares orientales (Puelmapu), migraron a Chillimapu (Chile), guiado por sus dioses, Uñkuse Uñfichá, la diosa madre y el dios padre. El acontecimiento del traslado fue lento, pasaron por muchos lugares hasta llegar al sur de Chile.

Los nuevos migrantes poblaron el vasto territorio de Chile sur, gran parte del Valle Central, además el Waidef (la Argentina).

La tribu, una vez asentada en estos lugares, se organizó en pequeñas agrupaciones de familias emparentadas; esta forma de agrupación mapuche se conoce con el nombre de Lof, cada una de las cuales se compone de diez a treinta viviendas; si éstas son más numerosas toman el nombre de Karrá.

Las agrupaciones tiene como jefe a *Loncos* o *Ulmenes*. El primero se considera imbuido de poderes divinos, y en cuanto al segundo podría ser igual al primero o simplemente un rico muy organizado y respetado.

Además había otro personaje muy poderoso, el *Toqui*. Era el jefe guerrero elegido en asamblea pública por sus cualidades sobresalientes, juicioso, razonable, valiente y gran organizador. Todas las tribus en tiempo de guerra quedaban sometidas a su poder.

Los Loncos administran el reparto de las tierras cultivables, y hacen justicia en su Lof.

Igualmente presiden las festividades folklóricas y organizan las asambleas para el Guillatún y Mamaricún. Eran patriarcas sacerdotales

para todos los actos religiosos. Los Machis no tenían participación, sólo eran curanderos particulares.

Aunque en la actualidad los Loncos o Ulmenes han sufrido deterioro en su mandato, se mantiene sin embargo en general gran respeto a los líderes tradicionales.

Refiriéndose a los roles y a las actividades de los componentes de la familia según el sexo, nos explica que los varones se dedican a la agricultura y al cuidado de los animales mayores. Los hijos varones cooperan con su padre en todas las actividades que le corresponde.

Las mujeres se encargan de las actividades domésticas: cocinar, tejer, coser, limpiar la casa, atender a los niños, además están a cargo de la huerta o cultivo de las hortalizas. Las hijas ayudan en todas las actividades que corresponden a su madre.

Sin embargo en la actualidad la división del trabajo es menos estricta que antes; los varones pueden desempeñarse también en las actividades que le eran propias a las mujeres, como ser el cultivo de las hortalizas y crianza de aves.

Los actuales mapuches mantiene su identidad especialmente porque conservan algunos valores culturales. Curaqueo piensa que ellos tienen gran respeto a la obediencia y a sus líderes, es decir no se dejan mandar por otro que no sea su propio jefe de la etnia. También respetan su propia religión y poseen un gran orgullo por su lenguaje mapuche o Chedungún (el habla de la gente). También participan en trabajos comunes (Mingapo) y cooperan en forma efectiva en los funerales. Igualmente existe entre ellos un espíritu de hospitalidad hacia las etnias extrañas, incluyendo a los chilenos.

Los Pehuenches

Sobre los pehuenches se ha escrito mucho menos y solamente en los últimos años los antropólogos han mirado a los aborígenes que viven actualmente en el Valle del Queuco y en el Alto Bío-Bío (IX Región, sur de Chile). Esta reciente preocupación científica se explica por los

proyectos de construir un conjunto de represas eléctricas en la región que habitan estos aborígenes y por las protestas que se han levantado, especialmente en los círculos ecologistas y también en los grupos que defienden el «turismo de aventura».

Varios informes técnicos han sido publicados (Danemann, 1991), conteniendo algunos de ellos descripciones de la vida cultural de los pehuenches actuales. Nosotros mismos nos hemos referido parcialmente al tema que se discute con calor en Chile (Orellana, 1990, 1992), tratando de no abanderizarnos por una posición extrema. Las informaciones científicas, relativamente escasas, nos permiten en este capítulo resumir los antecedentes históricos de los pehuenches y, así, intentar relacionar el pasado de los últimos siglos con el presente reciente de esta etnia.

Históricamente (Villalobos, 1988), estos aborígenes han sido identificados en el siglo XVI viviendo en los sectores cordilleranos, desde la ciudad de Talca (VII Región) hasta el nacimiento del río Bío-Bío (IX Región).

La identificación de la etnia pehuenche, desde los primeros estudios hasta los actuales trabajos antropológicos, se ha hecho a partir de los bosques de araucarias y de su fruto, el pehuén. Estos bosques crecen entre los 900 y 1500 metros sobre el nivel del mar. Los primeros cronistas españoles (Gerónimo de Bibar, Góngora de Marmolejo y Mariño de Lobera) hacen mención de los aborígenes de la cordillera, serranos, dándoles el nombre genérico de «puelches» (gentes del oriente) e insistiendo que «el mantenimiento de esta gente casi de ordinario es piñones sacados de unas piñas de diferente hechura y calidad, así ellas como sus árboles» (Mariño de Lobera).

Hacia la mitad del siglo XVII, Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán y Santiago Tesillo hacen por primera vez mención del nombre de «pehuenches». Algo más tarde, en 1674, el padre Diego de Rosales también los identifica con el nombre de pegüenches, diferenciándolos de los puelches.

En las primeras décadas del siglo XVIII Gerónimo Pietas informa que los pehuenches vivían el fin de verano y el otoño «en los pinares, en lo

alto de la cordillera, y cada uno de ellos tiene como hacienda propia su pedazo de pinar, como sucede con la viña de los españoles».

Hay, entonces, dos rasgos que nos interesa destacar de estos indígenas: la recolección de piñones y el dominio de los lugares cordilleranos y de los bosques de araucarias por tradición familiar, «heredado de sus antepasados».

Especialmente en el siglo XVIII se produjeron interesantes contactos entre sacerdotes franciscanos y estos aborígenes. Uno de ellos fue el fraile Angel de Espiñeira quien, en 1758, recorrió misionalmente el extenso territorio aborígen, país que era más amplio que el que en la actualidad ocupan. En el relato que hace el fraile franciscano es posible conocer cómo los jefes o «principales» están bastante influidos por las formas españolas de vestimenta, por las armas y adornos, y por el empleo de los caballos. No dejan de usar, sin embargo, sus propias joyas, variedad de plumajes, sus armas; y los regalos que hacen son carne, huevos de avestruz, piñones, cueros, etc.

Los jefes pehuenches del siglo XVIII conservan su sistema familiar extenso, con varias mujeres, hijos y nietos, alrededor de los cuales otros grupos emparentados se organizan en forma jerárquica. Los «guillmenes» más importantes reúnen varios cientos de lanzas o guerreros. Sus «tolderias» corresponden a tipos de habitaciones-muebles que facilitan sus hábitos de movilidad, explicados por las estaciones y características de los territorios de altura por donde circulan.

En relación al fenómeno de asimilación de una nueva religión, los jefes pehuenches y sus extensas familias no se oponen a que se practique en sus hijos el bautismo. En general hay una simpatía hacia los sacerdotes; se reconoce en ellos un deseo de protegerlos de otros españoles (comerciantes, soldados, capitanes de amigos); admiran también el discurso de los sacerdotes, rasgo que saben apreciar puesto que un jefe debe saber comunicar sus ideas.

A comienzos del siglo XIX, tanto Luis de la Cruz como Eduardo Poeppig (este último en 1828), insisten en la relación que tienen los pehuenches con sus tierras, en cuanto ellas les han pertenecido desde

tiempos inmemoriales. También se les caracteriza como seres muy individuales, cuyas bandas presentan una débil organización social.

Insistamos en que el proceso de transculturización que vivieron estos aborígenes montañoses fue muy fuerte en el siglo XVIII, debido al contacto con los españoles-chilenos. Incluso muchas veces acordaron alianzas con los cristianos y lucharon especialmente contra los huilliches y, a veces, contra los mapuches de los llanos (araucanos).

Primero sufrieron un fuerte proceso de cambio con la araucanización de las regiones altas en el siglo XVII, y luego el comercio con los españoles y el temor a los huilliches los acercó a los cristianos. Todo el proceso de evangelización del siglo XVIII (jesuitas y franciscanos) ayudó a estos cambios significativos.

Aunque algunos observadores del siglo XVII intentaron con razón separar a los pehuenches de la etnia araucana, puesto que hablaban otra lengua y eran físicamente más esbeltos, no parece aconsejable insistir en estas diferencias para los futuros siglos (XVIII adelante). Recordemos, por ejemplo, que Poeppig escribió que «nadie puede distinguir por su aspecto exterior a un moluche de un pehuenche».

¿Qué hay de parecido entre los antiguos pehuenches de los siglos XVI y XVII con los actuales?. La lengua común («mapudungo»), los rasgos físicos (macizos y relativamente bajos) acercan a pehuenches y araucanos en forma considerable y, por lo tanto, alejan a los pehuenches del siglo XX de sus antepasados históricos. Sin embargo creemos que hay un fondo común entre unos y otros: un arraigamiento a sus tierras como simples agricultores de subsistencia; una actividad económica tradicional que se pierde en los tiempos pasados (recolección del piñón); un concepto comunitario que se mezcla con su no desmentido sentido individual; una estructura familiar endógena que los hace mezclarse entre ellos, rechazando el mestizaje con los que no hablan su lengua, con los que no participan de su cultura.

A comienzos de la década de 1990 tuvimos la oportunidad de acercarnos a los pehuenches del valle del Queuco; conversamos con los loncos y con campesinos pehuenches. Luego de conocer las comunida-

des de Callaqui, Pitril y Cauñicú pudimos resumir lo expuesto en otro libro (*).

Lo primero que se aprecia es que algunas comunidades pehuenches, como Callaqui y Pitril, están sufriendo cambios importantes, sobre todo porque están muy cerca del pueblo chileno llamado Ralco, del camino pavimentado, de los camiones, de los obreros, de los contratistas, de las cantinas, de los prostíbulos, etc. Incluso más al sur, camino a la comunidad de Quepuca-Ralco, los mestizos muestran una tendencia fuerte a incorporarse a la sociedad chilena. En cambio la comunidad de Cauñicú se conserva todavía como un reducto tradicional.

¿Cómo se descubren los cambios y el acercamiento a la sociedad chilena?

En algunas casas de Callaqui y de Pitril se ha incorporado la cocina de leña, dejando de lado el fogón. En estas habitaciones hay artefactos y productos chilenos; las ojotas han sido reemplazadas por zapatos y botas; se escuchan noticias y música por medio de las radios a pila, algunas de las cuales cogen las emisoras de Santiago.

Entre los habitantes de Callaqui y Pitril hay un discurso en favor de la incorporación a la civilización, a través del trabajo y la educación de sus hijos. Se desea trabajar con los chilenos, «siempre que se les respete». Pero la situación en las escuelas públicas conduce al cambio, a la pérdida de la lengua materna y a la incorporación de los niños pehuenches a la sociedad y a la historia chilena, mediante la aplicación de programas nacionales.

En todas las comunidades el bilingüismo es un fenómeno común; incluso en Callaqui algunos niños sólo entienden la lengua de sus padres, mas no la hablan.

Poco a poco la recolección de piñones, especialmente en Callaqui y en Pitril, no es ya el recurso principal de subsistencia. Incluso en los últimos años, con las políticas aplicadas por el gobierno militar (1973 - 1989), los títulos de dominio individuales fueron ganando aceptación,

(*) *Historia y Antropología de la Isla de la Laja*, Editorial Universitaria, Stgo, 1992.

aunque se sigue defendiendo la comunidad de los bosques de araucarias.

En cambio en Cauñicú, alejado del pueblo chileno de Ralco y de los trabajos que se hacen para construir las plantas hidroeléctricas, los habitantes de la comunidad mantienen un importante tradicionalismo religioso (tres nguillatunes al año); cultivan sus huertas; recolectan el piñón en marzo; sus ropas son tradicionales (ojotas, poncho, calcetines de lana de varios colores). En sus habitaciones predomina la cocina-fogón, al medio de la pieza más importante. No hay luz eléctrica, sólo «chonchones».

Alrededor del fogón, tomando mate, se cuentan las historias, se mantienen las viejas tradiciones; la familia endógena y extensa escucha al principal, quien es un buen orador. Pero apenas se escuchan las palabras de la lengua aborigen, el «chedungu».

En Cauñicú, la impresión que da su comunidad es que, a pesar de los contactos que hay con la sociedad chilena a través de los que viajan a las ciudades, las novedades se observan antes de ser aceptadas. Su lengua, su estructura social, sus creencias, sus mitos e historias son el filtro que separa los bienes y valores chilenos, sobre todo si éstos contradicen las costumbres pehuenches.

Estos pehuenches actuales no se oponen a trabajar junto a los chilenos, pero exigen mantener sus costumbres y tradiciones ideológicas; deben saber que su futuro en forma inexorable los conducirá a vincularse cada vez más con los chilenos; pero no desean morir. Tal vez piensan que aprenderán de los chilenos, pero también creen que a su vez pueden enseñar mucho.

Los Pascuenses

Sólo desde 1888 la isla de Pascua o Rapa Nui, con sus habitantes, pertenece a la República de Chile. Es decir, los pascuenses llamados así porque los primeros europeos que la visitaron y descubrieron para Europa lo hicieron en un día de Pascua de Resurrección (6 de abril de

1722), no tienen relación histórica ni prehistórica con los naturales de Chile. Recién en 1870, cuando la corbeta O'Higgins arribó a la isla, se produjo el primer contacto entre isleños y marinos chilenos, entre los cuales se contaba a Policarpo Toro. Sería este marino quien demostró al gobierno del presidente José Manuel Balmaceda el valor geográfico, económico y político de la isla. Además se agregó el argumento de que la isla era tierra de nadie, no reclamada por país alguno y sí presa de las depredaciones de piratas y esclavistas.

Esta isla, de forma triangular y de formación volcánica, se encuentra a 3.600 kms. de distancia de la costa chilena, frente al puerto de Caldera. Situada en medio del Océano Pacífico, a 27° 09' latitud sur y 109°27' de longitud oeste, tiene actualmente alrededor de 2.200 habitantes, de los cuales unos 700 son chilenos y unos 1.500 nativos.

Cuando en 1722 los marinos holandeses, bajo la dirección de Jacobo Roggveen, llegaron a Te Pito te Henua (*Ombitgo del Mundo*), la sociedad isleña se encontraba dividida y sus tribus en serios conflictos internos.

Desde 1770 naves españolas hicieron estudios preliminares en la isla. En 1774, el capitán inglés James Cook no sólo descubrió las grandes estatuas (*mohats*) y algunos santuarios, sino que encontró a la población postrada en la pobreza.

En 1786 el conde francés Jean Francois de La Perousse realizó estudios científicos, fijó la posición geográfica de la isla y contribuyó también con nuevas especies vegetales y animales.

En el siglo XIX (hasta 1862) llegaron muchos barcos a la isla, incluyendo barcos norteamericanos, peruanos y europeos, los cuales violentaron a la población. En el año 1862 una flotilla de barcos peruanos capturó a unos mil isleños, incluyendo a su rey Ka-Makoi, y los llevó a trabajar a las islas Chinchas (guaneras). Como resultado de todas estas violencias la población, en 1863, sólo alcanzaba a 600 individuos y en 1875 sólo a 200 según datos de la marina chilena.

Para entender el verdadero significado de estas cifras, hay que recordar que los estudios arqueológicos permiten calcular una pobla-

ción hacia mediados de 1500 d.C., de unos 10.000 individuos y en 1722, año de la llegada de los holandeses, de unos 5.000 habitantes.

Está comprobado que la continua llegada de barcos, especialmente europeos, desde 1722 en adelante, provocó enfermedades venéreas, trabajos forzados, esclavitud y, en general, apresuró la crisis demográfica y social de la civilización isleña. Según la misión católica, en 1877 había sólo 111 habitantes.

La pertenencia de la isla al gobierno chileno no eliminó las injusticias causadas, por diferentes explotadores, de los bienes y de las tierras. Desde comienzos del siglo XX una sociedad explotadora (dirigida por la firma Williamson Balfour y Cia.) maltrató a la isla y a sus habitantes. Sólo en 1928 el gobierno chileno reaccionó y algunos años más tarde, en 1936, se reservaron 2.000 hectáreas a los isleños por un período de 30 años.

En 1952 el Gobierno chileno entregó a la Armada nacional la administración y explotación de la isla. Desde ese momento se inició la mejoría de las condiciones de vida de los isleños y un aumento demográfico importante.

Luego, en el gobierno del presidente Eduardo Frei, se creó el Departamento de Isla de Pascua con los servicios públicos y la infraestructura administrativa para incorporar a los pascuenses a la vida nacional. En 1970 había, según el censo, 1599 habitantes. Posteriormente, los diferentes gobiernos han insistido en las relaciones entre los isleños y los habitantes del continente. En los últimos años el turismo internacional y la preocupación por los estudios arqueológicos, encabezados por la Universidad de Chile, han dado a los isleños posibilidades de trabajo, cultivando diferentes artesanías. Igualmente algunas leyes especiales han ayudado a desarrollar pequeñas industrias y, en general, actividades económicas libres de algunos impuestos.

Es probable que en los primeros siglos de la Era cristiana (no más allá del 400 d.C.) hayan llegado los primeros inmigrantes de las islas polinésicas, tal vez desde las islas Marquesas. Las tradiciones de los isleños recuerdan al rey Hotu Matua, quien habría llegado en dos

grandes canoas con sus hombres, animales, plantas y su cultura polinésica.

Antropológicamente hablando, los actuales habitantes de Pascua pertenecen al tipo racial polinésico, es decir, son una mezcla de rasgos físicos caucásicos, negroides y mongólicos. En general son altos y esbeltos; el color de su piel oscila de claro a moreno, su pelo es ondulado y negro. Su lengua es un dialecto polinésico, es decir, pertenece a la familia lingüística malayo-polinésica.

Su organización social nuclear era la familia extensa. Relaciones de parentesco entre estas familias y relaciones de producción y consumo, todo insertado en una ideología común, los organizó en tribus. Es tradicional la existencia de diez tribus.

La presencia de aldeas, especialmente en los sectores de la costa, ha sido bien identificada por los estudios arqueológicos. Cada aldea tenía su templo tutelar compuesto por un mausoleo y un espacio abierto. Los *abus*, es decir los templos, estaban caracterizados por una larga y angosta plataforma de albañilería de grandes bloques de piedra. Sobre esta plataforma se colocaban grandes estatuas monolíticas (los mohais). Un plano inclinado permitía el acceso al altar. Hacia el interior se formaba una extensa plaza nivelada; más allá se encontraban las viviendas (casas-bote)(*).

En estos centros ceremoniales se rendía culto a los antepasados, a los iniciadores de las estirpes, representados por las grandes esculturas monolíticas. Estas grandes estatuas, que han hecho famosa a la isla de Pascua, son verdaderos bustos humanos, con rostros gigantescos. Se encuentran en diferentes lugares de la isla, especialmente en la gran cantera del volcán Rano Raraku. Desde aquí eran trasladadas a los *abu*, mediante el uso de rodetes de madera y la fuerza muscular de cientos de nativos.

Otro yacimiento arqueológico importante es la aldea ceremonial de Orongo, lugar del ritual del hombre-pájaro (Tangata Manu). Esta aldea

(*) En la actualidad (1992-1994) los arqueólogos de la U. de Chile están reconstruyendo el Ahu Tongahike, con 15 Mohais.

tiene medio centenar de casas semisubterráneas construidas con piedra de laja y posee un conjunto muy interesante de petroglifos. Está situada junto a un acantilado marino que tiene varios cientos de metros de altura, al lado del cráter del volcán Rano Kao.

Junto a estos grandes yacimientos y monumentos hay en la isla centenares de cuevas que sirvieron de habitación (*ana*). Hay también decenas de torres de piedra (*tupa*), cientos de construcciones de piedra de forma cilíndrica o cónica (*pīphoreko*), caminos, fosos defensivos, pozos, etc.

Entre otros restos arqueológicos se han encontrados tabletas escritas de estilo pictográfico bustrofedon, que hasta el presente no han sido traducidas.

Sin lugar a dudas, antes de la llegada de los europeos, los isleños de Rapa Nui eran miembros de una sociedad altamente sofisticada que no dudamos en calificar de civilizada.

El orden jerárquico de esta sociedad privilegiaba al rey-sacerdote (*ariki*), a los sabios o sacerdotes, a los artesanos y artistas, a los nobles y a los guerreros.

Hacia el 1600 d. C., los estudiosos(*) del pasado de la isla, identifican yacimientos y contextos culturales que se caracterizan por estar destruidos. Esta evidencia hace pensar que en ese siglo hubo luchas entre las tribus y entre los grupos familiares. Posiblemente el creciente aumento de la población en los siglos anteriores, creó una crisis de subsistencia en una isla volcánica que posee una cubierta vegetal débil y en donde la riqueza de la fauna marítima no es suficiente.

Un cierto cambio en la convivencia se produjo cuando en 1864 llegó a la isla un misionero católico, Eugenio Eyraud, quien con muchas dificultades inició el proceso de evangelización. Su actuación, como la de sus futuros colaboradores (por ejemplo, el hermano Hipólito Roussel), hizo que los naturales recobraran una cierta confianza en los

(*) Entre ellos se distinguen Patricia Vargas y Claudio Cristino

extranjeros. La misión, situada en Hanga Roa, fue el comienzo del pueblo actual.

Con dificultades, no faltando las contradicciones, la población isleña, muy mezclada pero conservando su idioma y algunas ceremonias rescatadas del pasado, continúa integrándose poco a poco al Estado chileno.

Pero también hay que explicar que aquélla está sufriendo un conflictivo proceso de aculturación. Como consecuencia de este fenómeno de cambio cultural forzado, que está dirigido a integrarlos a la sociedad chilena, se está produciendo desde hace muchos años una desintegración social y cultural.

Varias instituciones chilenas y en especial la educación, en su afán de incorporar a los pascuenses a la modernidad continental, están causando algunos conflictos, tales como un virtual desarraigo de los niños y jóvenes de sus tradiciones, de sus instituciones e incluso de su lengua. No hay que olvidar que la población de Rapa Nui es mayoritariamente joven, puesto que el 73 % de ella tiene menos de 35 años. El aumento de los delitos en la isla, en los últimos 20 años, es un fenómeno cultural que preocupa a las autoridades y que muestra dramáticamente las contradicciones en que viven sus habitantes, especialmente los jóvenes.

Los fenómenos de aculturación forman parte de la realidad, pero ellos deben ser evaluados por el Estado chileno, pensando tanto en el desarrollo interno de la comunidad pascuense como en la mejor participación de ella en la vida nacional chilena. Lo que interesa es incorporar la etnia pascuense, con todo lo que le pertenece, a la sociedad chilena y por ningún motivo disolverla en la sociedad mayor, destruyendo su identidad cultural ya bastante deteriorada.

Conclusiones

La revisión hecha en las páginas anteriores de la historia de los aborígenes chilenos, desde unos 12.000 años atrás hasta el presente muestra la presencia continua de diferentes grupos o sociedades en el actual territorio chileno, que han contribuido por una parte al cambio del ambiente natural al enseñorearse de él y, por otra, al enriquecimiento de la cultura y las instituciones sociales.

Es indudable que si se mira en perspectiva, el gran cambio *cultural* y *biológico* ocurrió cuando grupos extranjeros, europeo-españoles, entraron a las tierras aborígenes situadas al sur del Imperio Inca, en el territorio chileno. Con la presencia de estos extraños, que traían costumbres diferentes, herramientas, armas y animales (caballos) no conocidos, se produjo un quiebre en la vida normal de los nativos; ocurrió un desorden que rompió con el antiguo sistema de vida y comenzó a reordenarse la vida cotidiana de acuerdo a otras instituciones, a otros valores y a otras creencias.

Es verdad que antes de 1536, año de la llegada del Adelantado Diego de Almagro, la mirada de los arqueólogos ha percibido también cambios significativos: modificaciones económicas, tecnológicas, institucionales y biológicas. A lo largo de miles de años, los grupos humanos estudiados se caracterizan principalmente por los restos culturales y biológicos que se han conservado hasta el presente. A pesar de todas las modificaciones sufridas por los yacimientos y por los elementos constituyentes de estos sitios arqueológicos, los estudiosos del pasado han podido conocer diferentes conjuntos contextuales que permiten caracterizar estilos de vida (culturas) diferentes unos de otros, según fuera su situación espacial y cronológica.

En los primeros milenios de ocupación humana del territorio chileno, a fines del período Pleistoceno, cuando los glaciales caracterizaban aún el sector alto andino, se organizaron en valles y quebradas bandas de recolectores y cazadores que son ejemplo de las primeras experiencias humanas, de las primeras formas de organización social,

de las primeras formas culturales (industrias) y de los primeros intentos de dominar ambientes físicos diferentes.

Por algunos miles de años -según la mirada de los científicos del pasado cultural- estos grupos de cazadores, que no tienen rostros individuales identificables, aparecen consolidados a lo largo del territorio, desde el altiplano de Arica hasta las planicies magallánicas del extremo sur. Su quehacer vital los relaciona con los animales que forman parte de su habitat, con las plantas y frutos naturales, con las aguas de los ríos, lagos y manantiales, con los cerros y montañas, con el cielo lejano o las oquedades de la tierra.

Sus industrias de artefactos (herramientas y armas), especialmente conservadas en piedras de diferentes calidades, nos hablan por una parte de tecnologías con características especiales y a veces realmente complejas, y por otra también nos muestran cómo se relacionaron con el mundo mineral.

Cerca de la costa, o en ella misma, otros grupos sociales vivían mirando al mar y conociendo poco a poco los seres que lo habitan. Son los pescadores y mariscadores que tienen una profundidad cronológica de fines del Pleistoceno, y que con el correr de los milenios, ya en el Holoceno, se asentaron con seguridad en diferentes caletas o en las alturas protectoras de las terrazas marinas. Su vida se desarrolló junto al mar, apacible o furioso, navegando en sus balsas simples de cuero de lobo marino o de maderos, muy cerca de la costa, cazando o pescando la fauna, y recolectando las algas marinas. También los diferentes tipos de aves marinas constituían parte de su vida y, obviamente, de su sustento.

Por la riqueza de los contextos culturales descubiertos en cementerios situados cerca de la costa, o en ella misma, conocemos las costumbres funerarias y los sistemas de enterramientos de estos antiguos pescadores y mariscadores, especialmente en el norte de Chile. Desde hace miles de años sus sistemas de sepultación, el tratamiento de sus muertos, los sistemas de conservación de sus cadáveres, sus ofrendas, han llamado la atención de los estudiosos en cuanto estas costumbres y tecnologías relacionadas con la muerte (y con la otra vida), sugieren no sólo creencias y valores especiales, sino también una

complejidad cultural, superior a lo que podía suponerse si sólo se hubiesen estudiado sus artefactos y sus prácticas económicas. Igualmente, la fase Chinchorro ha mostrado vinculaciones con las culturas amazónicas, siendo estas influencias importantes para comprender la complejidad de esta experiencia.

Cuando la fauna del Pleistoceno desaparece, según las evidencias de los yacimientos estudiados, los arqueólogos y prehistoriadores hablan de un nuevo periodo, el Arcaico. De alguna manera él se caracteriza por las nuevas interacciones de grupos humanos con animales y flora, y por los surgentes tipos de asentamiento en espacios naturales diferentes (Holocénico) incluyendo la fase Chinchorro que hemos mencionado. Es decir, las sociedades de cazadores, de recolectores, de pescadores y de mariscadores comienzan a vivir según otras formas, otras instituciones y ensayando nuevas tecnologías de adaptación y de dominio del medio ambiente físico. Como lo hemos estudiado, en este gran período cultural los tipos de asentamiento (campamentos) se hacen algo más sedentarios, sin que se alcance su plenitud; las prácticas de la caza se especializan de acuerdo a los tipos de animales, que son los mismos que conocemos ahora, según sean las regiones que ocupan. Comienza un tipo de economía de recolección más especializada, demostrada por los tipos de artefactos encontrados y los restos de alimentación que se han conservado. Por miles de años los cazadores especializados, muy avanzados en sus tecnologías, conviven con prácticas de recolección que los van acercando al mejor conocimiento de las plantas silvestres, a una relación más estrecha con los lugares de asentamiento escogidos. Así los arqueólogos han descubierto en diversos sitios del norte, centro y sur de Chile, fechados hacia el 1500 - 1000 a. C., lugares de ocupación con características sedentarias, en donde la práctica del pastoreo y de la domesticación de animales (auquénidos, cuyes) se combinan con los comienzos de la agricultura (horticultura), uso de tiestos alfareros, prácticas de cordelería, de trabajos de cuero y con la sobrevivencia de las últimas tradiciones de cazadores especializados.

Se acostumbra en arqueología a destacar este periodo de cambio (en el Cercano Oriente se habla del Neolítico), en donde los procesos de

sedentarización, comprobados por la presencia de restos de poblados habitacionales (aldeas), de agriculturación, de domesticación de animales, de pastoreo creciente y de la confección de tiestos alfareros son los hechos más relevantes. Junto a todo esto, los hallazgos de cementerios manifiestan también un crecimiento de la población, que se va acentuando con el cada vez mayor dominio y conservación de alimentos.

Estos mismos procesos, con algunos rasgos especiales, ocurren en las comunidades costeras, en donde la alimentación proveniente del océano es el primer recurso que da estabilidad habitacional, desde mucho antes, a los pescadores y mariscadores.

Igualmente el intercambio de mercaderías, de materiales culturales, de tecnologías, de grupos humanos (especialmente mujeres), hace que estas culturas, del milenio anterior a Cristo, sean ricas en relaciones que van más allá del territorio chileno, alcanzando las regiones aledañas de Perú, Bolivia y Argentina.

Un poco antes de la Era Cristiana, en el territorio chileno se organizan diversos sistemas culturales, según sea la región y el territorio ocupados, en donde predominan, de acuerdo a los yacimientos estudiados y a los contextos culturales que se han conservado, las ocupaciones aldeanas autóctonas y en ciertas ocasiones las influencias exógenas (extranjeras) de culturas andinas desarrolladas.

Aunque en Chile no se alcanzó a organizar una sociedad unitaria, con un Estado y un Gobierno centralizados, las instituciones que se reconocen, los contenidos culturales de ellas, nos hablan de desarrollos a veces sofisticados, muy complejos en ciertas áreas de lo social. Igualmente el alto nivel artístico logrado en muchos de los conjuntos industriales (artefactos), nos permiten avanzar en el conocimiento de las creencias y de los valores de estos agricultores que habitaban desde el norte de Chile hasta el golfo de Reloncaví (de la I a la X Regiones).

Las culturas organizadas alrededor de Arica, de San Pedro de Atacama, de La Serena, del Aconcagua, de Chile Central hasta la región de los mapuches, son ejemplos variados de un alto desarrollo cultural

y artístico que no desmerecen en nada a los mejores exponentes de las civilizaciones andinas.

La pregunta que nos acosa una y otra vez es ¿por qué no se organizó en el territorio chileno un Estado centralizado?. Estados los hubo, sociedades organizadas en diversas regiones se reconocen y sabemos que incluso interactuaron activamente. Pero la situación geográfica, así como la organización particular de estos grupos, algunos bastante grandes y en donde se cumplía la satisfacción de sus necesidades vitales, no hizo necesario organizarse más allá de señoríos o de pequeños estados independientes.

Cuando en la primera mitad del siglo XVI los españoles comenzaron a recorrer el norte y centro de Chile, lo que observaron fueron comunidades autosuficientes de agricultores y pastores, de pescadores y, a veces, de cazadores, que sólo se organizaban más estrechamente cuando un peligro extranjero las obligaba a cohesionarse en forma temporal.

Fueron los grupos de conquistadores españoles los que llevaron a los agricultores de Chile central a reunirse y aceptar el señorío militar de Michimalonco, lonco de Aconcagua. Igualmente los mapuches del sur del Bío-Bío se juntaron y aceptaron jefaturas conjuntas (Caupolicán, Lautaro), pero sólo en casos de extremo peligro.

¿Qué sucedió en cambio cuando otros extranjeros, pertenecientes a civilizaciones andinas (quechuas y aymaras), invadieron los territorios de estas sociedades semiautárquicas?

Sabemos que hacia el siglo V.d.C. aparecieron los primeros elementos culturales pertenecientes a la civilización Tiwanaku en el norte de Chile, tanto en Arica como en San Pedro de Atacama. Es posible, como ya lo hemos escrito, que algunos pequeños grupos de hombres provenientes del Altiplano hayan llegado a diversas regiones del norte chileno; en San Pedro de Atacama conocimos, por ejemplo, la presencia de ellos en el ayllu de Larrache. Sin embargo, más que una invasión militar, la influencia de Tiwanaku fue de carácter cultural, asociada a materiales artísticos y a un conjunto de artefactos selectivos bellamente ejecutados. Todo el complejo de alucinógenos es la mejor prueba no

sólo de un contexto arqueológico valioso, sino también de una fina ejecución estética. Este conjunto de artefactos que describen ceremonias religiosas, con sus ritos y valores complejos, es además la mejor prueba del alto nivel cultural que alcanzó la cultura de San Pedro de Atacama.

En este caso la asimilación de los artefactos extranjeros y de la ideas propias del altiplano, fue hecha a partir de una selección efectuada por la propia sociedad de agricultores de San Pedro de Atacama y en donde los contactos de grupos humanos se dieron más por la vía de los intercambios, de las peregrinaciones, de la búsqueda de materias primas, de las relaciones comerciales, etc.

No hubo entonces necesidad de defenderse de ejércitos enemigos, sobre todo porque no había intención por parte de los pocos extranjeros que llegaban a San Pedro de Atacama, de dominar políticamente.

No pasó lo mismo con la presencia incásica en Chile. El Tawantisuyu (-el imperio de las cuatro regiones-) era un estado teocrático y militar que necesitaba de la ocupación y colonización de nuevas tierras. Por eso se extendió desde Ecuador hasta el centro-sur de Chile (por lo menos hasta el río Cachapoal, en la VI Región.

Los ejércitos incásicos dominaron el territorio al sur del desierto de Atacama, explotaron las minas, recogieron el tributo, dejaron destacamentos militares y entregaron técnicas y creencias por más de 60 años.

Sólo los mapuches del sur de Chile resistieron la entrada de estos invasores, no permitiendo así que sus tierras fueran holladas por los extranjeros.

Serían estos mismos mapuches -los conocidos con el nombre de araucanos- los que también se opondrían a los españoles que continuaban las políticas expansionistas de los incas.

La dominación incásica en Chile del norte y del centro no fue de todos modos violenta. De acuerdo a la información obtenida, aunque en caso de resistencia hubo represión, por ejemplo en el Norte chico (La Serena). Los curacas y yanaconas del Imperio convivieron con los naturales de Chile, a veces en armonía y otras en rencillas semibélicas;

lo que le interesaba al dominador inca era el reconocimiento formal del Imperio, mediante algún tipo de ceremonias, y el pago de tributos. Lo demás, lo que se refería a la vida cotidiana de los naturales, no parece haberle preocupado modificarlo.

El español intentó reemplazar el poder incásico por su propio poder; logró parcialmente un cierto apoyo en lo que quedaba de dominación quechua: así Quilicanta ayudó a Pedro de Valdivia en la construcción de la aldea (ciudad) de Santiago. Pero cuando le fue posible, él mismo se levantó contra los españoles y apoyó la rebelión de Michimalonco.

Además, las formas controladas de convivencia que implantó el español chocaron con la relativa libertad que los incas habían otorgado a los naturales. Esto se puede entender conociendo las intenciones de estos extranjeros europeos: ellos venían a quedarse para siempre; ellos aspiraban a civilizar a los aborígenes, a cristianizarlos; ellos también deseaban enseñorearse de las tierras, de las riquezas de los naturales; todo estaba encaminado a incorporar al Imperio español nuevos territorios y nuevas almas para la Iglesia católica. Además cada español aspiraba a ser un señor, un hombre rico; en resumen, a superar su pasado estado de vida, generalmente pobre.

Estas reflexiones nos llevan a concluir que los destinos de las sociedades indígenas prehispánicas fueron violentamente interrumpidos en su desarrollo, en su haber histórico, en su vida de todos los días. Cada vez que ha habido una invasión han ocurrido parcialmente destrucción institucional, muertes individuales, cercenamiento de las libertades, opresiones ideológicas, etc. Pero el descubrimiento de un nuevo continente, que luego se llamaría América y efectuado por los españoles de Cristóbal Colón, fue mucho más que una invasión. No cupo la menor duda a nadie, desde el primer momento, que las nuevas tierras descubiertas deberían incorporarse al dominio de los Reyes Católicos. Cuando con los años nuevas expediciones descubrieron las grandes extensiones territoriales, las sociedades de alto desarrollo, las ciudades y sus diferentes construcciones monumentales y, sobre todo, la riqueza de oro y plata que ellas contenían, el deseo de dominio no sólo fue un problema de Estado sino que un objetivo individual que

cada uno de los españoles, pobre o rico, villano o hijosdalgo, intentó cumplir, no importando muchas veces los medios

Hoy día, a 500 años de este gran acontecimiento histórico, surgen con facilidad palabras y escritos condenatorios. Incluso se idealiza la vida aborígen, pensando en una especie de paraíso que fue destruido por los ambiciosos y bárbaros españoles. Por otra parte no faltan los que justificando los hechos de fines del siglo XV, niegan valor a la experiencia nativa y justifican las acciones de los conquistadores insistiendo en el valor único civilizador y cristiano de la gesta española.

Más de una vez, al analizar y reflexionar sobre el conjunto de situaciones acaecidas a fines de los siglos XV y XVI, hemos intentado, separándonos de posiciones extremas, comprender lo que ocurrió desde las dos perspectivas, tanto desde el punto de vista aborígen como el del conquistador español. Pues bien, lo primero sobre lo que hay que llamar la atención es que no existe un solo punto de vista aborígen, ni tampoco uno solo español. Según sea el desarrollo alcanzado por los nativos, no es la misma la reacción de los miembros de una sociedad civilizada que conocía el poder del gobierno y del Estado centralizado, que la de campesinos organizados en sociedades independientes, semiautárquicas, que no aceptaban dominio alguno extranjero.

Igualmente el español culto, o el religioso, veía las acciones españolas de una manera distinta a la que tenía el villano soldado que aspiraba a ser un hombre rico lo antes posible.

Sin lugar a dudas que tanto civilizados como campesinos se opusieron a la invasión de los españoles, pero también está comprobado que en algunos casos las resistencias fueron distintas, unas duraron menos, otras en cambio continuaron a través de los siglos.

La mayoría de los hombres que integraban un imperio aborígen estaba acostumbrado a cumplir con las normas, las imposiciones, las obligaciones del Estado y del gobierno. Obviamente que era un gobierno aborígen, pero no hay que olvidar que el imperio se anexó, muchas veces por la violencia, territorios habitados por diferentes sociedades nativas, por etnias diferentes a la quechua. Lo mismo ocurrió con los aztecas y su dominación militar. Entonces, uno de los

hechos más interesantes fue que los españoles, nunca más de unos pocos cientos de soldados, contaron con la colaboración de muchos miles de nativos componentes de etnias que sólo aspiraban a independizarse del dominio estatal quechua o nahualt.

La conquista exitosa de los españoles no se debió tanto al predominio técnico (armas, pólvora, caballos) europeo, como a la colaboración de muchos indígenas que creyeron contar con los españoles para obtener una libertad parcialmente perdida. El drama de estas etnias fue que no sólo perdieron su libertad, sino además que, por la concatenación de los acontecimientos, dejaron poco a poco de existir cultural y biológicamente. Las políticas españolas no deben ser observadas únicamente como justificando una gran invasión, sino también como resultado de un pensamiento anexionista, imperialista y sobre todo -y esto tal vez sea sorpresivo- recreador de una nueva sociedad. Con la participación de los aborígenes y de los españoles comenzó a organizarse una nueva realidad biológica y cultural que no fue indígena, pero tampoco española. Los españoles que pensaban y escribían las leyes y ordenanzas del Estado dirigidas a los territorios americanos, tenían como último fin la integración de las nuevas regiones y de sus habitantes naturales al Imperio español. Pero la realidad histórica, plasmada en siglos de acciones y reacciones concluyó en las tierras de América en sociedades que, aunque conservan, unas más y otras menos, etnias aborígenes o descendencia directa española, son diferentes de las que contribuyeron a su formación.

Por una parte los americanos, en sus grandes mayorías sociales, mestizos y generalmente blancos pero de cabello oscuro, son formados, educados en la civilización europea, española, en la religión cristiana y católica. Pero también nacen en un territorio, en un paisaje que no sólo posee una vitalidad natural, sino que también le habla de sus antiguas ciudades, de sus asentamientos nativos prehispánicos. Tal vez con el alma y el cuerpo compartido por fuerzas históricas contradictorias, el hombre americano actual no condena ni maldice al conquistador español. ¿Como podría hacerlo si de alguna manera existe gracias a él?

Cuando observa a los actuales miembros de las minorías étnicas aborígenes, siente también una pertenencia profunda, puesto que se

reconoce en ellos, se debe a ellos, nació porque ellos estaban en las tierras antes de la invasión.

No todos obviamente piensan y sienten lo descrito; algunos americanos sólo se sienten europeos, otros sólo se reconocen como nativos. Unos y otros están fuera de la historia, viven fuera de su actual tierra, fuera de su cultura presente.

Ahora bien, la presencia de las etnias aborígenes en Chile ofrece hoy en día varios problemas, que en parte pueden adivinarse por lo ya expuesto, sobre todo por la situación de desgarramiento que vive el actual americano.

Como ya lo hemos dicho vivimos en el presente cambios importantes en el escenario político y cultural internacional. Para nadie es una novedad que desde hace años el despertar de las nacionalidades y de las etnias, tanto en Europa como en las Américas, ha provocado transformaciones importantes. La desintegración de Yugoslavia y de la Unión Soviética son dos muy recientes y trágicos ejemplos.

Los conceptos de diversidad, heterogeneidad y de autonomía entran en contradicción con los de unidad, de integración, y de asimilación. Poco a poco el análisis antropológico de la identidad cultural y social, se hace tomando en cuenta el diálogo entre homogeneidad y heterogeneidad. La identidad de América debe partir del reconocimiento de su diversidad étnica y cultural. La identidad es algo por conquistarse, algo que se está haciendo, no algo ya hecho, ya logrado. Los diversos pueblos con culturas propias reclaman el derecho -avalados por su Historia- a conservar y a desarrollar sus instituciones culturales, sociales, económicas, políticas y religiosas, diferentes muchas veces a las de su sociedad nacional.

En América el movimiento de los pueblos indios ha insistido en que la coyuntura de la conmemoración del V Centenario del descubrimiento de América, unido a las presiones diplomáticas ejercidas por los organismos internacionales sobre los estados nacionales, y a la creciente consolidación en algunos países del movimiento indio, han obligado a los gobiernos americanos a producir modificaciones constitucionales ,con el fin de dar cabida al reconocimiento de ciertos derechos de los aborígenes.

Para muchos especialistas sociales las políticas asimilacionistas e integracionistas se baten en retirada, dando paso a una actitud de aceptación de la diversidad pluriétnica, así como el reconocimiento del derecho de gestión de los pueblos aborígenes.

De todos los cambios producidos en América, es justo reconocer que los proyectos del gobierno democrático chileno son uno de los que más se aproximan a las demandas generales de los pueblos indígenas junto a Panamá, Costa Rica y Nicaragua.

Hay acuerdo generalizado con los conceptos expresados por el gobierno chileno que sostiene que la nación debe reconocer sus características multi-étnicas; hay poco más de un millón de habitantes que tienen creencias, ceremonias, lenguas, valores, instituciones, etc., distintas de la gran mayoría nacional. Sabemos además que Chile es una nación homogénea con una historia común; sin embargo como científicos también conocemos que hay interpretaciones, teorías e hipótesis diferentes de esta historia. Incluso conocemos nuestra deuda biológica y cultural con los pueblos aborígenes prehistóricos; los chilenos somos principalmente una nación mestiza, en diferentes proporciones, con la contribución de muchas nacionalidades indígenas y europeas.

Creemos que es justo y científico que se establezca el reconocimiento jurídico de las comunidades indígenas, y por lo tanto que se modifique el artículo primero de la Constitución Política agregándose como inciso final que «el Estado velará por la adecuada protección jurídica y el desarrollo de los pueblos indígenas que integran la nación chilena». Igualmente nos parece adecuado que se establezcan beneficios determinados en favor de las comunidades aborígenes y que se den sistemas de protección jurídica y franquicias para el desarrollo de las etnias.

Así también reconocemos que es valioso que la educación de los niños y jóvenes indígenas sea en su idioma y que los programas de estudios tomen en cuenta y respeten su historia y su cultura en los más variados aspectos.

Hay que insistir que la defensa de la identidad de los pueblos indígenas no se opone a una convivencia pacífica y respetuosa con los

otros habitantes de Chile. Somos todos miembros de una nación, organizada en los últimos 500 años, muchas veces con dolores e injusticias, pero también caracterizada por cambios biológicos y por importantes desarrollos institucionales y culturales.

En el presente hay que incorporar a todos los grupos que habitan en Chile en un proyecto justo, que elimine la pobreza, que desarrolle a las instituciones y a las personas, que haga posible el avance social y económico, pero sobre todo el respeto por los derechos del hombre, cualquiera sea su origen y su pasado. Así como no podemos seguir viviendo en el pasado ni menos retroceder 500 años, tampoco debemos olvidar las injusticias del pasado. Los 500 años de Historia que recordamos en el presente deberían ser la ocasión para hacer un análisis crítico, serio y científico de nuestro pasado.

Así, más allá de recomendar una toma de posición absoluta y extrema frente a los hechos del pasado que estudiamos, deseamos mirar hacia el futuro con el pensamiento generoso de la reconciliación histórica que se fundamenta en la investigación científica, en la comprensión de los hechos, en el conocimiento de la verdad contrastada empíricamente.

Tenemos ante nosotros una nueva misión fundacional: la sociedad americana del futuro. Más allá de las mezclas ocurridas una y otra vez, más allá de las injusticias y muertes, de las destrucciones de sociedades, pensemos en las nuevas fundaciones que debemos hacer todos nosotros.

Nuestra actual nación, nuestro Chile, es el producto de miles de años de historia; nuestra sociedad fue y seguirá siendo mestiza. Ni los españoles, ni los indígenas del siglo XVI existen ya; los actuales chilenos, los actuales habitantes de esta tierra, unos más otros menos, todos han sufrido el proceso de simbiosis, de mezcla, de interacción biológica y cultural. Unos tienen más genes nativos, otros más genes europeos; la gran mayoría de chilenos no son ni nativos ni europeos. Somos los actuales hombres de la tierra; tenemos una lengua común; tenemos creencias, filosofías y religiones nacidas en el Viejo Mundo (cristianismo, racionalismo, materialismo, idealismo, post-modernismo, etc.). Con estos conceptos pero también con esta realidad ameri-

cana, tenemos que esforzarnos para construir un futuro más feliz. El pasado que estudiamos es el pasado. Lo investigamos, lo conocemos, lo amamos para construir nuestro futuro, para enriquecer nuestro presente. No olvidemos los dolores del pasado para hacer posible la construcción de nuestro presente/futuro sin injusticias, sin sufrimientos.

Así, el estudio e investigación de los hechos pasados comienza a tener sentido, no importando cuán antiguo sea. Desde la más lejana experiencia humana ocurrida en nuestro país, hasta el presente siempre cambiante, hay un continuum de situaciones y de ideas que le dan no sólo solidaridad a nuestras vidas, sino también consistencia y estructura permanentes. Sólo examinando el pasado prehistórico como pasado histórico, sólo considerando a los antiguos habitantes como constituyendo eslabones de un filium existencial que llega hasta nosotros, podremos encontrarle razón de ser al pasado humano y a su estudio científico.

Microbiografías de Cronistas e Investigadores

Son muchos los cronistas e historiadores del pasado y los investigadores actuales que merecen ser recordados. Hemos escogido a unos pocos para ejemplificar su aporte al estudio arqueológico, etnológico y etnohistórico. Muchos otros son muy conocidos, como los historiadores J.T. Medina, Barros Arana o Encina; igual cosa ocurre con arqueólogos como Bird, Mostny, Le Paige e Iribarren. Otros arqueólogos y antropólogos fallecidos, como A. Medina, C. Munizaga y P. Dauelsberg están siendo valorizados y reconocidos en todo lo que aportaron a nuestras disciplinas.

Jerónimo de Vivar (Gerónimo de Bibar). Nació en el territorio de Burgos, posiblemente en Vivar, hacia 1525. Fue un niño educado por los frailes jerónimos; pasó a América a la edad de 14 años y se enroló con Pedro de Valdivia en 1548, como simple soldado. En 1558 lo encontramos en Santiago, declarando en favor de Francisco de Villagra; luego su figura se pierde para los estudiosos. Sabemos también que en este año terminó su Crónica, que fue conocida por el gran cronista del siglo XVII, padre Diego de Rosales. Igualmente la conoció en España Antonio León Pinelo, en 1629. Posteriormente los manuscritos quedaron olvidados y sólo en 1966 se publicó en Chile esta crónica del siglo XVI. Conocemos tres publicaciones: la del profesor Irving A. Leonard, publicada por el Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina en Santiago de Chile en la fecha señalada; la de Leopoldo Sáez-Godoy, publicada en Berlín en 1979 y la de Angel Barral Gómez publicada en Madrid en 1988. Estas dos últimas corrigen varios errores paleográficos de la edición de Irving A. Leonard.

Alonso de Góngora y Marmolejo. Originario de Andalucía nació en la ciudad de Carmona hacia 1522, siendo hijo de un regidor de la villa. Llegó a Chile en 1549 con el refuerzo de tropas que trajo el propio Pedro de Valdivia. En 1569 era capitán, corregidor y justicia mayor en la ciudad de Castro. En 1575 terminó de escribir su Historia de Chile,

muriendo un año después. De su Historia se conocen cuatro ediciones: la de 1852, publicada en Madrid en el tomo IV del Memorial Histórico Español; la de 1862, publicada en Santiago de Chile en la Colección de Historiadores de Chile y Documentos Relativos a la Historia Nacional; la de 1960, que vio la luz en Madrid en el tomo CXXXI de la Biblioteca de Autores Españoles desde la Formación del Lenguaje hasta nuestros Días, donde aparece la edición de Pascual de Gayanagos de 1852, bajo la dirección de Francisco Esteve Barba; y finalmente la de la Universidad de Chile, en 1989, que publicó con pequeñas correcciones la misma edición de 1960.

Pedro Mariño de Lobera. Nació en Pontevedra, Galicia, hacia 1528 o 1530. Su padre fue regidor perpetuo de la villa. En 1545 partió a América. En 1552 se dirigió de Lima a Santiago. En 1575 fue corregidor de la ciudad de Valdivia. En 1577 era vecino encomendero de Concepción. En el canto IX del Arauco Domado de Pedro de Oña es mencionado como «varón ejercitado en la milicia y noble caballero de Galicia». Regresó a Perú y fue nombrado corregidor de Camaná. En 1594 murió en Lima mientras escribía su Crónica del Reino de Chile. El jesuita Bartolomé de Escobar redactó en definitiva sus apuntes. La primera edición de esta crónica fue publicada en 1864 en el tomo VI de la Colección de Historiadores de Chile; la copia manuscrita se encuentra en el Archivo Nacional de la Biblioteca Nacional de Chile. Don Francisco Esteve Barba publicó en el tomo CXXI de la Biblioteca de Autores Españoles, en 1960, la obra de Mariño de Lobera, haciendo correcciones de puntuación y de ortografía.

Alonso de Ovalle. Este sacerdote jesuita, autor de «La Histórica Relación del Reino de Chile y de las Misiones y Ministerios que ejercita en él la Compañía de Jesús», nació en Santiago de Chile en 1601. Hizo sus estudios en Tucumán y en 1625 pronunció sus votos de jesuita. Alcanzó gran fama como predicador, siendo nombrado Rector del Convictorio de San Francisco Javier. En 1640 fue enviado a Roma, iniciando su obra histórica en 1643. En un año y medio terminó de escribirla, siendo impresa en 1646. Intentando volver a Chile, murió en Lima el 11 de Mayo de 1651. No siendo una obra que maneje una información histórica directa, merece destacarse por sus valores litera-

rios. Ya en 1726 la Real Academia Española lo incluyó en la lista de escritores españoles que tenían autoridad en asuntos de lenguaje. Así por ejemplo sus descripciones geográficas son hermosísimas y sus textos del más alto nivel literario.

Diego Rosales. Nació en Madrid en 1601 y llegó a Chile en 1629. Aprendió la lengua de los mapuches y se interesó profundamente en sus costumbres y en general en lo ocurrido en el reino de Chile desde la llegada de los españoles en 1536. Para escribir su Historia leyó muchos documentos, manuscritos y crónicas, entre los cuales se contaba la de Jerónimo de Vivar. Estos textos habían sido coleccionados por el gobernador Luis Fernández de Córdoba (1629). Rosales murió en Santiago el 3 de Junio de 1677.

Su obra histórica se perdió y sólo a fines del siglo XVIII fue conocida por el historiador Carvallo y Goyeneche. Fue publicada finalmente en tres tomos en 1877 en Valparaíso por el historiador Vicuña Mackenna. Recientemente ha vuelto a editarse en Santiago de Chile, en dos tomos (1990).

Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán. Nació en Chillán en 1607 y murió en Perú en 1680. Escribió dos libros muy importantes para el conocimiento antropológico de los mapuches, «Cautiverio Feliz y Razón de las Guerras Dilatadas de Chile» y «Suma y Epílogo de lo más esencial que contiene el libro intitulado Cautiverio Feliz y Guerras Dilatadas del Reino de Chile». Como resultado de su cautiverio, que duró siete meses, luego de la batalla de las Cangrejeras en 1629, el joven prisionero escribió una especie de reverso de la conquista española, puesto que a través del texto de Núñez de Pineda se dan a conocer las opiniones de los caciques mapuches que consideran muy injusta la guerra de Arauco.

Friedrich Max Uhle. Nació en Dresden el 25 de Marzo de 1856 y murió en Loben, Silesia el 11 de Mayo de 1944.

Su formación universitaria culminó con la obtención del doctorado en lingüística preclásica. En 1881 inició su carrera etnológica al ser nombrado ayudante del Director del Museo Real de Zoología, Antropología y Etnografía de Dresden. En 1883 publica en Berlín su primer

estudio sobre etnografía religiosa malaya. Entre 1888 y 1891 trabajó en el Museo Etnológico de Berlín. En 1892, enviado por Adolf Bastian, se embarcó a América; tenía 36 años cuando llegó a Buenos Aires para iniciar su larga y fructífera labor científica americanista. En ese mismo año había publicado con Alfons Stribel su famoso libro «Las ruinas de Tiahuanacu en la región alta del Perú Antiguo»; sólo dos años más tarde, el 20 de Abril de 1894 conocería el yacimiento de Tiwanaku.

En 1896 fue contratado por la Universidad de Pennsylvania e inició sus excavaciones en Pachacamac; en 1903 publicó una lujosa edición de 104 páginas y 21 láminas acerca de estas excavaciones. La Universidad de California desde mediados de 1898 le encargó nuevas investigaciones en el norte del Perú. Excavó en Moche, en Chicama, Viru y Santa. Desde 1900 investigó en el sur del Perú en Chincha, en Paracas, en Pisco y en Ica. En 1903, luego de hacer clases en la Universidad de California, excavó en Ancón, Chancay y Supe.

En 1906 fue nombrado Director de la sección arqueológica del recién formado Museo Histórico del Perú.

Contratado por el Gobierno Chileno e invitado por la Universidad de Chile, llegó en 1911 a Santiago. Permaneció en Chile hasta 1919, realizando importantes trabajos arqueológicos en Taltal, Calama, Constitución y Arica, etc.

Sus publicaciones más importantes para la arqueología de Chile son «Los aborígenes de Arica»; «Fundamentos étnicos en la región de Arica y Tacna»; «La arqueología de Arica y Tacna», etc.

En resumen se puede decir que Max Uhle fue uno de los iniciadores científicos de la prehistoria de Chile, al confeccionar el primer cuadro cronológico de los periodos del pasado prehistórico de Chile, describir de manera sintética al pueblo atacameño y estudiar la influencia de Tiwanaku en el norte de Chile.

Ricardo E. Latcham. Nació en 1869 en la ciudad de Bristol, Inglaterra y murió en 1943 en Santiago de Chile.

Se formó en el Instituto Politécnico de Londres donde se recibió de Ingeniero Civil. En 1888 partió a Chile a realizar trabajos de ingeniería, levantamientos topográficos en la provincia de Malleco y sus alrededores.

Con ciertos intervalos vivió alrededor de 5 años en el territorio de los mapuches, lo que le permitió conocer su lengua, y en general su núcleo cultural y psicológico.

Luego de vivir en La Serena y casarse con doña Sara Alfaro, residió en Santiago a partir de 1902. El mundo de Santiago le permitió conocer a varios antropólogos y arqueólogos, frecuentar el Museo Nacional, las sociedades científicas y escribir sobre antropología chilena. Comenzó con estudios sobre antropología física, para continuar con trabajos sobre antropología y prehistoria de Chile. Ya en 1928, vastamente conocido, publicó su «Alfarería Indígena Chilena» y su «Prehistoria de Chile». En este mismo año se le nombró Director del Museo Nacional; en 1936 hizo clases de prehistoria en la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. En 1938 recibió el homenaje público por cumplir 50 años en Chile. Este mismo año publicó su excelente «Arqueología de la Región Atacameña».

Luego de José Toribio Medina fue la segunda persona que escribió libros de síntesis histórico-etnológica sobre la prehistoria de Chile. Asimismo, se convirtió en un especialista en el estudio de las culturas atacameñas y diaguitas. Aportó con importantes datos a la investigación de la influencia de Tiwanaku en el norte de Chile y también sobresalió por sus estudios etnohistóricos de los aborígenes chilenos. Igualmente contribuyó con estudios especializados sobre diferentes aspectos de las culturas aborígenes, tanto en los ítems económicos, sociales, religiosos y tecnológicos. Por último, su aporte fue también importante en los estudios bibliográficos, continuando así los trabajos de Carlos E. Porter.

Fueron famosas las polémicas científicas que tuvo con Tomás Guevara sobre el problema de los orígenes de la cultura araucana.

En resumen, Latcham es un arqueólogo y etnólogo que enriqueció el estudio científico de las diferentes culturas y sociedades aborígenes tanto prehispánicas como actuales. No sólo las dio a conocer en los aspectos cronológicos y tecnológicos clásicos, sino que enriqueció todos los aspectos de la vida cultural y social de ellas.

Martín Gusinde. La vida del sacerdote católico Martín Gusinde transcurrió entre 1886 y 1969. Fue una larga y hermosa vida llena de investigaciones, dominadas por los estudios etnológicos, es decir, de las sociedades más primitivas del mundo. Representó en Chile a la escuela de los Círculos Culturales de Viena, y trabajó en nuestro país como en muchos otros lugares en comunicación directa con las comunidades «no civilizadas».

Cuando tenía 25 años en 1912, llegó a Santiago de Chile, incorporándose inmediatamente a la sección de Etnología y Antropología, manteniendo una relación de trabajo con Max Uhle y con el Dr. Aureliano Oyarzún. Como era sacerdote de la orden del Verbo Divino hizo clases en el Liceo Alemán, combinando así la docencia con la investigación científica.

Sus primeras investigaciones fueron sobre la Isla de Pascua, los araucanos y luego continuó con los aborígenes del extremo sur de Chile. Su publicación científica más relevante es «Die Feuerland Indianer» publicada en idioma alemán entre 1931 y 1974. Se trata de 4 grandes tomos dedicados a los selknam, a los yámana, a los halakulup y a la antropología física de estos aborígenes.

Abandonó Chile en 1924, convirtiéndose en un etnólogo muy conocido y respetado; continuó sus trabajos en diferentes países como Estados Unidos, Holanda, Venezuela, Japón, en Africa (Congo Central y Sur de Africa), etc., publicando muchos artículos referidos a temas etnográficos y etnológicos.

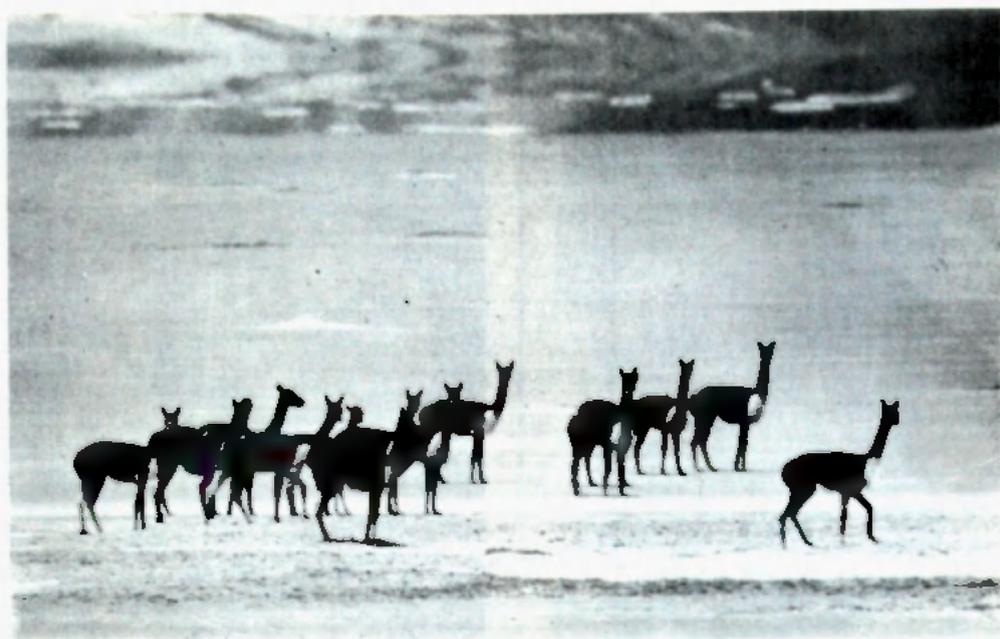
Sólo en 1980 se publicó en un libro de la Editorial Universitaria en Chile, sus informes preliminares sobre las cuatro expediciones que hizo al extremo sur de Chile; antes habían aparecido en forma separada en la revista del Museo en donde él era investigador (entre 1918 y 1924).

Luego, entre 1982 y 1992, el Centro Argentino de Etnología Americana tradujo la obra de Gusinde editando 9 tomos.

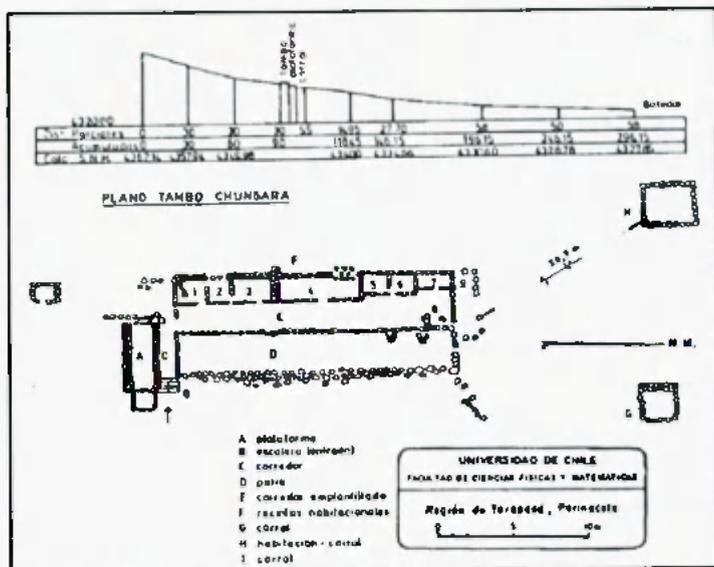
En resumen, los estudiosos de los aborígenes del extremo sur de Chile y Argentina tienen en el padre Martín Gusinde al mejor conocedor de la etnografía y la etnología del extremo meridional de América. Sus descripciones y análisis complejíssimos de las diferentes etnias que vivieron (y que en el presente ya no existen) en las heladas regiones de los estrechos e islas magallánicas, son un ejemplo para cualquier estudiante y especialista de la antropología chilena y americana.

Martín Gusinde fue sin duda, junto a Max Uhle, a Ricardo Latcham y el Dr. Aureliano Oyarzún, uno de los organizadores de la ciencia antropológica en nuestro país y por lo tanto debe ser permanentemente estudiado y analizado por los actuales y futuros etnólogos chilenos.

ANEXO FOTOGRAFICO



Guanacos en el Norte de Chile



Tambo Chungarâ. Planta y perfil del terreno



*Fase Alto Ramírez: motivos escalerados
(Arica)*



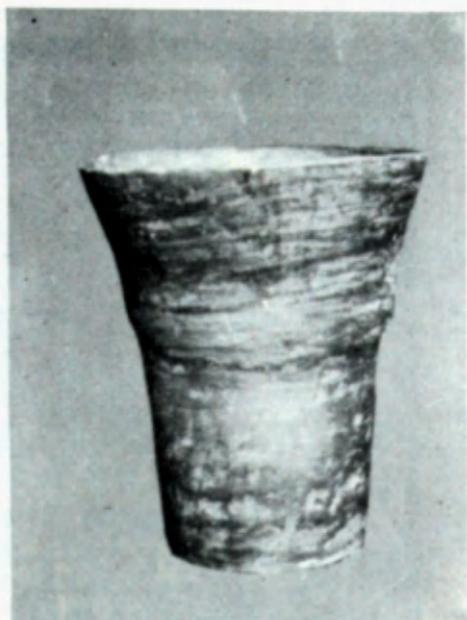
Alfarería San Miguel (Arica)



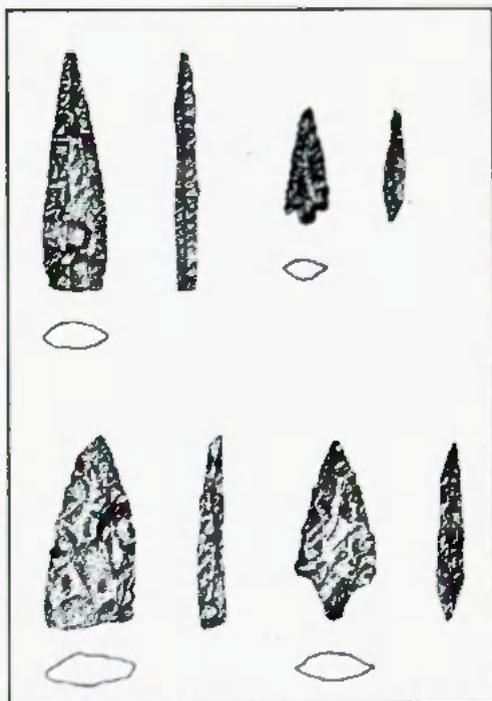
Alfarería Gentilar (Arica)



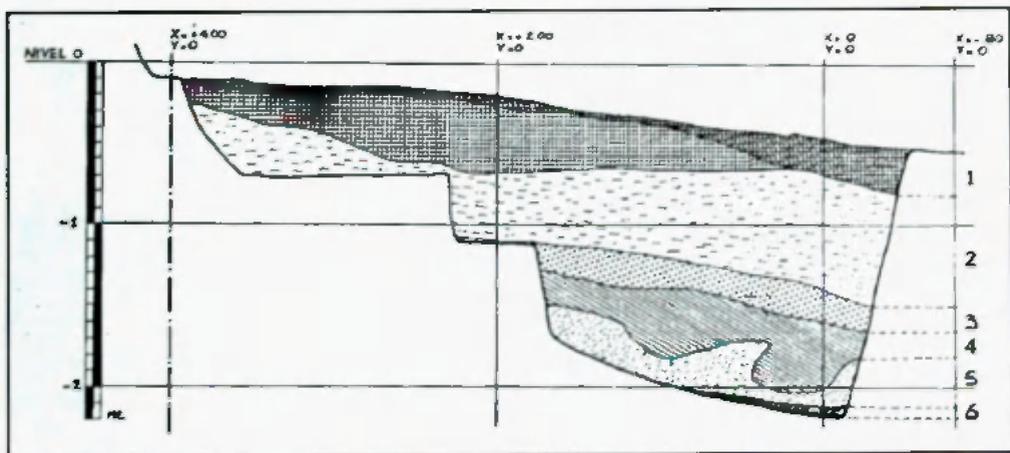
Alfarería Maytas (Arica)



Alfarería Cabuza (Arica)



Instrumentos líticos del Alero de Toconce (II Región)



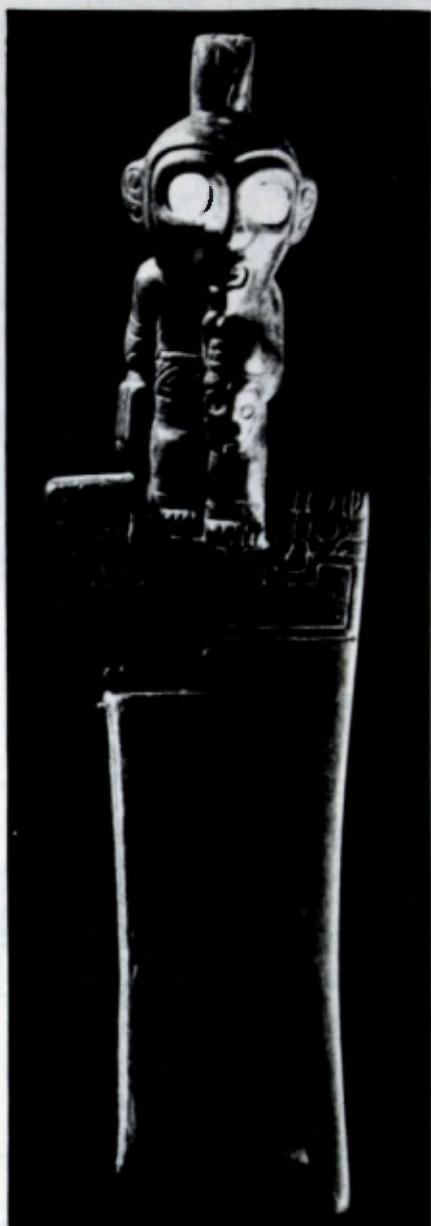
Alero Salado Chico o Toconce. Perfil Sur-Este del Sector A con los 6 estratos culturales



*Tipo alfarero «Negro Bruñido»
(San Pedro de Atacama)*



*Pinturas rupestres del Alero de Ayquina
(II Región)*



*Tableta con motivos Tivanaque
(San Pedro III)*



Vasos de oro (Larrache; San Pedro III);
influencia Tiwanaku



Alfarería de la Cultura El Molle
(La Serena)



Instrumento lítico de tipo geométrico
(Huentelauquén; La Serena)

FASE LAS ANIMAS



FASE DIAGUITAS I



FASE DIAGUITAS II



FASE DIAGUITAS I



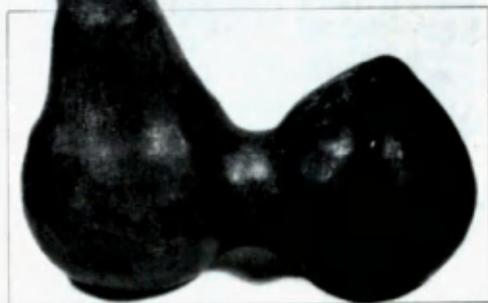
FASE DIAGUITAS II



Tipos alfareros de las Fases Las Animas y
Diaguitas (La Serena)



Pucará de Chiu-Chitu; período agro alfarero tardío



Alfarería del Complejo El Bato (Zona Central)



Alfarería del Complejo El Bato (Zona Central)



Alfarería de Pitrén (Sur de Chile)



Vista aérea del yacimiento de Monte Verde (Puerto Montt). (Foto de T. Dillebay, 1989)



Niñas Mapuches (Según R. Latcham; 1911)



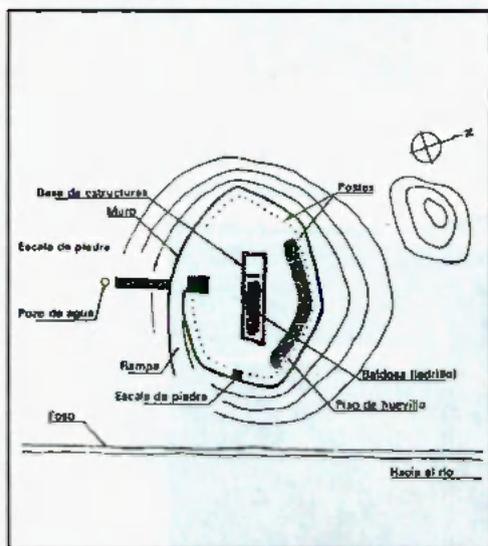
Isla de Pascua Rapa Nui - Chile



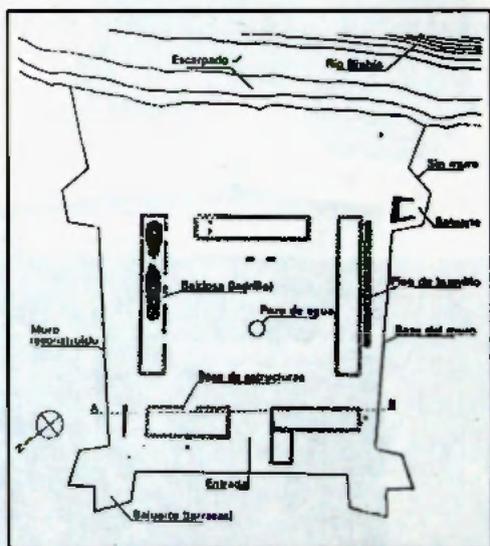
Abu Tongariki (Isla de Pascua); última etapa de reconstrucción del gran centro ceremonial



Grupo de Onas (foto de Ch W. Furlong)



Planta del fuerte de Ballenar



Planta del fuerte San Carlos de Purén

Bibliografía

- ALDUNATE, C. y CASTRO, V.: *Las Cbullpas de Toconce y su relación con el poblamiento altiplánico en el Loa Superior: periodo tardío*. Ediciones Kultrún, Santiago, Chile, 1981.
- ALDUNATE, C., BERENGUER, J., CASTRO, V., CORNEJO, L., MARTINEZ, J. y SINCLAIRE, C.: *Cronología y asentamiento en la región de El Loa superior*, Dirección de Investigaciones y Bibliotecas, Universidad de Chile, Santiago, Chile, 1986.
- ALLISON, M., FOCACCI, G., ARRIAZA, B., STANDEN, V., RIVERA, M. y LOWENSTEIN, L.M.: *Chinchorro, momias de preparación complicada: métodos de momificación*, en Chungará 13, Arica, Chile, 1984.
- ALVAREZ, L.: *Culturas precerámicas de la arqueología de Arica*, en Boletín del Museo Regional de Arica 5, Arica, Chile, 1961.
- Un cementerio precerámico con momias de preparación complicada*, en Rehue 2, Concepción, Chile, 1969.
- AMPUERO, G. y RIVERA, M.: *Secuencia arqueológica de San Pedro Viejo-Pichasca*, en Boletín arqueológico de La Serena 14, La Serena, Chile, 1971.
- AMPUERO, G.: *Nuevos resultados de la arqueología del Norte Chico*, en Actas del V Congreso Nacional de Arqueología, Santiago, Chile, 1972-1973.
- AMPUERO, G. e HIDALGO, J.: *Estructura y proceso en la pre y protohistoria del Norte Chico de Chile*, en Chungará 5, Arica, Chile, 1975.
- AMPUERO, G.: *El Norte Chico y su connotación en el área meridional*. Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología. La Serena, 1982.
- ARELLANO, J.: *Mollo, investigaciones arqueológicas*, Imprenta Nacional, La Paz, Bolivia, 1985.
- ARELLANO, J. y BERBERIAN, E.: *Mallku, el señorío post-Tiwanaku del altiplano sur de Bolivia*, en Bulletin de l'Institut français d'études andines 10 (1-2), Francia, 1981.
- BARFIELD, L.: *Recent discoveries in the Atacama desert and the bolivian altiplano*, en American Antiquity 27, U.S.A., 1961.
- BARON, A. M.: *Cráneos atacameños y su asociación con tabletas para alucinógenos*, en Simposio de Culturas Atacameñas, 44 Congreso Internacional de Americanistas, Inglaterra, Universidad del Norte, Antofagasta, Chile, 1984.
- BENAVENTE, M. A.: *Cbiu-Cbiu 200: un campamento de pastores*, Tesis para optar a la Licenciatura de Arqueología y Prehistoria, Depto. Antropología, Universidad de Chile, Santiago, Chile, 1981.

- BENAVENTE, M. A.: *Cbiu-Cbiu 200: Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología*. La Serena, 1982.
- BENAVENTE, M. A., MASSONE, C. y THOMAS, C.: *Larrache, evidencias atípicas ¿Tiwanaku en San Pedro de Atacama?*, X Congreso de Arqueología Chilena, Arica, Chile, 1985.
- BERENGUER, J.: *Aspectos diferenciales de la influencia Tiwanaku en Chile*. Tesis de grado, Depto. Antropología, Universidad de Chile, Santiago, Chile, 1975.
- La problemática Tiwanaku en Chile, visión retrospectiva*, en Revista Chilena de Antropología I, Santiago, Chile, 1978.
- San Pedro de Atacama: espacio, tiempo y cultura*, en Tesoros de San Pedro de Atacama, Museo Chileno de Arte Precolombino, Stgo. Chile, 1984
- Evidencias de inbalación de alucinógenos en esculturas Tiwanaku*, en Chungará 14, Arica, Chile, 1985.
- BERENGUER, J., CASTRO, V. y SILVA, O.: *Reflexiones acerca de la presencia de Tiwanaku en el norte de Chile*, en Estudios Arqueológicos 5, Antofagasta, Chile, 1980.
- BERTRAND, A.: *Memoria sobre las cordilleras del desierto de Atacama i regiones limítrofes*, Imprenta Nacional, Santiago, Chile, 1885.
- BIRD, J.: *Excavation in northern Chile*, en Anthropological Papers of the American Museum of Natural History XXXVIII, part IV, New York, U.S.A., 1943.
- The archaeology of Patagonia*, en Handbook of South American Indians, J. Steward (Ed.) Vol.I Smithsonian Institution, Washington, U.S.A., 1946.
- The cultural sequence of the north chilean coast*, en Handbook of South American Indians, Smithsonian Institution, Vol.I, Washington, U.S.A., 1946.
- A comparison of south chilean and ecuatorial fishtail projectile points*, en The Kroeber anthropological Society papers 40, Berkeley, California, U.S.A., 1969.
- Paleoindian discordial stones*, en American Antiquity 35 (2), Washington, U.S.A., 1970.
- Paleoindian cremation burials in Palli Aike and Cerro Sota in south Chile*, en Society for American Archaeology meeting, Tucson, U.S.A., 1978.
- BITTMANN, B.: *Cobija: proyecto de investigaciones interdisciplinarias en la costa centro sur andina (Chile)*, Vol. I, Universidad del Norte, Antofagasta, Chile, 1980.
- El proyecto Cobija: investigaciones antropológicas en la costa del desierto de Atacama (Chile)*, en Simposio Culturas Atacameñas, 44 Congreso Internacional de Americanistas, Manchester, Universidad del Norte, Antofagasta, Chile, 1984.
- BITTMANN, B., LE PAIGE, G. y NUÑEZ, L.: *Cultura Atacameña*, Ministerio de Educación, Serie Patrimonio Cultural Chileno, Santiago, Chile, 1979.

- BOMAN, E.: *Antiquités de la région andine de la république Argentine et du désert d'Atacama*, Imprimerie Nationale, Paris, Francia, 1908.
- BOWMAN, I.: *Desert trails of Atacama*, en American Geographical Society Special Publications 5, New York, U.S.A., 1924.
- BRAVO, L. y LLAGOSTERA, A.: *Excavaciones en el cementerio Solcor-3 San Pedro de Atacama*, Trabajo presentado al X Congreso de Arqueología Chilena, Revista Chungará N° 16-17, Arica, Chile, 1986.
- BROWMAN, D. L.: *Tiwanaku expansion and altiplano economic patterns*, en Estudios arqueológicos 5, Antofagasta, Chile, 1980.
- Tiwanaku development of interzonal trade and economic expansion in the altiplano*, en 44 th. International Congress of Americanists, Simposium, social and economic organization in the prehistoric Andes, D.L. Browman, R.L. Burger y M.A. Rivera (Eds.) (1982) Manchester Bav. Int. Serie 194, London, Inglaterra, 1984.
- BRUGGEN, J.: *Fundamentos de la geología de Chile*, Santiago, Chile, 1950.
- BORGEL, R.: *Geomorfología*, en *Geografía de Chile*, Tomo II, Instituto Geográfico Militar, Santiago, Chile, 1983.
- BUSTOS, V.: *Chacaya II, una aldea temprana, sin agricultura y sin cerámica*, en Arqueología, Serie 2, Antofagasta, Chile, 1974.
- CAMPAÑA, O. y SEGUEL, Z.: *Los conchales prehistóricos de ostras de la Isla de Raqui-Tubul*, en la Gaceta del Bio-Bio 541, Concepción, Chile, 1984.
- CARDICH, A.: *Las culturas pleistocénicas y post-pleistocénicas de Los Toldos y un bosquejo de la prehistoria de Sudamérica*, en Obras del Centenario del Museo de la Plata I-II, La Plata, Argentina, 1977.
- Orígenes del hombre y de la cultura andinos*, en Historia del Perú, J. Mejía Baca (Ed.), Lima, Perú, 1980.
- CASAMIQUELA, R.: *Primeros documentos de la Paleontología de vertebrados para un esquema estratigráfico y zoográfico del pleistoceno en Chile*, en Boletín de Prehistoria de Chile 2-3, Universidad de Chile, Santiago, Chile, 1969-1970.
- Los vertebrados fósiles de Tagua-Tagua*, en Primer Congreso Geológico Chileno, Santiago, Chile, 1976.
- CASAMIQUELA, R., MONTANE, J. y SANTANA, R.: *Convivencia del hombre con el mastodonte en Chile central. Noticias sobre las investigaciones en la laguna de Tagua-Tagua*, en Noticiero mensual 132, Museo Nacional de Historia Natural, Santiago, Chile, 1967.
- CASTILLO, G.: *Un cementerio del complejo Las Animas en Coquimbo: ejemplo de relaciones con San Pedro de Atacama*, Simposio de Arqueología Atacameña, Estudios Atacameños N° 72, San Pedro de Atacama, Chile, 1984.

- CASTRO, V., BERENGUER, J. y ALDUNATE, C.: *Antecedentes de una interacción altiplano-área atacameña durante el período tardío: Toconce*, en Actas del VII Congreso de Arqueología Chilena, Ed. Kultrún, Santiago, Chile, 1979.
- CASTRO, V., ALDUNATE, C. y BERENGUER, J.: *Orígenes altiplánicos de la fase de Toconce*, Simposio de Arqueología Atacameña, Estudios Atacameños N°, 7, San Pedro de Atacama, Chile, 1984.
- CIEZA DE LEON, P. (*): *La crónica del Perú*, Editorial Espasa, Madrid, España (1553), 1945.
- CONGRESO INTERNACIONAL DE ARQUEOLOGIA DE SAN PEDRO DE ATACAMA: *Resumen de actas*, Anales de la Universidad del Norte 2, Antofagasta, Chile, 1963.
- CUNEO, R.: *El Collasuyo de los Incas*, en Revista Chilena de Historia y Geografía IX (13), Santiago, Chile. 1914.
- DAUELSBERG, P.: *Algunos problemas sobre la cerámica de Arica*, en Boletín del Museo Regional de Arica 5, Arica, Chile, 1961.
- Complejo Faldas del Morro*, en Actas del Encuentro Internacional de Arqueología de San Pedro de Atacama, Antofagasta, Chile, 1963.
- Arqueología de la zona de Arica*, en Actas del V Congreso Nacional de Arqueología, La Serena, Chile, 1969.
- Arqueología del Departamento de Arica*. Enciclopedia de Arica. Santiago, 1972.
- Prehistoria en Arica*, en Diálogo Andino 1, Arica, Chile, 1982.
- Tojo-Tojone: un paradero de cazadores en la sierra de Arica en Cbungará 11*, Arica, Chile, 1983.
- DE ACOSTA, J.: *Historia Natural y Moral de las Indias*, Madrid, España, 1590.
- DILLEHAY, T. D.: *Early man in south-central Andes Monte Verde*, en Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, X Congreso; Comisión 12, México, 1981.
- Monte Verde: aporte al conocimiento del paleoindio en el extremo sur*, en Gaceta arqueológica andina 1, (4-5), Lima, Perú, 1982.
- A late ice-age settlement in southern Chile*, en Scientific American, 251, (4), U.S.A., 1984.
- DILLEHAY, T. D., PINO, M., MONTT, E., VALASTRO JR., S., VARELA, A.G. y CASAMIQUELA, R.: *Monte Verde: radio carbón dates from an early-man site in southern Chile*, en Journal of field Archaeology 9, U.S.A., 1982.
- DRUSS, M.: *Computer analysis of Cbiu-Cbiu complex settlement pattern*, en El Dorado 2 (3), U.S.A., 1977.

(*) Crónicas del siglo XVI

- EMPERAIRE, J. y LAMING, A.: *Les gisements des isles Englefield et Vivtan dans la mer D'Otway*, en Journal de la Societe des Americanistes, L., Paris, Francia, 1981.
- EMPERAIRE, J., LAMING-EMPERAIRE, A. y REINCHELEN, A.: *La grotte Fell et autres sites de la region volcanique de la Patagonie Chilienne*, en Journal de la Societe des Americanistes (NS) LII, Paris, Francia, 1963.
- ESPOUEYS, O.: *Tipificación de cuebaras de madera de Arica*, en Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena, Universidad de Chile, Santiago, Chile, 1972-1973.
- Tipificación de Keros de madera de Arica*, en Chungará 4, Arica, Chile, 1974.
- FALABELLA, F. y PLANELLA, M. T.: *Secuencia cronológico-cultural para el sector de desembocadura del río Maipo*, Revista Chilena de Antropología Nº 3, Universidad de Chile, Santiago, Chile, 1980.
- FERNANDEZ, J.: *Los Chibchas, los Lipez y un posible enclave de la cultura de San Pedro de Atacama en la zona limítrofe argentino-boliviana*, en Estudios Atacameños 6, Antofagasta, Chile, 1978.
- FERNANDEZ-DISTEL, A. A.: *Excavaciones arqueológicas en la cueva de Huachichocana, Depto. de Tumbaya, Prov. de Jujuy, Argentina*, en Relaciones VIII (NS), Buenos Aires, Argentina, 1974.
- FOCACCI, G.: *Arqueología de Arica*, en Actas del V Congreso Nacional de Arqueología, La Serena, Chile. 1969.
- Excavaciones en Playa Miller-7, Arica, Chile*, en Chungará 3, Arica, Chile, 1974.
- Síntesis de la arqueología del extremo norte de Chile*, en Chungará 6, Arica, Chile, 1980.
- Nuevos fechados para la época Tiwanaku en la arqueología del norte de Chile*, en Chungará 8, Arica, Chile, 1981.
- Sociedades aldeanas del período medio y su relación con el imperio Tiwanaku*, en Culturas de Arica, C. Santoro y L. Ulloa (Eds.) Ministerio de Educación, Serie Patrimonio Cultural Chileno, Stgo., Chile, 1985.
- GAJARDO-TOBAR, R.: *Investigaciones acerca de las piedras tacitas en la zona central de Chile*, en Anales de arqueología y etnología XIV-XV, Mendoza, Argentina, 1958-1959.
- Investigaciones arqueológicas en la desembocadura del río Choapa*, en Anales de Arqueología y Etnología XVII -XVIII, Mendoza, Argentina, 1962-1963.
- GONZALEZ, A. R.: *La estratigrafía de la gruta Intibusti (Provincia de San Luis, R.A.) y su relación con otros sitios precerámicos de Sudamérica*, en Revista del Instituto de Antropología 1, Córdoba Argentina, 1960.
- Las culturas paleoindias o paleolíticas sudamericanas. Resumen y problemática actual*, en Actas del XXXVI Congreso Internacional de Americanistas, España, 1964.

La cultura de La Aguada del N.O. Argentino, en Revista del Instituto de Antropología 2-3, Córdoba, Argentina, 1964.

GONZALEZ, A.R. y LAGIGLIA, H.: *Registro nacional de fechados radiocarbónicos: necesidad de su creación*, en Relaciones I-VII, Argentina, 1973.

HIDALGO, J.: *Culturas protobstóricas del norte de Chile*, en Cuadernos de Historia 1, Universidad de Chile, Santiago, Chile, 1972.

IRIBARREN, J.: *Investigaciones arqueológicas en Guanaqueros*, en Boletín del Museo Arqueológico de La Serena 8, La Serena, Chile, 1956.

Yacimientos de la cultura de anzuelo de concha en el litoral de Coquimbo y Atacama, en Boletín del Museo Arqueológico de La Serena 11, La Serena, Chile, 1960.

La cultura Huentelauquén y sus correlaciones, en Contribuciones Arqueológicas 1, La Serena, Chile, 1961.

JACKSON, D.: *Datación radiocarbónica para una adaptación costera del arcaico temprano en el Norte Chico, comuna de Los Vilos*. En Boletín Sociedad Chilena de Arqueología Nº 16, 1993.

KALTWASSER, J., MEDINA, A. y MUNIZAGA J.: *Cementerio del período arcaico en Cuchipuy*, en Revista Chilena de Antropología 3, Santiago, Chile, 1980.

Estudio de once fechas de RC-14 relacionadas con el hombre de Cuchipuy, en Boletín de Prehistoria de Chile, Universidad de Chile, Santiago, Chile, 1983.

El Hombre de Cuchipuy. Prehistoria de Chile Central, en Revista Chilena de Antropología, Nº 4, Universidad de Chile; Santiago; 1984.

LAMING-EMPERAIRE, A.: *Quelques etapes de l'occupation humaine dans l'extreme sud de l'Amerique australe*, en Actas y Memorias del XXXVIII Congreso Internacional de Americanistas (1966), Vol. III, Buenos Aires, Argentina, 1968.

LAMING-EMPERAIRE, A. y LAVALLEE, D. y HUMBERT, R.: *Le site de Marassi en Terre du Feu*, en Objects et mondes T-XII, fascículo 2, Paris, Francia, 1972.

LANNING, E. P.: *Early man in South America*, en Scientific American 217 (5), U.S.A., 1967.

Pleistocene man in South América, en World Archaeology 1, Londres, Inglaterra, 1970.

Buril industries in the Pleistocene of the Andes, en Estudios Atacameños 1, San Pedro de Atacama, Chile, 1973.

LARRAIN, H.: *La población indígena de Tarapacá (norte de Chile) entre 1536 y 1581*, en Norte Grande I (3-4), Santiago, Chile, 1975.

LATCHAM, R.: *La Prehistoria de Chile*, Soc.Imp. y Lit. Universo, Santiago, Chile, 1928.

- Arqueología de la región atacameña*, Prensa de la Universidad de Chile, Santiago, Chile, 1938.
- LE PAIGE, G.: *Antiguas culturas atacameñas en la cordillera chilena*, en Anales de la Universidad de Católica de Valparaíso 4-5, Santiago, Chile, 1957-1958.
- Antiguas culturas atacameñas en la cordillera chilena: época paleolítica*, en Revista Universitaria 43, Anales de la Academia Chilena de Ciencias Naturales 23, Santiago, Chile, 1960.
- Antigua Cultura atacameña en la cordillera chilena (2)*, en Revista Universitaria 44-45, Anales de la Academia Chilena de Ciencias Naturales 23, Santiago, Chile, 1960.
- La antigüedad de una tumba comprobada por carbono 14 y el ambiente que la rodea*, en Revista Universitaria 48, Anales de la Academia Chilena de Ciencias Naturales 26, Santiago, Chile, 1963.
- El precerámico en la cordillera atacameña y los cementerios del periodo agroalfarero de San Pedro de Atacama*, en Anales de la Universidad del Norte 3, Antofagasta, Chile, 1964.
- San Pedro de Atacama y su zona*, en Anales de la Universidad del Norte 4, Antofagasta, Chile, 1965.
- Las industrias líticas en San Pedro de Atacama*, Coedición Orbe Universidad del Norte, Santiago, Chile, 1970.
- Tres cementerios indígenas de San Pedro de Atacama y Toconao*, en Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena, Universidad de Chile, Santiago, Chile, 1972-1973.
- ¿Se puede hablar de transhumancia en la zona atacameña?*, en Estudios Atacameños 3, San Pedro de Atacama, Chile, 1975.
- LINDBERG, I.: *Tejidos y adornos de los cementerios Quitor 2, 5, y 6 de San Pedro de Atacama*, en Revista Universitaria 48, Anales de la Academia Chilena de Ciencias Naturales 26, Santiago, Chile, 1963.
- LLAGOSTERA, A.: *Ocupación humana en la costa norte de Chile asociada a peces local-extintos y a litos geométricos: 9.680 - 160 a.C.*, en Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile, Editorial Kultrún, Santiago, Chile, 1979-A.
- Years of maritime subsistence on the Pacific: an analysis by means of bioindicator the north of Chile*, en American Antiquity 44 (2), Washington, U.S.A., 1979.
- Tres dimensiones en la conquista prehistórica del mar*, en Actas del VIII Congreso de Arqueología Chilena, Editorial Kultrún, Santiago, Chile, 1982.
- LLAGOSTERA, A. y ACOSTA, A.: *Museo Arqueológico R.P. Gustavo La Paige*, Ministerio de Educación, Serie Patrimonio Cultural Chileno, Santiago, Chile, 1984.
- LLAGOSTERA, A., BARON A. M. y BRAVO, L.: *Investigaciones arqueológicas en Tular-1*, Simposio de Arqueología Atacameña, Estudios Atacameños N° 7, San Pedro de Atacama, Chile, 1984.

- LORENZO, J. L. y MIRAMBELL, L.: *El Cedral, S.L.P. México: un sitio con presencia humana de más de 30.000 A.P.*, en Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, X Congreso, Comisión 12, México, 1981.
- LOZANO-MACHUCA, J.: *Cartas del factor de Potosí Juan Lozano Machuca al Virrey del Perú, en donde describe la provincia de Lipez*, en Relaciones Geográficas de Indias, Tomo II, Apéndice III, Madrid, España (1581), 1885.
- LUMBRERAS L. G.: *Sobre la problemática arqueológica de Arica en Chungará 1-2*, Arica, Chile, 1972-1973.
- Arqueología de la América Andina*, Editorial Milla Batres, Lima, Perú, 1981.
- 50 años de investigación en Tiwanaku*, en Gaceta Arqueológica Andina 3, Lima Perú, 1982.
- LYNCH, T. F.: *Presencia y adaptación postglacial del hombre en los Andes Sud Americanos*, en Chungará 6, Arica, Chile, 1980.
- The Paleo-indians*, en Ancient South Americans, J.D. Jennings (Ed.), San Francisco, U.S.A., 1983.
- Un reconocimiento arqueológico en el Salar de Punta Negra, segunda región. X Congreso de Arqueología Chilena*, Revista Chungará Nº 16-17 Arica, Chile, 1986.
- MACNEISH, R. S., PATTERSON, F. C. y BROWMAN, D. L.: *The central peruvian interaction sphaera*, en Papers of the R.S. Peabody Foundation for Archaeology 7, U.S.A., 1975.
- MEIGHAN, C. W.: *Archaeology of Guatacondo, Chile*, en Prehistoric trails of Acatara: Archaeology of northern Chile, C.W. Meighan y D.L. True (Ed.), Monumenta Archaeological 7, Universidad de California, Los Angeles, U.S.A., 1979.
- MENGHIN, O.: *Fundamentos cronológicos de la prehistoria de la Patagonia*, en Runa V, Buenos Aires, Argentina, 1952.
- Los estilos del arte rupestre de la Patagonia*, en Acta Prehistórica I, Argentina, 1957.
- MONTANE, J.: *Paleo-indians remains from laguna de Tagua-Tagua, central Chile*, en Science 161, U.S.A., 1968.
- Fecha del nivel superior de Tagua-Tagua*, en Noticiero Mensual 161, Museo Nacional de Historia Natural, Santiago, Chile, 1969.
- Las evidencias del poblamiento temprano en Chile*, en Pumapunku 5, La Paz, Bolivia, 1972.
- El paleoindio en Chile*, en Actas del XLI Congreso Internacional de Americanistas, México, 1976.
- MOSTNY, G.: *Ciudades atacameñas*, en Boletín del Museo Nacional de Historia Natural 24, Santiago, Chile, 1949.

- Una tumba en Cbiu-Cbiu*, en Boletín del Museo Nacional de Historia Natural 26, Santiago, Chile, 1952.
- Arqueología de Taltal: epistolario de Augusto Capdeville con Max Uble y otros arqueólogos e historiadores*, tomos I y II, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, Santiago, Chile, 1964.
- Prehistoria de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, Chile, 1964.
- MOSTNY, G. y NIEMEYER, H.: *Arte rupestre chileno*, Ministerio de Educación, Serie Patrimonio Cultural Chileno, Santiago, Chile, 1983.
- MUNIZAGA, C.: *Secuencias culturales de la zona de Arica*, en Arqueología Chilena, R. Schaedel (Ed.), Universidad de Chile, Santiago, Chile, 1957.
- Tipos cerámicos del sitio Coyo en la región de San Pedro de Atacama*, en Anales de la Universidad del Norte 2, Antofagasta, Chile, 1963.
- MUNIZAGA, C. y GUNCKEL, H.: *Notas etnobotánicas del pueblo de Socaire*, en Publicación del Centro de Estudios Antropológicos 5, Santiago, Chile, 1958.
- MUNIZAGA, J.: *Paleoindio en Sudamérica (restos humanos de las cuevas de Palliáike y Cerro Sota, Provincia de Magallanes, Chile)*, en Homenaje al Dr. G. Le Paige, Universidad del Norte, Santiago, Chile, 1976.
- Esquema de la antropología física del norte de Chile*, en Chungará 6, Arica, Chile, 1982.
- Poblaciones atacameñas: aspectos morfológicos*, en Simposio de culturas atacameñas, 44º Congreso Internacional de Americanistas, Manchester, Universidad del Norte, Antofagasta, Chile, 1984.
- MUÑOZ, I.: *Algunas consideraciones sobre el período del desarrollo regional en los valles bajos y costa de Arica*, en Actas del VIII Congreso de Arqueología Chilena, Editorial Kultrún (1983), Santiago, Chile, 1979.
- Túmulos funerarios: evidencias del proceso de agricultura en los valles bajos de Arica*, Memoria para optar al título de Arqueólogo, Universidad de Tarapacá, Arica, Chile, 1980.
- La aldea de cerro Sombrero en el período del desarrollo regional de Arica*, en Chungará 7, Arica, Chile, 1981.
- Las sociedades costeras en el litoral de Arica durante el período arcaico tardío y sus vinculaciones con la costa peruana*, en Chungará 9, Arica, Chile, 1982.
- MUÑOZ, I., ARRIAZA, B., AUGDERHAIDE, D.: *Acha 2 y los orígenes del poblamiento humano en Arica*, Arica, Chile, 1993.
- MURRA, J.: *Rebaños y pastores en la economía del Tawantinsuyu*, en Formaciones económicas y políticas del mundo andino, I.E.P. (1975), Lima, Perú, 1964.

Información etnológica e histórica adicional sobre el reino Lupaca, en Historia y Cultura 4, Perú, 1970.

El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas, en Formaciones económicas y políticas del mundo andino, I.E.P. (1975), Lima, Perú, 1972.

Los límites y las limitaciones del archipiélago vertical, en Los Andes, en Homenaje al Dr. G. Le Paige, Universidad del Norte, Santiago, Chile, 1976.

NIEMEYER, H.: *Las pinturas indígenas rupestres de la sierra de Arica*, en Enciclopedia Moderna de Chile, Jerónimo de Bibar, Santiago, Chile, 1972.

Descubrimiento de la primera aldea Molle, en Creces 6, Santiago, Chile, 1985.

NIEMEYER, H. y SCHIAPPACASSE, V.: *Investigaciones arqueológicas en las terrazas de Cononocxa, valle de Camarones (Provincia de Tarapacá)* en Revista Universitaria año 48, Anales de la Academia de Ciencias Naturales 26, Santiago, Chile, 1963.

Los yacimientos arqueológicos de la Laguna Meniques, en Homenaje al Dr. G. Le Paige, Universidad del Norte, Santiago, Chile, 1976.

Investigaciones de un sitio temprano de cazadores-recolectores arcaicos en la desembocadura del valle de Camarones, en Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile (1977), Editorial Kultrún, Santiago, Chile, 1979.

Aportes al conocimiento del período tardío del extremo norte de Chile, análisis del sector Huancarane, del Valle de Camarones, en Chungará 7, Arica, Chile, 1981.

NIEMEYER, H., SCHIAPPACASSE, V. y SOLIMANO, I.: *Padrones de poblamiento en la quebrada de Camarones*, en Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena (1971), Universidad de Chile, Santiago, Chile, 1972-1973.

NUÑEZ, L.: *Evaluación cronológica de las industrias líticas precerámicas del norte de Chile*, en Actas del XLI Congreso Internacional de Americanistas, México, 1976.

Geoglifos y tráfico de caravanas en el desierto chileno, en Homenaje al Dr. G. Le Paige, Universidad del Norte, Santiago, Chile, 1976.

Registro nacional de fechas radiocarbónicas del norte de Chile, en Estudios Atacameños 4, San Pedro de Atacama, Chile, 1976.

Cazadores tempranos de Los Andes meridionales: evaluación cronológica de las industrias líticas del norte de Chile, en Boletín de Antropología Americana 2, México, 1980.

Asentamientos de cazadores-recolectores tardíos en la Puna de Atacama: hacia el sedentarismo, en Chungará 8, Arica, Chile, 1980.

Temprana emergencia de sedentarismo en el desierto chileno, Proyecto Caserones, en Chungará 9, Arica, Chile, 1982.

- Paleoindio y arcaico en Chile: diversidad, secuencia y procesos*, Editorial Quicuilco, México, 1983.
- Petroglifos y tráfico en el desierto chileno*, En Estudios en Arte Rupestre, C. Aldunate, J. Berenguer y V. Castro, Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago, Chile, 1985.
- NUÑEZ, L. y DILLEHAY, T. D.: *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes meridionales: patrones de tráfico e interacción económica*, Universidad del Norte, Antofagasta, Chile, 1978.
- NUÑEZ, L., GARCÉS H. y LLAGOSTERA, A.: *Guía del Museo Arqueológico*, Universidad del Norte, San Pedro de Atacama, Chile, 1986.
- NUÑEZ, L., VARELA Y CASAMIQUELA R.: *Ocupación paleoindio en Quereo: reconstrucción multidisciplinaria (Chile semiárido)*, en Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, X Congreso, Comisión 12, México, 1981.
- Ocupación paleoindia en Quereo: Reconstrucción multidisciplinaria en el territorio semiárido de Chile*, Universidad del Norte, Antofagasta, Chile, 1983.
- ORELLANA, M.: *Descripción de artefactos líticos de Ghatcbi*, Notas del Museo Tomo XX, Antropología Nº 79, La Plata, Argentina, 1962.
- La Cultura San Pedro*, Publicación Nº 17 del Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile, Santiago, Chile, 1963.
- El precerámico en el desierto de Atacama*, Trabajos de Prehistoria IX, Madrid, España, 1963.
- Las Industrias líticas del Departamento de El Loa*, Revista de Antropología Año II, Vol. II, Nº 2 (coautor de este artículo: Jorge Kaltwasser), Santiago, Chile, 1964.
- Prehistoria de la Puna y Salar de Atacama, norte de Chile*, Actas del XXXVI Congreso Internacional de Americanistas, Sevilla, España, 1966.
- Tipos alfareros en la zona del río Salado*, Boletín de Prehistoria de Chile Nº 1, Universidad de Chile, Santiago, Chile, 1968.
- Excavaciones en la confluencia de los ríos Toconce y Salado chico*, Boletín de Prehistoria de Chile Nº 2-3, Universidad de Chile, Santiago, Chile, 1969-1970.
- Informe de las excavaciones de Loa Oeste 3*, Boletín de Prehistoria de Chile Nº 4, Universidad de Chile, Santiago, Chile, 1971.
- Primera aplicación del sistema de computación en materiales arqueológicos del norte de Chile*, Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena, Universidad de Chile, Santiago, Chile, 1972.
- Investigaciones y Teorías en la Arqueología Chilena*, Ediciones del Centro de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile, Santiago, Chile, 1982.

- Influencias altiplánicas en San Pedro de Atacama*, Estudios Atacameños Nº 7, San Pedro de Atacama, Chile, 1984.
- Relaciones culturales entre Tiwanaku y San Pedro de Atacama*, Diálogo Andino Nº 4, Universidad de Tarapacá, Arica, Chile, 1985.
- La crónica de Gerónimo de Bibary y la conquista de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, Chile, 1988.
- Contextos culturales tempranos de Toconao Oriente*, Diálogo Andino Nº 10; U. de Tarapacá, Arica, Chile, 1991.
- ORTIZ, O.: *Nuevas dataciones radiocarbónicas de Chile austral*, en Boletín del Museo Arqueológico de La Serena 17, La Serena, Chile, 1978-1981.
- PASKOFF, R.: *Le Chili semi-aride*. Bordeaux, 1970.
- Quaternary of Chile: The state of research*, en Quaternary Research 8, Washington, U.S.A., 1977.
- PHILIPPI, R.: *Viaje al desierto de Atacama*, Librería Eduardo Anton Halle, Sajonia, 1860.
- Noticias preliminares sobre los huesos fósiles de Ulloma*, en Anales de la Universidad de Chile, LXXXII, Santiago, Chile, 1893.
- PLANELLA, M. T., R. STEHBERG, B. TAGLE: *La fortaleza indígena del cerro grande de la Compañía (valle del Cachapoal)* Actas del XII C.N.A.CH.- Temuco, 1991.
- PLATT, T.: *Experiencia y experimentación: los asentamientos andinos las cabeceras del valle de Azapa*, en Chungará 5, Arica, Chile, 1975.
- POLLARD, G. C.: *Cultural change and adaptation in the central Atacama desert of northern Chile*, en Nawpa Pacha 9, Berkeley, U.S.A., 1971.
- POLLARD, G. C. y DREW, I. M.: *Llama herding and settlement in prehispanic northern Chile: application of an analysis for determining domestication*, en American Antiquity 40,(3), Washington, U.S.A., 1975.
- PONCE, C.: *Las culturas Wankarani y Chiripa y su relación con Tiwanaku*, en Publicación 25, Academia de Ciencias de Bolivia, La Paz, Bolivia, 1970
- La cerámica de la época I de Tiwanaku*, en Publicación 28, Academia de Ciencias de Bolivia, La Paz, Bolivia, 1970 B.
- Tiwanaku: espacio, tiempo y cultura*, 4a edición Editorial Los Amigos del libro, Cochabamba, Bolivia, 1981.
- POSNANSKY, A.: *Nuevas investigaciones en Carangas (Bolivia)*, en XXI Congreso Internacional de Americanistas, Suecia, 1947.

- Tiabuanacu, la cuna del hombre americano*, Ministerio de Educación, La Paz, Bolivia, 1957.
- RIVERA, M., SOTO, P., ULLOA, L. y KUSHNER D.: *Aspectos sobre el desarrollo tecnológico en el proceso de agriculturación en el norte prehispanico, especialmente Arica (Chile)*, en Chungará 3, Arica, Chile, 1974.
- Antiguas manifestaciones de momificación humana en América: la tradición chinchorro del Norte de Chile*, Beiträge zur allgemeinen und vergleichenden Archäologie. Band 12, 1992.
- RUBEN, W.: *Tiabuanaco, Atacama und Araukaner*, Leipzig, Alemania, 1952.
- RYDEN, S.: *Contribution to the archaeology of the rio Loa region*, Elanders Boktryckeri Aktiefbolag, Goteborg, 1944.
- Archaeological researches in the highlands of Bolivia*, Goteborg, 1947.
- SANCHEZ, M. y VALDES, C.: *Excavaciones arqueológicas en Cautín: Alero Quillen I*, en Resumen IX Congreso Nacional de Arqueología Chilena, La Serena, 1982.
- Poblaciones tardías en la playa «Los Verdes», costa sur de Iquique, I Región, Chile*, en Chungará 14, Arica, Chile, 1985.
- SANHUEZA, J. y OLMOS, O.: *Usumaya I: cementerio indígena en Isluga, Altiplano de Iquique, I Región de Chile*, en Chungará 8, Arica, Chile, 1981.
- SANTORO, C.: *Estratigrafía y secuencia cultural funeraria: Fase Azapa, Alto Ramírez y Tiwanaku. (Arica, Chile)*, en Chungará 6, Arica, Chile, 1980.
- Formativo temprano del extremo norte de Chile*, en Chungará 8, Arica, Chile, 1981.
- SANTORO, C. y CHACAMA, J.: *Secuencia cultural de las tierras del área centro sur andina*, en Chungará 9, Arica, Chile, 1982.
- Secuencia de los asentamientos precerámicos del extremo norte de Chile*, Simposio de Arqueología Atacameña, San Pedro de Atacama, Estudios Atacameños N° 4, Chile, 1976.
- SANTORO, C. y DAUELSBERG, P.: *Identificación de indicadores tempoculturales en el arte rupestre del extremo norte de Chile*, en Estudios en Arte Rupestre, C. Aldunate, J. Berenguer y V. Castro (Eds.), Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago, Chile, 1985.
- SAXON, E. C.: *La prehistoria de Tierra del Fuego-Patagonia: colonización de un hábitat marginal*, en Anales del Instituto de la Patagonia 7, Punta Arenas, Chile, 1978.
- SCHAEDEL, R. P.: *Informe general sobre la expedición a la zona comprendida entre Arica y La Serena*, en Arqueología Chilena R.P. Schaedel (Ed.), Universidad de Chile, Santiago, Chile, 1957.
- SCHAEDEL, R. P. y MUNIZAGA, C.: *Arqueología Chilena*, Universidad de Chile, Santiago, Chile, 1957.

SCHIAPPACASSE, V. y NIEMEYER, H.: *Excavaciones de un conchal en el pueblo de Guanaqueros (Provincia de Coquimbo)*, en Actas del III Congreso Internacional de Arqueología Chilena, Viña del Mar, Chile, 1964.

Noticia y comentarios de dos fechas radiocarbónicas para un sitio arqueológico en Guanaqueros, Provincia de Coquimbo, en Noticiero Mensual 147, Museo Nacional de Historia Natural, Santiago, Chile, 1968.

Apuntes para el estudio de la trashumancia en el Valle de Camarones (Prov. de Tarapacá), Chile, en Estudios Atacameños 3, San Pedro de Atacama, Chile, 1975.

Descripción y análisis interpretativo de un sitio arcaico temprano en la quebrada de Camarones, en Publicación Ocasional 41, Museo Nacional de Historia Natural, Santiago, Chile, 1984.

SCHOBINGER, J.: *Nuevos hallazgos de puntas colas de pescado y consideraciones en torno al origen y dispersión de la cultura de cazadores superiores Todenses (Fell I) en Sudamérica*, en Atti del XI. Congresso Internazionale degli Americanisti, Italia, 1973.

SEGUEL, Z.: *Excavaciones en Bellavista, Concepción*, en Actas del V Congreso Nacional de Arqueología, La Serena, Chile, 1969.

SEGUEL, Z. y CAMPAÑA, O.: *Presencia de megafauna en la Provincia de Osorno (Chile) y sus posibles relaciones con cazadores superiores*, en Actas y Trabajos del I Congreso de Arqueología Argentina, Rosario, Argentina, 1975.

SERRACINO, G.: *Los movimientos de los cazadores recolectores en la cordillera de Los Andes (entre la latitud 21° y 26° y longitud 67° y 70°)*, en Estudios Atacameños 3, San Pedro de Atacama, Chile, 1975.

Tiwanaku desde San Pedro de Atacama, Estudios Arqueológicos N° 5, Antofagasta, Chile, 1980.

SILVA, J.: *Noticias sobre investigaciones en piedras tacitas*, en Boletín del Museo Arqueológico de La Serena 9, La Serena, Chile, 1957.

SILVA, J. E. y BAHAMONDES, D. R.: *Investigaciones arqueológicas en Taltal*, en Rehue 2, Concepción, Chile, 1969.

STEBBERG, R.: *El complejo estructural de Guatín*, en Estudios Atacameños 2, San Pedro de Atacama, Chile, 1974.

Arqueología de Chile Central, en Gaceta Arqueológica Andina 12, Lima, Perú, 1984.

THOMAS, C.: *Estudio arqueológico del poblamiento prehispanico tardío de Cbiu-Cbiu*, en Revista Chilena de Antropología 1, Santiago, Chile, 1978.

THOMAS, C., BENAVENTE, A. y MASSONE, C.: *Sistematización de la alfarería del área de San Pedro de Atacama*, Revista Chilena de Antropología N° 4, Universidad de Chile, Santiago, Chile, 1984.

Algunos efectos de Tiwanaku en la cultura de San Pedro de Atacama, Diálogo Andino Nº 4, Universidad de Tarapacá, Arica, Chile, 1985

TRUE, D. L. y CREW, H.: *Archaeological investigation in northern Chile: Tarapacá 2A*, en Prehistoric trails of Atacama: Archaeology of northern Chile, C.W. Meighan y D.L. True (Eds.), University of California, California, U.S.A., 1980.

TSCHOPIK, M. H.: *Some notes on the archaeology of the department of Puno*, en Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology 27 (3), Harvard University, U.S.A., 1946.

UHLE, F. M.: *Tabletas de madera de Chiu-Chiu*, en Revista Chilena de Historia y Geografía VIII, Santiago, Chile, 1913.

La Arqueología de Arica y Tacna, en Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos 7-8, Quito, Ecuador, 1919.

WALLACE, D. T.: *The Tiabuanaco horizon styles in the Peruvian ND Bolivian highlands*, PH.D. dissertation, University of California, California, U.S.A., 1957.

Tiwanaku as a symbolic empire, en Estudios Arqueológicos 5, Antofagasta, Chile, 1980.

WILLEY, G.: *An introduction to American archaeology*, Volume 2, South America, Prentice Hall, Inc. New York, U.S.A., 1971

ZLATAR, V.: *Replanteamiento sobre el problema Caleta Huelén*, en Chungará 10, Arica, Chile, 1983.

Cementerio prebispánico Pica-8, Universidad de Antofagasta, Antofagasta, Chile, 1984.

Bibliografía sobre Conquista y Colonia

BARROS ARANA, D.: *Historiador General de Chile*, 16 tomos, Rafael Jover, editor, Santiago, Chile, 1884-1902.

BUENO, C.: *Descripción de las provincias de los obispos de Santiago y Concepción*, CHCH, TOMO X, Santiago, Chile, 1876.

BRUGGEN, J.: *El volcán Antuco y la geología glacial del valle del Laja*, Imprenta Universitaria, Santiago, Chile, 1942 y también en RCHHG Nº 90, julio-diciembre, Santiago, Chile, 1941.

CARVALLO, VICENTE Y GOYENECHÉ: *Descripción histórica-geográfica del reino de Chile*, CHCH, tomos VIII, IX, X, Santiago, Chile, 1874, 1875, y 1876.

CASAMIQUELA, R.: *Notas sobre sitios y piedras rituales del ambiente pehuenche austral*, Actas VI Congreso de Arqueología Chilena, Boletín de Prehistoria, Nº especial, Santiago, Chile, 1972-1973.

- COX, G.: *Viaje a las regiones septentrionales de la Patagonia*, AUCH, tomo XXIII, Santiago, Chile, 1863.
- CASANOVA, H.: *Las sublevaciones araucanas del siglo XVIII*, Ed. Universidad de la Frontera, Temuco, Chile, 1987.
- CUNILL, P.: *Fuentes cartográficas en la génesis de los tipos de poblamiento chileno, siglos XVI a XVIII*, Apartado Primer Simposium Cartográfico Nacional, Santiago, Chile, 1972.
- DANNEMANN, M.: *La cultura regional tradicional, de la región del Bío-Bío*, V Jornadas territoriales, Santiago, Chile, 1990.
- DE ESPINERA, A.: *Relación del viaje y misión a los pebuenches*, en *Misioneros en la Araucanía*, Ed. Universidad de la Frontera, Temuco, Chile, 1988.
- DE GONGORA, ALONSO y MARMOLEJO: *Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile y de los que lo han gobernado*, Ed. de la Universidad de Chile, Santiago, Chile, 1990.
- DE LOBERA, M.: *Crónica del reino de Chile*, CHCH, tomo VI, Santiago, Chile, 1865.
- DE LUJIG, J.: *Los Angeles. La alta frontera en la región del Bío-Bío*, V Jornadas Territoriales, Santiago, Chile, 1990.
- DE OJEDA, J.: *Descripción de la frontera de Chile*, RCHHG N° 136, Santiago, Chile, 1968.
- DE OLIVARES, M.: *Historia militar, civil y sagrada de lo acaecido en la conquista y pacificación del reino de Chile*, CHCH, tomo IV, Santiago, Chile, 1864.
- Historia de la Compañía de Jesús de Chile*, CHCH, tomo IV, Santiago, Chile, 1874.
- DE QUIROGA, J.: *Memoria de los sucesos de la guerra de Chile*, Ed. Andrés Bello, Santiago, Chile, 1979.
- DE ROJAS, J. B. y FUENTES: *Apuntes históricos*, CHCH, TOMO XI, Santiago, Chile, 1878.
- DE SOLORZANO, A., y VELASCO: *Apuntes de lo acaecido en la conquista de Chile desde su principio hasta el año 1672*, CHCH, tomo 11, Santiago, Chile, 1878.
- DE VALDIVIA, PEDRO: *Cartas de relación*, editadas por Mario Ferrecio, Ed. Universitaria, Santiago, Chile, 1970.
- DE VIVAR, J.: *Crónica de los reinos de Chile*, edición de Angel Barral 6, Madrid, España, 1988.
- DOMEYKO, I.: *Mis viajes: memorias de un exiliado*, Ed. de la Universidad de Chile, 2 tomos, Santiago, Chile, 1978.
- DONOSO, R.: *Un letrado del siglo XVIII, el doctor José Perfecto de Salas*, Universidad de Buenos Aires,

- 2 tomos, Buenos Aires, Argentina, 1963.
- El marqués de Osorno don Ambrosio Higgins*, Publicaciones de la Universidad de Chile, Santiago, Chile, 1941.
- ENCINA, J. A.: *Historia de Chile*, 20 tomos, Ed. Nacimiento, Santiago, Chile, 1942-1952.
- Historia de Chile*, 37 tomos, Ed. Ercilla, Santiago, Chile, 1983.
- FERNANDEZ, J.: *La población prearaucana del Neuquén. Intento reconstructivo a través del arte rupestre*, Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile, Ediciones Kultrún, Santiago, Chile, 1987.
- GAY, C.: *Historia Física y Política de Chile*, Documentos, tomos I y II, París, Francia, 1846 y 1852.
- GONZALEZ, H. y VALENZUELA, R.: *Recolección y consumo del piñón*, Actas del VIII Congreso de Arqueología Chilena, Valdivia, Chile, 1979.
- GUARDA, G.: *Flandes Indiumo. Las fortificaciones del reino de Chile 1541-1826*, Ed. U. Católica, Santiago, Chile, 1990.
- GUNDERMANN, H.: *Interpretación estructural de una danza ritual mapuche*, Chungará, Universidad de Tarapacá, N° 14, Chile, Septiembre de 1985.
- El sacrificio en el ritual mapuche: un intento analítico*, Chungará N° 15, Arica, Chile, 1985.
- HAVESTAD, B.: *Chilidugu o tratado de la lengua chilena; en Misioneros en la Araucanía*, Ed. Universidad de la Frontera, Temuco, Chile, 1988.
- JARA, A. y PINTO, S.: *Fuentes para la historia del trabajo en el reino de Chile*, Ed. Andrés Bello, Santiago, Chile, 1983.
- MEDINA, J. T.: *Casas de la Colonia*, FHBJTM, Santiago, Chile, 1952.
- Diccionario Bibliográfico Colonial de Chile*, Imprenta Elzeviriana, Santiago, Chile, 1906.
- MENDEZ, L. M.: *Trabajo indígena de la frontera araucana de Chile*, en Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas. Bohlan Verlag Köln Wien, 1987.
- MOLINA, J. I.: *Compendio de la Historia Civil del Reino de Chile*, CHCH, tomo XXVI, Santiago, Chile, 1901.
- El Compendio*, CHCH, tomo XI, Santiago, Chile, 1878.
- NUÑEZ DE PINEDA, F. y BASCUÑAN: *Suma y epílogo de lo más esencial que contiene el libro intitulado Cautiverio Feliz y Guerras Dilatadas del Reino de Chile*, Sociedad Chilena de Historia y Geografía y Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile, 1984.

Cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas en Chile, CHCH, tomo III, Santiago, Chile, 1863.

ORELLANA, M.: *Historia y Antropología de la Isla de la Laja*, Ed. Universitaria, Santiago, Chile, 1992.

POEPPIG, E.: *Un testigo en la alborada de Chile (1826-1829)*, Ed. ZigZag, Santiago, Chile, 1960.

RECART, A.: *El Laja un río creador*, Ed. Jerónimo de Vivar, Santiago, Chile, 1971.

ROSALES, D.: *Historia general del reino de Chile*, Flandes Indiano, 3 tomos, Valparaíso, Chile, 1877.

SANCHEZ, G.: *Relatos orales en Pewence chileno* AUCH, 5ta serie, Nº 17, Santiago, Chile, 1988.

VILLALOBOS, S.: *Historia del pueblo chileno*, 3 tomos, Ed. ICHEH y Zig-Zag, Santiago, Chile, 1980, 1983, 1986.

VILLALOBOS, S. et alii: *Relaciones fronterizas en la Araucanía*, Ed. Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile, 1982.

Los Pebuencbes en la vida fronteriza, Ed. Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile, 1988.

ZAPATER, H.: *Los aborígenes chilenos a través de cronistas y viajeros*, Ed. Andrés Bello, Santiago, Chile, 1973.

Bibliografía sobre las Etnias actuales

AGUILERA, O.: *Léxico Kawesqar español; español-Kawesqar*, Boletín de Filología; tomo XXIX, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Chile, Santiago, 1978.

ALDUNATE, C.: *Cultura Mapuche*, Ministerio de Educación, Serie Patrimonio Cultural Chileno, Santiago, 1978.

BENGOA, J.: *Historia del pueblo mapuche siglos XIX y XX*, Ed. Sur, Santiago, 1985.

CLAIRIS, C.: *El Qawasqar: lingüística fueguina, teoría y descripción*, Estudios Filológicos, Universidad Austral de Chile, Valdivia, 1987.

COOPER, J. M.: *The Araucanians; en el Handbook of South American Indians*, vol. II, Smithsonian Institution, Washington, 1946.

CURAQUEO, D.: *Algunas formas culturales del pueblo mapuche*, en Revista de Antropología, Nueva época Nº 2, U. de Chile; Santiago, 1975.

DANNEMANN, M y VALENCIA, ALBA: *Grupos aborígenes chilenos. Su situación actual y distribución territorial*, Universidad de Santiago de Chile; 1989

DANNEMANN, M.: *Las comunidades pebuencbes y su relación con los proyectos hidroeléctricos del*

- alto Bío-Bío*, en Revista Chilena de Antropología Nº 10; Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago, 1991 .
- ENGLERT, S.: *La tierra de Hotu Matua*, Ed. de la Universidad de Chile, Santiago, 1948.
- FARON, L.: *Mapuche Social Structure*. Studies en Anthropology Nº 1, Illinois, The University of Illinois Press; 1961 (hay traducción mexicana; 1969).
- FOERSTER, R.: *Introducción a la religiosidad mapuche*. Ed. Universitaria, 1993.
- FOERSTER, R. Y MONTECINOS, S.: *Organizaciones, líderes y contiendas mapuches (1901-1970)*; Ed. CEM, Santiago, Chile, 1988.
- GREBE, M. E.: *Concepción del tiempo en la cultura aymara: representaciones cónicas, cognición y simbolismo*, en Revista Chilena de Antropología Nº 9, Facultad de Ciencias Sociales, U. de Chile; Santiago, 1990.
- GUEVARA, T.: *Psicología del pueblo araucano*, Imprenta Cervantes; Santiago, 1908.
- GUSINDE, M.: *Los indios de Tierra del Fuego*, Centro Argentino de Etnología Americana y C.N.I.C.T., Buenos Aires; 1982-1991.
- HERNANDEZ, R.: *Toconce: la vigencia de la comunidad tradicional*, en Revista de Antropología; Nueva Epoca, Nº 2, U. de Chile, Santiago, 1975.
- LIPSCHÜTZ, A. y MOSTNY, G.: *Cuatro conferencias sobre los indios fueguinos*, Revista Geográfica de Chile; Santiago, 1950.
- MEDINA J. T.: *Los aborígenes de Chile*, F.H. y B. T. Medina, 2da edición, Santiago, 1952.
- METRAUX, A.: *La Isla de Pascua*. Fondo de Cultura Económica, México, 1941.
- MOSTNY, G. ET. AL.: *Peine un pueblo atacameño*. Instituto de Geografía, Facultad de Filosofía y Educación, Universidad de Chile; Santiago, 1954.
- MUNIZAGA, C.: *Vida de un araucano*, Universidad de Chile, Santiago, 1971.
- VARGAS, P. ET AL.: *Isla de Pascua. Bases para la formulación de un programa de desarrollo. Arqueología, Antropología y Urbanismo*. Instituto de Estudios Isla de Pascua, Universidad de Chile, Santiago, 1990.
- VILLALOBOS, S.; *Los Pebuenches en la vida fronteriza*, Ed. Universidad Católica de Chile; Santiago, 1989.

ABREVIATURAS

ANAG=	Archivo Nacional Archivo Gay
ANCG=	Archivo Nacional Capitanía General
ANCM=	Archivo Nacional Contaduría Mayor
AUCH=	Anales Universidad de Chile
BNBM=	Biblioteca Nacional Biblioteca Medina
CDIHCH=	Colección Documentos Inéditos para la Historia de Chile
CHCH=	Colección Historiadores de Chile
FHBJTM=	Fondo Histórico Bibliográfico José Toribio Medina
RCHHG=	Revista Chilena de Historia y Geografía



la teoría y de la historia de la ciencia arqueológica chilena se ejemplifican en el libro *Investigaciones y Teorías en la Arqueología Chilena* (1982).

Actualmente es profesor titular de Prehistoria en el Departamento de Antropología de la Universidad de Chile, que él fundó en 1970; y Decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la misma Universidad.

Colección de Ciencias Sociales

*Paradigmas Sociológicos del
Desarrollo*

FERNANDO DURÁN

Teoría de la Comunicación

EDISON OTERO Y

RICARDO LÓPEZ

*Antropología Física para
Arqueólogos*

JUAN MUNIZAGA

Etnolingüística

GILBERTO SÁNCHEZ

El libro *Prehistoria y Etnología de Chile* se fundamenta en las relaciones epistemológicas que existen entre las disciplinas arqueológica, etnológica e histórica.

Esta relación se apoya en el análisis de las culturas prehispánicas del actual territorio chileno, del proceso de aculturización vivido en los siglos de la conquista y colonia y en la presentación de las actuales etnias aborígenes que ofrecen rasgos de continuidad entre el más antiguo pasado histórico-cultural y el presente socio-cultural.

Prehistoria y Etnología de Chile es un libro de síntesis, que no insiste en la descripción erudita de los artefactos culturales, sino que presenta en un estilo sencillo la "historia de las sociedades y culturas" de Chile, desde hace doce mil años hasta el presente. Su fundamento científico es muy serio y está avalado por más de 30 años de investigaciones de campo y de docencia universitaria.